
Mi lucha
La historia del
libro que marcó
el siglo XX
Sven Felix Kellerhoff
CRÍTICA
Hitler
2. Band

Índice

Introducción

> Vamos a descubrir juntos si este libro es tan especial como dice el legislador. Porque *Mi lucha* es un libro prohibido.
>
> SERDAR SOMUNCU, monologuista[1]

Lo prohibido atrae. Todo aquello que una autoridad considera perjudicial o, incluso, peligroso adquiere, de un modo casi inevitable, un halo de interés. Y eso ocurre incluso cuando, en realidad, no existe tal prohibición. Incluso cuando solo se trata de un malentendido. Porque lo cierto es que en Alemania el libro de Adolf Hitler no está prohibido. Cualquiera puede poseerlo, leerlo y hasta venderlo. Siempre y cuando sea un ejemplar de anticuario, ni los fiscales ni los policías tendrán derecho a intervenir. Y, sin embargo, Serdar Somuncu, cómico alemán de origen turco, no se equivoca en absoluto en el comentario que sirve de introducción a su espectáculo más aclamado. En las más de mil cuatrocientas representaciones de *Nachlass eines Massenmörders* («El legado de un asesino de masas») ha citado numerosos fragmentos de *Mi lucha*. Con su obra ha cosechado premios y aplausos por haber roto un tabú. El periódico berlinés *Die Tageszeitung* llegó incluso a calificarle de «hombre del año 1996». Sus lecturas parcialmente dramatizadas despiertan un enorme interés, precisamente porque todo el mundo conoce el título del libro de Hitler, pero casi nadie sabe nada acerca del contenido de sus casi ochocientas páginas. Puede que aquellas personas que se interesan por la historia contemporánea acierten a decir, a lo sumo, que la obra es una mezcolanza de autobiografía, prejuicios antisemitas y mensajes de odio. Pero hoy en día, setenta años después de

que su autor se suicidara, casi nadie puede juzgar a partir de su propia lectura si *Mi lucha* es realmente un libro explosivo y, en caso de que lo sea, en qué medida.

El motivo es muy sencillo: en Alemania varias generaciones de funcionarios de ministerios y consejerías, jueces, ministros y hasta un primer ministro se han puesto de acuerdo para evitar, por todos los medios posibles, que la gente lea *Mi lucha*. Llevan decenios impidiendo que los lectores se acerquen de un modo objetivo a la obra de Hitler. Valiéndose de los derechos de autor, han imposibilitado que se estudie de un modo científico un libro que lleva sin reeditarse en alemán desde 1945 y que, sin embargo, es, todavía hoy, la obra original de un autor germanohablante que mayor difusión ha tenido jamás. Y a pesar de que los fundamentos jurídicos de esta medida expirarán a finales de 2015, en el futuro se mantendrá la misma línea: a finales de junio de 2014, la Conferencia de Consejeros de Justicia de los estados Federados —el máximo órgano de coordinación de la política jurídica de Alemania— lo confirmó oficialmente. Concluyó que el libro era «un terrible ejemplo de texto que desprecia al ser humano» y anunció que «los consejeros y las consejeras de Justicia de los estados federados convienen en que hay que impedir cualquier reedición no comentada de *Mi lucha*, de Hitler, aun cuando el 31 de diciembre de 2015 expire el plazo de protección de los derechos de autor». Los representantes políticos exigieron a las fiscalías que dependían de ellos que se ocuparan lo antes posible de los «aspectos penales del tema» e informaran «del resultado a la Conferencia de Consejeros de Justicia de los estados Federados».[2] Es verdad que, desde el punto de vista formal, esta recomendación afecta únicamente a las reediciones «no comentadas» —que, de todas formas, nadie quiere publicar oficialmente— y, como es obvio, solo vincula a las autoridades penales competentes que responden ante estos consejeros, pero no a los tribunales que son independientes por principio. Sin embargo, la ejecución de esta orden entraña indirectamente, por fuerza, que en el futuro los fiscales se vean obligados a decidir qué ediciones de *Mi lucha* se han de considerar suficientemente comentadas y

qué ediciones no. Una tarea que los juristas no podrán cumplir porque no cuentan con la preparación necesaria para ello.

¿Y cuáles son las consecuencias de las trabas que las autoridades de Baviera[*] están poniendo a los historiadores que desean hacer un estudio científico serio? El libro de Hitler está rodeado de mitos que hunden sus raíces en la fértil tierra de la ignorancia. A diferencia de lo que ocurre con muchos otros temas importantes del pasado reciente de Alemania, en torno a *Mi lucha* no existe todavía un consenso social. La persecución de los judíos, el Holocausto, las devastadoras consecuencias de las campañas de la Wehrmacht en la Unión Soviética o Yugoslavia, la cruel ocupación de Grecia o Italia: nadie, salvo un grupúsculo de extremistas de derechas, discute ya estos hechos. Y aunque en algunas tertulias se pueda insistir en verter opiniones populistas, en realidad nadie se las toma en serio. Y con razón. En ningún país del mundo se han estudiado con tanta perseverancia los crímenes de una dictadura derrocada como se ha hecho en Alemania, por mucho que la intensidad de este empeño haya variado con el tiempo. En ninguna parte se ha planteado tanto como aquí la pregunta de cómo fue posible «aquello». Alemania debe de ser el único país en el que los ciudadanos ilustrados han convertido en un éxito de ventas un agresivo libelo que ataca a sus propios padres y a sus abuelos y que se equivoca claramente en sus conclusiones: nos referimos a *Los verdugos voluntarios de Hitler*, obra de Daniel Goldhagen de la que se han vendido ya más de cuatrocientos mil ejemplares; un libro que ofrece respuestas simples a la pregunta sobre el origen de ese odio que llevó al asesinato de unos seis millones de judíos. El público en general no se ha dado cuenta de que las explicaciones de Goldhagen son, en su mayoría, erróneas. Y si lo ha percibido, ha sido ya mucho después.

Probablemente, esto no habría ocurrido si en nuestro país se hubiese facilitado el análisis crítico de la obra de Hitler. Si existiesen unas bases seguras, no tendríamos que conformarnos con rumores y habladurías sobre *Mi lucha*. Con una búsqueda en Internet se pueden encontrar numerosas variantes del texto, pero apenas hay comentarios serios. En las abundantísimas biografías de Hitler que se han escrito hasta ahora —más de

ochenta— se menciona constantemente su principal obra, que se cita con mayor o menor detalle. Pero pocas veces se va más allá de la mera concatenación de citas. Ninguno de los libros en los que se habla de su vida, ni siquiera los de mayor calidad, ofrece un análisis adecuado de *Mi lucha*. Aún son más escasas las obras que versan específicamente sobre este libro de Hitler: en los cincuenta últimos años, apenas se han publicado en torno a seis, de una calidad bastante dispar. A mediados de la década de 1960, el periodista Werner Maser logró vender tiradas de seis dígitos de sus libros acerca de *Mi lucha*, que, en esencia, son muy parecidos entre sí, además de cuestionables en cuanto a su contenido.[3] La selección de Christian Zentner, acompañada de breves comentarios y formulada principalmente en estilo indirecto, lleva cuarenta años agotada.[4] Sin duda alguna, los dos volúmenes de la politóloga Barbara Zehnpfennig —una profusa interpretación y un denso comentario— son los mejores análisis que se han publicado hasta ahora de la obra de Hitler. Sin embargo, solo aclaran aspectos muy concretos, sobre los que la autora defiende extraordinariamente bien su posición, pero ofreciendo interpretaciones cuando menos discutibles.[5] Por eso, *Mi lucha* sigue siendo, aún hoy, una especie de agujero negro en torno al cual gravita toda la investigación sobre el nacionalsocialismo y, con ella, buena parte de la historia contemporánea alemana. El estudio bibliográfico de Othmar Plöckinger, que solo se concentra en la historia externa de la obra hasta 1945, tampoco cambia nada en este panorama, por mucho material que aporte.

Así pues, son muchos los que hablan de un libro del que prácticamente solo conocen el título y, a lo sumo, un par de consignas de esas que circulan en Internet, a través de multitud de páginas a menudo creadas en los círculos de la extrema derecha: por ejemplo, «¡Había decidido dedicarme a la política!»[*] o «por eso creo ahora que al defenderme del judío lucho por la obra del Supremo Creador» o también, cómo no, «la finalidad de la educación femenina es, inmutablemente, formar a la futura madre». El principal punto fuerte de *Mi lucha* reside sin duda alguna en su capacidad para generar citas: es fácil encontrar enseguida frases provocadoras. Y más fácil aún lo ponen las decenas de páginas web que ofrecen pasajes más

extensos del libro para una lectura rápida, en alemán o en versiones traducidas, la mayoría de las veces desprovistos de comentarios o, en ocasiones, con introducciones de poco valor informativo. Resulta sencillo localizarlos a través de Google, más allá de la Wikipedia. Pero encontrar información objetiva sobre este libro, del que se han editado 12,4 millones de ejemplares, es prácticamente imposible; al menos, en el estado en el que se encuentran actualmente las investigaciones.

Ni siquiera existe un consenso social sobre ciertas cuestiones fundamentales: los razonamientos de Hitler ¿demuestran que se trataba de un «pensador sistemático»?[6] ¿O en realidad ocurre todo lo contrario, esto es, que *Mi lucha* constituye una «exposición absolutamente caótica en su contenido»?[7] Andreas Wirsching, director del prestigioso Instituto de Historia Contemporánea de Múnich, observa: «La extendida opinión de que el texto es caótico y, en esencia, imposible de leer, es a todas luces falsa e induce al error».[8] ¿De verdad es este libro «demasiado peligroso para el público»?[9] ¿O seguir manteniendo en secreto este «monótono e incomprensible libelo» es una «reacción claramente excesiva»?[10]

El propósito de esta obra es poner fin a la confusión que existe en torno a *Mi lucha*. En ella mostraremos la historia de este libro, desde el momento en que surgió la idea de escribirlo hasta la polémica que existe actualmente en torno a la nueva edición científica y comentada; resumiremos los principales aspectos de su contenido; arrojaremos luz sobre su nacimiento, tan rodeado de leyendas, y analizaremos las fuentes de las que bebió Hitler. ¿De dónde procede su odio hacia los judíos? ¿Hasta qué punto son fiables sus relatos autobiográficos? ¿Cómo reaccionó la opinión pública ante *Mi lucha*? A la hora de estudiar la obra de Hitler es muy importante tener en cuenta su volumen de ventas, los beneficios que reportó y, por supuesto, su número de lectores. ¿Se trató realmente de un «éxito de ventas que no leyó nadie», como tantas veces se ha dicho? ¿O lo que pasó fue más bien lo contrario, es decir, que millones de alemanes conocieron de primera mano el tono original de su *Führer*? ¿Lo que escribió Hitler era su programa político concreto? ¿Qué delitos del régimen nacionalsocialista surgieron directamente de *Mi lucha*? ¿Era posible deducir a partir de la lectura del

libro cuáles iban a ser los métodos aplicados para los asesinatos masivos en Auschwitz? ¿Cómo acogieron los demás países el texto de Hitler? ¿Se publicaron traducciones? ¿De qué calidad? ¿Qué análisis se hizo de la obra después de 1945? Y, por último, ¿qué futuro cabe esperar? Este libro da respuesta a todos estos interrogantes, basándose en fuentes archivísticas poco o nada exploradas hasta ahora. Tal vez no aportemos conclusiones definitivas. Pero si conseguimos que el debate en torno a la «biblia del nacionalsocialismo» se intensifique y, al mismo tiempo, adquiera objetividad, habremos alcanzado nuestro objetivo. Porque es urgente desmitificar la obra de Hitler.

Berlín, 8 de mayo de 2014
Sven Felix Kellerhoff

El contenido

> El editor del libro, quien había esperado, al parecer, un informe de sus experiencias con unos segundos términos y fondos sensacionales, quedó al principio muy desilusionado ante aquel cúmulo de aburrimiento rígido y de palabrería.
>
> JOACHIM FEST, biógrafo de Hitler[*][1]

Un golpe de Estado fallido

Quien escribe un libro lo hace porque quiere informar a sus lectores, o bien entretenerlos, o bien ambas cosas. En cualquier caso, no debe renunciar a mantener cierto suspense que haga la lectura interesante y, en el mejor de los casos, provechosa. Por eso ningún autor comienza su obra contando el final, contando el fracaso palpable de su proyecto. Quien quiera relatar un golpe de estado se concentrará más bien en describir las circunstancias en las que fue tomando forma el plan del levantamiento, detallará cómo se ejecutó después, hablará del valor de los participantes, afeará a los enemigos su bajeza y, por último, celebrará el éxito cosechado o lamentará el trágico fracaso. Ningún escritor optaría por seguir otro camino. Ninguno, salvo Adolf Hitler.

«En cumplimiento del fallo dictado por el Tribunal Popular de Múnich, el 1.º de abril de 1924 debía comenzar mi reclusión en el presidio de Landsberg, sobre el Lech.» Así reza la primera frase de la primera página de *Mi lucha*. Al principio de esta obra en dos volúmenes se reconoce ya el fracaso, aunque también se ocultan algunos de sus aspectos: «Así se me presentaba, por primera vez después de muchos años de ininterrumpida

labor, la posibilidad de iniciar una obra reclamada por muchos y que yo mismo consideraba útil a la causa nacionalsocialista». Hitler asegura haberse decidido a «exponer, no solo[*] los fines de nuestro movimiento, sino a delinear también un cuadro de su desarrollo». Desde el principio, hace una promesa a sus lectores: de ese cuadro «será posible aprender más que de cualquier otro estudio puramente doctrinario».

Su intención no es en modo alguno convencer de sus ideas a aquellas personas que hasta ese momento habían contemplado el nacionalsocialismo con indiferencia o, incluso, con escepticismo. De acuerdo con el prólogo del autor, *Mi lucha* no se dirige, en realidad, «a los extraños, sino a aquellos que, perteneciendo de corazón al movimiento, ansían penetrar más hondamente en la ideología nacionalsocialista». Es especialmente a ellos a los que Hitler puede llegar a través de esa instintiva forma de demagogia que caracteriza todos sus discursos y también su libro. Con el mismo concepto de oposición explica la elección del medio. Por una parte, Hitler subraya que «el progreso de todo movimiento trascendental en el mundo se debió generalmente más a grandes oradores que a grandes escritores». Por otra, constata: «Sin embargo, es indispensable que una doctrina quede expuesta en su parte esencial para poderla sostener y propagar de manera uniforme y sistemática».[2] Muchos de los lectores de su época, marcados casi en su totalidad por el cristianismo, debieron de encontrar un paralelismo entre estas frases y la Biblia: conocían las Sagradas Escrituras y sabían que no se debían poner en duda sus textos o, dicho de un modo más exacto, los evangelios que proclamaban los sacerdotes apelando a aquellos textos.

Tampoco cuando se avanza en el libro el suspense es mucho mayor. En la página siguiente aparecen, rodeados de una gruesa orla, los nombres de dieciséis hombres, «mártires» del movimiento nacionalsocialista. Catorce de ellos cayeron abatidos por los disparos de los policías del estado de Baviera el 9 de noviembre de 1923, a mediodía, en la Residenzstraße de Múnich, cuando intentaban ejecutar, junto con unos dos mil compañeros de ideología y bajo las órdenes de Adolf Hitler, un absurdo plan: la «Marcha sobre Berlín». Un año después del éxito de los fascistas italianos, cuya

simbólica «Marcha sobre Roma» provocó que se nombrara primer ministro al jefe de su partido, Benito Mussolini, los nacionalsocialistas alemanes quisieron hacerse con el poder del país —alzándose contra el gobierno democrático de la capital del Reich— y para ello aplicaron la misma estrategia. Aquel otoño, Hitler hablaba cada vez con más entusiasmo: anhelaba seguir el ejemplo de Mussolini, costara lo que costara. El 5 de septiembre de 1923 aseguró: «Solo hay dos posibilidades: ¡o Berlín marcha y acaba en Múnich o Múnich marcha y acaba en Berlín!».[3] Tres semanas más tarde declaró ante un representante de la agencia estadounidense de noticias United Press: «Si Múnich no marcha en un momento dado sobre Berlín, será Berlín quien marche sobre Múnich».[4] Su amenaza se tomó bastante en serio, no solo en Múnich, sino también en Berlín. Hasta el *Washington Post* informó acerca del «líder bávaro de los nacionalistas Adolph Hittler».[5] Como se ve, aún no se tenía muy claro cómo se escribía su nombre...

El 8 de noviembre de 1923, en la víspera del quinto aniversario de la revolución en Alemania y de la abdicación del káiser, Hitler se decidió a ejecutar su plan. Partiendo de un análisis completamente equivocado de la situación, organizó el asalto armado de una reunión que estaban manteniendo en la cervecería Bürgerbräukeller los partidarios del gobierno bávaro reaccionario, bajo el comisario general del estado,[*] Gustav von Kahr. El jefe del Partido Nacionalsocialista disparó al techo y llamó a la «revolución alemana»: bajo su liderazgo, aseguró, se constituiría un nuevo gobierno que, partiendo de Baviera, conquistaría el poder en todo el país. «La tarea del gobierno nacional provisional en Alemania será emprender la marcha, con toda la fuerza de Baviera y con la fuerza añadida de todos los distritos alemanes, hacia esa Sodoma y Gomorra que es Berlín.»[6] Hitler exigió a Kahr y a sus personas de confianza, allí presentes, que le diesen «su palabra de honor» de que lo apoyarían. Después, les dejó irse y organizó la ocupación de puntos estratégicos de Múnich —fundamentalmente consejerías, cuarteles y arsenales—. Sin embargo, la mayoría de los grupos no nacionalsocialistas y de personalidades de la capital bávara permanecieron quietos, a la expectativa. Kahr no se sintió

obligado a mantener una promesa que había dado coaccionado por la violencia de las armas, así que organizó la resistencia. Se movilizó a las unidades policiales leales al gobierno y se obligó a los trabajadores de las distintas consejerías a que participasen en la defensa.

Cuando, a la mañana siguiente, Hitler se dio cuenta de que su intento de golpe de estado estaba condenado al fracaso, lanzó un llamamiento a sus partidarios para que marcharan en dirección al Templo de los Generales,[*] en un intento, tan desesperado como inútil, de impedir el inevitable fracaso. Los golpistas, armados, partieron de la Bürgerbräukeller y se precipitaron hacia el centro de la ciudad. En la Residenzstraße les salieron al paso varios uniformados. Hubo un intercambio de disparos y catorce de los insurgentes, además de cuatro policías, perdieron la vida. El golpe había acabado. Hitler, que se había luxado el hombro, se dio a la fuga y se escondió en casa de su protector Ernst Hanfstaengl. Profundamente afectado por su fracaso, llegó a pensar en el suicidio. Al final, en cambio, se dejó detener y encarcelar sin oponer resistencia. Un tribunal especial, sumamente comprensivo, lo condenó a la pena mínima prevista para el delito de alta traición: su intento de golpe de estado le valió cinco años de «honrosa» reclusión, con revisión de la pena a los seis meses.

Sin duda, el fracaso del golpe de estado, sus antecedentes y sus consecuencias habrían sido un material interesantísimo para una novela por entregas. Sin embargo, con excepción del prólogo y de la dedicatoria, además de alguna que otra alusión, en *Mi lucha* Hitler no vuelve a este episodio hasta la última página del segundo volumen, y lo hace con una clara determinación: «Omito relatar en este libro aquellos acontecimientos que precedieron al 8 de noviembre de 1923 y las consecuencias resultantes. Deliberadamente no lo hago, porque de ello nada constructivo se puede esperar para el porvenir[*] y porque, fundamentalmente, carece de sentido reabrir las heridas que apenas acaban de cicatrizar; también porque carece de sentido hablar de culpa en el caso de personas que tal vez amasen también a su pueblo en lo más profundo de su corazón, pero que, sencillamente, no encontraron o no entendieron el camino común». En lugar de ello, retoma la dedicatoria: «Al final del segundo volumen de mi

obra quiero volver a esos dieciséis héroes a los que dediqué el primer volumen y presentárselos a los seguidores y defensores de nuestra doctrina como los héroes que, con plena conciencia, se sacrificaron por todos nosotros. Siempre servirán para recordar a los inconstantes y a los débiles que han de cumplir su obligación, una obligación a la que ellos mismos respondieron de buena fe y hasta las últimas consecuencias».[7]

Una mirada retrospectiva a la infancia

En lugar de ofrecer a su público una dosis de suspense en la descripción de su fracasado golpe de estado, Hitler empieza hablando de su propia historia. El primer capítulo lleva por título «En el hogar paterno». Que el lector encontrara interesantes estas vivencias, en lugar de correr espantado, era una tarea complicada. Sin embargo, el talento instintivo del autor para la retórica le permitió formular los primeros párrafos de una forma bastante atractiva: «Considero una predestinación feliz haber nacido en la pequeña ciudad de Branau sobre el Inn; Branau, situada precisamente en la frontera de esos dos estados alemanes cuya fusión se nos presenta —por lo menos a nosotros los jóvenes— como un cometido vital que bien merece realizarse a todo trance». Después de este párrafo, y tras una pausa que correspondería a la que se haría en un discurso público para tomar aliento, continúa: «La Austria germana debe volver al acervo común de la patria alemana, y no por razón alguna de índole económica. No, de ningún modo, pues, aun cuando en el caso de que esa unión considerada económicamente fuese indiferente o resultase incluso perjudicial, debería llevarse a cabo a pesar de todo. Pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común».[8]

Hitler había expresado una idea similar ya en la primera página del primer borrador de *Mi lucha*, escrito a máquina: «Me parece un feliz augurio que mi cuna...», rezaba aquel folio redactado a principios de mayo de 1924. Sin embargo, más adelante Hitler tachó aquellas palabras y las sustituyó por las siguientes: «Hoy no puedo sino sentir como un augurio feliz que mi cuna haya sido Branau. Esta pequeña ciudad se encuentra

precisamente en la frontera de esos dos estados alemanes cuya fusión se nos presenta —por lo menos a nosotros los jóvenes— como un cometido vital verdaderamente sublime». El final del segundo párrafo era prácticamente idéntico al que se editaría más adelante. Incluía también la primera tesis central, cuando aún ni siquiera se había llegado a la mitad de la primera página del cuerpo de texto: «Pueblos con sangre común corresponden a una patria común».[9]

A partir de este inicio construido de forma bastante hábil, Hitler describe sus orígenes, supuestamente humildes; su infancia temprana, marcada por la identidad austro-germana, y su rechazo hacia «Francia, el enemigo de siempre». Ya en la segunda página aparece la primera de esas digresiones que son tan características de la obra. En este caso es en relación con un acontecimiento relativamente cercano al momento en que se escribió el libro: la ejecución, a finales de mayo de 1923, de Leo Schlageter —nacionalista y autor de varios atentados con bomba— por parte de los soldados franceses en la Renania ocupada. De ese modo, Hitler conecta con las expectativas de su público, que conoce la figura del «héroe nacional» Schlageter a través de numerosos relatos adornados con tintes románticos. Después, sin transición alguna, Hitler vuelve al tema de su casa paterna, de su infancia marcada por los diversos traslados de su padre, Alois Hitler, de su juventud en Linz tras la jubilación de este último y de los deseos que el progenitor albergaba para el futuro de su hijo: «Se había decidido que estudiase».[10]

Sin embargo, como parecía que el bachillerato de Humanidades no era el adecuado para el talento del pequeño Adolf, Alois lo inscribió en el bachillerato de Ciencias, con idea de que siguiese después una carrera como funcionario. Pero, de acuerdo con el relato de *Mi lucha*, aquello no era en modo alguno lo que quería el hijo: «Por primera vez en mi vida, cuando apenas contaba once años, debí oponerme a mi padre. Si él era inflexible en su propósito de realizar los planes que había previsto, no menos implacable y porfiado era su hijo para rechazar una idea que poco o nada le agradaba: ¡Yo no quería llegar a ser funcionario![*] Ni los argumentos ni las advertencias "más serias" consiguieron modificar ni un ápice mi resistencia.

¡Yo no quería llegar a ser funcionario! ¡No, no y no!». Adolf se veía a sí mismo, al menos según cuenta, como artista o, más concretamente, como pintor. Sus aspiraciones irritaron al padre: «No mientras yo viva. ¡Jamás!», [*] fue su respuesta, de acuerdo con lo que relató más tarde su hijo. Hitler explica con este conflicto de objetivos su escaso éxito en el instituto de bachillerato científico de Linz. Solo le interesaban dos materias: geografía e historia del mundo, asignaturas en las que él era «el sobresaliente» de su clase. Desde la distancia que le permite tomar el paso del tiempo, Hitler hace balance de sus años de escuela: «Cuando ahora, después de transcurridos tantos años, hago un balance retrospectivo de aquella época, dos hechos me resaltan como los más importantes: 1.º Me hice nacionalista. 2.º Aprendí a comprender y a apreciar la historia en su verdadero sentido». [11]

En ese momento se produce la siguiente digresión, esta vez sobre la dinastía de los Habsburgo y la «antigua Austria». El hecho de crecer en un «estado de nacionalidades diversas» le había enseñado a distinguir entre «patriotismo dinástico» y «nacionalismo propio del pueblo»: «Desde aquel momento solo lo segundo existió para mí». Esta oposición llevó a Hitler —o así al menos lo contó él— a convertirse en un «joven revolucionario». A partir de su convicción de que «la seguridad inherente a la vida del germanismo suponía la destrucción de Austria», extrajo una sencilla conclusión: «Amor ardiente para mi patria austro-alemana y odio profundo contra el estado Austríaco».[12] Sin embargo, aquello no le impidió mudarse, inmediatamente después de la muerte de su madre, ocurrida a finales de 1907 —el padre ya había fallecido de forma repentina cuatro años antes—, a Viena, la capital de aquel estado Austríaco que, en teoría, rechazaba con tanta vehemencia por aquella época.

La impronta de Viena

En el segundo capítulo, titulado «Las experiencias de mi vida en Viena»,[*] se describen los años que pasó Hitler en aquella ciudad, mientras que en el

tercero se presentan las «reflexiones políticas sobre la época de mi permanencia en Viena». Ambos ocupan prácticamente un tercio del primer volumen. Hitler explica cómo llegó a la «base granítica» de su visión del mundo al abrir los ojos «frente a dos peligros que antes apenas si los conocía de nombre y que nunca pude pensar que llegasen a tener tan espeluznante trascendencia para la vida del pueblo alemán: el marxismo y el judaísmo.[13] En una mezcla de relatos concretos acerca de su propia vida en Viena —en su mayoría, eso sí, inventados, como la supuesta época en la que trabajó como obrero de la construcción— y de conclusiones generales, desarrolla, diferenciándolos estrictamente del compromiso social burgués y socialdemócrata, los principios del «socialismo nacional», del que posteriormente surgiría el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Hitler los vincula entonces, inseparablemente, a una amalgama de recuerdos sentimentales del período en el que se dedicaba a pintar postales, aunque calla las verdaderas causas de la modesta vida que había escogido para sí. Cada vez que se llega a un punto en el que el lector no tiene más remedio que hacerse preguntas sobre lo que se está contando, el texto se pierde en explicaciones generales y en insultos que, según los casos, se dirigen contra la burguesía, contra «los marxistas» o, más frecuentemente, contra «los judíos», como era de esperar. El segundo capítulo se cierra con una extensa disertación sobre la evolución de su autor hacia el antisemitismo radical. La impronta religiosa familiar se pone de manifiesto en el inesperado giro final de esta parte: «Por eso creo ahora que al defenderme del judío lucho por la obra del Supremo Creador».[14]

El tercer capítulo profundiza y diversifica las convicciones que ya se han expuesto, fundamentalmente. Detalla el rechazo de Hitler a esa construcción a partir de múltiples pueblos que representaba para él la monarquía de los Habsburgo, caricaturiza el funcionamiento del Parlamento de Viena y ataca a la «opinión pública», el «pernicioso poder en el estado[*]» que fomentaba determinados pareceres, «y esto incluso tratándose de casos de una mixtificación completa de las aspiraciones y tendencias que, de no dudar, existían en el sentir de la comunidad». Aquella «opinión pública» estaba marcada por la «prensa diaria, brutal, capaz de

toda villanía, que utiliza todos los medios para la calumnia y presenta[*] un virtuosismo único en el arte de mentir».[15]

Hitler dedica varias páginas a los antisemitas austríacos Karl Lueger y Georg Schönerer. Mientras que el primero tuvo bastante éxito, ya que durante trece años gobernó y modernizó Viena en calidad de alcalde, el segundo, que no solo era enemigo de los judíos, sino también nacionalista pangermanista, no consiguió atraer a un número relevante de seguidores. Hitler subraya, en cualquier caso, el fracaso de ambos: «Todo lo que Lueger emprendió en el terreno práctico, lo logró admirablemente; en cambio, no logró alcanzar lo que ansiaba como resultado. Schönerer no consiguió lo que deseaba, pero aquello que él temía se realizó en forma terrible. Así que ninguno de los dos llegó a coronar la finalidad perseguida. Lueger no pudo salvar la monarquía austríaca, ni Schönerer librar al germanismo en Austria de la ruina que le esperaba».[16] Con estas palabras, Hitler aclara que su aspiración es aplicar una política *völkisch*[*] y nacionalista siguiendo la estela de Schönerer y Lueger, pero que, a diferencia de ellos, lo hará de una forma correcta.

El traslado a Baviera

En cualquier caso, aquello no ocurriría en Austria, sino en Alemania, o, más concretamente, en Baviera. El cuarto capítulo lleva el sencillo título de «Múnich» y describe de una forma muy libre cómo Hitler se trasladó al otro lado de la frontera en mayo de 1913, así como los meses que siguieron hasta el estallido de la guerra mundial. Sin embargo, no dice nada acerca del verdadero motivo de su mudanza. No explica que huyó para no tener que prestar el servicio militar obligatorio en el ejército austrohúngaro. En lugar de ello, se dedica a cantar alabanzas a la «metrópolis del arte alemán». Asegura, lleno de ilusión, que «quien no conozca Múnich no podrá decir que ha visto Alemania. En modo alguno. Pero es que tampoco se conoce el arte alemán si no se ha visto Múnich».[*] Según afirma en el libro, aquella fue la época más hermosa de su vida: «Y si hoy tengo predilección por

Múnich, como por ningún otro lugar en el mundo, es sin duda porque esa ciudad está indisolublemente ligada a la evolución de mi propia vida».[17]

Al igual que en los capítulos anteriores, los episodios autobiográficos, contados rápidamente, sirven de marco para las reflexiones políticas generales. Con el traslado a Alemania, Austria no desaparece del todo del horizonte. De hecho, en este punto se aborda especialmente la política exterior del imperio de los Hohenzollern y, sobre todo, sus «falsas» alianzas. Con ello Hitler se refería, en primer lugar, a la estrecha relación con respecto al odiado estado plurinacional de la dinastía de los Habsburgo, que no podía sino molestarle, máxime si se tiene en cuenta que consideraba que los únicos aliados de confianza con los que se contaba en Austria eran los alemanes que residían en ella, muy diferentes de los húngaros, de los distintos pueblos eslavos y, naturalmente, de «los judíos». La verdad es que antes de 1914 el gobierno de Guillermo II había demostrado una lealtad incondicional al Imperio Austrohúngaro, aunque también es cierto que en los años inmediatamente anteriores a la primera guerra mundial no le había quedado otra alternativa: los conflictos de intereses entre Alemania y el resto de potencias europeas —no solo el «enemigo de siempre», esto es, Francia, sino también el imperio internacional que constituía Gran Bretaña, así como Rusia, el atrasado poder continental— habían adquirido una dimensión desmedida. Y aunque la situación político-estratégica no tenía por qué conducir forzosamente a una gran guerra europea, el enfrentamiento militar con alguno de esos estados parecía más que probable. Hitler ni siquiera se planteaba la posibilidad de provocar conflictos militares limitados, como en los tiempos de Bismarck: para él, la eterna lucha era el estado normal de las naciones. La estabilidad de la política interna y la delimitación de las fronteras externas no le interesaban en absoluto. Lo suyo eran las «leyes eternas de la voluntad de preservación», que eran muy sencillas: «La especie más fuerte expulsará a los débiles». La «humanidad de los individuos» no tiene ninguna importancia. Solo cuenta la «humanidad de la naturaleza», que «aniquila a los débiles para dejar espacio a los fuertes».[*] Aquella era una versión muy simplificada de las teorías políticas que tan populares se habían hecho entre

finales del siglo XIX y principios del XX: la aplicación de las conclusiones biológicas del investigador de la evolución Charles Darwin a las sociedades humanas. Pero Hitler va más allá en este darwinismo social al asegurar que la obtención de espacio vital[*] era algo imprescindible, un efecto supuestamente inevitable del crecimiento de la población: «Alemania cuenta anualmente con un aumento de población que asciende, más o menos, a 900.000 almas, de manera que la dificultad de abastecer la subsistencia de este ejército de nuevos súbditos tiene que ser año tras año mayor, para acabar un día catastróficamente si es que no se sabe encontrar los medios de prevenir a tiempo el peligro del hambre». Para resolver este problema, en *Mi lucha* señala cuatro posibles «caminos de la política alemana».

El primero es el del control estatal de la natalidad, siguiendo lo que ya se estaba aplicando en Francia. Se trata de «restringir artificialmente la natalidad y de este modo evitar una superpoblación». Hitler tiene razón al observar que, de acuerdo con los análisis estadísticos, la tasa de nacimientos entre las francesas antes de la primera guerra mundial era claramente inferior a la de las alemanas, con menos de dos niños por mujer. Y, de hecho, la demografía se desarrolló de un modo diferente en uno y otro país: mientras que entre 1870 y 1911 la población alemana aumentó en más de un 50 %, pasando de 40,8 a 65,4 millones, el número de franceses apenas pasó en el mismo período de 38,2 a 41,4 millones, lo que supone un incremento que no llega ni al 10 %. Sin embargo, ninguna política oficial del gobierno galo tuvo nada que ver con esta evolución. Todo lo contrario: el escaso crecimiento demográfico se contemplaba como una desventaja estratégica frente a Alemania. En cualquier caso, Hitler no considera que el control de la natalidad sea una posible solución para la catástrofe de la hambruna supuestamente inminente: «Esto quiere decir que quien crea asegurarle la existencia al pueblo alemán por medio de una limitación voluntaria de la natalidad automáticamente le roba a este el porvenir».[18]

El segundo camino es el de la «colonización interior». Con este término, Hitler se refiere a la implantación de una explotación más eficiente de las superficies agrícolas disponibles y al aumento de la densidad de la

población, es decir, a la tendencia del crecimiento de las ciudades. Para él esta vía no representa una alternativa, ya que contradice sus ideas tomadas del darwinismo social: «No obstante, para nosotros, los alemanes, la consigna de la "colonización interior" es fatal, porque refuerza la creencia de que se ha encontrado una forma legítima, de acuerdo con las ideas pacifistas, de "ganarse con el trabajo" una plácida y reposada vida». Quien difunde «tales razonamientos, que suponen un peligro mortal» es el enemigo natural de todo lo alemán: «el judío». Y quien acepte esas ideas está sepultando la posibilidad de aplicar una «política exterior realmente provechosa» y «con ella, el futuro del pueblo alemán».[*][19]

Así pues, Hitler está convencido de que hay que descartar los dos primeros «posibles caminos para la política alemana». Pero quedan otros dos: «Se pudo adquirir nuevos territorios para ubicar allí anualmente el superávit de millones de habitantes y de este modo mantener la nación sobre la base de la propia subsistencia. O bien decidirse a hacer que nuestra industria y nuestro comercio produzcan para el consumo extranjero, dando la posibilidad de vivir a costa de los beneficios resultantes». A estas dos soluciones al problema demográfico las denomina «la política territorial o la política colonial y comercial». El imperio de los Hohenzollern se había decidido por la última —y aquí vuelve Hitler al verdadero tema de la digresión del capítulo sobre Múnich—: «La más conveniente de ambas hubiera sido la primera».[20] Sin embargo, una «política territorial de este tipo no puede aplicarse, por ejemplo, en Camerún, sino que hoy solo resulta posible casi exclusivamente en Europa».[*] Las colonias en África, Asia o el Pacífico no solucionan nada: «En consecuencia, la única posibilidad hacia la realización de una sana política territorial radicaba para Alemania en la adquisición de nuevas tierras en el continente mismo», aun a costa de «una tenaz lucha».[21]

Para ello, el Reich necesita contar con un aliado. Preferiblemente Gran Bretaña. En ningún caso, desde luego, el Imperio Austrohúngaro. Con tal de sellar tal alianza entre la potencia marítima y la —como mínimo— segunda potencia terrestre de Europa, Hitler habría estado dispuesto a sacrificar mucho de lo que antes de la primera guerra mundial se había contemplado

como un símbolo de la ambición alemana de conseguir un «lugar bajo el sol»:[*] «Renunciar al comercio mundial y a las colonias, renunciar a una marina alemana de guerra y concentrar, en cambio, toda la potencia del estado en el ejército de tierra».[*] Es consciente de lo radical que es su propuesta: «Naturalmente que la consecuencia podría haber sido una momentánea limitación, pero se hubiera tenido la garantía de un porvenir grande y poderoso».[*][22] Aquella división del mundo entre dos, el reparto con el imperio británico, era el escenario que deseaba Hitler. Sin embargo, el *Führer* nunca se dio cuenta de que su idea era incompatible con la tradición del Reino Unido, que siempre buscaba mantener un equilibrio de fuerzas entre varias potencias, en lo posible cinco o seis. Por eso, tampoco se dio cuenta de que aquella idea ni siquiera se llegaría a debatir. La alternativa a una alianza con Gran Bretaña —el entendimiento con Rusia frente a la potencia mundial inglesa— habría sido posible en teoría, pero, dado que implicaba la alianza de dos potencias continentales, resultaría bastante más difícil.

Después de este profuso análisis geoestratégico, Hitler vuelve a sus reflexiones acerca de la política interna alemana, especialmente acerca de la legislación contra el socialismo que se adoptó en los tiempos de Bismarck. La «lucha contra el marxismo», como ya había afirmado en el capítulo sobre Viena, es decisiva. En este punto introduce un nuevo matiz en su convicción: «El problema capital para el porvenir de Alemania residía en la destrucción del marxismo». Según *Mi lucha*, hasta la política de alianzas aplicada por el gobierno de Berlín era uno de los efectos indirectos de la agitación marxista, simple y llanamente «una de las muchas consecuencias derivadas de la obra disociadora de esta doctrina». Esta percepción parece sorprendente si se tiene en cuenta la política internacionalista y contraria a la lealtad incondicional a la casa imperial de Viena por la que abogó el Partido Socialdemócrata (SPD) antes de la guerra. Pero Hitler defiende su tesis utilizando un argumento clásico de las teorías de la conspiración: «Lo espeluznante era precisamente el hecho de que el veneno marxista estaba minando casi insensiblemente la totalidad de los principios básicos propios de una sana concepción del estado y de la economía nacional, sin que los

afectados mismos se percatasen en lo más mínimo del grado extremo en que su proceder no era ya otra cosa que el reflejo de esa ideología que solía impugnarse enérgicamente».[23] Con esto se cierra, bruscamente, el capítulo sobre Múnich.

¿La impronta de la guerra?

En el quinto capítulo («La guerra mundial»), Hitler entra de lleno en el terreno de las experiencias directas de la mayoría de sus lectores potenciales. Sin embargo, pese a que los años transcurridos entre 1914 y 1918 dejaron una profunda impronta en casi todos sus contemporáneos, esta parte del libro es relativamente corta: apenas veintiuna páginas. Esta brevedad que presenta aquí *Mi lucha* contrasta con el auténtico aluvión de recuerdos de guerra que era la tónica dominante en el mercado editorial de los años veinte. Hitler relata los antecedentes de la crisis de julio, desencadenada por el atentado cometido en Sarajevo contra el archiduque Francisco Fernando, «amigo de los eslavos». También habla de su percepción de la *Augusterlebnis*,[*] del entusiasmo bélico del pueblo alemán en el verano de 1914. Un entusiasmo supuestamente ilimitado y que en apenas unas semanas se había convertido en un mito. De hecho, en el apartado «La lucha alemana por la libertad» escribe: «Sentí aquellas horas como una liberación de los enojosos sentimientos de la juventud». Y continúa asegurando: «No me avergüenzo de reconocer que, dominado por un vivo entusiasmo, me arrodillé y agradecí de todo corazón al cielo que me hubiese concedido la fortuna de haber vivido en aquella época».[*][24]

Inmediatamente se alistó como voluntario, aunque explica lo ocurrido de una manera muy libre. Pronto se incorporó como austrogermano al ejército bávaro, pero no explica por qué luchó en el bando del odiado imperio de los Habsburgo, combatiendo no solo a Francia y Rusia, sino también a Gran Bretaña. En lugar de detenerse a reflexionar al respecto —algo necesario, en vista de las afirmaciones que había hecho hasta ese momento—, se dedica a describir, en apenas una página y media, su primer

y único combate. Después se pierde en consideraciones generales sobre la vida del soldado. No aparecen comentarios más concretos sobre su propia intervención en el frente. Hitler debía de ser consciente de esta carencia, pero la enmascara con explicaciones acerca de la actuación de los «marxistas» durante la guerra y con reflexiones sobre la necesidad de combatir una ideología enemiga no mediante la «mera violencia», sino mediante las propias convicciones: «Todo intento de combatir una tendencia ideológica por medio de la violencia está predestinado al fracaso, a menos que la lucha no haya asumido el carácter de agresión en pro de una nueva concepción espiritual. Solo cuando están en abierta lucha dos ideologías puede el recurso a la fuerza bruta, empleada con persistencia y sin contemporización alguna, lograr la decisión en favor de la parte a la cual sirve». Ahí radicaba la causa del fracaso de todas las medidas antimarxistas adoptadas hasta entonces en Alemania y «la razón por la que falló y debió fallar a la postre la legislación de Bismarck en materia de socialismo. Se carecía de la plataforma de una nueva concepción ideológica por cuyo éxito se habría podido empeñar la lucha; pues, aquello de creer que la llamada «autoridad del Estado» o el lema «tranquilidad y orden» constituían la base apropiada para impulsar ideológicamente una lucha de vida o muerte podía solo caber en la proverbial "sabiduría" de altos funcionarios ministeriales». [25]

Según asegura más adelante, esta era ya su convicción «mucho antes de la guerra». De ese modo enlaza con el relato autobiográfico del quinto capítulo. Explica que nunca había militado en ninguno de los partidos políticos existentes porque no encontraba en ellos un «movimiento de opinión que fuese algo más que un simple partido "parlamentario", para «empeñar resueltamente la lucha contra la socialdemocracia». Es lo que manifestó de forma abierta ante sus compañeros. Y, según parece, aquella manifestación suya tuvo consecuencias: «Por primera vez surgió entonces en mi mente la idea de que un día me ocuparía tal vez de política. Y este fue justamente el motivo por el cual yo reiteraba en el pequeño círculo de mis amigos el propósito de que, pasada la guerra, actuaría como orador político, sin perjuicio de atender a mi trabajo profesional». Con una frase más, Hitler

refuerza el efecto de este pretendido anuncio: «Creo que hablaba muy en serio».[*][26]

Propaganda

«Orador»: esa es la palabra clave del siguiente capítulo, que, aunque solo ocupa doce páginas, merece una especial atención. Bajo el título «Propaganda de guerra», Hitler expone sus conclusiones acerca de la influencia que ejercieron los bandos de la contienda sobre las masas. Y hasta los críticos más acérrimos de *Mi lucha* coincidieron en considerar esta parte como la más interesante de todo el libro.[27] Porque Hitler habla aquí abiertamente, sin tapujos: «Durante la guerra, la propaganda era un medio para alcanzar el fin, y el fin era luchar por la existencia del pueblo alemán. Por eso, la propaganda solo podía juzgarse a partir de los principios válidos en ese contexto».[*] Cualquier valor estaba subordinado a este fin: «Según eso, las armas más crueles eran humanas, si es que su empleo determinaba la pronta consecución de la victoria; y en este orden buenos eran solo aquellos métodos capaces de contribuir a asegurarle a la nación la dignidad de su soberanía». Con la misma franqueza señala quién debe ser el objetivo de tales esfuerzos: «¿A quién ha de dirigirse la propaganda? ¿A la intelectualidad científica o a las masas, menos formadas? ¡Siempre deberá dirigirse exclusivamente a las masas! La propaganda no está pensada para la intelectualidad o para lo que hoy, desgraciadamente, se suele considerar como tal».[*][28]

Sorprende lo certero de estas afirmaciones, pese a que es evidente que Hitler no las expone de un modo reflexivo, sino instintivo. «La capacidad receptiva de la gran masa es sumamente limitada y no menos pequeña su facultad de comprensión; en cambio, es enorme su falta de memoria», añade. Por eso, para que una propaganda sea eficaz, deberá concentrarse en unos pocos puntos, que habrá que repetir como consignas, «hasta que el último hijo del pueblo pueda formarse una idea de aquello que se persigue». Esa era precisamente la receta que estaba detrás de la mayoría de los

discursos que pronunció tanto antes como después de escribir *Mi lucha* —discursos que, por otra parte, casi siempre improvisaba, inspirándose en una lista de palabras clave que llevaba consigo—. Como ejemplo, Hitler menciona la eficaz propaganda que desplegaron Gran Bretaña y Estados Unidos durante la primera guerra mundial. En ella, se presentaba a los alemanes como «hunos» o «bárbaros», lo cual tuvo importantes consecuencias, ya que los propios soldados tuvieron ocasión de confirmar aquella imagen cuando estaban luchando en el frente: «El arma más temeraria que hubiera podido emplearse contra ellos no les debía entonces parecer más que una comprobación de lo ya oído, acrecentándose de este modo su fe en la rectitud de las apreciaciones de su gobierno y ahondando por otra parte su furor y su odio contra el enemigo maldito». Frente a todo aquello, la propaganda alemana había supuesto un fracaso «debido a que no se hizo ni un solo análisis psicológico certero».[*][29]

Manteniendo esta lógica, en el siguiente capítulo (el séptimo), Hitler culpa a la propaganda aliada de haber tenido una responsabilidad fundamental en la «revolución» de 1918, que conllevó, una vez más, el desmoronamiento de los frentes y la derrota. Pero al hacerlo confunde las causas con las consecuencias. Según él, entre los soldados alemanes cundió el desánimo por culpa de las «cartas quejumbrosas» llegadas desde la patria y de las octavillas lanzadas desde los aviones enemigos, en las que se describía la miseria que se vivía en sus hogares. Analiza con desprecio cómo en 1916 cambió de forma generalizada la moral de la patria. Salta a la vista que ni se le pasa por la cabeza pensar que las verdaderas causas de aquel cambio —que, eso sí, describe con acierto— no radicaban en unas consignas propagandísticas falsas, sino en los problemas de suministro, que pronto dieron lugar a una verdadera hambruna, especialmente en las grandes ciudades.[30] En lugar de reconocerlo, asegura que los «marxistas» y, cómo no, los «judíos» se aprovecharon de la situación. Sostiene que Alemania estuvo a punto de ganar la guerra gracias a la ofensiva de 1918, pero que en aquel momento «se recurrió a un medio que parecía adecuado para sofocar de un golpe el ataque alemán de primavera, para imposibilitar la victoria: ¡se organizó la huelga de municiones!».[*][31] La verdad es que

esta exposición de los hechos tiene poco que ver con la realidad, ya que a partir de finales de enero los trabajadores de las fábricas de armamento de Berlín, Múnich y otras ciudades rara vez pasaron más de dos días en huelga. Además, desde el 6 de febrero de 1918 la producción se retomó a pleno rendimiento casi en todas las plantas. A esto hay que añadir que la ofensiva del noreste de Francia no empezó hasta seis semanas más tarde.

Alterando claramente el orden real de los acontecimientos, *Mi lucha* adorna los antecedentes de la revolución. Asegura que tras la capitulación de Rusia, recién dominada por los bolcheviques, los Aliados estaban derrotados: «De repente, los señores perdieron su descaro. Poco a poco, fueron comprendiendo algo aterrador. Su opinión sobre el soldado alemán había cambiado. Si hasta entonces podían haber visto en él a un loco condenado a la derrota, en aquel momento empezaron a contemplarlo como el destructor del aliado ruso».[*] Según su relato, cuando los soldados rasos franceses y británicos estaban ya dudando de sus posibilidades, la huelga de los trabajadores de la munición cambió los ánimos en Alemania: «En los pueblos enemigos reconfortó la fe en la victoria eliminando la desesperación enervante que cundía en el frente aliado». «Miles de soldados alemanes» tuvieron que pagarlo con sus vidas.[32]

O con su vista, como le pasó a Hitler durante un tiempo: a mediados de octubre de 1918, mientras en la patria los «miserables granujas del partido, traidores del pueblo» minaban la supuesta firmeza de la población, él se encontraba en el frente de Bélgica, «en medio de un incesante ataque de granadas de gas que duró varias horas».[*] La artillería francesa disparó entonces iperita, un veneno de contacto que contiene azufre y que, aunque solo acabó con la vida de una cantidad relativamente baja de soldados, causó en las tropas enemigas lesiones en la piel, especialmente en las mucosas, y un terrible sufrimiento. «Al amanecer, también yo fui presa de terribles dolores, que de cuarto en cuarto de hora se hacían más intensos. A las siete de la mañana, tropezando y tambaleándome, con los ojos ardiendo,[*] me dirigía hacia la retaguardia llevando aún mi último parte del campo de batalla. Algunas horas más tarde mis ojos estaban convertidos en ascuas y las tinieblas dominaban en torno mío». El soldado de primera Adolf Hitler

fue ingresado en el hospital militar de Pasewalk, en Pomerania. Según su propia descripción de los hechos, cuando acababa de experimentar una ligera mejoría y podía ya «distinguir vagamente los contornos de los objetos», estalló la revolución.[33]

El 10 de noviembre de 1918, un sacerdote informó a los pacientes de aquel centro hospitalario de que la casa de los Hohenzollern había abdicado la víspera y se había proclamado la república. Veinticuatro horas más tarde, la noticia del armisticio desató la mayor de las cóleras en Hitler: «Todo había sido, pues, inútil; en vano todos los sacrificios y todas las privaciones; inútiles los tormentos del hambre y de la sed durante meses interminables; inútiles también todas aquellas horas en que, entre las garras de la muerte, cumplíamos, a pesar de todo, nuestro deber; infructuoso, en fin, el sacrificio de dos millones de vidas. ¿No deberían abrirse las tumbas de los cientos de miles de hombres que, creyendo en la patria, habían partido a la guerra para nunca más volver?».[*] El *Führer* culpó de todo aquello al «marxismo» y, por supuesto, a «los judíos». El dolor de sus ojos lesionados no era nada frente a la desesperación por la capitulación *de facto*. Hitler escribe: «Durante aquellas vigilias germinó en mí el odio contra los promotores del desastre». De repente, su propio futuro le pareció insignificante, en comparación con el destino de Alemania. Y sintió que aquello confirmaba las inquietudes que, según aseguraba, ya había sentido en el pasado: «Al fin comprendí que había ocurrido lo que tanto había temido y que, instintivamente, nunca pude creer».[*] Aquellas horas amargas, según consta en *Mi lucha*, fueron el punto de inflexión en la vida de Adolf Hitler: «¡Había decidido dedicarme a la política!».[34]

El camino hacia la política

Los dos capítulos siguientes, titulados «La iniciación de mi actividad política» y «El Partido Obrero Alemán» (precursor directo del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán), son los más breves del primer volumen. Mientras que en el noveno capítulo se exponen —aunque de un

modo poco fiel a la realidad— los primeros contactos de Hitler con aquel pequeño grupo político de Múnich y, más concretamente, su acercamiento a él y su posterior afiliación, los episodios autobiográficos del octavo capítulo son, fundamentalmente, el marco de una digresión sobre «los programáticos y los políticos», los dos tipos fundamentales de activistas de partido. A través de sus reacciones ante una ponencia del ideólogo *völkisch* Gottfried Feder sobre cuestiones económicas, Hitler explica la diferencia que, en su opinión, existe entre ambos: «El programático de un movimiento establece el objetivo del mismo; el político aspira a realizarlo».[*] Por eso, el primero «se subordina en su modo de pensar a la verdad eterna», mientras que el segundo somete su manera de obrar «a la realidad práctica». En esencia, esta diferenciación entre programáticos y políticos se corresponde con la que existe entre teorizantes y prácticos, aun cuando no se llegue a expresar de una forma tan evidente en *Mi lucha*. La idea queda aún más clara en dos frases con las que Hitler deja patente la idea que tenía de sí mismo: «A lo largo de extensos períodos de la humanidad puede ocurrir que el político se case con el programático. Cuanto más íntima sea esta fusión, mayor será la resistencia que surja ante el obrar del político».[*][35]

A continuación, aporta un ejemplo de unión de lo programático con lo político: «El objetivo por el cual tenemos que luchar es el de asegurar la existencia y el incremento de nuestra raza y de nuestro pueblo; el sustento de sus hijos y la conservación de la pureza de su sangre; la libertad y la independencia de la patria, para[*] que nuestro pueblo pueda llegar a cumplir la misión que el Supremo Creador le tiene reservada», lo que, en resumen, significa: «Para mí y para todos los verdaderos nacionalsocialistas no existe más que una doctrina: pueblo y patria».[*][36]

La imagen del enemigo

Mi lucha aborda esta cuestión en los capítulos décimo y undécimo, partiendo de numerosos ejemplos. Se trata de dos largas secciones, de un total de 117 páginas, sobre «las causas del desastre» de 1918 y «el pueblo y

la raza».[*] Ambas reproducen lo que Hitler ya venía explicando desde páginas anteriores, aunque con ligeras variaciones y con mucho mayor detalle. Entre los abundantes temas expuestos se incluye el supuesto efecto destructivo de los periódicos alemanes durante el imperio alemán y la guerra: «La labor de la llamada prensa liberal fue obra de los sepultureros del pueblo alemán y del Reich». Sin embargo, la Administración no opuso resistencia alguna ante aquello: «Pero ¿qué hizo el Estado ante semejante envenenamiento colectivo de la nación? Nada, absolutamente nada. Unos ridículos decretos y algunas penas impuestas por infamias en extremo graves. ¡He ahí todo!». Para Hitler, la libertad de prensa no es más que un medio para «mentir y envenenar impunemente al pueblo»;[*] una interesante observación, en vista de las afirmaciones sobre la propaganda que había incluido en el capítulo sexto.[37]

Mi lucha dedica diez páginas a hablar de la sífilis y de la principal vía de propagación de esta enfermedad venérea: la prostitución. Las razones del aumento de la sífilis se deben buscar, asegura Hitler, en «la judaización de la vida de nuestras almas y la comercialización de nuestro impulso sexual», que «tarde o temprano destruirán a toda nuestra descendencia», dado que, «en lugar de que nazcan hijos fuertes a partir de un sentimiento natural, habrá lamentables manifestaciones de conveniencia económica».[*][38] Este pasaje ha llevado a los lectores críticos a especular con la posibilidad de que Hitler analizase la situación movido por alguna experiencia amarga, en concreto por haber contraído la enfermedad en un burdel para soldados durante la guerra mundial.[39] Sin embargo, los resultados de las pruebas médicas que le practicaba regularmente su médico de cabecera —y que, por supuesto, se mantenían bajo estricto secreto— no hacen pensar que así fuera.[40]

El décimo capítulo aborda, con un salvaje *staccato*, varios temas: la crisis del teatro alemán, la degeneración de las ciudades y la ausencia de edificios estatales contemporáneos de carácter monumental que pudieran compararse con los que se construyeron en la Antigüedad, en la Edad Media o a principios del siglo XIX, según una tradición que había desaparecido en época reciente: «Si Berlín llegara a conocer el mismo

destino que Roma, lo que las generaciones futuras admirarán como las obras más majestuosas de nuestro tiempo, como la expresión característica de la cultura de nuestros días, serán los grandes almacenes de algunos judíos y los hoteles de determinadas empresas».[*] Ya no se creaban obras para la eternidad, sino que solo se pensaba en la necesidad del presente: «De este modo, en nuestras ciudades actuales falta el símbolo sobresaliente de la comunidad popular. No es de extrañar que en las ciudades la comunidad no vea ningún símbolo de sí misma. La consecuencia será un despoblamiento que, en la práctica, se traducirá en una ausencia total de participación de los habitantes de las metrópolis de hoy en el destino de sus ciudades».[*][41]

Sin transición alguna, *Mi lucha* pasa a continuación a criticar duramente —una vez más— el parlamentarismo y a atacar la equivocada política de construcción naval que se aplicó durante el imperio alemán y con la que se intentó superar a Gran Bretaña en cantidad, en lugar de en calidad técnica. Y todo ello, pese a que en el cuarto capítulo se había cuestionado la utilidad de una flota de guerra alemana... Pero estas contradicciones no suponían un problema para Hitler. Es posible que ni siquiera se diera cuenta de ellas. Unas pocas páginas más adelante, estaba ya en el siguiente tema: las alabanzas al ejército de tierra, el «baluarte de la libertad de nuestro pueblo frente al poder de la bolsa». Como excombatiente, Hitler lo tenía claro: «Lo que el pueblo alemán le debe al ejército se resume en una sola palabra: todo».[42] Tras un elogio general a la autoridad del estado y al aparato de funcionarios del imperio alemán, reconoce que también otros países padecen problemas parecidos a los de Alemania y concluye que estos no son la única causa del desastre de 1918. En la transición hacia el undécimo capítulo, sobre «el pueblo y la raza», Hitler vuelve a «la última y más profunda de las causas que determinaron la ruina del Imperio»: no haber reconocido «el problema racial» y su peso en la historia. Porque no existen casualidades en la «vida de los pueblos», sino «procesos naturales del instinto de supervivencia».[*][43]

Para que los lectores de *Mi lucha* comprendan las bases de su pensamiento racista, Adolf Hitler establece paralelismos con el reino

animal: «Basta la observación más superficial para demostrar cómo las innumerables formas de la voluntad creadora de la Naturaleza están sometidas a la ley fundamental inmutable de la reproducción. Todo animal se apareja con un congénere de su misma especie: los carboneros con los carboneros, los pinzones con los pinzones, las cigüeñas con las cigüeñas, los ratones de campo con los ratones de campo, los ratones domésticos con los ratones domésticos, los lobos con los lobos».[*] Solo circunstancias extraordinarias, como la cautividad, pueden alterar esa ley. Pero en tales casos la naturaleza se rebela, por ejemplo a través de la pérdida de la capacidad para reproducirse. Esta argumentación, sin embargo, contradice el núcleo de su pensamiento racista, según el cual la unión continuada de los supuestos «arios cualitativamente superiores» con supuestos «judíos cualitativamente inferiores» —una unión que, de acuerdo con su equivocada comparación con el mundo animal, debería ser imposible— tendría consecuencias funestas. Es evidente que Hitler no reparó en la incompatibilidad de ambas ideas, ya que un poco más adelante escribe lo siguiente: «Todo cruzamiento de dos seres cualitativamente desiguales da un producto de término medio entre el valor cualitativo de los padres», algo que va en contra de «la voluntad de perfeccionar la vida que tiene la naturaleza».[*] En el darwinismo social que marcaba el pensamiento de Hitler estaba claro: «Para ello, es imprescindible impedir la unión de seres cualitativamente superiores y seres cualitativamente inferiores y lograr la plena victoria de los primeros. El más fuerte debe imponerse y no mezclarse con el más débil».[*][44]

La raza aria, muy fuerte —incluso la más fuerte—, era «el Prometeo de la humanidad, de cuya luminosa frente brotó el destello divino del genio en todas las épocas».[*][45] A lo largo de una docena de páginas, Hitler habla de sus virtudes. Sin embargo, advierte de que, pese a su superioridad, su papel de «creadora de la cultura» corre peligro, y no solo por la acción de «razas» de menor valor, sino, fundamentalmente, por los «judíos» y su «egoísmo», que, a través de diversos métodos, están minando la supremacía natural del «ario». Tampoco esta idea se corresponde con el principio del darwinismo social según el cual la victoria de los más fuertes sobre los más

débiles es inevitable. Pese a todo, «los judíos» se presentan como origen de todos los retos a los que se enfrenta el «ario», ya sea la masonería o el marxismo, los sindicatos o el capital financiero internacional. Para Hitler, el ataque organizado contra la «raza aria» estaba dirigido desde Palestina. «Los judíos» no pensaban en modo alguno «construir un estado judío para vivir en él. Solo desean contar con una organización central para su fraude internacional, que posea derecho de soberanía y esté a salvo del ataque de otros estados: un refugio para granujas convictos y una escuela para futuros maleantes».[*][46]

Hitler va incluso más allá en su obsesión antisemita: «Ahora empieza la gran revolución, la última revolución. En la medida en que los judíos se hagan con el poder político, se irán despojando de las pocas máscaras que aún les quedan. El judío democrático del pueblo se convertirá en un judío de sangre, tirano de los pueblos. En pocos años, tratará de aniquilar a los portadores de la inteligencia de la nación y, arrebatando a los pueblos el liderazgo espiritual que por naturaleza les corresponde, los condenará al destino del esclavo permanentemente sometido».[*] Eso sí, según asegura más adelante *Mi lucha*, al actuar de ese modo también el judaísmo se condena a sí mismo a la ruina: «El final, sin embargo, no será solo el final de la libertad de los pueblos sometidos al judío, sino también el final de estos parásitos de los pueblos. Una vez muerta la víctima, el vampiro tarde o temprano tiene que morir».[*][47] En contraste, Hitler presenta su idea: un movimiento que no solo detenga «la decadencia del pueblo alemán», sino que, además, siente las nuevas bases de «un organismo propio de nuestro pueblo», en lugar de un «mecanismo de expectativas e intereses económicos extraño a nosotros». En definitiva, «un estado germánico de la nación alemana».[48]

El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán

El último capítulo del primer volumen de *Mi lucha* describe, según anuncia su título, «la primera fase del desarrollo del Partido Nacionalsocialista

Obrero Alemán». El objetivo principal era la «nacionalización de las masas» tras la derrota de 1918, lo que, desde luego, exigía la construcción de una organización de partido, que, a su vez, necesitaba, como era natural, un líder —al igual que los soldados necesitan a sus oficiales en el campo de batalla—. Y ese líder debía poseer una personalidad con capacidad para dirigir e impulsar el avance: «Para ser *Führer* se requiere capacidad y no únicamente entereza, sin olvidar, empero, que debe darse mayor importancia a la fuerza de voluntad y de acción que a la genialidad en sí. Lo ideal pues será la conjunción de las condiciones de capacidad, decisión y perseverancia». Lo determinante no es la cantidad de afiliados al partido, se advierte en el libro, sino la intensidad de sus convicciones. Hitler rechaza establecer coaliciones con otros grupos si el único fin que se persigue con ello es conseguir un aumento estadístico, ya que esos acuerdos exigen hacer concesiones. En contra de este proceder, sostiene: «La magnitud de toda organización poderosa, que encarna una idea, estriba en el religioso fanatismo y en la intolerancia con que esa organización, convencida íntimamente de la verdad de su causa, se impone sobre otras corrientes de opinión». Un movimiento de este tipo incluso gana mucho con el rechazo del exterior: «Cualquier persecución solo servirá para reforzarnos internamente».[*][49]

Sin embargo, antes de todo ello, el Partido Obrero Alemán, como se denominaba inicialmente la organización, tenía que enfrentarse a otras dificultades: «Nada nos había hecho sufrir más, en la primera época de la formación de nuestro movimiento, que el que nuestros nombres fuesen desconocidos y sin importancia para la opinión pública, hecho que desde luego ponía en duda la posibilidad de nuestro éxito».[50] A las primeras asambleas solo acudieron unas veinticinco personas, y cuando su número aumentó hasta superar el centenar, los titubeantes fundadores de la formación, Karl Harrer y Anton Drexler, contemplaron aquello como un riesgo. De acuerdo con *Mi lucha*, Hitler demostró sus dotes como orador y pronto se convirtió en la principal figura del pequeño grupo: «A principios del año 1920 induje a organizar el primer mitin. Hubo diferentes opiniones al respecto. Algunos dirigentes del partido consideraban que todavía era

demasiado pronto y que las consecuencias serían fatales».[*] Pese a todo, el 24 de febrero de 1920 tuvo lugar aquel mitin, bajo la dirección de Hitler, en el salón de celebraciones de la cervecería muniquesa Hofbräuhaus, ante unos dos mil espectadores. Allí se presentó el programa del nuevo movimiento, dividido en veinticinco puntos, así como el nuevo nombre de la formación, más completo que el anterior: Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Con esta escena termina, tras más de cuatrocientas páginas, el primer volumen de *Mi lucha*.

La redundancia como principio

Precisamente aquí se enlaza con el segundo volumen, en el que el marco de las abundantísimas digresiones no serán ya los episodios de la trayectoria personal de Hitler, sino el programa del Partido Nacionalsocialista. A lo largo de quince capítulos, se exponen diversas reflexiones acerca de la «ideología», del «Estado», de la diferencia entre «súbditos» y «ciudadanos», de la «importancia del discurso» y de otros temas. Muchas de estas ideas aparecían ya en el primer volumen. En realidad, se trata fundamentalmente del mismo contenido, aunque ahora se le añaden nuevos matices. Es lo que ocurre, por ejemplo, en el primer capítulo del segundo volumen: «Toda concepción ideológica, por mil veces justa y útil que fuese para la humanidad, quedará prácticamente sin valor en la vida de un pueblo mientras sus principios no se hayan convertido en el escudo de un movimiento de acción». En esencia, se trata de la misma afirmación que Hitler había expuesto en la última página del capítulo «La guerra mundial», del primer volumen.[51] En paralelo al capítulo «Las causas del desastre», también del primer volumen, el capítulo «El Estado», del segundo, se lamentaba: «Por desgracia, nuestro pueblo alemán ya no se basa en un núcleo racial homogéneo».[*][52] En este punto también se vuelve a recoger y a explicar la primera de las tesis de *Mi lucha* («Pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común»), aunque ahora con las siguientes palabras: «El Reich alemán, como Estado, tiene que abarcar a

todos los alemanes e imponerse la misión, no solo de cohesionar y de conservar las reservas más preciadas de los elementos raciales originarios de este pueblo, sino también la de conducirlos, lenta y firmemente, a una posición predominante».[53] Esta formulación no sorprende por su contenido, pero resulta mucho menos impactante que la anterior. Lo mismo cabe decir en cuanto a la observación «todo cruzamiento de razas conduce fatalmente, tarde o temprano, a la extinción del producto híbrido»: se trata de una repetición de una idea que aparecía en el capítulo «El pueblo y la raza», del primer volumen.[54]

En el segundo volumen, Hitler entra en los detalles de la política de educación y juventud de su movimiento. Su objetivo en un «estado *völkisch*» debe ser conceder «mucho más tiempo» a la «educación física». «El cerebro juvenil» no ha de ser «sobrecargado» intelectualmente con lastres que, «de acuerdo con la experiencia, solo retendrá en una mínima parte: en la mayoría de los casos, datos menores e innecesarios, en lugar de lo esencial».[*] En esas palabras se adivina ese típico escepticismo profundo que suele mantener con respecto a la enseñanza alguien que ha abandonado la escuela. Naturalmente, esta idea aparecía ya en el primer volumen, aunque expresada con otras palabras: «La educación, por ejemplo, debe tender a que el tiempo libre de que dispone el educando sea empleado en un provechoso entrenamiento físico». El estudiante no tiene derecho a haraganear, sino que debe «fortalecer su joven organismo para que ... la vida no lo encuentre desprevenido». Esa era la principal tarea de la educación de los jóvenes, y no «insuflar eso que se conoce como sabiduría».[*][55]

Al igual que hizo en el primer volumen, en el segundo Hitler ataca a «los judíos», a los «marxistas», a los parlamentarios y fundamentalmente también a la prensa. Aplica sus ideas sobre la propaganda al discurso, instrumento esencial para influir en las masas. En el capítulo titulado «La guerra mundial» y en el de «La revolución», censuraba el ánimo derrotista, por ejemplo en el episodio sobre el hospital militar de Beelitz. En este segundo volumen, culpa a los desertores, «que pueden dar la espalda al frente sin mayor riesgo» y establece el principio de un ejército dentro del

estado *völkisch*: «El desertor ha de saber que la deserción le acarreará precisamente aquello de lo que quiere huir. En el frente se puede morir; como desertor, se tiene que morir».[*][56] A lo largo de diez páginas relata lo ocurrido entre noviembre y diciembre de 1918, es decir, la verdadera revolución, que, de todas formas, ya había descrito detalladamente en el primer volumen.

La verdad es que son pocas las ocasiones en las que Hitler reconoce a sus lectores que ya ha abordado determinados temas en capítulos anteriores de *Mi lucha*. Lo hace, por ejemplo, en el capítulo 13 del segundo volumen: «En la primera parte de este libro he impugnado la deficiencia de nuestra política aliancista de la anteguerra», y a continuación parafrasea sus propias afirmaciones, aunque no de un modo completamente correcto: «De las cuatro posibilidades de entonces, que tendían a la conservación y el sustento del pueblo alemán, se había elegido la última, que era la peor de todas. En lugar de una sana política territorial en Europa se optó por una política colonial y comercial». En realidad, en el pasaje correspondiente del capítulo «Múnich», del primer volumen, esta posibilidad no se contemplaba como la «peor». Todo lo contrario: se presentaba como manifiestamente mejor que otras dos vías aún menos adecuadas, el «control de la natalidad» y la «colonización interior».[57] De todas formas, aunque Hitler no reprodujese correctamente los detalles que había formulado dos años antes, la conclusión era la misma: «El movimiento nacionalsocialista debe intentar resolver el desequilibrio que existe entre la población y la superficie del territorio, entre nuestro pasado histórico y la falta de perspectivas de nuestra impotencia en el presente».[*][58]

Hitler expresa su opinión sobre la política exterior que considera adecuada para el Reich alemán, entrando aquí en más detalles que en el primer volumen: lo ideal, asegura, sería forjar una alianza con Italia y Gran Bretaña, mientras que Francia seguiría siendo, inmutablemente, un enemigo eterno. En ese panorama, los intereses estarían perfectamente delimitados: Londres se concentraría en ultramar; Italia, en el Mediterráneo, y Alemania, en el continente europeo. No merecía la pena derramar sangre para librar una guerra revisionista con el fin de recuperar las fronteras de 1914. Hitler

pensaba más a lo grande: «Frente a todo esto, los nacionalsocialistas tenemos que sostener inquebrantablemente nuestro objetivo de política exterior, que es asegurarle al pueblo alemán el suelo que en el mundo le corresponde. Y esta es la única acción que ante Dios y ante nuestra posterioridad alemana puede justificar un sacrificio de sangre». Dado que las fronteras no vienen dictadas por la naturaleza —sostiene— tampoco se puede garantizar por siempre su mantenimiento. Si un pueblo domina un espacio superior al de otro, ello no es sino una prueba de «la fuerza de los conquistadores y la impotencia de los conquistados». De esta reflexión propia del darwinismo social, Hitler deduce: «Y solo en esa fuerza reside el derecho de posesión».[59]

Hitler señala que esta nueva política exterior, en la que no se admitirán reparos sentimentalistas, debe tener una dirección precisa: el Este. Formula con meridiana claridad la aspiración de su movimiento: «Nosotros, los nacionalsocialistas, hemos puesto deliberadamente punto final a la orientación de la política exterior alemana de la anteguerra. Ahora comenzamos allí donde hace seis siglos se había quedado. Detenemos el eterno éxodo germánico hacia el sur y el oeste de Europa y dirigimos la mirada hacia las tierras del este. Cerramos al fin la era de la política colonial y comercial de la anteguerra y pasamos a orientar la política territorial alemana del porvenir». Esa era la idea del espacio vital en el Este que se expresaba ya en el primer volumen, en el que Hitler había explicado que, en esencia, en Europa solo era posible ganar terreno «a costa de Rusia». El único problema, eso sí, es que aquí hay una confusión en cuanto a la perspectiva histórica: en lugar de partir del supuesto «eterno éxodo germánico hacia el sur y el oeste» —con el que se refiere a las migraciones de la Antigüedad tardía—, enlaza con un ejemplo opuesto, el de la Orden Alemana de la Edad Media, cuyos caballeros conquistaron «con la espada», en Prusia Oriental y en la región del Báltico, «la tierra para el arado alemán, el pan de cada día para la nación».[*][60]

La bandera de cruz gamada

Pero, como es lógico, el segundo volumen también contiene muchos apartados que no aparecen en el primero. Es el caso, sobre todo, de la evolución de los símbolos del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, que no había encontrado cabida en la primera parte, dado que su autor quiso que esta llegase solo hasta el 24 de febrero de 1920. Hitler también describe con todo lujo de detalles la creación y la labor de las SA, hasta bien entrado el año 1923, y se pronuncia sobre cuestiones estructurales del movimiento, como, por ejemplo, la conveniencia de que exista una representación de los trabajadores dentro del nacionalsocialismo. En cuanto a la creación futura de un nuevo estado que se apoyase del mejor modo posible en instituciones ya existentes, su postura estaba clara: tales instituciones eran necesarias, pero de un modo diferente al que tradicionalmente se había considerado. «El sindicato nacionalsocialista no es un órgano de la lucha de clases, sino un órgano de representación profesional».[*] Esa era la función que había tenido en su origen, hasta que el «judío internacional» hizo de los sindicatos «un instrumento para su lucha de clases».[61]

Hitler describe en detalle cómo la cruz gamada se convirtió en el símbolo central del nacionalsocialismo. Como era lógico, utilizar la odiada bandera negra, roja y dorada de la democracia como símbolo de su movimiento ni se le pasaba por la cabeza. Según explica en *Mi lucha*, también se descartaron ciertas propuestas que se presentaron dentro del partido, como, por ejemplo, una bandera completamente blanca u otra blanca y azul. El propio Hitler se inclinaba por elegir la antigua bandera negra, blanca y roja del imperio alemán, aunque no en su formato habitual, sino completada con el símbolo de los círculos *völkisch* y de extrema derecha, así como de los Freikorps:[*] la cruz gamada. Al principio se improvisó un borrador en el que este tradicional símbolo del sol aparecía incluido en las franjas blancas de la bandera del káiser, pero el resultado no gustó a Hitler. Tampoco le convenció el boceto que presentó Friedrich Krohn, un dentista oriundo de Starnberg que se sumó al movimiento nacionalsocialista desde el primer momento. En su propuesta, la cruz gamada aparecía, inclinada hacia la izquierda, sobre la bandera negra,

blanca y roja. El jefe del partido se vio obligado a intervenir e impuso sus propias ideas: «Yo mismo, después de innumerables ensayos, logré precisar una forma definitiva: sobre un fondo rojo, un disco blanco y en el centro de este, la cruz gamada en negro. Igualmente, después de largas experiencias, pude encontrar una relación apropiada entre la dimensión de la bandera y la del disco y entre la forma y el tamaño de la esvástica. Y así quedó».[62]

Las observaciones de Hitler sobre los derechos de los ciudadanos son brevísimas: apenas cuatro páginas. De hecho, se trata, con diferencia, del capítulo más corto: «En general, la institución que hoy erróneamente se llama "Estado" distingue solo dos clases de individuos: los ciudadanos y los extranjeros». Así resume la situación jurídica. A continuación, sin embargo, establece una importante diferencia, fruto directo de su pensamiento racista: «El estado *völkisch* clasifica a sus habitantes en tres grupos: ciudadanos, súbditos y extranjeros».[*] En principio, el nacimiento daría derecho a disfrutar únicamente de la calidad de súbdito, pero no de la de ciudadano. Solo tras la prestación del servicio militar se podrá «conceder solemnemente la nacionalidad alemana a los súbditos».[*][63] Aquello se correspondía con las reclamaciones típicas de los antisemitas alemanes y también encontró cabida en el programa de veinticinco puntos del Partido Nacionalsocialista, que establecía: «Solo los compatriotas podrán ser ciudadanos. Se considerará compatriota única y exclusivamente a quien sea de sangre alemana, independientemente de su confesión. En consecuencia, ningún judío podrá ser considerado como compatriota».[64] Básicamente era el mismo planteamiento que el de la Ley de Ciudadanía del Reich, de 15 de septiembre de 1935, que formaba parte de las tristemente célebres Leyes Raciales de Núremberg: «Se considerará ciudadano del Reich única y exclusivamente a los súbditos alemanes o a aquellos individuos de sangre afín que demuestren con su comportamiento que están dispuestos a servir con lealtad al pueblo alemán y al Reich y reúnan las condiciones para hacerlo. El derecho de ciudadanía se adquirirá una vez recibida la carta en la que se certifique el reconocimiento como ciudadano del Reich».[65]

Mi lucha es un libro caótico y, al mismo tiempo, sumamente repetitivo. Es cierto que Hitler mantiene el marco externo: el primer volumen

constituye un relato autobiográfico que se extiende hasta la creación del Partido Nacionalsocialista; el segundo es una exposición más o menos sistemática de sus objetivos políticos y de su trayectoria entre 1920 y 1923. Sin embargo, la enorme cantidad de digresiones y divagaciones que contiene merma su estructura. En general, lo único que queda claro son dos aspectos fundamentales que quiso expresar su autor: su antisemitismo radical, con fantasías de aniquilación, y su sensación de estar llamado a asegurar un futuro al pueblo alemán a través de la conquista de espacio vital en el Este, lo que se conseguiría tras lograr el anhelado (aunque nada realista) entendimiento con Gran Bretaña.

Los orígenes

> Dentro de su caótica banalidad, la historia de los orígenes de *Mi lucha* parece ser un fiel reflejo de la formación de la ideología de Hitler.
>
> OTHMAR PLÖCKINGER, historiador[1]

Leyendas oficiales

Que algo sea verdadero o falso no depende de la cantidad. Aquello que se ha imprimido cientos de miles de veces, que han creído millones de personas y que se ha vuelto a contar en innumerables ocasiones no tiene por qué ser cierto. Pero si una afirmación está lo suficientemente bien inventada, es decir, se ha formulado de una manera sencilla y coincide con las ideas generales, puede adquirir vida propia y acabar propagando a lo largo de generaciones y generaciones su pretendida verdad.[2]

Es lo que ha ocurrido, de hecho, con la historia sobre cómo surgió *Mi lucha* y, especialmente, sobre quién escribió en realidad el primer volumen entre 1924 y 1925. En 1938, la editorial Eher publicó una extensa tirada de un folleto publicitario sobre «el libro de los alemanes». El motivo: el número total de ejemplares impresos en alemán había superado el umbral de los cuatro millones. En aquel texto, su autor, no identificado, hablaba de la evolución de las ventas en Alemania y de las traducciones —de las que se reproducía la mayoría de las portadas— que ya se habían publicado. «La obra del *Führer* —ese era el mensaje—, difundida por todo el planeta, ayudará a que los pueblos comprendan al pueblo alemán, que con tanto esfuerzo lucha por su libertad en la posguerra.» Además, se explicaba muy

brevemente cómo había surgido el libro y se hablaba del ingreso de Hitler en la prisión de Landsberg, en 1924, para cumplir condena por alta traición; una circunstancia que, de acuerdo con la «firme opinión» de la prensa de la época, había «asestado un golpe mortal» al Partido Nacionalsocialista. También se destacaba su perseverancia y las «manifestaciones de lealtad» de sus seguidores, que «mostraron con toda claridad que el movimiento velaba por su cohesión». El folleto continuaba: «Muchos compañeros de partido, encarcelados junto con Adolf Hitler, observaron día tras día cómo él se fue retirando, cómo pasaba horas enteras sin hablar con nadie. Tampoco había forma de ver a Rudolf Heß, su compañero de lucha. Y, sin embargo, desde las dependencias del *Führer* llegaba el sonido de su voz, que dictaba algo con un tono monótono. Nadie sospechaba por aquel entonces que el *Führer* estaba haciendo un balance general de la lucha vital que había librado hasta entonces; que estaba distanciándose para siempre de todos sus enemigos y que, con una claridad sin precedentes, estaba poniendo por escrito los principios y objetivos de su movimiento. Estaba naciendo el libro *Mi lucha*».[3]

Este relato no constituyó un hecho aislado. Ya en la obra *Der Führer* («El *Führer*»), editada por el jefe de las Juventudes Hitlerianas Baldur von Schirach y escrita por el poeta nacionalsocialista Eberhard Wolfgang Möller —y de la que, bajo el eslogan de «el regalo de Navidad para los jóvenes alemanes», se vendió medio millón de ejemplares— se aseguraba: «En la reclusión en la prisión de Landsberg, el *Führer* creó el mayor libro de todos los libros alemanes: *Mi lucha*. Pero no lo escribió directamente, sino que se lo dictó a Rudolf Heß. El resultado no es ni un producto oral ni un producto escrito. Es el pensamiento en sí, que toma forma».[4] Poco después de su publicación, a finales del otoño de 1938, la obra de Möller fue retirada del mercado por exigencias de la Comisión de Control del Partido. La causa no fue este pasaje, desde luego, sino decenas de relatos que, según la formación nacionalsocialista, eran inadecuados y entrañaban «el peligro de que se difunda una idea *kitsch* de la gran lucha y la imagen del propio *Führer*».[5]

La historia acerca de cómo Hitler dictó *Mi lucha* a su compañero Rudolf Heß apareció por primera vez en formato de libro en *Hitler hinter Festungsmauern. Ein Bild aus trüben Tagen* («Hitler tras los muros de la prisión. Una imagen de los oscuros días»), una obra escrita a toda prisa, probablemente en la primavera de 1933, por Otto Lurker, antiguo guardián de la cárcel de Landsberg. En aquel cuadernillo de apenas ochenta páginas hablaba de las ocupaciones del privilegiado preso: «Por aquella época empezó también a preparar el primer volumen de su libro *Mi lucha*. Las teclas de la máquina de escribir resonaban todo el día y buena parte de la noche. Se podía oír cómo dictaba en aquella estrecha estancia a su amigo Rudolf Heß».[6] También los países anglófonos recibieron esta versión, aunque a través de una biografía semioficial de Hitler que Heinz A. Heinz publicó en 1934 bajo el título *Germany's Hitler*. Basándose en el informe personal de Franz Hemmrich, otro guardián, escribió: «Durante todo el día y buena parte de la noche podía oírse la máquina de escribir en su habitación, y también su voz, dictándole a Heß».[7] Según Konrad Heiden, autor de la primera biografía crítica seria de Hitler, en realidad quien empezó a escribir a máquina lo que dictaba el jefe del Partido Nacionalsocialista era su chófer, Emil Maurice. Más tarde, «Heß se sentó ante la máquina y escribió el libro junto con el *Führer*. A Maurice se le degradó a limpiabotas y pinche de cocina».[8]

Como entre 1925 y 1932 Heß fue secretario personal de Hitler y firmaba cartas en su nombre, parecía lógico que hubiera escrito el texto a máquina.[9] Esta versión también estaba muy extendida en el Tercer Reich. Tanto, que hasta una persona de la máxima confianza del *Führer*, Hans Frank, la presentó disfrazada de declaración auténtica. Frank era representante personal del jefe del partido y, en calidad de gobernador general de la Polonia ocupada, en la zona central de aquel país, se convirtió en uno de los principales cargos ejecutivos de la Alemania nazi entre septiembre de 1939 y principios de 1945. Pues bien, aseguró que durante el gran viaje de Hitler por Italia, en mayo de 1938, el dictador le dijo sobre su libro: «Aunque lo que dicté a Heß sean "fantasías entre rejas", también hay una lógica del sueño».[*][10] Frank, el «jurista de la corona»

nacionalsocialista, explicó claramente en sus memorias —publicadas años después de su ejecución en Núremberg— que Hitler «escribió su obra *Mi lucha* tras los muros de la cárcel, en la sala que le servía de dormitorio y salón, decorada con un estilo bastante burgués», y añadió que se la dictó a «su compañero de prisión Rudolf Heß» y que este «la escribió a máquina».[11]

¿Qué papel desempeño Heß?

En realidad, Heß tuvo muy poco que ver con *Mi lucha*: su participación se limitó sencillamente a escuchar —al principio, solo de cuando en cuando; en otras épocas, con regularidad— los capítulos que iba escribiendo Hitler en Landsberg y, ya fuera de la prisión, a corregir las galeradas, tarea esta que a veces endosaba a Ilse Pröhl, que por aquel entonces era solo una conocida suya, aunque más tarde se convertiría en su mujer. La primera vez que Heß mencionó el proyecto del libro en las cartas que escribía casi a diario desde la cárcel fue el 29 de junio de 1924, es decir, seis semanas después de su ingreso en prisión. En aquella época, el texto iba ya tan avanzado que su autor estaba pensando incluso en cuestiones como el diseño de la edición. Heß escribió: «Cuando este mediodía le llevé el té, me enseñó las pruebas de la encuadernación de su libro: la edición de lujo, en pergamino color marfil; la edición popular, en encuadernación holandesa. Estudiamos combinaciones de colores para el lomo y la cubierta».[12] La editorial propuso en mayo de 1924 lanzar una edición especial para coleccionistas, con una tirada limitada de quinientos ejemplares, a partir de un informe del coleccionista Friedrich J. M. Rehse.[13]

La sorpresa para Heß llegó cuando, después de mostrarle las diferentes opciones de encuadernación, Hitler le pidió un favor: «Cuando hice ademán de marcharme, me pidió que me quedara. Me dijo que quería que oyera el texto corregido: reflexiones políticas sobre los inicios de la guerra mundial; la descripción de cómo se fueron acumulando los nubarrones hasta que, de repente, cayó el rayo del violento suceso y el trueno se mezcló con el

estruendo de las baterías de la guerra mundial. Explicaba cómo entró en el ejército bávaro, cómo partió, cómo marchó a lo largo del Rin». Hitler le habló del «bautismo de fuego» que había vivido en Flandes, cuyo relato culminaba en la frase: «Tal vez los jóvenes regimientos no sabían luchar como los demás, pero sí sabían morir».[14] En su carta, Heß reprodujo aquella frase de una forma muy similar a la que presentaría más tarde en *Mi lucha*: «Es muy posible que los voluntarios del Regimiento List aún no hubiesen aprendido a combatir, pero morir sí que sabían, y morían como viejos soldados».[15]

Obviamente, con Hitler afloraron las emociones: «El tribuno leía de una forma cada vez más lenta, deteniéndose de cuando en cuando. Sin mover el rostro, buscaba el concepto, que a mí me parecía enormemente complejo. Sus pausas cada vez eran más largas. De repente, dejó caer el folio, apoyó la cabeza en la mano y rompió a llorar». Pero en poco tiempo recuperó su tono enérgico y leyó a Heß otros pasajes del texto.

A partir de este momento, Hitler leyó de cuando en cuando a su fiel acólito las nuevas partes que iba escribiendo. Por ejemplo, el 10 de julio de 1924 fue el turno de un pasaje sobre la cuestión femenina, que al final no se incluyó en *Mi lucha*.[16] Pero aquella ayuda todavía no se había convertido en una rutina. De hecho, un par de semanas más tarde Heß escribió a Ilse: «Hace un rato el tribuno ha venido para preguntarme si tengo un poquito de tiempo. Quiere leerme el capítulo que acaba de escribir. Se titula “Múnich”». Se confesó profundamente conmovido por la intensidad del texto, que comparó con uno de los «mejores discursos» de Hitler. Heß confesó a su amiga: «Por lo que respecta al contenido del libro, sé que, en cuanto se publique, una oleada de sorpresa, ira y admiración recorrerá el territorio alemán». Es evidente que a Hitler le gustaba cómo reaccionaba su compañero de prisión. El 24 de julio de 1924, Heß escribió a sus padres: «Últimamente ha tomado la costumbre de leerme fragmentos del libro que está escribiendo. En cuanto termina un capítulo, viene a buscarme. Me lo expone y hablamos acerca de este o aquel punto».[17]

Dos semanas más tarde, posiblemente después de una etapa de intenso trabajo, Heß le explicó a Ilse: «El tribuno piensa que de aquí a principios de

la semana que viene habrá terminado su libro. No lo creo». Y le informó de que le había pedido un favor que lo llenaba de orgullo: «Me ha invitado expresamente a corregir el texto junto con él. Tengo curiosidad por ver qué tal se me da introducir pasajes en un estilo neutro; es algo que he hecho de cuando en cuando en mis artículos para la prensa, pero nunca en un libro». Por eso no se sentía bien al pensar en la tarea que se le venía encima: «En cualquier caso, es una dura lucha». A partir de ahí, *Mi lucha* desaparece abruptamente de las cartas que Heß escribe desde Landsberg. Solo vuelve a mencionarla en una ocasión, el 17 de agosto de 1924, cuando explica, con un evidente distanciamiento, que Hitler está escribiendo «su libro».[18]

Originales y borradores

Sin embargo, Hitler no dictó el texto del primer volumen de *Mi lucha* ni a Rudolf Heß ni a nadie más. En realidad, lo escribió él mismo en su estancia —ricamente decorada— de la prisión de Landsberg. En 2006 aparecieron, sorprendentemente, cinco páginas de su texto original y dieciocho hojas de borradores que así lo demuestran. Parece que aquel legajo cayó en manos de los soldados franceses a principios de mayo de 1945, durante la ocupación de Obersalzberg, y desde entonces se subastó en al menos una ocasión, aunque nunca se dio a conocer que se trataba del bosquejo de *Mi lucha*, algo que solo se supo cuando los papeles llegaron a una casa de subastas de Múnich.[19]

Las investigaciones de los expertos en caligrafía y escritura a máquina han revelado que fue el propio Hitler quien, en la segunda quincena de mayo de 1924, redactó las primeras páginas de su libro, que hablaban de sus orígenes y de su padre. Está claro que no las dictó, porque ningún secretario con experiencia en escribir a máquina habría cometido tantas erratas. Además, en aquella época no había entre los hombres que compartían prisión con Hitler ni uno solo con capacidad para escribir al dictado directamente en la máquina. También se descarta que se trate de una copia a partir de un texto taquigrafiado, dada la enorme cantidad de pequeños

errores y correcciones que contiene. En realidad, Hitler escribió él mismo estas páginas, como prueban las semejanzas que existen entre la escritura de esas hojas y una postal que, según se sabe a ciencia cierta, redactó él mismo con aquella máquina.[20] La administración de la cárcel autorizó a que el preso metiese en el centro aquel equipo, un modelo de viaje de tipo Meteor.[21] Las cinco hojas originales conservadas también contienen correcciones del puño y letra del autor. Hitler no tardó más de dos semanas en terminar el primer bloque, es decir, los capítulos 1 y 2 de *Mi lucha*, en los que hablaba de sus orígenes, de su infancia y de sus años en Viena. En el primer folleto publicitario se prometía que a principios de junio de 1924 se enviaría el libro a la imprenta y también, muy fanfarronamente, que en el mes de julio la obra estaría en las librerías. En realidad, la publicación tardó un año más de lo previsto.[22]

Aproximadamente por aquella misma época Hitler cambió la máquina de escribir que había estado utilizando hasta entonces —y que ya estaba muy desgastada— por un nuevo modelo de fábrica de la marca Remington, probablemente un regalo de su benefactora Helene Bechstein.[23] Sea como fuere, a partir de entonces no escribió un texto en el sentido estricto de la palabra, sino que elaboró dieciocho esquemas con la estructura de su libro, en los que preveía seis de los diez capítulos restantes del primer volumen. Al hacerlo, seguía el mismo sistema de trabajo que aplicaba en la preparación de sus discursos. Desglosaba los temas previstos en varias palabras clave. En las cuestiones con las que estaba familiarizado prácticamente prescindía de apuntes. En ocasiones solo hacía anotaciones muy generales, mientras que otras veces escribía el programa con una formulación casi idéntica a la que después aparecería en *Mi lucha*. Por lo general, la estructura global de cada capítulo seguía fielmente lo contemplado en los esquemas, pero, al igual que ocurría en sus discursos, el autor siempre dejaba espacio para extensas digresiones y pasajes intercalados.[24]

Un ejemplo característico de fragmento que Hitler escribió sin apoyarse en apuntes precisos es el capítulo «La revolución», basado en el borrador número 13, sobre un tema que había abordado en muchas de sus arengas.

Igualmente breves eran las notas correspondientes, que, pese a todo, le resultaban muy útiles para no perder el hilo. Hitler elaboraba su decorado con piezas móviles, que iba colocando aquí y allá a placer. El capítulo comienza con los antecedentes del hundimiento de la patria durante la primera guerra mundial, cuyas causas atribuye a la propaganda enemiga, a la «campaña de difamación» contra Prusia, a la actitud de escaqueo y, naturalmente, a la supuesta influencia destructiva de «los judíos». Según su planteamiento, todos esos factores culminaron en la huelga de los trabajadores de la munición de finales de enero de 1918, que devolvió a las tropas del enemigo la confianza en la victoria. A ello le siguió un sofocante verano, durante el cual la idea del derecho de sufragio universal invadió el frente y, según Hitler, lo desestabilizó. A continuación, de acuerdo con los apuntes, tenía que seguir el pasaje de su intoxicación por gas, su temporada en el hospital militar de Pasewalk, y, finalmente, el principio de la verdadera revolución.[25]

Sin embargo, en pasajes como, por ejemplo, la enumeración de las ventajas del imperio alemán frente a otras formas de estado, la relación entre el borrador y el libro acabado era muy diferente (es decir, dio lugar a una escritura mucho más parecida y, en ocasiones, casi literal): «Es cierto que los monarcas se habían distanciado de muchos, del pueblo, en algunos aspectos», escribió en el borrador número 17; en *Mi lucha*, la frase quedó así: «Es cierto que la monarquía se había distanciado de muchos, sobre todo del amplio pueblo».[*] En los borradores, Hitler enunció las ventajas de la institución monárquica, que en su opinión eran las siguientes: «Pero todo ello quedaba más que compensado por: a. la estabilidad del Estado en su conjunto; b. el hecho de que todos los cargos públicos estaban a salvo de la especulación de políticos ambiciosos; c. la dignidad de la institución, que garantizaba una autoridad absoluta; d. la posición del cuerpo administrativo del Reich y, sobre todo, la del ejército fuera del ámbito de los compromisos políticos de partido». En *Mi lucha*, el pasaje correspondiente dice así: «Frente a todas estas debilidades y muchas otras había una serie de valores indiscutibles:[*] por una parte, la estabilidad del Estado en su conjunto bajo la forma monárquica de gobierno, así como el hecho de que todos los

cargos públicos quedaban a cubierto de la especulación de políticos ambiciosos. Luego, la dignidad de la institución estatal en sí y la autoridad resultante de ella aparte de la relevante posición del cuerpo administrativo del Reich y ante todo la del ejército por sobre el plano de los compromisos políticos de partido».[26]

Revisión

Parece que Hitler tuvo presente este principio al escribir el primer volumen de *Mi lucha* en la cárcel de Landsberg. Según declaraciones del director del establecimiento penitenciario, Otto Leybold —quien, por cierto, mostró una actitud muy benevolente con respecto a su distinguido preso—, Hitler «pasaba varias horas cada día trabajando en el borrador de su libro, que iba a publicarse unas semanas más tarde».[27] En la época en la que redactó el primer volumen, Hitler preparó también la estructura del segundo. No obstante, la publicación se retrasó, porque desde que salió en libertad condicional, en las Navidades de 1924, las autoridades bávaras amenazaron con expulsarlo por ser de nacionalidad austríaca. Hitler solicitó al gobierno de Viena que le concediese el estatus de apátrida, con la esperanza de obtener después la nacionalidad alemana por haber servido como soldado en el ejército bávaro durante la guerra, pero la jugada no le salió bien. En aquella situación, un libro agresivo podía resultar contraproducente, así que dos revisores (Ilse Pröhl, amiga de Heß, y Josef Stolzing-Cerny, periodista de ideología *völkisch*) suavizaron un poco el tono de *Mi lucha*.

No hubo otras personas que ejercieran una influencia significativa sobre el texto. El asesor de Hitler en aquella época, Ernst Hanfstaengl, aseguró más adelante que tras leer, a principios de 1925, algunas galeradas fue el primero que dijo al *Führer* abiertamente: «¡Señor Hitler, esto no funciona!». Sin embargo, es probable que haya exagerado lo ocurrido.[28] A menudo se menciona como posible coautor o, incluso, como autor único de *Mi lucha* al antiguo sacerdote y periodista antisemita Bernhard Stempfle, quien, en la época en la que se estaban corrigiendo las galeradas, mantuvo una violenta

discusión pública con el Partido Nacionalsocialista, con el que ya antes había tenido sus diferencias.[29] El *Völkischer Beobachter* escribió al respecto: «La única arma que Stempfle sabe manejar con virtuosismo es la mentira y nada más que la mentira».[30] Resulta difícil pensar, por tanto, que Hitler contase para la elaboración de su libro con un enemigo declarado. Tampoco pudo encargarse de revisarlo el chófer del *Führer*, Emil Maurice, que, sencillamente, no reunía las condiciones intelectuales necesarias.[31]

La revisión del primer volumen obligó a retrasar varios meses su publicación. Pero la edición no podía demorarse mucho más, dado que, según los folletos publicitarios y los anuncios publicados en los medios *völkisch* y nacionalsocialistas, hasta tres mil simpatizantes de Hitler habían encargado y pagado por adelantado un ejemplar de *Mi lucha*. Y como hacía tiempo que Hitler había cobrado (y gastado) su anticipo, la editorial Eher se vio obligada a sacar al mercado la obra que había anunciado ya media docena de veces. Ocurrió el 18 de julio de 1925: ese día se publicó el primer volumen, con una tirada inicial de unos diez mil ejemplares.

El segundo volumen

Al contrario de lo ocurrido en la primera parte de la obra, en la redacción del segundo volumen Hitler sí dictó realmente, en lugar de escribir él mismo el texto a máquina. Para ello, entre mediados de agosto y mediados de septiembre de 1925, y también en el verano de 1926, se retiró a Berchtesgaden, a la pensión del matrimonio Büchner y a su cabaña de madera, situada en pleno bosque. «Me dije: tengo que dictar, tengo que estar en un sitio tranquilo. Así que me fui a aquella casita y trabajé en ella», recordaba casi diecisiete años más tarde.[32] Pero, pese a las declaraciones de los supuestos testigos, no es cierto que Hitler se encontrase en paradero desconocido en algún lugar del idílico paraje de Obersalzberg. En realidad, la policía de Múnich estaba perfectamente informada del lugar en el que se encontraba y de la actividad a la que se estaba dedicando: «Desde el 18 de

agosto de 1925, Hitler se aloja en una pensión de Berchtesgaden. Prevé quedarse en ella cuatro semanas y se dedicará principalmente a descansar y a redactar la segunda parte de su libro», rezaba un informe dirigido a la Consejería del Interior de Baviera.[33]

Hitler se tomó muy en serio aquel trabajo. O, por lo menos, no quería que se le distrajera demasiado, así que pidió que se declinaran las amables invitaciones de las agrupaciones locales del Partido Nacionalsocialista del noroeste de Alemania. A pesar de que en aquella época todavía no se le había prohibido de forma general que hiciese apariciones públicas en esa zona de Alemania, el líder del partido no se mostraba convencido. Desde luego, en el año 1925 Heß rechazó la propuesta de que el *Führer* pronunciara un discurso en Holzminden, a setenta kilómetros al sur de Hannover, con la excusa de que «el señor Hitler desea dedicarse con tranquilidad a acabar el segundo volumen de su libro, por lo que no desea participar en más asambleas de las que ya están programadas». A vuelta de correo, sin embargo, la agrupación local de Holzminden presentó propuestas de fechas (entre enero y abril de 1926) y lugares para «aprovechar convenientemente el derecho de nuestro *Führer*, Adolf Hitler, a pronunciar libremente discursos en los estados federados del norte de Alemania». Semejante tenacidad no fue bienvenida en Múnich: Heß volvió a declinar la invitación, alegando entonces que las agrupaciones locales eran «por el momento demasiado débiles» para que Hitler diese «una ponencia ante ellas» y añadía que el *Führer* prefería concentrarse en cosechar éxito en Brunswick. «Por lo demás, el señor Hitler no desea volver a hablar hasta marzo, ya que en estos momentos quiere dedicarse a escribir el segundo volumen de su libro.»[34]

Tampoco fue Max Amann, administrador de la editorial Eher, la persona a quien se dictó la segunda parte de *Mi lucha*, como a menudo se ha rumoreado.[35] En realidad, a Hitler lo acompañaba una mecanógrafa a la que había contratado tras salir de Landsberg, por un generoso salario mensual de doscientos marcos del Reich (hay que tener en cuenta que por aquella época el sueldo medio en Alemania rondaban los ciento veinte marcos y que Rudolf Heß, que, en calidad de secretario personal de Hitler,

gestionaba todos los asuntos de este de forma autónoma, recibía trescientos marcos al mes).[36] No se conoce la identidad de la secretaria del *Führer* en el verano de 1925. Sin embargo, sí se sabe que en la segunda fase de la escritura, entre verano y otoño de 1926, la tarea recayó sobre Hertha Frey, quien, entretanto, se había convertido en secretaria personal de Hitler y que se mantuvo a su servicio hasta principios de 1930; cuando se casó, dejó el trabajo y perdió el contacto con el jefe del Partido Nacionalsocialista. Seis años más tarde, ya divorciada, se esforzaría por conseguir una cita con el canciller del Reich, argumentando en una carta al asistente personal de Hitler que había trabajado para él en Berchtesgaden: «¿Sería usted tan amable de entregarle al *Führer* el ejemplar de *Mi lucha* que le enviaré en los próximos días para que me escriba en él una dedicatoria? Le pido este favor precisamente porque él me dictó algunas páginas del segundo volumen para que yo las escribiera a máquina».[37] Sin embargo, nunca más volvieron a verse.

Entre mediados de septiembre y mediados de octubre de 1926, Hitler dictó los capítulos restantes del segundo volumen: unas ciento ochenta páginas en la primera semana, entre sesenta y setenta en los días siguientes.[38] Ilse Pröhl volvió a revisar el texto. El 24 de octubre, Rudolf Heß, que, entretanto, se había convertido en su prometido, le explicó a su padre que, por desgracia, no podía visitar el Salón del Automóvil de Berlín. Tenía que quedarse en Múnich «para supervisar la impresión del segundo volumen». Por seguridad, quería volver a revisar las galeradas y, «sobre todo, introducir pequeñas correcciones de errores de estilo que solo se ven cuando la cosa ya está montada». Parece que el jefe del Partido Nacionalsocialista estaba presionando. De todas formas, su secretario personal observó, contrariado, que el manuscrito no se había redactado dos veces, «como tiene que ser», ya que no había habido suficiente tiempo.[39] A mediados de noviembre, se envió por fin el segundo volumen a la imprenta y dos semanas antes de Navidades los primeros ejemplares llegaban a las librerías: *Mi lucha* estaba ya completa.

Pese a todas las leyendas que aseguran lo contrario, fue Hitler quien escribió su libro: mecanografió él mismo la primera parte en Landsberg y

dictó la segunda a una secretaria. Contó con ayuda para la redacción, desde luego, pero sus colaboradores no tuvieron ninguna influencia relevante en el contenido. Por eso el tono de *Mi lucha* es, en realidad, el tono original de la obra.

Fuentes

> Hitler bebió de muchas fuentes, en su mayoría poco claras. Sus ideas apenas tenían nada de original. La originalidad de su obra estriba, en realidad, en cómo combinó lo que había leído, lo que había quedado del pensamiento del siglo XIX y principios del XX.
>
> CHRISTIAN HARTMANN, historiador[1]

Lecturas recomendadas

Quien no tiene nada que ocultar, puede ser sincero. Es raro que el autor de un libro científico se muestre reticente a la hora de indicar las fuentes en las que se basa su obra si ha trabajado de una forma limpia. Puede optar por distintas alternativas: bien especificarlas en las notas a medida que escribe el texto, bien reunir todas las referencias en una bibliografía. Sin embargo, en *Mi lucha* no hay ni lo uno ni lo otro. Además, en el texto no aparece prácticamente ninguna mención a las publicaciones en las que se apoya la estructura de pensamiento expuesta ni a los autores cuyas ideas tomó prestadas el *Führer*.

Sin embargo, a Hitler le encantaba alardear de erudición y, a principios de los años veinte, pidió a sus partidarios que lo emulasen. A partir de 1922 —si no antes—, en la tarjeta de identificación de los miembros del Partido Nacionalsocialista se incluyó una lista de 43 lecturas recomendadas, bajo el título: «Los libros que todo nacionalsocialista debe conocer».[2] Se trataba principalmente de opúsculos, a veces de menos de veinte páginas, y, casi sin excepción, de contenido antisemita. El autor que más se nombraba (con un total de seis obras) era Alfred Rosenberg, redactor jefe del *Völkischer*

Beobachter, es decir, del periódico del partido. Después estaba Gottfried Feder (con tres libros), que era la referencia en materia económica para el movimiento de Hitler. Sin embargo, además de esos escritos, que eran ya prácticamente documentos oficiales del partido, en la lista figuraban también obras de poetas *völkisch* como Bogislav von Selchow o Franz Schrönghamer-Heimdal. El libro más importante —por volumen— de la selección era *Rassenkunde des deutschen Volkes* («Teoría de las razas del pueblo alemán»), de Hans F. K. Günther; una obra de aproximadamente quinientas páginas. Es evidente que la selección es arbitraria. Lo que no está claro es cómo surgió aquella lista.

Tampoco se sabe si el jefe del Partido Nacionalsocialista se había leído todos los títulos mencionados. De la biblioteca privada de Hitler, que en 1945 contaba con unas dieciséis mil obras, solo se han conservado mil doscientos ejemplares.[3] Dado que se ha perdido más del 90 % de sus fondos, los fragmentarios restos que quedan de ellos no permiten extraer conclusiones. Sí que hay más documentación de aquello que leyó el *Führer* en los dos años inmediatamente posteriores a la guerra. El dentista Friedrich Krohn, fundador de la agrupación local del Partido Nacionalsocialista en Starnberg y coleccionista de literatura *völkisch* y antisemita, elaboró una lista de los títulos que Hitler tomó prestados de su biblioteca particular entre 1919 y 1921: en total, más de cien libros diferentes,[4] entre los que se encontraban obras del historiador Leopold von Ranke, pero también de Montesquieu y Rousseau, e incluso de Immanuel Kant. Sin embargo, parece improbable que Hitler estudiase y comprendiese realmente unos libros tan complejos, teniendo en cuenta las bajas calificaciones con las que abandonó el bachillerato. Además, algunos puntos de la lista de Krohn resultan poco creíbles.[5] Por ejemplo, en ella se incluía el opúsculo del fundador del Partido Obrero Alemán, Anton Drexler, titulado *Mein politisches Erwachen* («Mi despertar político»); pero resulta que este autor le había entregado personalmente a Hitler un ejemplar de aquella obra. ¿Para qué iba a querer el *Führer* tomar prestado otro?[6] En cuanto a la pésima obra de Houston Stewart Chamberlain *Grundlagen des XIX. Jahrhunderts* («Fundamentos del siglo XIX»), sí que debió de leerla, al menos en parte. O eso es lo que pensó

su autor en 1923, ya gravemente enfermo, tras hablar personalmente con Hitler en Bayreuth. En cualquier caso, en *Mi lucha* Hitler alababa las «revelaciones» de aquel autor de origen británico, nacionalizado alemán, ante las que «los cargos oficiales del gobierno» mostraron «la misma indiferencia» antes de la guerra que después de 1918.[7]

También debieron de ser del gusto de Hitler los escritos antisemitas de la colección *Deutschlands führende Männer und das Judentum* («Los grandes hombres de Alemania y el judaísmo»), con títulos como *Luther und die Juden* («Lutero y los judíos»), *Goethe und die Juden* («Goethe y los judíos») o *Schopenhauer und die Juden* («Schopenhauer y los judíos»). En todos los casos se trataba de opúsculos de entre 52 y 112 páginas, de los que a menudo se extraían citas que se interpretaban, de forma nada objetiva, en un claro sentido radical, *völkisch* y antisemita.[8] De todas formas, es seguro que el jefe del partido no leía de forma sistemática a principios de los años veinte. Friedrich Krohn recordó más tarde: «En aquella época, Hitler me llamó la atención por la forma superficial y caótica en que elegía sus lecturas, y me parecía imposible que “digiriese” todo lo que leía».[*][9]

¿Cómo leía Hitler?

En la prisión de Landsberg, el golpista fracasado disponía de mucho más tiempo libre. En una carta que escribió el 5 de mayo de 1924 a Siegfried Wagner, hijo del célebre compositor, confesaba: «Ahora puedo volver a leer y a aprender».[10] Según recordó más adelante uno de sus compañeros de cárcel, Hitler dedicaba mucho tiempo a estas actividades. Las normas que estaban vigentes en la prisión se suspendieron expresamente para él: «Solo una lámpara seguía encendida, casi siempre hasta altas horas de la madrugada: se trataba de la luz de la estancia del *Führer*. A cambio de que pagase los gastos correspondientes, se le permitía mantener la lámpara encendida más allá de la hora general de corte de la luz. Adolf Hitler pasaba aquellas solitarias horas nocturnas inclinado sobre libros y escritos, trabajando por el resurgir de Alemania».[11] En la pequeña estantería de su

celda siempre había libros. Como las numerosas visitas que recibía tenían autorización para llevarle nuevas obras y también se le permitía recibir envíos, pudo ir variando frecuentemente sus lecturas. Se dice que más adelante recordó Landsberg como su «universidad a cargo del Estado».[12]

Con todo, Hitler mantuvo obstinadamente un particular concepto de sus «estudios». En *Mi lucha* escribió: «Conozco personas que “leen” muchísimo, libro tras libro, letra a letra, y que, sin embargo, yo no calificaría de “leídas”. Poseen una gran cantidad de “saber”, pero su cerebro no sabe dividir y clasificar el material que le ha llegado».[*] Hitler, el autodidacta que abandonó los estudios, menospreciaba ese tipo de lecturas: «Ninguna mente de estas características conseguirá jamás extraer del embrollo de su “saber” algo que le sirva en un momento dado, porque su lastre intelectual no se ha ordenado conforme a las líneas de la vida, sino conforme a la sucesión de los libros, conforme a la forma en la que los leyó y acumuló su contenido en la cabeza. Y aun cuando el destino intente recordarle en sus necesidades cotidianas la correcta aplicación de lo que leyó en el pasado, tendrá que mencionar también el título del libro y el número de página en cuestión, porque de lo contrario el pobre diablo será incapaz de encontrar, en toda la eternidad, la solución adecuada».[*] En vista de esta opinión, es comprensible que *Mi lucha* no diga prácticamente ni una palabra acerca de las fuentes, y mucho menos incluya notas con indicaciones detalladas. Más bien, Hitler reconocía abiertamente que escogía a su plena discreción los escritos de otros autores: «Sin embargo, quien domine el arte de la verdadera lectura, a la hora de estudiar cualquier libro, revista o libelo tendrá el instinto de prestar atención inmediatamente a todo aquello que, a su juicio, debe retener, por ser algo provechoso o un saber de interés general».[*] Incluso recomendaba el método por su utilidad: «Si de repente la vida nos lleva a analizar o contestar una cuestión, con este tipo de lectura la memoria buscará inmediatamente entre los conceptos existentes y extraerá de ellos las respuestas a estas cuestiones acumuladas durante decenios, y las someterá al intelecto para que este las examine y las vuelva a analizar, hasta que la pregunta quede explicada o respondida».[*][13]

En realidad, lo que, a su juicio, se debía buscar en la lectura era confirmar que, «a largo plazo, y de acuerdo con la historia del mundo y la naturaleza, mis ideas son correctas». No mostraba ninguna comprensión ante «toda esa suficiencia intelectual hipócrita y contradictoria de los profesores y los clérigos de las universidades». Con estas palabras resumió la actitud de Hitler su abogado personal, Hans Frank, en sus memorias, editadas tras su muerte. No obstante, Frank también aseguró que, en la prisión, Hitler leyó a «Nietzsche, Chamberlain, Ranke, Treitschke, Marx», además de la obra *Pensamientos y recuerdos*, de Bismarck, así como las numerosas memorias de la guerra de generales y estadistas alemanes o aliados que se habían publicado hasta entonces».[14] Si eso es cierto, parece que estos libros, que presentan en ciertos puntos una enorme complejidad intelectual y estilística, no ejercieron una influencia determinante en *Mi lucha*, lo cual, en cualquier caso, no es de extrañar, en vista de la impulsiva forma de leer que caracterizaba a su autor, según confesó abiertamente él mismo en su momento.

El Hitler inventado por Dietrich Eckart

Hitler no tuvo ninguna objeción frente a un proyecto de su mentor y amigo Dietrich Eckart, quien, además de un conocido escritor *völkisch*, fue redactor jefe del *Völkischer Beobachter* entre 1921 y 1923, año de su prohibición. En un opúsculo inacabado y publicado en 1924, es decir, tras su fallecimiento, Eckart presentaba una *Zwiegespräch zwischen Adolf Hitler und mir* («Conversación entre Adolf Hitler y yo») acerca de *Bolschewismus von Moses bis Lenin* («El bolchevismo desde Moisés hasta Lenin»). Se trataba de una exposición de ideas de carácter general y contenido violentamente antisemita.[15] En los pasajes que se atribuyen de forma expresa al jefe del Partido Nacionalsocialista, se le retrata como un erudito que se prodiga en citas y referencias a clásicos. Supuestamente, era capaz de referir en detalle pasajes enteros del Antiguo Testamento y encadenar, una tras otra, citas de Cicerón y santo Tomás de Aquino, Giordani Bruno y

Ulrich von Hutten, Goethe y Arthur Schopenhauer, Ludwig Börne y Heinrich Heine o Wilhelm Busch. Sin embargo, como ni antes ni después de la prisión de Landsberg ni en sus abundantes discursos Hitler hizo gala de argumentaciones de esa altura, es más que probable que se tratara de una conversación puramente ficticia, inventada por Dietrich Eckart. El modelo siempre era el mismo: los pasajes citados o resumidos se reducían a su supuesta esencia revelada acerca de la infamia «de los judíos». Eckart cuenta en primera persona la conversación y completa el texto añadiendo a otros autores, como Zuinglio y Spinoza, Dostoyevski y Thomas Mann. También en su caso la mayor parte de las citas se abreviaban en forma de frases sacadas de contexto y se interpretaban, de un modo subjetivo, como pruebas que daban fundamento a la línea general antisemita que caracterizaba al diálogo.

El texto se interrumpía bruscamente en mitad del octavo capítulo, ya que en las Navidades de 1923 Eckart sufrió un ataque al corazón. Pese a ello, esta obrita de cincuenta páginas se publicó en la primavera de 1924, a través de la editorial Hoheneichen-Verlag, una empresa cercana a la Franz Eher Nachfolger, del Partido Nacionalsocialista, que en aquella época, oficialmente, no estaba en activo. La entrada correspondiente al 1 de marzo de 1924 se cerraba expresando la esperanza de que «cuando concluya el procedimiento por alta traición que se sigue contra él en Múnich, Adolf Hitler tenga la deferencia de revisar esta obra que está a punto de llegar a su fin».[16] Pero aquello nunca ocurrió: la primera y única edición se publicó en 1925 sin modificaciones. Por otra parte, Hitler no dio señales de que se sintiera molesto por la conversación inventada. Un escrito de la propaganda comunista de 1936 especulaba con la idea de que hacía ya tiempo que el cuadernillo se había convertido en «maculatura», pero no existen pruebas de que el estado adoptase ninguna medida contra la obra.[17]

Eckart se había esforzado por indicar las referencias de la mayoría de las citas literales (en total, 148). Aunque algunas de esas notas a pie de página indicaban con exactitud el número de página o el título del apartado, lo más frecuente era que se limitasen a señalar el nombre del autor y el título de la obra. En muchas ocasiones, incluso, Eckart citaba de segunda

mano, por ejemplo en el caso de autores como Lutero, Goethe o Schopenhauer. Como el texto se presentaba en forma de conversación, no aparecían en él notas ni indicaciones detalladas del editor. En la nota a pie de página número 112, el autor daba cuenta del origen de parte del material: supuestamente, la «deliciosa obrita *Luther und die Juden* («Lutero y los judíos»), de Alfred Falb».[18]

La intención manipuladora de Eckart no solo queda patente en esta positiva opinión acerca de un texto completamente parcial y a todas luces subjetivo. También tuvieron que causar gran sorpresa a los lectores con cierto nivel cultural las falsedades que, presumiblemente por error, ponía en boca de su supuesto interlocutor. Por ejemplo, Eckart hace que su Hitler se lamente de que ya Cicerón había denunciado «el flujo constante del oro romano hacia Jerusalén», pese a que lo que en realidad dijo el rétor romano en su clásico discurso «En defensa de Flaco» es que los judíos asiáticos no deberían entregar más oro en los templos: en ningún momento se hablaba del «oro romano». El hecho de que en su desmedido entusiasmo el autor califique de «contemporáneos» a Cicerón y a Flavio Josefo, historiador judío nacido ciento cuarenta años después que el primero, apenas sorprende.[19] Por lo demás, Hitler no citó a Cicerón ni en *Mi lucha* ni en sus discursos.

De segunda mano

No sabemos si el jefe del Partido Nacionalsocialista llegó a enterarse de los errores que Eckart había cometido en aquella obra en la que reproducía una conversación ficticia. Si así fue, aquello debió de reforzarle en su idea de que era preferible que en sus propias publicaciones se abstuviese de facilitar datos comprobables, citas literales y cualquier tipo de pruebas. De hecho, en *Mi lucha* no existe prácticamente ninguna indicación de fuentes, y las pocas que hay resultan inverosímiles. Por ejemplo, cuando Hitler asegura que en el otoño de 1919 leyó *El capital*: «Nuevamente comencé a enriquecer mis conocimientos y llegué a penetrar en el contenido de la obra

del judío Karl Marx».[20] Sin embargo, no indica las ideas que le inspiró el autor, lo que lleva a dudar de si realmente leyó o comprendió su economía política, sumamente compleja. También aparecen otros grandes pensadores, sobre todo en forma de máximas. Así, por ejemplo, escribió que «el mismo Goethe se horrorizaba ante la idea de que en el futuro la ley no prohibiese el matrimonio entre cristianos y judíos».[21] Hasta en la elocución se nota que se trata de un plagio evidente del libelo antisemita *Goethe und die Juden* («Goethe y los judíos»), del periodista y pastor evangélico *völkisch* Max Maurenbrecher.[22]

Una de las citas preferidas de Hitler, que incluyó a nota a pie de página, era la que extrajo del diálogo «Sobre la religión», de Arthur Schopenhauer, en la que se califica al judío de «gran maestro del embuste».[23] Esta expresión se hizo muy popular entre los círculos antisemitas a partir de finales del siglo XIX o principios del XX y también aparecía con frecuencia en las publicaciones de la misma tendencia. Sin embargo, no está nada claro cómo conoció Hitler aquella expresión. Sea como fuere, la utilizaba a menudo. La primera vez, al menos que se sepa, fue el 31 de agosto de 1921. Después volvió a usarla el 17 de febrero de 1922, así como en su discurso «Los "agitadores" de la verdad» —que pronunció en abril de 1922 y que se difundiría ampliamente en forma de octavilla— y en su treinta y cuatro cumpleaños, en 1923.[24] También después de cumplir pena en Landsberg recurrió a esta cita en varias ocasiones, en concreto el 23 de mayo de 1928, el 8 de diciembre de 1928 (en un artículo publicado en la revista *Illustrierter Beobachter*) y en 1930 (en Núremberg).[25]

Aquella imagen le parecía tan importante que la empleó cuatro veces en *Mi lucha*, aunque solo en una ocasión indicó quién era su autor. En el capítulo «Las causas del desastre» utilizó la formulación para subrayar el carácter «de los judíos» como «raza»: «Uno de los mayores genios de la humanidad los describió para siempre con una frase eternamente cierta y de una verdad esencial: los calificó como "los grandes maestros del embuste"».[26] Y sin indicar de dónde había sacado aquellas palabras, Hitler escribió en el capítulo «El pueblo y la raza»: «El gran maestro del embuste sabe presentarse siempre como un inocente atribuyendo la culpa a

otros».[27] En el último capítulo del primer volumen vuelve a insistir: «El judío es el gran maestro en el embuste, y el embuste y la mentira son sus armas en el combate».[*][28] Solo en una ocasión menciona Hitler expresamente al filósofo: «En la vida parasitaria que lleva el judío, incrustado en el cuerpo de naciones y estados, está la razón de eso que un día indujera a Schopenhauer a exclamar, como ya se ha mencionado, que el judío es el "gran maestro del embuste"».[*][29] No está claro si la fórmula «como ya se ha mencionado», con la que se pretendía suavizar la repetición, es obra del propio Hitler o de los revisores del manuscrito, Ilse Pröhl y Josef Stolzing-Cerny. Sea como fuere, más allá de esa cita, en los discursos de Hitler y en *Mi lucha* se encuentran muy pocas referencias relevantes al pensamiento de Schopenhauer. Y eso, a pesar de que en los años treinta y cuarenta el *Führer* hablaba en sus círculos de confianza de lo mucho que admiraba al filósofo, y a pesar también de que en 1944 solicitó a Goebbels que difundiese ampliamente entre los oradores del Partido Nacionalsocialista un texto de Schopenhauer («Sobre actividad literaria y estilo») publicado en forma de cuadernillo.[30]

Los protocolos de los sabios de Sión

Entre los pocos textos que Hitler reconoció abiertamente haber utilizado para su libro, se encuentra un clásico de la literatura antisemita de la posguerra, traducido a al menos dieciocho idiomas: «*Los protocolos de los sabios de Sión*, tan odiados por los judíos, demuestra, mejor que ninguna otra obra, hasta qué punto toda la existencia de este pueblo se basa en un embuste continuado».[*] Hitler sabía que aquella era una fuente de fiabilidad muy dudosa, pero no le molestaba lo más mínimo: «"Son falsos", según se lamenta el periódico *Frankfurter Zeitung* ante el mundo»; esa es la mejor prueba de que son verdaderos».[31] Una serie de artículos publicados en varios idiomas europeos a través del londinense *The Times* probó, en agosto de 1921, que aquellos supuestos protocolos no eran las actas de las negociaciones secretas para una «conspiración mundial judía» durante el

primer congreso de sionistas celebrado en Basilea en 1897, dado que buena parte de ellos reproducía literalmente textos que ya se habían publicado en 1864 y 1868: un diálogo ficticio entre Maquiavelo y Montesquieu y el capítulo de una mala novela por entregas en lengua alemana.[32] Sin embargo, aquellos argumentos objetivos no tuvieron ningún efecto en el entusiasmo de los antisemitas, que sentían que la publicación de *Los protocolos* confirmaba sus estrambóticas teorías de la conspiración.

La primera edición alemana se publicó en 1920. En apenas unos meses, se reeditó en cinco ocasiones y varios miembros destacados del Partido Nacionalsocialista publicaron, antes del intento de golpe de estado de 1923, sus propios textos sobre aquella falsificación de escasa calidad artesanal, cuyas intenciones resultaban tan sencillas de adivinar. Tales publicaciones partían siempre de la idea de que el panfleto era profundamente verdadero. Por ejemplo, Gottfried Feder presentó un libro que quería ser una «antítesis de los sabios de Sión», según sus propias palabras: *Der Deutsche Staat auf nationaler und sozialer Grundlage* («El estado Alemán sobre bases nacionales y sociales»), con una breve introducción de Hitler.[33] Alfred Rosenberg escribió un extenso análisis con el que pretendía «pararles los pies de una vez por todas a los destructores del pensamiento estatal *völkisch*».[34] El propio Hitler tuvo que conocer aquellos protocolos a mediados de agosto de 1921, como muy tarde, ya que los utilizó en dos discursos pronunciados en Múnich y Rosenheim como prueba de su idea de que el objetivo de la conspiración judía era del dominio del mundo. Dado que leía de forma arbitraria y dejándose guiar por los prejuicios, consideraba correcto todo aquello que creía. En *Mi lucha* resumió las enseñanzas que debían extraerse de *Los protocolos*: «En ellos se expone con claridad y de forma consciente lo que muchos judíos, inconscientemente, quieren hacer. Eso es lo importante. Da igual de qué mente judía salieran estas revelaciones. Lo fundamental es que revelan, con una seguridad que hace temblar, el carácter y la actividad del pueblo judío, sus ramificaciones internas y sus objetivos últimos. La mejor forma de analizarlos críticamente es confrontarlos con la realidad. Quien examine la evolución histórica de los últimos cien años desde la perspectiva que ofrece

este libro, comprenderá inmediatamente por qué la prensa judía ha puesto el grito en el cielo».[*][35]

Con el mismo carácter dialéctico que Hitler, Joseph Goebbels estudió el panfleto: «Creo que *Los protocolos de los sabios de Sión* son falsos —anotó en su diario el 10 de abril de 1924—. Y no porque la imagen del mundo que se transmite en ellos o las aspiraciones judías me parezcan demasiado irreales o fantásticas, sino porque estoy convencido de que los judíos no son tan terriblemente idiotas como para no mantener en secreto unos protocolos tan importantes como esos. O sea, creo en la verdad interna de los protocolos, aunque no en su verdad fáctica».[36] No obstante, a partir de mediados de los años veinte el propio Hitler prácticamente dejó de referirse a los supuestos protocolos en sus discursos. El motivo podría ser, sin más, que presentía que con aquellas alusiones podía mermar su propio poder de persuasión y ofrecer inútilmente nuevos flancos abiertos a los críticos, que con tanto gusto recordaban la probada falsedad de aquella obra. Sin embargo, en 1943, durante una conversación con su ministro de Propaganda, Hitler seguía mostrándose convencido de que tras aquellas ideas había una verdad interna, en el sentido que ya había indicado Goebbels: «El *Führer* está seguro de que *Los protocolos de Sión* son rigurosamente auténticos. Nadie puede emular de un modo tan genial el ansia judía de dominar el mundo tal y como los propios judíos la sienten».[37]

Henry Ford

En su creencia —a prueba de críticas y hasta de la más mínima duda— en la existencia de una conspiración judía, Hitler coincidió con un importante testigo: el fabricante de automóviles Henry Ford. A principios de los años veinte, este empresario estadounidense, de ideología antisemita, se inspiró en *Los protocolos* para publicar en su semanario *Dearborn Independent* una serie de artículos llenos de odio, que más tarde se reunirían en varios cuadernillos titulados *El judío internacional*, publicados con su nombre y

que inmediatamente las editoriales *völkisch* tradujeron a la lengua alemana. Cuando quedó probado que *Los protocolos* eran falsos, Ford tomó cierta distancia y responsabilizó a sus colaboradores de todo lo publicado. Sin embargo, al igual que Hitler, el empresario siguió convencido de que en aquella obra había una verdad más profunda: «El documento, propiamente dicho, es de importancia relativamente pequeña: la situación total, y las circunstancias, en cambio, sobre las que el documento llama la atención mundial, son ... de la mayor importancia».[*][38]

Esta convicción común no era lo único que unía a Hitler y a Ford. Los crueles reproches que el empresario hacía a los judíos en sus cuadernillos se referían principalmente al contexto de Estados Unidos, pero algunos pasajes coincidían de un modo llamativo con la idea que los antisemitas alemanes tenían del mundo: «Alemania representa hoy día, y quizá excepción hecha únicamente de Estados Unidos de América, el país que en mayor grado que ningún otro en el mundo se halla interior y exteriormente bajo la influencia judía». El pueblo alemán «se esforzó en lo posible» para devolver la Administración a manos alemanas, es decir, a manos no judías. Pero aquello no sirvió de mucho: «Su influencia decisiva sobre las grandes industrias, la Hacienda y el porvenir político de Alemania no ha cambiado en nada absolutamente, persistiendo aún hoy inquebrantada».[39]

Cuando en diciembre de 1922 un reportero estadounidense visitó a Hitler en su despacho, se encontró en él con una fotografía de Ford. «En el vestíbulo, sobre una mesa, se apilan los libros: casi todos, traducciones de las obras escritas y publicadas por Henry Ford», informó *The New York Times*.[40] Aunque no hay que descartar que se tratase, en realidad, de un decorado preparado especialmente para el visitante, sí que es cierto que en 1931 Hitler tenía en su despacho un gran retrato de Ford, al que se refería como su «inspiración».[41] Además, en 1923 el *Führer* lamentó en presencia del vicecónsul estadounidense en Múnich que Ford no hubiese contribuido a la financiación del Partido Nacionalsocialista. El rumor de que el magnate del automóvil apoyaba a los antisemitas alemanes se mantuvo, así que casi cinco años más tarde Hitler se vio obligado a desmentir públicamente que Estados Unidos les estuviese ayudando: «Se

dice que el demócrata Ford nos apoya a través de sumas colosales —declaró en enero de 1928—. Se trata de mentiras mezquinas, de un invento de principio a fin».[42] La verdad es que el fabricante de automóviles coincidía con Hitler en su odio hacia los judíos, pero, a pesar de ello, no facilitó dinero a su partido.

En los capítulos «Las causas del desastre» y «El pueblo y la raza», fundamentalmente, aunque también en alguna que otra parte más, *Mi lucha* contiene numerosos paralelismos con respecto a *El judío internacional*, de Ford. Sin embargo, en ellos no se encuentran ideas originales o interpretaciones inequívocamente extraídas de las obras del estadounidense. Más bien se trata de pensamientos que estaban muy extendidos entre los círculos *völkisch* y antisemitas. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la tesis sobre la relación de los judíos con las fincas, su insensibilidad hacia el valor de la vida campesina y el trabajo o su «parasitismo».[43] Es muy posible que Hitler se inspirase en pasajes de los cuadernillos de Ford, pero resulta imposible probarlo.

De hecho, el nombre de Henry Ford solo se menciona en la edición original del segundo volumen de *Mi lucha*, donde se dice: «Son los judíos los que controlan el negocio de la bolsa en la Unión Americana. Cada año aumenta su dominio sobre los productores, en un pueblo de ciento veinte millones de personas. Solo un hombre, grande, único, sigue siendo plenamente independiente, pese a la ira de los judíos: Ford».[*][44] Sin embargo, a principios de 1929, Hitler sintió que el estadounidense había traicionado aquella convicción común. Al menos, eso era lo que le reprochó en un artículo: «En cualquier caso, y para hacerlo más fácilmente comprensible, añadiré que el Ford de hoy ya no es el Ford de antes. Porque el Ford de antes era un antisemita y por eso sus métodos eran “enemigos de los obreros”. El Ford de hoy, en cambio, se ha reconciliado con los judíos. Por eso, los obreros ya no tienen nada que decir contra sus métodos».[45] En la edición a precio popular de *Mi lucha* se borró el nombre de Ford. En todas las ediciones posteriores en alemán, el pasaje quedó como sigue: «Los judíos son los amos de las fuerzas de la bolsa de la Unión Americana. Cada año aumentan su control sobre la fuerza de trabajo de un pueblo de ciento

veinte millones de personas. Muy pocos son los que siguen manteniendo plenamente su independencia, frente a la ira de los judíos».[*][46] Sin embargo, en la edición completa que se publicó en Estados Unidos en 1939 se mantuvo la referencia a Ford, a diferencia de lo que ocurrió en la traducción de 1933 para el Reino Unido, que, por cierto, se abrevió y apenas recogía un tercio del original.[47]

El tema de moda: la «higiene racial»

Si Hitler no citó expresamente a su «inspirador» provisional, Ford, como fuente, aún menos lo hizo en el caso de otros autores cuyas ideas tomó prestadas. Para identificar las publicaciones a las que podría haberse remitido el autor de *Mi lucha*, no hay más remedio que comparar ciertos pasajes o formulaciones. Por ejemplo, en la parte en la que Hitler reprocha a la burguesía alemana su «obsesión por la objetividad». «Jamás puede lograrse la nacionalización de las masas por la acción de procedimientos a medias o por la simple observancia de un llamado punto de vista objetivo», ya que la misma solo será posible «mediante esa vehemencia total que es inherente a lo extremo».[48] Es muy posible que la ira de Hitler frente a la «falsa objetividad» se inspirase en la obra de Julius Langbehn *Rembrandt als Erzieher* («Rembrandt como educador»), en la que se afirmaba: «Hay que combatir ante todo la falsa objetividad».[49] Sin embargo, no existen pruebas definitivas que lo demuestren.

En el segundo capítulo del segundo volumen, con sus referencias al «Estado *völkisch* y a la higiene racial», se encuentran citas prácticamente literales de la obra de Erwin Baur, Eugen Fischer y Fritz Lenz *Grundriss der menschlichen Erblichkeitslehre und Rassenhygiene* («Manual de herencia humana e higiene racial»), publicada en 1923.[50] Lenz, que fue el encargado de redactar los pasajes evocados en *Mi lucha*, declaró en 1931, con una fingida modestia que no conseguía disimular su orgullo: «Muchos fragmentos se reproducen en las expresiones de Hitler, que ha sabido, en cualquier caso, hacer suyas las principales ideas de la higiene racial y su

trascendencia, con un espíritu muy abierto y una gran energía. En eso se diferencia de la mayoría de autoridades académicas, que se han mostrado bastante insensibles ante estas cuestiones».[51]

Es posible que *Mi lucha* también tomase prestados pasajes del opúsculo *Rassenbiologische Übersichten und Perspektiven* («Síntesis y perspectivas de la biología racial»), del partidario sueco de la eugenesia Herman Lundborg. En su obra, publicada en 1921, aseguraba, por ejemplo: «La historia nos enseña que muchos pueblos con un desarrollo cultural brillante en el pasado, como los persas, los griegos o los romanos, degeneraron y cayeron, y, al hacerlo, cedieron su lugar a otros pueblos de peor naturaleza».[52] En Hitler se lee algo muy parecido: «También la historia humana ofrece innumerables ejemplos en este orden, ya que demuestra con asombrosa claridad que toda mezcla de sangre aria con la de pueblos inferiores tuvo por resultado la ruina de la raza de cultura superior». Tres páginas más adelante, repite la idea: «Todas las grandes culturas del pasado cayeron en la decadencia debido únicamente a que la raza de la cual habían surgido envenenó su sangre».[53] Lundborg defendía que el estado debía controlar la natalidad: «El principio fundamental es impedir en la medida de lo posible que los desgraciados débiles o malogrados se reproduzcan. Una tarea tan decisiva debe recaer sobre los mejores hombres y mujeres del país».[54] El jefe del Partido Nacionalsocialista radicalizó esta exigencia tan popular entre los círculos *völkisch*: «Es deber del estado *völkisch* reparar los daños ocasionados desde todos los frentes en este terreno.[*] Tiene que comenzar por hacer de la cuestión de la raza el punto central de la vida general. Tiene que velar por la conservación de su pureza y tiene también que consagrar al niño como el bien más preciado de su pueblo».[55] Sin embargo, no hay pruebas de una posible conexión entre Lundborg y Hitler. Es probable, en cualquier caso, que el autor sueco conociera al especialista alemán en teoría de las razas Hans F. K. Günther, ya que le propuso que acudiera como científico invitado al instituto que dirigía en Upsala.

Es prácticamente seguro que en el segundo capítulo del segundo volumen de *Mi lucha* la exposición sistemática sobre las «razas humanas» esté inspirada directamente en Günther. Hitler describió así las supuestas

cargas que sufría el pueblo alemán: «Junto a nórdicos, alpinos; junto a alpinos, dináricos; junto a ambos, occidentales, y en medio de todos, mezclas».[56] En su extensa obra *Rassenkunde des deutschen Volkes* («Teoría de las razas del pueblo alemán»), Günther diferenciaba, apoyándose en fotografías, facilitando todo lujo de detalles y estudiando características físicas como el corte de la cara, la forma del cráneo, la nariz, el color de los ojos y del cabello y otros rasgos por el estilo, estas cuatro «razas humanas» de Europa, a las que, en una reedición posterior a la primera tirada de *Mi lucha*, añadió otras tres «razas» más pequeñas.[57] Por casualidad, se ha conservado el ejemplar de *Rassenkunde* que utilizó Hitler cuando estaba en la prisión de Landsberg. Se trata de un libro muy manoseado, lo que demuestra que lo leyó a conciencia.[58]

Cabe suponer que Hitler tomó su diferenciación entre «ciudadanos» y «súbditos» de Gottfried Feder. De hecho, en *Mi lucha* escribió: «El ciudadano tiene prioridad frente al extranjero. Es señor del Reich. Pero esta alta dignidad también entraña obligaciones. Aquel que carezca de honor o de carácter, el delincuente común, el traidor de la patria, etc., puede perder esta distinción y convertirse de nuevo en súbditos».[*][59] En el programa de veinticinco puntos del Partido Nacionalsocialista y en su obra *Der Deutsche Staat auf nationaler und sozialer Grundlage* («El estado Alemán sobre bases nacionales y sociales»), calificada por Hitler en su introducción como el «catecismo» de su movimiento, Feder expresó pensamientos parecidos: si alguien adquiría la condición de ciudadano podía «perderla si no era digno». A quien atentase contra la «adhesión a la comunidad de cultura y de destino alemanas» se le debía arrebatar sus derechos como ciudadano.[60] Esta diferencia se convirtió en el fundamento de la Ley de Ciudadanía del Reich, que, como parte de las antisemitas Leyes de Núremberg, entró en vigor en 1935. En ellas se distinguía entre súbditos, por una parte, y ciudadanos del Reich, por otra. Solo los últimos disfrutaban de «plenos derechos políticos, de conformidad con lo previsto en la legislación», si bien podían perder este privilegio en cualquier momento: «Se considerará ciudadano única y exclusivamente a los nacionales alemanes o a aquellos individuos de sangre afín que demuestren con su

comportamiento que están dispuestos a servir con lealtad al pueblo alemán y al Reich y reúnan las condiciones para hacerlo».[61]

El «espacio vital»

Una de las consignas fundamentales de la ideología nacionalsocialista era el concepto de «espacio vital». El objetivo de conquistar territorios en la Europa del Este para los colonos alemanes era, junto con la «aniquilación del bolchevismo judío», el principal motivo para declarar la guerra a la Unión Soviética. Sin embargo, si bien el antisemitismo formaba parte del pensamiento de Hitler desde el principio, el *Führer* no dijo ni una sola palabra acerca del «espacio vital» hasta que estuvo preso en Landsberg, o, al menos, no utilizó el término en el sentido que se le daría posteriormente. En sus borradores no lo menciona, aunque sí en los correspondientes pasajes de *Mi lucha*: «Un pueblo que se reduce al plan de colonización interior, mientras otras razas abarcan extensiones territoriales cada vez más dilatadas sobre el globo, se verá obligado a recurrir a la voluntaria restricción de su natalidad justamente cuando los demás pueblos siguen multiplicándose sin cesar. Es algo que sucederá con más rapidez cuanto menor sea el espacio vital disponible para un pueblo».[*] Según la idea de Hitler, esta restricción llevaría forzosamente a que en el mundo se impusiese «la humanidad culturalmente inferior, pero más resuelta». Para garantizar el «futuro de la nación», era necesario conquistar «nuevas tierras».[62]

En el borrador número 6, de principios de junio de 1924, Hitler seguía refiriéndose a este objetivo como la «obtención de suelo».[63] Sin embargo, parece que los compañeros de prisión debatieron acerca de este punto y que en aquella discusión Rudolf Heß introdujo el concepto de «espacio vital», que conocía a través de su profesor de geografía Karl Haushofer. Al principio no logró imponerlo, ya que sus compañeros no acababan de verlo claro, así que Heß pidió ayuda al académico de Múnich. Cuando este fue a visitarlos, les dio una definición algo vaga, que, de acuerdo con una carta de

Heß, fue la siguiente: «El espacio vital es una parte de la superficie terrestre, delimitada por fronteras naturales o artificiales y considerada desde el punto de vista de la conservación de las formas de vida (seres humanos, animales, plantas) presentes en ella».[64] Más adelante, Haushofer les proporcionó otra definición por escrito, por lo que parece más precisa, pero que se ha perdido. A Hitler esa formulación sí que le resultó convincente, así que adoptó el concepto y, en lo sucesivo, lo convirtió en una de las principales consignas de su ideología.[65]

Parece improbable que Hitler llegara al concepto de «espacio vital» por otra vía. Se dice que un ejemplar muy usado de la obra de Friedrich Ratzel *Politische Geographie* («Geografía política»), editada por primera vez en 1897, formaba parte de los «consultadísimos ejemplares de la pequeña biblioteca de la prisión de Landsberg, que visitaba con un sagrado fervor». En esa obra también se manejaban conceptos muy próximos al de «espacio vital», ya que su autor, un profesor de Leipzig fallecido en 1904, fue pionero de una escuela de investigación que se dedicaba al estudio de la «geopolítica».[66] Sin embargo, el hecho de que en *Mi lucha* solo se adoptara la consigna de Ratzel, pero no su escepticismo frente a la idea de una ampliación del «espacio vital» limitada a Europa, en lugar de expandida a todo el mundo, incluidas las colonias, nos lleva a pensar que Hitler tomó el concepto de Haushofer, a través de Heß. No obstante, no hay pruebas de ello. Hitler manejaba las fuentes de una forma muy libre y se acercaba a la lectura según le parecía, lo que, por otra parte, impide que su libro pueda considerarse como una exposición objetiva de su visión del mundo.

Dado que Hitler no era ni un lector sistemático ni un pensador estructurado, sino que se dejaba llevar constantemente por emociones nacidas del odio, en la mayoría de las ocasiones no consiguió citar de un modo concreto las fuentes de sus afirmaciones. Se lo impedían sus métodos de lectura selectiva, arbitraria y orientada conforme a sus prejuicios. Por eso resulta imposible reconstruir de un modo fiable su proceso de pensamiento. Sobre las otras publicaciones de las que tomó sus argumentos no se pueden hacer más que conjeturas.

El odio hacia los judíos

> Hitler se presentó como un antiguo y fanático antisemita solo a *posteriori*, en *Mi lucha*, aquella obra pésima de la que se editaron millones de ejemplares.
>
> RALF GEORG REUTH, historiador[1]

El núcleo de su ideología

Las fronteras entre la obsesión y el delirio son difusas. No es posible determinar con precisión, ni cualitativa ni cuantitativamente, en qué momento ni por qué motivos una idea fija se convierte en una auténtica locura. No obstante, si alguien repite una y otra vez, decenio tras decenio, un juicio equivocado, en variantes que se cuentan literalmente por millares, es seguro que esa persona ya no está obsesionada, sin más, sino que, simple y llanamente, delira.

Las primerísimas declaraciones políticas de Adolf Hitler, en sentido estricto, giraban en torno a los «judíos» y a su discriminación. En una carta a Adolf Gemlich, un soldado de Ulm, Hitler escribió, en nombre de su superior militar, el capitán Karl Mayr: «El antisemitismo que nace exclusivamente del sentimiento se traducirá en último término en pogromos. En cambio, el antisemitismo responsable debe llevarnos a luchar de un modo planificado y legal, así como a arrebatarle al judío los privilegios de los que disfruta en la actualidad, a diferencia de los demás extranjeros que viven entre nosotros (legislación relativa a los extranjeros). No obstante, su último objetivo ha de ser, invariablemente, la expulsión de los judíos».[2] Esta carta se envió el 16 de septiembre de 1919, es decir,

apenas cuatro días después de que Hitler hubiera acudido por vez primera a una reunión del pequeño grupo *völkisch* llamado Partido Obrero Alemán. También en el último documento de su vida, su testamento político, del 29 de abril de 1945, el antisemitismo ocupó un lugar preponderante: en aquel escrito, Hitler aseguraba que los únicos responsables de la derrota en la guerra mundial eran «aquellos hombres de estado internacionales que tienen un origen judío o han trabajado a favor de los intereses judíos». Por eso, «de las ruinas de nuestras ciudades y monumentos artísticos» renacería el «odio contra el pueblo que es en último extremo responsable y al que le debemos todo esto: el judaísmo internacional y sus benefactores». La última misión que encomendó a sus sucesores y al pueblo alemán fue la siguiente: «Por encima de todo, ordeno a los dirigentes de la nación y a sus seguidores que mantengan con el máximo rigor la legislación en materia de razas y opongan una resistencia sin compasión frente al envenenador de todos los pueblos del mundo, el judaísmo internacional».[3]

El antisemitismo constituía el núcleo de la visión del mundo que mantenía Hitler y también estaba presente en *Mi lucha*, libro que sentó las bases de su ideología. Desde un punto de vista meramente estadístico, en las setecientas ochenta páginas del texto se encuentran casi seiscientas expresiones nacidas del odio hacia los judíos. En ocasiones se trata de insultos aislados; otras veces, de párrafos completos con una orientación clara. Como es lógico, estas referencias no aparecen en la misma proporción en los veintisiete capítulos de la obra. Son más frecuentes en el capítulo «El pueblo y la raza», del primer volumen —que es, en sí mismo, una sucesión de prejuicios y estereotipos—, así como en los capítulos trece y catorce del segundo volumen, en los que se aborda la política alemana de alianzas y su orientación futura. Pero en el resto del texto también son numerosos los ataques contra los judíos. Hitler se apropió prácticamente de todas las opiniones que sostuvieron los antisemitas en su presencia y radicalizó muchas de ellas.

«El recuento de judíos»

Además de *Los protocolos de los sabios de Sión*, hacia 1920 uno de los rumores antisemitas más difundidos era el que aseguraba que los «miembros del pueblo elegido» se habrían librado de combatir en el frente durante la guerra mundial. Como estas y otras ideas eran cada vez más habituales, se estableció que el día 1 de noviembre de 1916 se realizaría un «recuento de judíos» en todo el ejército alemán. Sus resultados, sin embargo, se mantuvieron en secreto, lo que dio pie a muchas especulaciones. Pronto se empezó a decir que uno de cada nueve soldados de la retaguardia era judío, mientras que en las trincheras solo había un hebreo por cada ciento ochenta hombres. Considerando que en la población alemana general los judíos representaban un 1 %, eso habría significado que la mitad de los judíos alemanes evitaron prestar servicio en el frente, mientras que en la retaguardia, relativamente tranquila, su proporción era diez veces superior a lo que habría cabido esperar.[4]

En realidad, el «recuento de judíos» habría arrojado unos resultados completamente diferentes. Se calculó que el porcentaje de alemanes judíos era incluso algo superior al de alemanes cristianos; que en el frente esta proporción se mantenía más o menos, y que las ligeras diferencias constatadas se explicaban por el hecho de que entre los judíos la edad media era un poco más elevada.[5] En la retaguardia, en cambio, no se encontró un valor significativamente superior al previsto. Se ignora por qué el Ministerio no publicó estas cifras, que había recopilado a través de los cuestionarios que respondieron los oficiales de tropa. ¿Tal vez porque contradecían claramente la idea de aquel supuesto «escaqueo»?

Pese a que, como muy tarde, en 1922 los hechos se explicaron en las publicaciones científicas judías, dos años después Hitler aún seguía describiendo lo ocurrido según su propia visión. En el primer volumen de *Mi lucha* asegura: «El emboscarse se consideraba casi como una prueba de inteligencia superior, en cambio, la firme lealtad como una característica de debilidad moral o de estupidez. Las oficinas estaban ocupadas por elementos judíos; casi todo amanuense era un judío y todo judío un amanuense. Me asombraba ver aquí tantos “combatientes” del pueblo

elegido y no podía menos que comparar su número con los escasos representantes que de ellos había en el frente».[6] El experto en economía nacional Franz Oppenheimer, que, como asesor del Ministerio de Defensa, trabajó en el «recuento de judíos», había previsto que cualquier explicación sobre los resultados reales de la estadística sería ignorada: «Los señores de la cruz gamada, los de profesión antisemitas, seguirán creyendo que en la retaguardia había un 11 % de judíos». Y añadió: «En esta refutación verán incluso una muestra de la osadía de los judíos. Y si no es así, es que conocemos mal la mentalidad de nuestro pueblecito».[7] *Mi lucha* confirmó esta hipótesis.

Pero ¿de dónde le venía a Hitler esa fijación por «los judíos»? En su libro explicó cómo se convirtió en antisemita. Según aseguraba, se trató de un proceso de unos cinco años: «Me sería difícil, si no imposible, precisar en qué época de mi vida la palabra judío fue para mí por primera vez motivo de reflexiones. En el hogar paterno, cuando aún vivía mi padre, no recuerdo siquiera haberla oído». En su escuela de Linz solo conoció a un chico judío, «al que todos nosotros tratábamos con cuidado, pero solo porque, por experiencia, no confiábamos especialmente en su discreción». [*] No fue hasta 1903 o 1904 cuando oyó más «a menudo la palabra "judío", a veces en conversaciones de tema político», de las que le quedaba «cierta repulsión» y una «sensación desagradable», aunque las cosas no pasaban de ahí: «De la existencia de un odio sistemático contra el judío no tenía yo todavía idea en absoluto».[8]

Sin embargo, cuando se mudó a Viena, a principios de 1908, la «cuestión judía» reclamó su atención. Después de ver por primera vez un supuesto judío típico del Este, vestido con un largo caftán y con tirabuzones, empezó, siempre de acuerdo con lo que explicó en *Mi lucha*, a leer folletos antisemitas y a ver en todas partes a «judíos» en posiciones privilegiadas. Le molestaba especialmente su presencia en la prensa y en la vida cultural, además del hecho de que los dirigentes de la socialdemocracia austríaca fueran en su mayoría de confesión hebrea, supuestamente. Pronto reconoció las intenciones de sus mensajes: «Era pestilencia, pestilencia intelectual, peor que la peste negra de antaño, con la que se infectaba al

pueblo. ¡Y ese veneno se producía y se expandía en enormes cantidades!».[*] Declaraba con orgullo: «De débil cosmopolita debí convertirme en antisemita fanático». El motivo de ese cambio fueron los años que pasó en Viena, de una dureza supuestamente insoportable: «No sé cuál sería ahora mi modo de pensar respecto al judaísmo, la socialdemocracia —mejor dicho todo el marxismo—, el problema social, etc., si ya en mi juventud, debido a los golpes del destino y gracias a mi propio esfuerzo, no hubiese alcanzado a cimentar una sólida base ideológica personal».[9]

Sus posteriores experiencias en Múnich no hicieron sino consolidar esta convicción. En *Mi lucha* asegura que se dio cuenta de que «las finanzas internacionales judías» habían urdido un plan a largo plazo para la «destrucción de Alemania, aún no sometida al control supraestatal general de las finanzas y la economía».[*] Una de las vías para aplicar ese plan había sido la guerra mundial, a la que el «judaísmo internacional» había arrastrado a Europa. Entre 1914 y 1918 Hitler volvió a encontrar motivos para su odio: «Mientras que el judío robaba a toda la nación y la sometía a su dominio, se nos animaba a enfrentarnos a los “prusianos”. En casa ocurrió lo mismo que había sucedido en el frente: los dirigentes no hicieron nada contra esta propaganda envenenada», se quejaba. Y añadía: «Esa actitud me dolió profundamente. En ella solo pude ver la más genial artimaña del judío, que conseguía desviar la atención general desde sí hacia otros. Mientras que Baviera y Prusia se estaban peleando, se les arrebataba a ambas su propia existencia delante de sus narices; mientras en Baviera se insultaba a Prusia, el judío organizó la revolución y destruyó al mismo tiempo a Prusia y a Baviera». Sin embargo, no fue hasta el final del imperio alemán y la proclamación de la República, es decir, hasta noviembre de 1918, cuando extrajo consecuencias claras: «Con los judíos no caben compromisos; para tratar con ellos no hay sino un “sí” o un “no” rotundos».[10]

Los judíos del entorno de Hitler

Aquello sonaba lógico: Hitler había desarrollado su antisemitismo radical a lo largo de diez años, paso a paso, siempre a partir de sus experiencias concretas. Y, sin embargo, en esta exposición acerca de su propia vida hay un problema esencial: resulta que no se corresponde con la realidad. Ni un solo testigo de la época que Hitler pasó en Viena pudo describirlo como un enemigo de los judíos. Antes al contrario: entre los pocos amigos que hizo en el albergue masculino había varios judíos, como, por ejemplo, Josef Neumann, a quien Hitler tenía en alta estima; o Siegfried Löffner, que lo ayudó en un conflicto con su antiguo compañero Reinhold Hanisch; o, por último, Simon Robinson, que le echó una mano facilitándole algo de dinero. Y las estampas que pintaba, inspirándose en postales, las vendía sobre todo a comerciantes judíos. En 1908 acudió como invitado a varias veladas musicales que organizaba la familia Jahoda, cuyos miembros se correspondían con el prototipo del judío vienés plenamente integrado. Quien introdujo a Hitler en su círculo fue su amigo de juventud August Kubizek, que tocaba la viola en algunas de aquellas fiestas a cambio de una remuneración: «En realidad, Adolf me acompañaba. Y le encantaba hacerlo. Le sorprendía especialmente la biblioteca que había creado el señor Jahoda y que para Hitler representaba la escala fundamental por la que medir a las personas allí reunidas».[11] Aquello no se correspondía con el odio que, según Kubizek, Hitler sintió ya desde su juventud contra todo lo judío.

Al igual que ocurre en el caso de Viena, de los aproximadamente quince meses que pasó Hitler en Múnich, hasta el momento en que estalló la guerra, no nos han llegado pruebas de su antisemitismo radical. Es cierto que en la capital bávara, tanto en los círculos ultracatólicos pequeñoburgueses como entre la burguesía de orientación nacionalista, el odio hacia los judíos estaba muy generalizado. Pero Hitler pasaba su tiempo en casa de sus arrendatarios, donde pintaba acuarelas para ganarse la vida. En su tiempo libre, leía libros en la biblioteca del estado y, de cuando en cuando, iba a las tabernas de artistas del barrio de Schwabing, donde frecuentaba a gente de vida bohemia. Por aquel entonces su orientación política tendía más bien hacia la izquierda. Además, en su círculo había

numerosos judíos, lo cual, desde luego, no parecía molestarle en exceso. Sin embargo, en *Mi lucha* asegura que en esta época sometió «de nuevo a un riguroso examen la relación existente entre el marxismo y el judaísmo», del cual extrajo una clara conclusión: «El problema capital para el porvenir de Alemania residía en la destrucción del marxismo», que, evidentemente, era judío.[12] Y, sin embargo, ni un solo testigo recuerda que entre 1913 y 1914 Hitler se manifestase en ese sentido. Tampoco ninguno de sus escritos anteriores a la guerra —de los que se han conservado poquísimos, en cualquier caso— contiene referencia alguna a su antisemitismo.

Ni siquiera el estallido de la guerra, momento en el que se alistó como voluntario, despertó su odio contra los judíos. A principios de febrero de 1915 escribió a uno de sus conocidos de la capital bávara: «Pienso tanto en Múnich... Todos nosotros solo deseamos que se ajusten pronto y definitivamente las cuentas con la banda».[13] Sin embargo, no está claro si con eso de la «banda» se refería a los soldados enemigos a los que había que atacar antes de pensar en el regreso a la patria o bien a algunos enemigos de Múnich. Las cartas de los años de la contienda que se han conservado hasta ahora no contienen ningún otro comentario de índole política. Ni sus compañeros de regimiento ni Max Amann (su superior por aquel entonces) ni otros soldados que intervenían como correos recordaron que antes de 1918 Hitler hubiera hecho «declaraciones políticas» o hubiera hablado de la «cuestión judía».[14] En 1934, su amigo Ernst Schmidt reconoció a un periodista británico, con una sorprendente franqueza: «No intentó ejercer ningún tipo de influencia política sobre los demás».[15] Otro de sus compañeros, Ignatz Westenkirchner, llegó a recordar incluso que Hitler hablaba de Viena y de los judíos de la ciudad sin mostrar «ningún tipo de hostilidad».[16] En una contradicción interna muy típica de *Mi lucha*, el *Führer* incluso aseguró: «Entonces era yo soldado y no quise hacer política, tampoco el momento era apropiado para ello». Pocas líneas después, sin embargo, escribió lo contrario: «Por aquella época no quería saber nada de política, pero no tuve más remedio que posicionarme ante determinados hechos que afectaban a toda la nación y, especialmente, a nosotros, los soldados».[*] Se refería, por una parte, a la exagerada fe en la

victoria que se sentía en la patria y, por otra, a la extendida ignorancia en torno a los supuestos peligros del «marxismo», sobre los que las «universidades judaizadas» no decían nada.[17]

De todas formas, los superiores judíos del Regimiento List no pudieron ser el motivo del obsesivo antisemitismo de Hitler. Al menos, es lo que aseguraba Fritz Wiedemann, edecán del regimiento, cuando recordaba aquella época: «La experiencia con oficiales judíos durante la guerra mundial tuvo muy poca influencia en ello».[18] Todo lo contrario: es probable que el alférez judío Hugo Gutmann intercediese de un modo fundamental para la concesión de la Cruz de Hierro de Primera Clase a Hitler el 4 de agosto de 1918, si es que no fue él mismo quien inició los trámites oportunos. Y probablemente no lo habría hecho si Hitler, que por aquel entonces ejercía como correo, se hubiese mostrado ante sus compañeros como un agresivo antisemita.

El Consejo de Soldados en Múnich

Hitler no mostró su odio hacia los judíos ni en Viena ni en Múnich, como tampoco lo hizo durante la primera guerra mundial. Ni siquiera la revolución de noviembre de 1918 hizo de él un antisemita. Si por una parte se sentía verdaderamente afectado por la derrota, por otra se alegraba de que los combates hubieran acabado. Cuando, diez días más tarde, salió del hospital militar de Pasewalk y regresó a Múnich pasando por Berlín, se encontró, en la capital del Reich, con el cortejo fúnebre de los obreros que habían caído asesinados en los tumultos de la semana anterior. Es posible incluso que se sumase a él durante un tramo, para ir desde la estación terminal de Stettin, situada al norte del casco urbano, a la que había llegado en tren, hasta la estación de Anhalter, al sur del centro, donde tenía que tomar el siguiente ferrocarril. Sea como fuere, en el segundo volumen de *Mi lucha* escribió sobre aquella manifestación: «Después de la guerra vi en Berlín un mitin marxista delante del Palacio Real y el Lustgarten.[*] Un mar de banderas rojas, de brazaletes rojos y de flores rojas daban a esta

demostración, aproximadamente de ciento veinte mil personas, un aspecto exterior imponente, y yo mismo sentía y comprendía la facilidad con que el hombre del pueblo se deja dominar por la magia seductora de un espectáculo de tan grande apariencia».[19]

Sin embargo, su animadversión contra el «marxismo judío» no podía ser tan grande. Según sus propias palabras, «a fines de noviembre de 1918 volví a Múnich para incorporarme de nuevo al batallón de reserva de mi regimiento, que ahora estaba sometido al "Consejo de Soldados". Allí el ambiente me fue tan repugnante que opté por retirarme cuanto antes».[20] Pese a todo, regresó después de una corta temporada en la ciudad de Traunstein, y, posiblemente, a finales de febrero de 1919 participó en la marcha fúnebre en honor del primer ministro de la revolución, Kurt Eisner, asesinado. Eso es al menos lo que parece demostrar una instantánea tomada el 26 de febrero de 1919, en la que aparece Hitler.[21] Si es cierto, la suya es una actitud cuanto menos inusual para el antimarxista y antisemita en el que, según asegura en *Mi lucha*, se había convertido ya por aquel entonces. No en vano, Eisner era socialista y procedía de una familia judía.

Seis semanas más tarde se habían desencadenado ya en Múnich los primeros combates violentos de la guerra civil entre las unidades de la República de Weimar y los partidarios de la República de los Consejos, que entretanto había sido proclamada. Hitler figura incluso en la lista de suplentes de uno de aquellos consejos de soldados a los que tanto decía odiar. Obtuvo diecinueve votos.[22] Las elecciones del 15 de abril de 1919 tuvieron lugar después de la derrota del intento de golpe de estado del Domingo de Ramos, protagonizado por las unidades leales, que, bajo la dirección del Partido Socialdemócrata de Alemania, fueron derrotadas rápidamente por los guerrilleros comunistas, dado que las guarniciones de Múnich no defendieron al gobierno legítimo, como se esperaba. A continuación, los representantes de los Consejos de Trabajadores y Soldados proclamaron la dictadura comunista. También los consejos recién elegidos declararon estar dispuestos a defender «la República de los Consejos con todas sus fuerzas».[23] Algunos de sus líderes, como Eugen Leviné, Tobias Axelrod o Ernst Toller, procedían de familias judías, y de

ello se quejaba en 1925 un judío de Karlsruhe, completamente integrado en la sociedad alemana: «Tal vez los judíos de Baviera se hubieran ahorrado muchas molestias si los judíos, especialmente los comunistas del Este, no hubieran participado en la revolución bávara».[24] De todas formas, también es verdad que hubo personas a las que se acusó falsamente de ser representantes «judíos», como ocurrió con Max Levien. Los nacionalistas enemigos de la República de los Consejos identificaban a los revolucionarios según la idea que, desde su perspectiva antisemita, se hacían de sus adversarios. A ello debió de contribuir el hecho de que los revolucionarios tomasen rehenes de entre la burguesía y fusilaran al menos a diez de ellos. Estos asesinatos se consideraron el inicio del «Terror Rojo» en el territorio alemán y se contemplaron como un acto típicamente judío.

No hay pruebas de que Hitler ejerciera ninguna actividad dentro del Consejo de Soldados. En *Mi lucha* no dijo ni una sola palabra acerca de su cargo. Es más, incluso aseguró que intervino como enemigo de la República de los Consejos y que por eso se convirtió en un sospechoso para los revolucionarios: «En efecto, en la mañana del 27 de abril de 1919 debí ser apresado, pero los tres sujetos encargados de cumplir la orden no tuvieron suficiente valor ante mi carabina preparada, y se marcharon como habían venido».[25] Con toda probabilidad se trata de un relato con el que pretende ocultar la realidad, porque la fecha y la descripción de la supuesta detención fallida coinciden de una forma irritantemente exacta con informes de contenido similar, como, por ejemplo, el del escritor *völkisch* Dietrich Eckart o el de Fridolin Solleder, compañero de regimiento de Hitler.[26]

El asalto al poder de los consejos comunistas en Múnich provocó que, en Berlín, el gobierno del Reich adoptara duras represalias: tropas regulares, bien equipadas y formadas por decenas de miles de hombres, además de los leales Freikorps, pusieron rumbo a la Alta Baviera para acabar brutalmente con aquel «carnaval de la locura».[27] En la segunda quincena de abril, la caída de la República de los Consejos era solo una cuestión de días. El «Ejército Rojo» de los revolucionarios no tenía nada que hacer frente a las tropas enemigas, muy superiores en número. A principios de mayo de 1919, sus comandantes anunciaron al delegado del

pueblo competente en materia de seguridad interna,[*] es decir, el consejero Gustav Noske, que habían cumplido con su cometido: la revolución de Múnich había sido derrotada; al menos seiscientas seis personas —probablemente, más de mil, en realidad—, en su mayoría insurrectos, aunque también civiles que no tenían nada que ver con el asunto, habían sido asesinadas.

Una fatal «redención»

Es probable que Hitler se convirtiera en un radical antisemita por aquella época. Posiblemente fue un efecto colateral de su intento de «redimirse» por su breve participación en el Consejo de Soldados. En cualquier caso, pocos días después de que concluyese la República de los Consejos, trató de averiguar, como miembro de una comisión de investigación, quiénes de sus compañeros de regimiento habían apoyado la revolución. Acusó, entre otros, a los soldados Georg Dufter y Jakob Seihs, quienes en las elecciones celebradas tres semanas antes habían obtenido claramente más votos que él: «Que algunas partes del regimiento se unieran al Ejército Rojo se debe, en cualquier caso, a la actividad propagandística de Dufter y del consejero de batallón Seihs».[28] Casi al mismo tiempo, concretamente el 7 de mayo de 1919, se dieron a conocer las duras condiciones de la conferencia de paz de Versalles, que dejaron a casi toda Alemania, desde los socialdemócratas de la izquierda hasta los fanáticos de la extrema derecha, sumida en un estado de *shock*. En los círculos *völkisch*, especialmente, el supuesto bolchevismo judío y el fruto que había dado en Alemania, esto es, la República de los Consejos, quedaron inseparablemente ligados a las potencias extranjeras enemigas, que exigían reparaciones consideradas imposibles.

En junio o julio de 1919, a más tardar, Karl Mayr, superior de Hitler, confiaba ya lo suficientemente en su soldado de primera —que por aquel entonces tenía treinta años— como para encomendarle una misión de mayor alcance: lo envió oficialmente a una formación que lo capacitaría para trabajar en la elaboración de propaganda antibolchevique. «Algunas

semanas más tarde recibí la orden de tomar parte en un “curso” para los componentes de la institución armada. En este curso el soldado debía adquirir ciertos fundamentos inherentes a la concepción ciudadana», escribió en *Mi lucha*.[29] Los profesores eran, por lo general, de tendencia nacionalista alemana o *völkisch*, cuando no abiertamente antisemitas. Sus mensajes alentaron a Hitler: «Cierto día tomé parte en la discusión, refutando a uno de los concurrentes que se creyó obligado a romper una lanza por los judíos[*] y argumentar largamente en favor de ellos. Aquello me incitó a replicarle. La gran mayoría de los miembros presentes del curso aprobó mi punto de vista».[30] De todas formas, en aquellos cursos no se pretendía fomentar debates abiertos. Los antisemitas convencidos se quejaban de que se les impedía discutir acerca de la «cuestión judía».[31]

Sin embargo, Mayr, que también era antisemita, supo reconocer el talento que tenía su discípulo para agitar el ambiente y valoró sus ideas, que, con el tiempo, se habían ido haciendo cada vez más sólidas. Convirtió a Hitler en uno de sus hombres de confianza y le brindó la máxima protección posible. Por eso, el 10 de septiembre de 1919 le encargó que preparase una respuesta para Adolf Gemlich, soldado de Ulm, que había preguntado por escrito: «¿Acaso el gobierno es demasiado débil como para tomar medidas contra los peligrosos judíos?». Mayr pidió a su subordinado que le presentase «una exposición de una o dos páginas acerca de los puntos sobre los que se interrogaba».[32] Pero el antisemita Adolf Hitler no era capaz de responder en tan poco espacio: necesitó cuatro páginas, con letra muy apretada, para dejar constancia escrita, por vez primera, de su odio hacia los judíos. En ellas vertió los prejuicios y las ideas sobre el enemigo que circulaban por entonces en Múnich, pero mezclados con esa convicción carente de escrúpulos que poco después obraría un enorme efecto sobre el público que asistía a sus discursos.

Ningún otro tema —ni siquiera el afán de «espacio vital»— está tan presente en *Mi lucha* como el antisemitismo. Sin embargo, el origen de ese odio hacia los judíos que se describe en el libro era, en buena medida, una proyección. Está probado que Hitler falseó la evolución de ese sentimiento. No hay duda: entre mayo y septiembre de 1919, aquel soldado de primera

que no tenía interés alguno por la política se convirtió en un antisemita convencido. No es posible determinar con seguridad qué motivó ese cambio. Hay muchos indicios de que la ira desmedida que Hitler sentía hacia los judíos era una exagerada compensación de su breve e insignificante participación en la República de los Consejos de Múnich, que con el tiempo él mismo consideró como un error.

Fiabilidad

> En muchos aspectos, *Mi lucha* es la *Bildungsroman* de Hitler. En ella se inventó una biografía muy útil desde el punto de vista político.
>
> THOMAS WEBER, historiador[1]

Inexactitudes aceptables

En ningún lugar se maquilla la realidad, se manipula y se miente más que en las biografías. Exagerar la propia vida, adornarla: son acciones inherentes a este género. Y se aplica también al relato que Adolf Hitler hace a lo largo del primer volumen de *Mi lucha* acerca de sus orígenes, de su educación y de sus experiencias, en la primera guerra mundial y después de ella. Prácticamente cada página de sus descripciones contiene errores demostrables, malentendidos y otras incorrecciones. Sin embargo, lo interesante no son los pequeños fallos que cualquiera podría cometer a la hora de recordar, pasados doce o más años, fechas, lugares o nombres exactos. Son de mayor trascendencia aquellos pasajes en los que Hitler, llevado por el deseo de provocar un determinado efecto en su público, falsea conscientemente la realidad para embellecerla.

Por eso, resulta insignificante que, por ejemplo, en *Mi lucha* se equivoque al indicar la fecha de su primera visita a Viena y describa aquel acontecimiento de un modo, cuando menos, equívoco: «Aquello se aceleró desde que, cuando aún no tenía dieciséis años, viajé por primera vez a Viena para una visita de dos semanas. Fui allí para estudiar la galería de pintura del Hofmuseum, pero prácticamente solo tuve ojos para el museo en sí. Me pasaba los días, desde primera hora de la mañana hasta altas horas de

la noche, de un monumento a otro, viendo siempre edificios, que eran lo que más me atraía. Horas y horas de pie frente a la Ópera, horas y horas admirando el Parlamento; toda la Ringstraße obraba en mí el mismo efecto que un hechizo de *Las mil y una noches*».[*][2]

En realidad, aquel viaje no pudo tener lugar antes del 20 de abril de 1905, día en el que Hitler cumplió dieciséis años, sino que se realizó un año más tarde, y tampoco duró dos semanas. Así lo demuestra el «certificado de nacionalidad» emitido el 21 de febrero de 1906 por la administración municipal de Linz, un documento que se exigía para acceder a la metrópoli y que dejaba constancia de que se disponía de un seguro para la asistencia en el lugar de destino, es decir, que servía como una especie de tarjeta de la Seguridad Social.[3] Además, se han conservado cuatro postales que Hitler envió desde Viena, entre principios de mayo y principios de junio de 1906, a su amigo August Kubizek, en Linz. En ellas, su entusiasmo por la capital de la dinastía de los Habsburgo es moderado: «Aunque todo me parece muy bonito, ansío volver a Linz».[4] Pese a que en aquella misma postal Hitler anunciaba su pronto regreso, el adolescente de diecisiete años se quedó, según parece, hasta el día de Pentecostés de 1906. De hecho, para aquella fiesta envió una tarjeta de saludos a Kubizek y los padres de este, con matasellos de Viena.[5] De todas formas, cualquiera de nosotros cometería necesariamente errores de ese tipo al recordar sucesos acontecidos casi dos decenios antes.

Maquillar la realidad de forma consciente

Las experiencias relevantes, como las convicciones políticas del padre, son ya harina de otro costal. En *Mi lucha*, el *Führer* escribe acerca del «convencido nacionalismo» de Alois Hitler, que tuvo «su influencia» en el hijo.[6] Si ello hubiera sido así, Alois debería haber formado parte de los «germanistas», como se denominaba a la oposición nacionalista radical del Imperio Austrohúngaro entre finales del siglo XIX y principios del XX. Sus miembros criticaban duramente las concesiones que la corte de Viena hacía

frente a Hungría (la otra parte del Reich) y consideraban, en consecuencia, que los Habsburgo eran señores extranjeros y enemigos del pueblo. En otra parte del libro, Adolf Hitler describe la ideología de aquellos «hombres de sentir nacionalista y patriótico», que, en la generación de su padre, vivieron como «verdaderos austríacos de sentir alemán»,[*] aunque no fueran rebeldes contra la nación ni «rebeldes contra el estado mismo, sino rebeldes contra un sistema de gobierno del cual tenían el convencimiento de que conduciría a la ruina de su propia raza».[7]

Sin embargo, lo que asegura Adolf Hitler no casa en absoluto con las convicciones de su padre, que están documentadas. No hay duda de que aquel funcionario de aduanas, jubilado en 1895, fue un leal servidor del estado: sus superiores nunca habrían destinado precisamente a la frontera entre Alemania y el Imperio Austrohúngaro (en concreto a Branau am Inn y, durante un corto período, incluso a Passau, es decir, ya en territorio del Reich Alemán) a un hombre en el que no confiaran. Además, al final de su trayectoria profesional, Alois Hitler consiguió dos ascensos y acabó convirtiéndose en oficial superior de aduanas en Linz, la máxima posición a la que podía aspirar alguien que no había superado la prueba de selectividad ni tenía estudios superiores. A principios de 1903, tras su repentina muerte a los sesenta y cinco años de edad, una necrológica lo calificaba de «hombre plenamente progresista», lo que en aquella zona de Austria significaba por aquel entonces que había sido fiel al estado.[8] La descripción que realiza August Kubizek del padre de su amigo es muy parecida, aunque hay que tener en cuenta que no responde a una experiencia directa, ya que él nunca lo conoció personalmente: «Aun cuando Alois Hitler tuviese ideas liberales, como era muy frecuente en aquella época entre los funcionarios de Austria, la autoridad del estado, encarnada en la persona del káiser, era para él absolutamente inviolable».[9] Así pues, resulta difícil que Alois Hitler inculcara en su hijo ideas nacionalistas alemanas, algo que, por otra parte, el propio Adolf reconoce en *Mi lucha* cuando se refiere a su padre, ya en otro contexto, como un «funcionario de estado fiel cumplidor de sus obligaciones».[*][10] La idea de que el nacionalismo de Alois tuvo «su influencia» en el hijo es un añadido

posterior al que Hitler recurrió probablemente para asegurar que desde su primera juventud había mantenido unas convicciones *völkisch* radicales y que su principal exigencia había sido la «reparación» de la Austria germana.

¿Unos modestos orígenes?

Para hacer creíble su compromiso con los intereses de los trabajadores en las ciudades y en las zonas rurales, Hitler subrayó en su libro las modestas condiciones en las que había tenido que vivir en su infancia y su juventud. «En los brazos de la "diosa miseria" y amenazado más de una vez de verme obligado a claudicar, creció mi voluntad para resistir hasta que triunfó esa voluntad —escribió en *Mi lucha*—. Debo a aquellos tiempos mi dura resistencia de hoy y la inflexibilidad de mi carácter. Pero más que a todo eso doy todavía un mayor valor al hecho de que aquellos años me sacaran de la vacuidad de una vida cómoda, que expulsaran de aquel entorno de suaves plumas al cobarde que yo era por aquel entonces y me diesen como nueva madre a la preocupación,[*] para arrojarme al mundo de la miseria y de la pobreza, donde debí conocer a aquellos por quienes lucharía después».[11] Esta descripción no se corresponde con sus orígenes, con el hogar de un funcionario en el que se disfrutaba de pensión asegurada y, posteriormente, de una asignación para la viuda, así como de un terreno que fue propiedad de la familia durante un tiempo. Hitler recurrió a la artimaña de restar importancia al patrimonio y las rentas de la familia: «La miseria y la dura realidad me obligaron a adoptar una pronta resolución. Los escasos recursos que dejara mi padre fueron agotados en su mayor parte durante la grave enfermedad de mi madre y la pensión de huérfano que me correspondía no alcanzaba ni para subvenir a mi sustento; me hallaba, por tanto, sometido a la necesidad de ganarme de cualquier modo el pan cotidiano».[12]

En realidad, el tratamiento del cáncer incurable de Klara Hitler no agotó en modo alguno los «recursos que dejara» el padre. En enero de 1907 a la

madre de Hitler se le amputó un pecho. El hospital facturó cien coronas por la operación, los medicamentos y la estancia. Sin embargo, aquella intervención no tuvo éxito, dado que la paciente sufría ya de metástasis. Por visitarla en su agonía, hasta el día en que falleció, el 21 de diciembre de 1907, Edmund Bloch, médico de Linz y judío practicante, pidió cuatro coronas por tratamiento; una suma anormalmente baja, dado que el precio habitual era de seis coronas. Además, Bloch facturó otras ciento veintiocho coronas por los medicamentos. En total, el importe fue de trescientas coronas.[13] El fallido tratamiento completo de Klara Hitler, que no sirvió más que para retrasar su muerte, debió de costar unas quinientas coronas.

Desde luego, se trataba de una cifra elevada, sobre todo si se tiene en cuenta que no había ningún seguro por enfermedad que asumiese parte de los gastos. Pero aquello no obligó a la familia Hitler a pasar hambre. Tras la muerte de su marido y la venta de una pequeña casa que habían adquirido en 1898, Klara disponía de un patrimonio líquido de al menos cuatro mil coronas, una vez deducidos los pagos de su hijastra y los correspondientes impuestos y gastos, así como la reserva de la parte de la herencia que correspondía a Adolf y a su hermana pequeña, Paula, que debía bloquearse hasta que cada uno de ellos cumpliese veinticuatro años. A todo ello hay que sumar su pensión de viudedad, de mil doscientas coronas anuales, más cuatrocientas ochenta coronas que recibía como ayuda para la educación de sus dos hijos.[14] Así pues, Clara contaba cada año con casi mil novecientas coronas para su familia, sumados los intereses. En la Austria germana de 1905, aquello equivalía al doble del salario inicial de un maestro o un jurista recién incorporado a su puesto. Un tercio de aquella suma, es decir, seiscientas coronas, se destinaba al alquiler de su vivienda. Por lo demás, la familia llevaba una vida modesta. Los datos que se han conservado por casualidad acerca de su contabilidad doméstica revelan que no había grandes lujos en la cocina, pero, desde luego, no puede decirse que viviesen como pobres. Compraban con regularidad leche fresca y café, y dos veces a la semana adquirían pan y carne. En cambio, tomaban fruta y verduras con relativa poca frecuencia.[15]

A la muerte de su madre, Adolf, que por aquel entonces tenía dieciocho años, no solo recibió una pensión de orfandad de veinticinco coronas, sino que también pudo disponer de su parte de la herencia materna, que se elevaba a unas seiscientas coronas. Además, en 1908 su tía Johanna Pölzl le prestó en dos ocasiones 924 coronas, que, *de facto*, acabaron convirtiéndose en un regalo. Aquella mujer, de salud débil y tal vez también con cierto grado de discapacidad, murió en 1911, con apenas cuarenta y ocho años. Así pues, Hitler contaba con un capital inicial de unas dos mil quinientas coronas, a las que se sumaba el pago de trescientas coronas al año. En la Viena de la época, que de por sí era una ciudad cara, se podía vivir más o menos bien con mil doscientas coronas anuales. Por tanto, dijera lo que dijese, en su primer año y medio en Viena Adolf Hitler no se hallaba sumido en una amarga miseria. Más bien vivía al día e iba acabando poco a poco con su herencia a través de gastos como sus visitas regulares a las óperas y los cafés. En sus tarjetas de identidad de 1908 y 1909 constaba como profesión «estudiante», aunque no hubiera aprobado el examen de ingreso de ninguna universidad, o bien «escritor», aunque aún no hubiera publicado ni una sola palabra.[16] Con razón, «todos sus parientes —como recordaba August Kubizek— lo consideraban un tipo sin oficio ni beneficio, que evitaba cualquier trabajo con el que ganarse el pan».[17]

La caída

Sin embargo, a finales del verano o principios del otoño de 1909, a Hitler se le acabó el dinero. Desde que se mudó a la capital, a mediados de febrero de 1908, se había gastado por lo menos dos mil ochocientas coronas. No obstante, según su propio relato, se había pasado todo aquel año y medio «sin un céntimo»: «Todo el efectivo del que disponía en mi viaje a Viena ascendía a ochenta coronas».[18] Salió a escondidas de la última vivienda en la que había residido como subarrendatario y se mudó a una dirección desconocida. Es posible que lo hiciese así porque dejó a deber el alquiler o porque quería burlar a las autoridades vienesas. O las dos cosas. Sea como

fuere, desde el punto de vista social pasó varios meses sumido en la nada, probablemente durmiendo en la calle o en barrios marginados. En *Mi lucha* describe la pobreza de forma muy expresiva: «Delante de los palacios de la Ringstraße pululaban miles de desocupados y en los trasfondos de esa *via triumphalis* de la antigua Austria, vegetaban vagabundos en la penumbra y entre el barro de los canales».[19] Naturalmente, no confesó en qué medida aquella rápida caída fue responsabilidad suya. Por otra parte, Hitler seguía percibiendo cada mes su pensión de orfandad, de veinticinco coronas, suficiente para comprar a diario leche y pan. Pese a todo, en su libro se quejaba de su sustento, «tan verdaderamente miserable que nunca alcanzaba a mitigar el hambre».[20]

Una alternativa para dejar alguna que otra vez de dormir en la calle era el albergue para personas sin techo del distrito de Meidling, que gestionaba una asociación privada, con ayuda de donativos. En él se admitía a aproximadamente mil personas (hombres, mujeres y niños), que podían pasar gratuitamente la noche en grandes dormitorios, al abrigo de la intemperie, aunque por la mañana debían volver a la calle, donde a menudo esperaban ya otros desesperados, que hacían cola para conseguir una plaza para la siguiente noche. En el albergue había médicos dispuestos a atender a enfermos graves y heridos. También había duchas y se podía desinfectar la ropa. No existen registros que permitan determinar con qué frecuencia pernoctó Hitler en aquel centro de Meidling, porque la asociación que lo dirigía no pedía a los sin techo ningún papel. Unos meses después ni siquiera él mismo recordaba cuánto tiempo había pasado allí.[21] En el frío invierno de 1909-1910 cualquier posibilidad de dormir resguardado debió de ser bienvenida. De todas formas, cuando en *Mi lucha* recuerda aquella época, valora de un modo muy negativo la ayuda desinteresada de emergencia que prestaban los miembros de la asociación: «En Viena, durante mi lucha por la existencia, me di cuenta de que la obra de acción social jamás puede consistir en un ridículo e inútil lirismo de beneficencia».[22]

Hitler había caído en lo más bajo. Sus fuerzas no le bastaban para liberarse de la miseria que él mismo se había buscado. Para conseguirlo,

tuvo que entrar en contacto con un vagabundo, un delincuente de poca monta, llamado Reinhold Hanisch, que dormía en el albergue de Meidling. Aquel hombre, que ocultaba su identidad bajo el nombre inventado de «Fritz Walter», convenció a Hitler de que volviera a pedir dinero a sus familiares. La tía Johanna Pölzl se dejó persuadir y le mandó fondos. Cincuenta coronas, según parece. Con ellas, Hitler compró papel de acuarela y pinturas para elaborar postales, que después Hanisch vendía a tenderos, comercios de cuadros y turistas. Eran de calidad mediocre: «En los mejores establecimientos de objetos artísticos siempre rechazaban aquellas obras», recordaba Hanisch.[23]

Sin embargo, los ingresos que obtenían les sirvieron para que, a principios de 1910, ambos se mudaran al hogar masculino de la vienesa Meldemannstraße, más limpio, por el que debían pagar, eso sí, 2,50 coronas a la semana. Cada inquilino disponía de un dormitorio de cuatro metros cuadrados y recibía cada semana sábanas limpias. Tampoco en aquel lugar se podía pasar el día en la cama, pero nadie los echaba a la calle: el hogar contaba con salas de estar y un comedor con una cocina sencilla, pero aceptable. Hitler se pasaba el día pintando, fundamentalmente monumentos de Viena, y Hanisch se ocupaba de vender las postales y de recoger pedidos de los clientes. Se repartían a medias las ganancias que obtenían. Sin embargo, pocos meses más tarde surgió el conflicto entre los socios: Hitler animó a un compañero del hogar a denunciar a Hanisch por estafa e incluso le acusó, en un interrogatorio ante la policía, de haberse quedado con dinero y con cuadros. El tribunal condenó a Hanisch a una semana de prisión.

En *Mi lucha* Hitler ocultó el papel que había desempeñado «Fritz Walter», con su habilidad para los negocios, a la hora de sacarlo del entorno de los sin techo. En lugar de reconocerlo, maquilló la realidad asegurando que todo fue gracias a una decisión consciente, tomada por su propia iniciativa, pese a que fue Hanisch quien lo incitó a moverse. Hitler explicó que la experiencia de la miseria en los bajos fondos de Viena le dio el empujón necesario para su evolución personal como pequeño empresario en el negocio del arte, y aseguró: «Estaba decidido a lanzarme al nuevo mundo y a abrirme paso en él».[24] Pero aquello no era cierto. Y no lo era, además,

por otro motivo: a principios de mayo de 1911 Hitler renunció a su pensión mensual de orfandad, aunque a regañadientes. Su hermanastra, Angela Raubal, casada, seis años mayor que él e hija de Alois Hitler y de su segunda mujer, Franziska, había solicitado la redistribución de aquella ayuda. Desde que la tercera esposa de Alois, Klara (de soltera, Pölzl), murió de cáncer, en el hogar de los Raubal vivía su segunda hija, Paula, hermana carnal de Adolf Hitler. La justificación de esta nueva distribución, perfectamente documentada desde el punto de vista burocrático, era clara: «Habida cuenta de que, por otra parte, se ha constatado que, para su formación como artista, Adolf recibe aportaciones económicas de su tía Johanna Pölzl superiores a las de su hermana —por lo que parece hallarse en una posición más favorable que ella—, el Tribunal de Tutela competente para los menores Adolf y Paula no encuentra motivo alguno para impedir que la pensión de orfandad, de seiscientas coronas, se destine en su totalidad a partir de ahora a cubrir los gastos de la educación de la menor Paula».[25]

Huir del servicio militar obligatorio

En la época en la que vivió en la calle y también más adelante, cuando ejerció como pintor de postales, Adolf Hitler debía prestar servicio militar en el ejército del Imperio Austrohúngaro, aquel estado formado por múltiples pueblos. Según la ley militar austríaca, cada ciudadano de sexo masculino tenía que acudir a las autoridades competentes en el otoño anterior a su veintiún cumpleaños y, si se le consideraba apto, participar activamente en la primavera siguiente en un servicio de tres años, tras el cual pasaría a formar parte de la reserva durante siete años e ingresaría durante dos años en la guardia nacional.[26] A los austríacos se les recordaba regularmente esta obligación a través de carteles y anuncios en los periódicos, en los que se indicaba exactamente la quinta a la que, en cada caso, le correspondía alistarse. El recordatorio se dirigía a los hombres de veinte años y también a los de veintiuno y veintidós que aún no habían

prestado el servicio militar, bien por haber estado de baja provisional, bien por haberse despistado. Tal vez el hecho de que Hitler se sumergiera en septiembre de 1909 en el entorno de los sin techo se deba a que quisiera evitar el servicio militar obligatorio. En cualquier caso, nunca se alistó. Los responsables de su nuevo albergue, el hogar masculino de la Meldemannstraße, exigían que los inquilinos estuviesen empadronados. Pero ni en 1910 ni en los años posteriores Hitler se inscribió en el registro militar, que era algo obligatorio e imprescindible para que lo llamaran a filas. A partir de 1913, se dejó de convocar públicamente a la quinta de 1889. Por lo general, quienes habían cumplido veinticuatro años y no habían prestado el servicio militar, quedaban eximidos de su obligación. Antes de la guerra, tanto en el Imperio Austrohúngaro como en Alemania tan solo se llamaba a filas aproximadamente a la mitad de los hombres de la quinta que debía acudir, porque no se disponía de suficiente capacidad para formarlos a todos. Los demás constaban como no aptos o pasaban a formar parte de la reserva, lo que, en tiempos de paz, equivalía a descartarlos. Sin embargo, si Hitler pensaba que si no se registraba lograría librarse del servicio militar, se equivocaba. En realidad, al no haberse inscrito conforme a lo previsto en la ley, el límite de edad para ser llamado a filas pasaba automáticamente a los treinta y seis años.[27]

Como esta regla se aplicaba a todos los hombres austríacos y también los hombres alemanes estaban familiarizados con disposiciones parecidas, en *Mi lucha* Hitler tenía que dar alguna justificación para explicar que no hubiese prestado el servicio militar regular a los veintipocos años. Al final de su largo relato acerca de su vida en Viena, describió, en cuatro páginas, su «antipatía contra el estado de los Habsburgo». Aquella «estructura de estado» tuvo que «convertirse en la desgracia de lo germano»,[*] escribió. Estaba «hueco» y era una traba para «todo representante verdaderamente eminente del germanismo», expresión esta con la que hacía referencia fundamentalmente a sí mismo: «De este modo, empecé a llevar cada vez más una doble vida. La razón y la realidad me obligaban a pasar por una escuela amarga, aunque provechosa, en Austria, pero mi corazón estaba en otro lugar».[*] Lo que más le chocaba, según su propia descripción, era el

«conglomerado de razas» que caracterizaba a Viena y a todo el Imperio Austrohúngaro, así como al ejército imperial: «Como mi corazón nunca aceptó la idea de una monarquía austrohúngara, sino tan solo la de un imperio alemán, el momento del desmoronamiento de aquel estado me pareció el principio de la salvación de la nación alemana».[*][28]

Hitler no entra en el verdadero motivo de su animadversión hacia el servicio militar: en realidad, no quería renunciar a su vida —modesta, sí, pero aceptable— como pintor de postales en el hogar de Viena. Las autoridades austrohúngaras se lo pusieron fácil. Como la competencia para comprobar quién estaba obligado a prestar el servicio militar correspondía al municipio de origen, fue en Linz donde llamó la atención que no se hubiera alistado según lo previsto. Sin embargo, allí se ignoraba que estuviera empadronado en Viena. En mayo de 1913, pocas semanas después de su vigésimo cuarto cumpleaños, Hitler abandonó la capital y viajó a Múnich, donde quería vivir a partir de entonces. Allí se registró como «apátrida»: un dato falso, pero que, probablemente, evitaría que los militares austríacos investigaran. Sin embargo, la jugada no le salió bien: en agosto de 1913 se le empezó a buscar y a principios de 1914 la policía de Baviera llevó a aquel «prófugo de las filas» ante el consulado de la monarquía austrohúngara en Múnich. Hitler se enfrentaba a una pena de entre cuatro semanas de arresto y un año de cárcel, además de una multa de hasta dos mil coronas y, por supuesto, el cumplimiento del servicio militar, que, en caso de duda, tendría lugar en una unidad especialmente remota. En aquella situación, redactó, el 21 de enero de 1914, la carta más extensa de todas cuantas había escrito hasta entonces. En cuatro páginas escritas con letra muy apretada y cuajadas de faltas, Hitler justificaba sus repetidas infracciones. Confesaba: «Ciertamente, soy culpable. No me registré en otoño de 1909, pero reparé esta falta en febrero de 1910». Aquello tenía tanto que ver con la realidad como la siguiente frase: «Sin embargo, jamás se me pasó por la cabeza evitar el servicio militar, como tampoco es verdad que me haya trasladado a Múnich con este objetivo». A continuación, instrumentalizaba y exageraba —al igual que haría más tarde en la obra que sentó las bases de su ideología— la difícil situación que vivió en Viena,

naturalmente sin admitir su propia responsabilidad: «Por lo que respecta al pecado de omisión que cometí en el otoño de 1909, he de decir que aquella época fue infinitamente amarga para mí. Era un joven sin experiencia, sin recursos económicos y con demasiado orgullo para aceptar la ayuda de nadie, y mucho menos para pedirla». Aquello era mentira: Hitler no solo recibió su pensión mensual de orfandad hasta 1911, sino que también estuvo mendigando a su tía —y con éxito— entre finales de 1909 y principios de 1910. En lugar de alegar su supuesta hostilidad política hacia la monarquía austrohúngara de los Habsburgo, expuso, en un tono lastimero: «Durante dos años no tuve más amigas que la preocupación y la miseria, ni más compañera que un hambre eternamente atroz. Nunca conocí la belleza de la palabra juventud. Hoy, cinco años más tarde, todavía conservo los recuerdos de aquella época en forma de sabañones en los dedos, en las manos y en los pies». Con total osadía, sostenía que tenía «la conciencia tranquila en relación con cualquier olvido de la inscripción en el censo militar, cuya existencia ignoraba por aquel entonces».[29]

En vista de la discrepancia entre lo que aseguraba en su carta y el contenido de *Mi lucha*, no debe sorprendernos que, inmediatamente después de la anexión de Austria al Tercer Reich, en marzo de 1938, Hitler indicara al jefe de región administrativa del Partido Nacionalsocialista en la Alta Austria, August Eigruber, lo siguiente: «Aquí en Linz debe de existir un acta militar en la que se habla de mí. Entréguenme esa acta, ¡a mí, personalmente!». Sin embargo, al día siguiente Eigruber tuvo que confesar: «Mi *Führer*, las actas en cuestión estaban aquí, pero se las han llevado. No sabemos quién lo ha hecho».[30] Hitler puso el grito en el cielo y ordenó detener a varios sospechosos, que se sometieron a los duros interrogatorios de la Gestapo. Pero las actas, entre ellas la carta original, no aparecieron y, en consecuencia, no se pudo destruirlas. En realidad, estaban en la buhardilla del político socialdemócrata Franz Jetzinger, donde permanecieron a salvo durante largo tiempo.[31]

Es probable que Hitler sintiera rabia ante su carta de 1914 porque, para colmo, pronto quedó patente que no había sido necesaria: las autoridades austrohúngaras no tenían ningún interés en llamar a filas a aquel prófugo

del servicio militar. Después del examen médico de confirmación, para el que tuvo que viajar expresamente a Salzburgo, fue declarado no apto. El acta militar se cerraba con la indicación «no apto para las armas».[32] En su momento, aquella conclusión debió de suponer un alivio para Hitler, ya que significaba que no tenía que temer que lo obligasen a servir durante tres años en el ejército austrohúngaro, que tanto despreciaba. Sin embargo, más tarde, aquella valoración poco agradable tuvo que parecerle una amenaza, porque la imagen política que proyectó de sí mismo, tanto en *Mi lucha* como en innumerables discursos, se basaba fundamentalmente tanto en su pretendida miseria social, que explicó con sumo detalle, como en su carácter de soldado.

Evidentemente, Hitler dedicó buena parte de su libro a los comienzos de la primera guerra mundial. Según su texto, inmediatamente después del atentado contra el heredero al trono de los Habsburgo, Francisco Fernando, cometido en Sarajevo el 28 de junio de 1914, supo captar la trascendencia que tenía aquel hecho para la política internacional: «Quien en los años anteriores al atentado hubiese tenido ocasión de estudiar detenidamente el estado de las relaciones entre Austria y Serbia, no podía dudar ni un instante de que la piedra había empezado a rodar y que ya era imposible detenerla». Entonces se le pasó por la mente la idea de que «la guerra sería al fin inevitable».[33] Si lo que cuenta es cierto, Hitler constituiría una gran excepción, ya que tras la oleada de conmoción que recorrió Europa tras el doble atentado de Sarajevo, en las tres primeras semanas de julio el ambiente general se fue calmando, tanto en Berlín, Viena y Múnich (ciudad esta última en la que residía Hitler) como en provincias.[34] Y aquello no cambió hasta que Austria lanzó un ultimátum a Serbia, el 23 de julio de 1914, lo que desencadenó un irracional entusiasmo bélico entre ciertos sectores de la población, fundamentalmente entre los habitantes burgueses de las ciudades. Sí que hubo muchas personas que sentían preocupación ante el futuro. Sin embargo, en su mayoría evitaron señalarse. Solo en contadas ocasiones se organizaron manifestaciones contra la guerra, como las que convocó el Partido Socialdemócrata de Alemania. Pronto la prensa nacionalista calificó el supuesto consenso de los alemanes de

Augusterlebnis, y también *Mi lucha* recoge esta descripción fragmentaria y, en consecuencia, falsa: «¡Vive Dios que la lucha de 1914 no se impuso a las masas, sino que fue el pueblo en su conjunto el que la reclamó!».[*][35]

¿Una autorización real?

A principios de agosto de 1914 se esperaba que la Gran Guerra estallase en breve y Hitler, según su libro, no quería mantenerse al margen: «Yo había salido de Austria fundamentalmente por motivos políticos. Pero, como es evidente, en el momento en que la lucha comenzó, tuve que tener en cuenta mis convicciones. No quería combatir para el estado de los Habsburgo, pero estaba dispuesto a morir en cualquier momento por mi pueblo y por el Reich que lo encarnaba».[*][36] Inmediatamente, se alistó como voluntario, aunque aquello no fue tan fácil porque, pese a que a su llegada a Múnich se había empadronado como apátrida, tras su comparecencia en el consulado del Imperio Austrohúngaro y su examen médico en Salzburgo, había quedado constancia de que era súbdito de los Habsburgo y, por tanto, no podía servir en el ejército real bávaro. Todo lo contrario: la intención de los gobiernos de Viena y Múnich era «llevar ante el vecino aliado a los hombres que tenían obligación de prestar sus servicios en el ejército».[37]

En *Mi lucha*, Hitler describe cómo logró superar aquel escollo: «El 3 de agosto de 1914 presenté una solicitud directa ante S. M. el rey Luis III de Baviera, pidiéndole la gracia de ser incorporado a un regimiento bávaro. Sin duda que la Cancillería del Gabinete tenía mucho que hacer en aquellos días; fue por eso mayor aún mi alegría cuando ya a la mañana siguiente me era dado recibir la noticia de mi admisión. Cuando abrí, con manos temblorosas, el sobre y leí que mis ruegos habían sido atendidos y que se me convocaba para que me alistara en un regimiento bávaro, sentí una dicha y una gratitud infinitas».[*][38] Sus simpatizantes adornaron aún más este relato. Anna Popp, que subarrendaba a Hitler una habitación en su casa de Múnich, explicó a una periodista británica después de que el *Führer* se hiciese con el poder: «Es como si aún estuviera viendo al joven Hitler ante

mí, mostrándome la tarjeta que había recibido de la Cancillería del Gabinete y por la que se le autorizaba a servir en el ejército alemán».[39] En el mismo sentido se expresó también uno de sus compañeros de filas. Y en 1952 un periodista muy fantasioso escribió que los vecinos recordaban cómo un criado de la corte bávara llegó a casa de los Popp y dio la buena nueva.[40]

Sin embargo, esta viva escena era pura invención. No solo porque en 1924 no se pudo localizar en los registros de la Cancillería del Gabinete de Múnich, perfectamente conservados, ni la solicitud de Hitler ni tampoco ningún borrador o copia de la supuesta respuesta, sino también porque aquella Cancillería —que funcionaba como despacho del monarca— tenía tan poca competencia en tales cuestiones como el propio rey. En realidad, de acuerdo con el artículo 21 del Reglamento Militar Alemán, en el que se establecía que los «nacionales de otros estados» necesitaban «permiso del señor del contingente para incorporarse al ejército», Luis III había autorizado en general al Ministerio de Defensa de Baviera, «durante toda la guerra, a reclutar a extranjeros como voluntarios para la contienda».[41] O sea, que si Hitler hubiese enviado una solicitud al rey, esta se habría remitido con toda seguridad al Ministerio. Solo por eso, la supuesta inmediatez de la respuesta resultaría imposible. A ello se suma el hecho de que, en vista del enorme trabajo de organización que conllevaba la movilización de las tropas regulares —por mucho que se hubiese preparado—, los funcionarios del Ministerio tenían desde luego cosas mucho más importantes que hacer que responder a una precipitada solicitud.

La anécdota perseguía un claro objetivo: aquella pretendida autorización, llegada de las más altas esferas, realzaba la entrada voluntaria de Hitler en el ejército bávaro y la destacaba en medio de la casualidad en la que, en realidad, se produjo. Unos diez años más tarde, en octubre de 1924, el Archivo de Guerra de Múnich intentó, a instancias del Ministerio del Interior de Baviera, reconstruir las circunstancias: «No se descarta que Hitler se alistase como voluntario en los primeros días de la movilización. Sin embargo, como, sencillamente, no se le necesitaba, probablemente se le mandó para atrás o se le dio permiso durante un tiempo. Como a tantos

otros». Hitler tuvo que esperar hasta mediados de agosto de 1914, cuando la primera ola de las tropas movilizadas de forma regular iba ya camino del frente, para que le llegara su oportunidad. En aquella época las pérdidas de unidades de combate eran ya muy superiores a lo que se había previsto. El caos campó a sus anchas por los departamentos de reemplazos en la patria, que tenían que preparar, como mínimo, los contingentes exigidos. En aquellas circunstancias, nadie se dedicó a investigar a fondo la nacionalidad real del voluntario de veinticinco años.

Por lo demás, Hitler no se inventó la historia de la «solicitud inmediata» expresamente para *Mi lucha*. Ya en una de sus primeras autobiografías, que remitió el 29 de noviembre de 1921 a un simpatizante desconocido del Partido Nacionalsocialista, aseguró: «El 5 de agosto de 1914 me alisté en el 1.er Regimiento de Infantería de Baviera para incorporarme al ejército alemán, en virtud de un permiso de Su Majestad, concedido en respuesta a mi solicitud. Después de pasar unos días en la reserva, me enviaron al 2.º Regimiento de Infantería y el 16 de agosto me incorporé a las formaciones del 16.º Regimiento de Infantería de Baviera en la Reserva que se estaban organizando».[42] Se ignora si ya utilizó aquel relato durante la contienda para explicar a sus compañeros por qué luchaba en el ejército bávaro, a pesar de que, por su dialecto, resultaba evidente su procedencia austríaca.

En el frente

En su regimiento, que se conocía con el nombre de su primer comandante, Julius List, Hitler se sentía francamente bien. Más adelante idealizaría su etapa como soldado: «Debía, pues, comenzar para mí, como por cierto para todo alemán, la época más sublime e inolvidable de mi vida. Ahora, ante los sucesos de la gigantesca lucha, todo lo pasado debía hundirse en el seno de la nada».[43] Después de una instrucción básica y acortada, de apenas unas semanas, la unidad, constituida fundamentalmente por hombres que no habían hecho el servicio militar y por un pequeño número de voluntarios, recibió la orden de marchar hacia Bélgica. Allí, a finales de octubre de

1914, los hombres, insuficientemente armados y casi sin preparación para lo que les esperaba, vivieron su «bautismo de fuego». En *Mi lucha* Hitler describió con sorprendente concisión su primera intervención en combate: «Después en Flandes, marchando silenciosamente a través de una noche fría y húmeda y cuando empezaban a disiparse la primeras brumas de la mañana, recibimos de súbito el bautismo de fuego; los proyectiles —que nos silbaban sobre las cabezas— caían en medio de nuestras filas azotando el mojado suelo. Pero antes de que la ráfaga mortífera hubiera pasado, un hurra de doscientas gargantas salió al encuentro de esos primeros mensajeros de la muerte. Entonces empezó el tiroteo y el estruendo, el canto y el aullido, y con ojos febriles todos avanzamos, cada vez más rápido, hasta que de repente, en medio de setos y campos de nabos, encontramos el combate: el combate de hombre contra hombre. A lo lejos, sin embargo, los acordes de una canción llegaban a nuestros oídos, se iban acercando más y más, saltaban de una compañía a otra, y finalmente, cuando la muerte posó con diligencia su mano sobre nuestras filas, aquella canción llegó a nosotros y nosotros también la cantamos: "Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt!"».[*]/[*] En dos cartas que Hitler envió a unos conocidos en Múnich describió de un modo más concreto aquel primer combate. El 3 de diciembre de 1914 escribió a su arrendador, Joseph Popp: «El 27 de octubre, a la una de la madrugada, saltaron de repente las alarmas y se tocó la generala. A las dos estábamos en marcha. El 29, a las siete de la mañana, llegamos al combate, directamente a la primera línea de fuego. La batalla se libraba en Gheluvelt y Bezelaere. Pasamos cuatro días en medio de la más dura contienda, y puedo afirmar con orgullo que nuestro regimiento combatió de forma heroica. Ya en la noche del primer día habíamos perdido a casi todos los oficiales».[44] A principios de febrero de 1915, en una carta dirigida a Ernst Hepp, un conocido de Múnich, describió aquel combate a lo largo de más de seis páginas. Hitler adornó generosamente el relato de aquella prueba por la que había pasado su batallón. Narró la muerte de sus compañeros y cómo el resto de la unidad pidió al último oficial que quedaba vivo: «¡Mi alférez, llévenos al combate!». Cuatro veces los hombres se adentraron en un

bosque cercano y cuatro veces tuvieron que dar marcha atrás, hasta que por la noche se atrincheraron en una carretera».[45] A pesar de que en aquella carta Hitler supo informar con todo lujo de detalles acerca de unos acontecimientos que habían transcurrido semanas antes, incluso meses antes —en cualquier caso, se trataba de hechos relativamente recientes—, pasó por alto un dato fundamental: el de la primera estrofa del himno de Alemania que, en su avance por los campos de Flandes, los soldados alemanes habrían cantado a voz en grito.

En realidad, se trata de una anécdota que Hitler tomó prestada en *Mi lucha* para conseguir que su exposición conectase con la memoria colectiva de los lectores. Uno de los informes más conocidos sobre la contienda en el oeste fue el que publicó el mando superior del ejército el 11 de noviembre de 1914: «Al oeste de Langemarck, los jóvenes de los regimientos se abalanzaron sobre la primera línea de las posiciones enemigas y la tomaron, cantando «Deutschland, Deutschland über alles». Apresaron a unos dos mil hombres de la infantería francesa y se hicieron con seis ametralladoras».[46] Desde luego, se trata de una realidad maquillada, que dio lugar a un popular tópico épico: en realidad, los regimientos no estaban constituidos por «jóvenes», sino sobre todo por hombres de edad media, escasamente formados, procedentes de la reserva, a los que les habría costado un esfuerzo enorme abrirse paso entre los campos de Flandes, sembrados de granadas e inundados de lodo. A menudo se ha explicado la anécdota del canto asegurando que los soldados trataban de identificarse ante sus propios artilleros para que estos desviaran sus disparos y no les alcanzaran, pero esa hipótesis tampoco se sostiene: en medio del fragor de las innumerables armas y granadas, el «Deutschland, Deutschland über alles» cantado por unos miles de gargantas al mismo tiempo no se habría podido localizar con la suficiente exactitud como para indicar a los tiradores de la artillería la posición de sus propios hombres.

Así pues, la versión original de la anécdota no cuadra. Además, Hitler fechó aquel ataque supuestamente acompañado de cantos trece días antes del día en que realmente tuvo lugar y lo situó a algo más de quince kilómetros al sureste, trasladándolo de Langemarck-Bikschoote a

Gheluvelt, es decir, precisamente al lugar en el que había pruebas de que el regimiento List había combatido. Sin embargo, ni el diario de guerra del capitán Ludwig, conde de Bassenheim, ni un informe de los soldados que habían participado en los combates ni tampoco una primera exposición de la intervención de aquel regimiento en el frente, editada en 1915, hablaban de aquel canto.[47] Según la historia del regimiento, escrita en 1932, algunos soldados entonaron el «Wacht am Rhein»[*] cuando se refugiaban, sin esperanzas ya de salir vivos, en la ladera de un campo sembrado: «Se oye algo inseguro y tímido. ¡Queremos morir como soldados alemanes! ¡Al diablo!».[48]

Tampoco el relato básico que hizo Hitler acerca del «bautismo de fuego» de los reservistas y voluntarios bávaros tiene mucho de realidad. No es cierto que la mayoría de los soldados intentaran, valientemente y siempre por su propia iniciativa, avanzar y, en ocasiones, incluso asaltar. Más bien trataron de evitar el mortífero fuego enemigo. Muchos se echaron sencillamente al suelo y esperaron a que el combate acabara. Cuando Bassenheim, según consta en su diario de guerra, ordenó a su compañía del Regimiento List que atacase, tuvo que repetir tres veces la orden hasta que los hombres se pusieron en movimiento. En la tarde del primer día también la unidad de Hitler se retiró, «arrastrándose lentamente por el suelo», como se explica en un libro de memorias sobre los primeros combates de aquel regimiento, publicado en 1915.[49] Esa misma tarde se volvió a abandonar el fondo del valle de Gheluvelt, «un kilómetro de suelo pagado, palmo a palmo, con sangre alemana».[50] Aquella no era una escena de victoria. La descripción que Hitler ofrece en *Mi lucha* sobre este «bautismo de fuego» es un relato con tonos épicos, aderezado con el adorno de sus propios recuerdos y el mito de Langemarck que había difundido la propaganda oficial.

En la retaguardia

De todas formas, en *Mi lucha* esta es la única descripción algo detallada de un combate concreto en el que Hitler participó. El pasaje, que pertenece al capítulo «La guerra mundial», sorprendentemente breve —apenas veintiuna páginas—, se cierra con las siguientes frases: «Este fue el comienzo. Y así continuó año tras año; mas lo romántico de la guerra fue reemplazado por el horror de las batallas».[51] Con esas palabras, Hitler pretendía dar al lector la impresión de que había vivido experiencias similares durante los cuatro años siguientes. Pero aquello no era cierto: el combate de Gheluvelt fue, en realidad, el único ataque en el que participó aquel voluntario. El 3 de noviembre de 1914 lo ascendieron a soldado de primera y, seis días más tarde, según había solicitado él mismo, lo destinaron como ordenanza al estado Mayor del regimiento. Se convirtió en uno de sus aproximadamente diez correos, que se encargaban de llevar órdenes del comandante a los puestos de mando de los batallones. Es verdad que aquella tarea no estaba exenta de riesgos: aunque los estados mayores de los regimientos solían establecer su cuartel a varios kilómetros de la principal línea de fuego, de cuando en cuando eran alcanzados por la artillería enemiga. Sin embargo, el riesgo de morir era mucho menor que en el caso de los soldados situados en las trincheras protectoras del frente. Ninguno de los siete correos con los que en 1915 se fotografió Hitler en Fournes perdió la vida en el Frente Occidental. Uno de ellos falleció, pero en Rumanía, adonde lo destinaron posteriormente. En cambio, uno de cada cuatro soldados del Regimiento List perdió la vida.[52]

La participación efectiva del voluntario Adolf Hitler en los combates no duró ni dos semanas: desde la mañana del 29 de octubre hasta el 9 de noviembre de 1914. Un soldado de la compañía a la que Hitler pertenecía en los primeros enfrentamientos en la contienda recordaba en 1932: «Mientras, calados hasta los huesos, teníamos que permanecer encogidos en los cráteres llenos de barro que dejaban los obuses; mientras, hundidos en el lodo y en el estiércol, teníamos que mantener la primera línea de trincheras ..., Adolf Hitler ya no estaba allí, sino detrás de la línea de batalla, junto con el estado Mayor del regimiento».[53] De todas formas, en *Mi lucha* Hitler no deja ni un solo indicio de que su principal función fuese la de correo en

la retaguardia. En lugar de ello, sugiere que compartió el destino de sus compañeros en las primeras posiciones durante unos días y, posteriormente, pasó un largo tiempo de supuesta recuperación en la retaguardia. En sus cartas a sus conocidos de Múnich sí que se refería abiertamente a su privilegiada posición, no así en su libro. Evidentemente, era fundamental maquillar la realidad en lugar de admitir que, si bien no se había «escaqueado», tampoco era lo que se dice un «cerdo del frente».[*] De hecho, sus compañeros lo consideraban un «caballo de retaguardia»,[*] un calificativo no muy agradable para alguien que posteriormente sacaría a colación en multitud de discursos su experiencia en la guerra.[54]

Posiblemente el hecho de que Adolf Hitler mantuviera un contacto relativamente escaso con la primera línea explica que no supiera en qué medida estaban cambiando los ánimos en ella. O tal vez decidió, sencillamente, censurar aquellas experiencias u ocultarlas de forma intencionada porque no casaban con el tono épico del texto. Sea como fuere, en *Mi lucha* describió la sorpresa que le embargó al comprobar, en el hospital militar de Beelitz, situado en los alrededores de Berlín, lo mucho que, entretanto, se había minado la moral de los soldados alemanes. Después de ser herido por primera vez el 5 de octubre de 1916 —un fragmento de granada le alcanzó el muslo izquierdo, aunque aquello ocurrió, desde luego, a dos kilómetros del frente, cerca del cuartel general del regimiento—, se le trasladó a Alemania. «El espíritu inquebrantable del ejército en el frente parecía no tener cabida aquí.[*] En aquel lugar oí por vez primera algo que en el frente aún se ignoraba: ¡el enaltecimiento de la propia cobardía! Aunque fuera de allí se profiriesen insultos y “barbaridades”, nunca se animó a incumplir obligaciones ni se ensalzó a los gallinas. ¡No! Un cobarde siempre era un cobarde y nada más que eso. Y el desprecio que encontraba era generalizado, como generalizada era también la admiración que se profesaba al verdadero héroe.»[55]

Sin embargo, esta imagen tenía poco que ver con la realidad que se vivía, después de dos años de guerra, en el Frente Occidental, en general, y en el Regimiento List, en particular. Unos días después de que Hitler resultara herido, las tropas, muy diezmadas, se trasladaron desde la primera

línea de la batalla del Somme hasta una zona más tranquila, debido a que se encontraban ya completamente debilitadas. En aquel momento se multiplicaron los desacatos ante las órdenes, las deserciones y las automutilaciones. En las actas del regimiento se incluía la notificación de un soldado que se negó a seguir luchando: «Quiero ir a la cárcel. Lo prefiero porque así no tendré que seguir jugándome el cuello».[56] Lo que Hitler encontró en Beelitz era el reflejo del cansancio ante la guerra, que también invadía desde hacía mucho tiempo todo su regimiento de reserva bávaro y que tal vez, incluso, estaba también presente en el estado Mayor, en la retaguardia.

La Cruz de Hierro

Gracias a esta posición, cómoda en comparación con la de otros, Hitler consiguió también su máxima condecoración de guerra, la Cruz de Hierro de Primera Clase, que más tarde luciría constantemente en el pecho, tanto cuando vestía de uniforme como cuando llevaba algún traje civil que fuese apropiado para lucirla. Durante la segunda guerra mundial no se la quitó jamás. En *Mi lucha*, sin embargo, no dedica ni una sola palabra a explicar las circunstancias por las que el 4 de agosto de 1918 se le concedió aquel honor. Había dos motivos para ello: por una parte, circulaban diferentes informaciones sobre la hazaña que había dado lugar a aquel reconocimiento; por otra, la sinceridad le habría resultado muy dolorosa al antisemita Hitler.

El vacío que creó aquella inusual reserva lo llenaron, con historias inventadas, varios compañeros de guerra y periodistas. Se dijo que mientras Hitler hacía labores de correo había logrado capturar, él solo, a un grupo de soldados británicos, valiéndose únicamente de su pistola. En otras ocasiones se aseguró que los capturados eran una docena de franceses. Según otras versiones, había conseguido reparar una línea telefónica en medio del fuego enemigo o había llevado una orden a la primera línea de fuego, después de que fallasen todos los demás sistemas de comunicación. Pero todo aquello

era falso. En la propuesta oficial para su condecoración se aseguraba: «Desde que se puso en camino, Hitler ha estado en este Regimiento y ha actuado brillantemente en todos los combates en los que ha participado. En calidad de correo, ha mostrado, tanto en la guerra de trincheras como en la guerra de movimientos, una sangre fría y un arrojo ejemplares, y siempre se ha mostrado dispuesto a llevar mensajes en las condiciones más desfavorables y pese al gran riesgo que corría su vida. Tras la interrupción de todas las conexiones en las circunstancias difíciles del combate, la labor incansable y sacrificada de Hitler permitió que, a pesar de todas las dificultades, se transmitieran las informaciones importantes».[57] Aquello era motivo para que se concediera una Cruz de Hierro de Primera Clase.

Por tanto, no fue un acto heroico concreto lo que determinó que se le premiase con una condecoración que rara vez se concedía a los soldados, sino, esencialmente, su constancia. Y, por supuesto, su posición siempre sumisa ante los oficiales del estado Mayor del Regimiento. Un soldado del Regimiento List que combatió en el frente y que se opuso decididamente al nacionalsocialismo escribió en 1932 que nunca había sido un secreto para «los verdaderos soldados del frente» que la Cruz de Hierro se ganaba «mucho más fácilmente con la plana mayor tras el frente que en las trincheras de la primera línea».[*] Y continuaba: «Conozco a asistentes de los oficiales (*Offiziersburschen*) y a correos de los puestos de mando de la retaguardia que tenían más probabilidades de recibir las condecoraciones «habituales» que incluso valerosos oficiales en las trincheras».[58]

A todo ello se suma el hecho de que a Hitler lo acompañó la suerte: aproximadamente una semana antes de la concesión, la 6.ª División Bávara de Reserva, de la que formaba parte su regimiento, recibió una «partida especial» de cruces de hierro de primera clase «para los últimos combates»: sesenta condecoraciones, esto es, tres veces la cantidad de la que disponía habitualmente aquella unidad.[59] Su comandante recibió la orden de asignarlas según las propuestas de los regimientos. En el 16.º Regimiento de Reserva de Hitler había que repartir ocho cruces de hierro, que fueron a parar a siete oficiales o suboficiales. Hitler fue el único soldado de primera que consiguió una. Aparte de su persistencia, no tenía mucho más que

ofrecer a sus superiores. Aunque entre los suboficiales y los oficiales inferiores y medios del frente las pérdidas eran proporcionalmente aún mayores que entre los soldados rasos y por este motivo faltaban hombres adecuados, después del 3 de noviembre de 1914 Hitler no volvió a ser ascendido.

El segundo motivo de la reserva de Hitler es que su condecoración fue promovida por Hugo Gutmann, un alférez judío de la reserva y edecán interino del regimiento. Aunque, oficialmente, quien propuso y concedió la condecoración fue el comandante, si poco después de la guerra Hitler hubiese tenido que confesar que, en el fondo, debía agradecer aquella insignia a Gutmann, habría sido humillante, así que silenció el papel que desempeñó aquel judío y no intervino cuando sus antiguos compañeros criticaron al alférez, tachándole de arrogante, engreído y miedoso y acusándole de esconderse «en cualquier rincón» cuando «había que combatir».[60] En realidad, Hugo Gutmann era un oficial ejemplar, que siempre destacó por su valor y que a principios de 1916 obtuvo a su vez la Cruz de Hierro de Primera Clase.

Tanto le dolía a Hitler el recuerdo de aquel oficial judío que, más de veintitrés años después de que se le concediera la condecoración, en una tertulia nocturna en el cuartel general del *Führer*, lo insultó ante un reducido grupo de hombres: «En la guerra mundial no porté la Cruz de Hierro de Primera Clase porque había visto en qué condiciones se concedía. En el Regimiento teníamos a un judío, Gutmann; un gallina sin igual. Y le dieron aquella condecoración. Era indignante, una vergüenza».[61] En realidad, Hitler no pudo llevar más de treinta y cuatro días aquella condecoración en las proximidades del frente, porque el 21 de agosto de 1918 se le envió a Núremberg para que asistiese a una formación como telefonista. Poco antes, el Regimiento List había sufrido una gran ofensiva británica, que provocó importantes pérdidas. Hitler no volvió al frente hasta más de siete semanas después, el 27 de septiembre de 1918, y diecisiete días más tarde un ataque con gas le provocaría una ceguera temporal.

Un peligroso reproche

Evidentemente, a Hitler le molestaba que los testigos, en su mayoría a través de la prensa, contradijeran los episodios manipulados de su vida. No obstante, ignoró muchas críticas porque, sin duda, le habría sido difícil probar ante un tribunal los hechos de los que había hablado en *Mi lucha*. Eso sí, se defendió de los ataques masivos. Por ejemplo, cuando en febrero de 1932 el *Echo der Woche*, un suplemento del periódico socialdemócrata *Hamburger Echo*, publicó una serie de reportajes sobre los «compañeros de Hitler» en los que se hablaba de los servicios que el *Führer* había prestado durante la guerra. En ellos, según el Departamento de Prensa Socialdemócrata, «un compañero de regimiento» que estuvo largo tiempo con el jefe del Partido Nacionalsocialista, explicaba «con palabras sencillas el papel que Hitler desempeñó durante la guerra mundial». Aseguraba que «no pasó más de diez días en primera línea del frente y que Hitler presentó enseguida su candidatura para ocupar el puesto de correo del Regimiento». Durante cuatro años tuvo ocasión de «destacar en la primera línea, pero se mantuvo en la última». Conclusión: «Su prudencia fue mayor que su ambición».[62] Como medida provisional, el Tribunal de estado Federado con sede en Hamburgo suspendió aquella serie, que ya se había difundido parcialmente en forma de folleto. En realidad, el texto contenía un grave error: su autor, anónimo, sostenía que Hitler había entrado en el ejército bávaro en calidad de desertor austríaco. El Departamento de Prensa del Partido Socialdemócrata informó posteriormente del proceso: «Durante meses la afirmación de que Hitler es un desertor austríaco se ha difundido en la prensa y en los parlamentos sin que nadie la refutara. Recientemente, Hitler ha aportado un certificado oficial en el que consta que, debido a su debilidad física, no era apto para el servicio militar, por lo que puede considerarse que el asunto está zanjado».[63] El jefe del Partido Nacionalsocialista se había sentido tan amenazado por la serie del *Echo* que se vio obligado a probar su incapacidad declarada por las autoridades austrohúngaras.

Al final ganó el proceso en Hamburgo porque un compañero anterior, que había reconocido ser contrario a los nacionalsocialistas, declaró a favor de Hitler. Hay que decir, no obstante, que este testigo fundamental resultó herido a mediados de noviembre de 1914 y fue trasladado a un hospital militar.[64] Además, el tribunal dictaminó que «no todas las afirmaciones del artículo de *Echo der Woche*» eran «inadmisibles». Después de aquello, los periódicos del Partido Socialdemócrata y de la democracia burguesa no cejaron en su empeño, pero, eso sí, disimularon sus críticas expresándolas a través de preguntas, que estaba permitido formular en caso de que se buscara información periodística sobre asuntos sospechosos. Por ejemplo, el *Schwäbische Tagwacht* escribió: «Adolf, ¿dónde estabas?». Y el *Westfälische Allgemeine Volks-Zeitung* iba más allá que el artículo del *Echo*: «¿No hemos dicho que el soldado del frente Adolf Hitler deja mucho que desear?».[65]

¿El afiliado número 7?

Sin embargo, poco después de que Hitler se hiciera con el poder, en Alemania la gente dejó de atreverse a expresar críticas de ese tipo. Ni siquiera Anton Drexler, que a principios de 1919 fundó el Partido Obrero Alemán —DAP, por sus siglas originales, precursor directo del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán— y que ya en su momento se sintió molesto por la versión que había dado Hitler acerca de su ingreso en aquella formación política. En *Mi lucha*, el *Führer* describió su primera visita a una asamblea de aquel partido, en septiembre de 1919, de la siguiente forma: «La impresión que me causó no era ni buena ni mala. Una nueva creación, como muchas otras ... Por todas partes brotaban ese tipo de asociaciones, para desaparecer silenciosamente al cabo de un tiempo. La mayoría de sus fundadores no tenía ni idea de lo que significa convertir una asociación en un partido o en un movimiento».[*] Según escribió Hitler, acudió allí animado por un folleto que le puso en la mano un hombre que lo había «perseguido», rogándole que lo leyera: «Me resultó muy agradable porque

pensé que tal vez podría conocer de un modo más sencillo a aquella aburrida asociación, sin tener que acudir a asambleas tan interesantes. Por lo demás, aquel hombre, visiblemente un obrero, me causó una buena impresión. Así que me animé». El obrero en cuestión era Drexler, que trabajaba como mecánico de ferrocarriles. En cualquier caso, según el libro, Hitler no se sintió en modo alguno impresionado ante sus declaraciones: «Pasaron los días y reflexioné en varias ocasiones sobre aquella cuestión, aunque traté de apartarla definitivamente de mis pensamientos.[*] No había transcurrido una semana cuando con gran sorpresa mía recibí una tarjeta en que se me anunciaba haber sido admitido en el Partido Obrero Alemán y que para dar mi respuesta se me instaba a concurrir el miércoles próximo a una reunión del comité del partido. Ciertamente me sentí bastante asombrado de ese procedimiento de “ganar” prosélitos y no supe si tal cosa debía causarme enfado o provocarme hilaridad». En cualquier caso, aceptó aquella invitación, acudió a una ponencia y, tras ella, decidió afiliarse. En *Mi lucha* Hitler escribió: «Me hice, pues, miembro del Partido Obrero Alemán y obtuve un carné provisional marcado con el número 7».[66]

Drexler tenía motivos de sobra para no estar de acuerdo con aquella versión. En enero de 1940 escribió una carta a Hitler en la que explicaba: «Nadie mejor que usted, mi *Führer*, sabe que nunca fue el séptimo miembro del partido, sino, a lo sumo, el séptimo miembro del comité en el que le pedí que se incorporara como jefe de propaganda».[67] De hecho, en aquella época el DAP contaba con cincuenta o sesenta miembros, aunque, eso sí, todavía no disponía de tarjetas de afiliados, que no se crearían hasta 1920 y que se asignaron por orden alfabético, comenzando por el número 501, para dar una imagen de un partido más nutrido de lo que en realidad era. Así, Drexler se convirtió en el miembro 526 y Hitler, en el miembro 555 (es decir, en el 54 de un total de unos doscientos seguidores en aquel momento). El documento correspondiente se ha conservado hasta nuestros días.[68]

Como el carné no coincidía con el relato de *Mi lucha*, se manipuló. En su carta, Drexler se quejaba: «Hace unos años tuve que denunciar ante un órgano del partido que su primera tarjeta de miembro del DAP, que lleva la

firma de Schüssler y la mía, se había falsificado, retocando el número 555 para convertirlo en 7».[69] Sin embargo, Drexler —fundador y presidente de honor interino del Partido Nacionalsocialista, enemistado con Hitler desde 1925 y apartado también de la formación, a la que no volvería hasta abril de 1933— nunca envió aquella carta. Probablemente, tenía motivos de peso para no hacerlo. El borrador de la misiva no se encontró hasta 1945, entre los documentos que legó Drexler.

A Hitler, la precisión y la objetividad le interesaban tan poco como la argumentación lógica. Las falsedades que contó sobre su propia vida eran deliberadas, al menos en parte, y servían para maquillar la realidad: Hitler inventó *a posteriori* su vida según le parecía útil para sus fines políticos.

La crítica

> No debemos creer a los detractores de *Mi lucha* cuando aseguran que el libro es una absoluta catástrofe estilística.
>
> HELMUTH KIESEL, especialista en filología alemana[1]

¿Silencio absoluto?

Que una obra de contenido político se considere buena o mala depende, al menos en buena medida, de la orientación política del observador. Naturalmente, también existen criterios objetivos para juzgar la calidad: la lógica de la argumentación, el dominio de la lengua, la originalidad de los pensamientos expuestos, la sustancia de las ideas. Contemplada desde esta perspectiva, *Mi lucha* es, sin duda alguna, un libro malo. Muy malo, incluso. Sin embargo, en el efecto de la obra sobre los críticos y los lectores, la ideología básica de estos desempeña un papel bastante más importante que las virtudes o defectos profesionales e intelectuales que tenga el libro en cuestión. Por eso las reacciones ante el texto de Hitler fueron tan dispares.

Prácticamente nadie, con excepción de sus seguidores, esperaba con especial impaciencia la publicación. De ningún modo puede decirse que existiera una «expectación política», como aseguraron más tarde una y otra vez las publicaciones del Partido Nacionalsocialista.[2] Los principales periódicos alemanes, en general, y bávaros, en particular, ni siquiera se hicieron eco de la edición. De hecho, en un folleto publicitario que se editó entre 1936 y 1937, cuando se superaron los tres millones de ejemplares, la

editorial Eher aseguró, refiriéndose a ese desinterés, que «el sistema de la prensa guardó un silencio absoluto» sobre *Mi lucha*.[3] Hasta el *Völkischer Beobachter*, principal producto de la editorial del Partido Nacionalsocialista, mantuvo una sorprendente y elegante moderación: aunque se trataba de la ópera prima del jefe de la formación y principal propietario de la casa, no se preparó ninguna campaña publicitaria con ocasión de su lanzamiento al mercado. Hubo que esperar once días desde que se suministró el libro a los comercios para que este periódico publicara un gran anuncio, al que poco después le siguió el fragmento de un capítulo. El segundo anuncio llegó ya un mes después de la publicación.[4] La editorial Eher se limitó a pegar carteles con el estilo habitual de las convocatorias de las asambleas del partido, y lo hizo únicamente en el centro de Múnich y en las proximidades de librerías bávaras conocidas por su orientación *völkisch*. No está claro por qué no se anunció el libro a bombo y platillo, ni siquiera en las publicaciones del partido.

Y si, comparativamente hablando, en el entorno del movimiento de Hitler se prestó poca atención a la aparición del libro, otros periódicos y revistas no hicieron, en un primer momento, críticas positivas, precisamente. No obstante, las críticas negativas consiguieron levantar revuelo, en ocasiones más incluso que los textos bienintencionados. Por eso, es posible que la editorial no quedase descontenta al tener noticias de los dos primeros artículos al respecto, que aparecieron al mismo tiempo que el anuncio en el *Völkischer Beobachter*. El periódico *Das Bayerische Vaterland*, portavoz oficioso del ala campesina del Partido Popular de Baviera, enormemente reaccionaria, enemiga de los judíos y muy crítica con Hitler, se burlaba: «La obra tan esperada por toda Alemania —¡oh, cuánta modestia! ¿Por qué no por todo el universo?—, *Mi lucha. Un balance de Adolf Hitler*, anunciada con carteles color rojo sangre, se ha publicado al fin. ¡Su delirio![*] A lo mejor también hace balance en ella de las ayudas económicas que le han llegado y explica cuándo las ha recibido y a qué se han destinado».[5] En el mismo sentido se publicó una reseña en el antisemita *Miesbacher Anzeiger*, escrita probablemente por su redactor jefe, Bernhard Stempfle, en la que se cuestionaba abiertamente la originalidad de

Mi lucha, dado que muchos pasajes del libro eran «narraciones que ya se han hecho antes en otros lugares, a veces mejor, a veces igual de bien. Hitler no puede sostener que él las ha redactado de forma independiente y original».[6]

Más doloroso tuvo que ser para la editorial Eher el título de la revista satírica *Simplicissimus* de finales de agosto de 1925. El caricaturista Erich Schilling dio en el blanco con su viñeta: bajo el título «Ayer aún había rosas altivas»,[*] un Hitler flaco, peinado con una raya perfectamente marcada, ofrecía *Mi lucha* y una recopilación de sus discursos a unos hombres con aspecto típicamente bávaro en la terraza de una cervecería. Lo único que obtenía de ellos era el siguiente comentario: «¿Doce marcos por este libro? Un pelín caro, vecino... ¿Y no tiene usted cerillas?».[*][7] Aquello era doblemente amargo. Por una parte, se representaba a Hitler como un auténtico mercachifle. Por otra, la caricatura comparaba el elevado precio de su libro con una alternativa más económica: por la recopilación de todos los discursos de Hitler, en 159 páginas, que la editorial *völkisch* y radicalmente antisemita Deutscher Volksverlag, de Ernst Boepple, había publicado poco antes de que se editara *Mi lucha*, los libreros pedían por aquel entonces 2,60 marcos.

Entre las primeras críticas al libro de Hitler se encuentran tres entradas del borrador del diario de Joseph Goebbels, entre agosto y octubre de 1925. Aquel joven del oeste de Alemania, con un puesto de responsabilidad en el Partido Nacionalsocialista, había conocido en persona al jefe de la formación apenas un mes antes y compró su obra poco después de que se publicara. El 10 de agosto de 1925 escribió: «Estoy leyendo el libro de Hitler, *Mi lucha*, y me siento conmovido ante esta confesión política». Unas tres semanas después lo confirmó: «El libro de Hitler es maravilloso. Cuánto instinto político». Si de verdad Goebbels consideraba que el libro era tan sobresaliente, sorprende que poco después de aquella entrada aparcara su lectura. Pese a que tenía un título en Filología Alemana y era un lector rápido, hasta mediados de octubre no pudo escribir lo siguiente: «Estoy terminando de leer el libro de Hitler. ¡Con gran interés!».[8]

Las primeras reseñas

Más o menos por aquella época estaba ya lista la primera reseña propiamente dicha de *Mi lucha*, obra del periodista demócrata especializado en cultura Stefan Grossmann, que se dedicaba principalmente a editar la revista berlinesa *Das Tage-Buch*, además de colaborar con varios periódicos. Su artículo, redactado en un estilo claro, se publicó, en versión abreviada, a finales de octubre de 1925 en un periódico de Berlín; el 1 de noviembre apareció en el periódico vienés *Neue Freie Presse* y, seis días más tarde, ya en una versión más completa, en *Tage-Buch*. El mensaje principal de los tres textos era el mismo: Hitler no había sabido aprovechar la oportunidad que le brindó su tiempo en la prisión de Landsberg para hacer examen de conciencia y reflexionar. «Si se buscan en el voluminoso libro de Hitler señales de su introspección, el esfuerzo será en vano. Hitler se refiere a su libro como un balance, pero si en él ardiera aunque solo fuese un poco de vida espiritual, de lo que tendría que haber hecho balance, fundamentalmente —después del fracaso de su movimiento—, es de sí mismo.» Sobre la calidad del libro, Grossmann no tenía más que burlas. Escribió acerca de la «costra del embellecimiento de la realidad» que había que rascar durante la lectura y daba cuenta de las «tonterías más o menos patéticas», de las numerosas «fórmulas huecas» y del vacío de ideas, además de los «enormes disparates». En vista de las declaraciones de Hitler sobre los «judíos», al crítico le surgían «ciertas dudas sobre la integridad mental del escritor de esas memorias». No obstante, reconocía, con sarcasmo, «algunos pequeños detalles de la humanidad del escritor», que aseguraba «proteger a Goethe y Schiller» y advertía de la «prostitución del arte». Pero aquellas no eran sino «trivialidades de lo más trivial». No cabe sorprenderse ante la conclusión del periodista: «Así pues, el libro, que al menos había empezado relatando ciertos hechos, se pierde al final en banalidades de lo más vacuo». La obra era tan «voluminosa» como «pobre».[9]

A principios de noviembre se publicaron reseñas en periódicos de lengua alemana de prestigio y fama internacionales. El *Neue Zürcher Zeitung* juzgó la obra con benevolencia, en comparación con la reseña anterior. Aseguraba que Hitler era «un hombre sin duda con talento, que empezaba a despuntar para algo grande». Sin embargo, al crítico le molestaba la superficialidad con la que *Mi lucha* «hablaba huecamente» de todo. El artículo destacaba las ideas en materia de política exterior, especialmente la afirmación de que solo era posible ejecutar una política de ampliación del espacio vital en Europa a costa de Rusia. La conclusión de la reseña era la siguiente: «Después de leer esta biografía, creemos que su inmutabilidad tiene su origen en la estéril obstinación y en la inseguridad de un agitador artificialmente ensalzado, que ha evolucionado tan solo hacia los excesos, no hacia una política meditada, y que ha dejado de entender el mundo».[10]

A una conclusión parecida llegó, aunque en un tono claramente más duro, el análisis del *Frankfurter Zeitung*, un periódico leído fundamentalmente por la burguesía defensora del liberalismo económico. Parece que el motivo de aquella aproximación más crítica es que en varios puntos de *Mi lucha* Hitler había lanzado duros ataques contra aquel periódico. En cualquier caso, el artículo no entraba en esos detalles: ni en los insultos hacia la «denominada prensa inteligente» ni en la acusación de que dicha prensa había inoculado «veneno de otras venas en el corazón de sus lectores»[*] bajo una cuidada forma externa.[11] Independientemente de aquello, el crítico consideraba que el libro de Hitler era, ante todo, una autobiografía, y no un programa. De forma acertada, observaba que el texto constituía una «mezcla de ideas nacionalistas y proletarias» y también un ejercicio de «demagogia terrorista». En vista de esas primeras apreciaciones, no deberíamos sorprendernos de la conclusión: «Los amigos de la política constructiva cogerán el libro de Hitler y comprenderán cuánta razón tenían al pensar lo que pensaban. Los tiempos han avanzado, pero Hitler —sobre todo tras esta confesión— está acabado». No en vano, el título del artículo era «El fin de Hitler».[12]

El periódico nacional liberal *Vossische Zeitung*, el de mayor tradición en Berlín, informó unas cuatro veces, entre el 18 de julio de 1925 y finales de ese mismo año, sobre Hitler y su partido, pero no nombró ni una sola vez *Mi lucha*. Esta fue también la tónica dominante en otros influyentes periódicos de la capital del Reich, como el *Berliner Tageblatt*, liberal de izquierdas, o el pequeñoburgués *Berliner Morgenpost*. No es que ambos ignoraran del todo al partido de Hitler, pero sí que se limitaron a informar, fundamentalmente a través de breves noticias políticas o policiales, acerca de desórdenes en los que había participado el Partido Nacionalsocialista. Precisamente esa discreción fue la que enardeció los ánimos de los responsables de la formación, porque el movimiento de Hitler necesitaba a toda costa conseguir una amplia resonancia entre la opinión pública, más allá de su círculo de seguidores, que por aquel tiempo aún era pequeño.

Donde *Mi lucha* encontró una resonancia relativamente amplia fue en la prensa reaccionaria y *völkisch*, aunque, eso sí, la acogida no fue igual de positiva en todos los casos. El *Deutsche Zeitung*, de la asociación política Alldeutscher Verband, criticaba duramente las ideas sobre la «teoría de las razas»: «Hay que rechazar ese tipo de deficiencias, sobre todo teniendo en cuenta que, en cierto modo, el libro se presenta como el catecismo del movimiento de Hitler. Si es así, no se puede aceptar que haya tantas falsedades o medias verdades junto a alguna que otra verdad». A los autores de la crítica les molestaba especialmente la presencia de «insultos sin fundamento».[13] También el reaccionario *Neue Preußische Zeitung* tenía una opinión muy clara: «Se busca el espíritu y tan solo se encuentra arrogancia; se buscan estímulos y se cosecha aburrimiento; se busca amor y entusiasmo y se encuentran fórmulas vacías; se busca un odio sano y se encuentran improperios». Con gran agudeza, el periódico se preguntaba: «¿Es este el libro de los alemanes? Si lo es, ¡qué terrible!».[14]

Para un crítico *völkisch* especialmente vehemente, su rechazo ante *Mi lucha*, expresado sin tapujos, llegó a tener incluso consecuencias personales unos quince años más tarde. Walter Frank, que en 1925 tenía veinte años y era estudiante de Historia en Múnich, tachó el libro de Hitler de «delirio demagógico» y aseguró que su autor podría ser, a lo sumo, «un buen

tribuno del pueblo, pero no un hombre de estado». Probablemente el aparato del Partido Nacionalsocialista habría olvidado o pasado por alto esta valoración si Frank no se hubiera convertido con el tiempo en un difícil enemigo. Cuando, en 1941, ya como profesor y director del Instituto del Reich para la Historia de la Nueva Alemania, tuvo varios enfrentamientos con Alfred Rosenberg, principal ideólogo del nacionalsocialismo, y con su hombre de confianza, Wilhelm Grau, Rosenberg se quejó, en un tono muy suficiente, ante la administración del partido: «Que un joven de veinte años se exprese de una determinada forma no puede servir, desde luego, para juzgar toda su vida, y por nuestra parte no lo hemos hecho. Sin embargo, un hombre de ese tipo tampoco tiene el derecho moral de erigirse en juez del nacionalsocialismo». Martin Bormann, jefe de la Cancillería del Partido Nacionalsocialista, acogió bien aquella argumentación y se ocupó de suspender a Frank de su cargo: «No se le ha retirado definitivamente de su función porque ello daría lugar a complicaciones jurídicas». De todas formas, Rosenberg tuvo que pagar un precio por la ayuda de Bormann: «Le quedaría muy agradecido si usted suspendiera a su vez al señor Grau de su cargo».[15] A pesar de aquella humillante destitución, Walter Frank siguió siendo un nacionalsocialista convencido: el 9 de mayo de 1945 se suicidó porque consideraba que la vida después de la muerte de Adolf Hitler ya no tendría sentido. No quiso volver a oír hablar del «delirio demagógico» que dos decenios atrás había encontrado en *Mi lucha*.

Hasta principios de 1926 aparecieron críticas de *Mi lucha* también en periódicos alemanes que no formaban parte del círculo de la derecha más extrema. Sin embargo, en la mayoría de los casos se trataba de diarios pequeños o, desde luego, poco leídos fuera de su ámbito local, como, por ejemplo, el *Süddeutsche Zeitung*, de Stuttgart, el *Fränkischer Kurier*, de Núremberg, o el *Niederdeutsche Zeitung*, de Hannover. Buena parte de ellos tenía una opinión negativa del libro, aunque el *Augsburger Neueste Nachrichten* hizo una valoración ambivalente que destacó de entre la tónica general: «Se puede adoptar la posición que se desee ante Hitler y la obra de su vida, pero hay que reconocer que se trata de un hombre de gran talento, un pionero con la voluntad sincera de las convicciones a las que ha llegado

a través de su dura lucha por la vida». Pero también el autor de esta reseña contemplaba la obra esencialmente como una autobiografía: «Quien desee conocer mejor la particular personalidad de Hitler y comprender sus acciones, debe acercarse a su libro. Leerlo, esté o no de acuerdo con él, le será de provecho».[16]

Caído rápidamente en el olvido

Pese a que, tras unos comienzos difíciles, el primer volumen de *Mi lucha* se encontró con una importante resonancia en la prensa alemana, que, no obstante, se mostró en su mayoría escéptica, más allá de los círculos *völkisch* el libro cayó rápidamente en el olvido. Eso es lo que se deduce, en cualquier caso, de la irónica nota que editó en la revista *Weltbühne* el escritor Otto Kaus en abril de 1926, con ocasión de la publicación por adelantado, en forma de cuadernillo, de un capítulo del segundo volumen, sobre «La cuestión del Tirol del Sur y el problema de las alianzas alemanas». El autor vienés criticaba abiertamente los saltos de pensamiento de Hitler, que en apenas unas páginas establecía un vínculo entre el Tirol del Sur y el imperio japonés y su política exterior, considerando que el punto en común era la «hostilidad de los judíos» frente a Alemania y a Japón. El *Führer* dedicaba elogios al «estado nacional Japonés», que era un «peligroso adversario» del «milenario imperio judío». «Le faltan puentes para llegar al amarillo asiático», aseguraba sobre «el judío», explicando así cuál era a su juicio la debilidad de este.[17] Kaus hacía un sarcástico balance: «Hasta se podría estar de acuerdo con Hitler en materia de política exterior cuando habla de una alianza con Japón, siempre y cuando se encargase él mismo de convencer a los japoneses de este plan». Y no había muchas posibilidades de que aquello ocurriera, porque, «pese a todo, la cultura política de los japoneses parece, por desgracia, no estar aún lo suficientemente avanzada como para que se dé esta osada artimaña judía».[18]

De todas formas, el crítico no mencionaba que en el primer volumen de *Mi lucha*, editado hacía menos de un año, Hitler prácticamente no había mostrado más que desprecio hacia los asiáticos. De hecho, aseguraba: «Si a partir de hoy desapareciera toda influencia aria sobre Japón, suponiendo que Europa y América se hundiesen, durante un tiempo todavía se mantendría el progreso científico y técnico actual de Japón; pero en pocos años el manantial se secaría, el carácter particular de los japoneses se impondría, la cultura actual se congelaría y caería de nuevo en su letargo, del que hace siete decenios lo despertó la ola cultural aria».[*][19] Es probable que, sencillamente, Kaus no conociera este pasaje, puesto que, de haberlo leído, no se le habría pasado por alto aquella contradicción flagrante. El libro en el que Hitler sentó las bases de su ideología no tuvo un efecto duradero en la crítica.

Cuando se publicó el segundo volumen de *Mi lucha*, a finales de 1926, apenas hubo reacciones. Las únicas reseñas que aparecieron giraban mayoritariamente en torno al primer volumen. Fue el caso del artículo del escritor *völkisch* Adolf Bartels que apareció en la revista *Deutsches Schrifttum* en mayo de 1927. No debe sorprendernos su conclusión global, dado que compartía las ideas políticas de Hitler. Según él, *Mi lucha* era la «publicación política alemana más importante desde *Pensamientos y recuerdos*, de Bismarck». El autor, antisemita convencido, advertía: «En este caso concreto no solo juzgo a Hitler como político, sino también como experto en historia de la literatura». El entusiasmo de Bartels era ilimitado: «Sin duda alguna, en la lengua alemana no volverá a surgir una obra biográfica con una exposición tan fundamentada de una evolución política personal y también de una visión política como la de Hitler. Sobre todo, no surgirá ninguna que aporte valores de futuro tan relevantes». Ya en 1924, en un folleto de 39 páginas, el escritor, miembro honorario del Partido Nacionalsocialista, se había referido al nacionalsocialismo como la «salvación de Alemania». En su reseña escribió sobre Hitler: «Después de leer atentamente su libro, estoy convencido de que es el político que necesitamos los alemanes en este momento, el que nos puede "salvar"».[20]

Exceptuando esta reseña y otras por el estilo que se publicaron en los periódicos *völkisch*, entre finales de 1926 y principios de 1930 *Mi lucha* apenas tuvo eco. Al mismo tiempo, las cifras de ventas, muy por debajo de las expectativas de Hitler y la editorial Eher, se redujeron drásticamente. Quienes se sentían realmente fascinados eran, sobre todo, los seguidores más convencidos. El 12 de diciembre de 1926, Joseph Goebbels anotó en su borrador, refiriéndose a una rápida visita a Múnich: «El jefe me ha regalado el primer ejemplar del segundo volumen de *Mi lucha*». En el camino de regreso, Goebbels, que a principios de noviembre se había convertido en jefe de región administrativa del Partido Nacionalsocialista de Berlín, comenzó la lectura: «En el tren. Leo con febril interés el libro de Hitler. El verdadero Hitler. ¡Tal y como es! Por momentos quisiera gritar de alegría. ¡Qué gran hombre!». En aquella ocasión no necesitó —como había ocurrido con el primer volumen— unos dos meses para terminarlo. En algo más de dos semanas completó la lectura de aquella parte, de una extensión prácticamente idéntica a la de la anterior: «Estoy terminando de leer el libro de Hitler y soy inmensamente feliz», escribió el 30 de diciembre de 1926. Es evidente que comunicó al líder del partido su entusiasmo, porque fue recompensado: «Ayer el jefe me envió su segundo volumen, encuadernado en cuero, con una dedicatoria y acompañado de una amable carta. Me ha hecho mucha ilusión».[21]

Sin embargo, no todos los nacionalsocialistas, ni mucho menos, leyeron e interiorizaron las tesis de Hitler como lo hizo Goebbels. En cualquier caso, en una declaración sobre una solicitud de organización para el primer Día del Partido en Núremberg, en 1927, el jefe del partido se sintió obligado a referirse a lo que había escrito en *Mi lucha*. Herbert Knabe, de Dresde, miembro de la formación política desde hacía apenas un año, había propuesto «modificar el nombre del movimiento», esto es, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, porque consideraba que la palabra «partido» podía «provocar el rechazo» de los electores. De acuerdo con el «principio de autoridad» que se aplicaba en el Partido Nacionalsocialista, sus afiliados tenían derecho a presentar sugerencias de ese tipo, que se iban recogiendo y se exponían a Hitler para que él expresara su parecer por

escrito. Y no siempre la respuesta era negativa. Pero la idea de Knabe enfureció al jefe de la formación: «Petición sin sentido. El solicitante ignora lo que significa el término “partido”. Cualquier reunión de personas encaminada a hacer realidad un determinado proyecto o alcanzar un determinado objetivo es un partido. Recomiéndese al solicitante que lea lo que he escrito al respecto en *Mi lucha*, volumen 1, páginas 380-381».[22]

En realidad, Hitler lo había expresado con claridad: «Desde diferentes páginas —tanto hoy como antes— se critica la denominación del joven movimiento como partido. En esa opinión siempre he visto la prueba de una incapacidad práctica y de la pequeñez intelectual de las personas que la emiten». El «valor de un movimiento», aseguraba, no depende de encontrar «denominaciones que suenen lo más pomposas posible». Es evidente que la cuestión del nombre preocupó mucho a Hitler, porque más adelante escribió: «Por aquel entonces resultaba difícil hacer comprender a la gente que todo movimiento, en tanto en cuanto no haya alcanzado la victoria de sus ideas y, en consecuencia, su objetivo, es un partido, aun cuando se le den mil nombres diferentes».[23] Aparentemente, Knabe no formaba parte del grupo de personas que poseían un ejemplar de *Mi lucha*, algo que, en cualquier caso, no resulta sorprendente, si se tiene en cuenta que en el verano de 1927 el Partido Nacionalsocialista apenas contaba con unos setenta mil afiliados y que por aquella época se habían vendido como máximo quince mil ejemplares del primer volumen. Sin embargo, es posible que la dureza de aquel comentario contribuyese a que se informara. Sea como fuere, Herbert Knabe retiró su solicitud un día antes de la fecha prevista para que se tomara oficialmente una (previsible) decisión al respecto, en el Día del Partido.

¿Había llegado el momento de hacer una parodia?

Solo cuando empezó a intuirse que el Partido Nacionalsocialista cosecharía un éxito electoral, a partir de finales de 1929, resurgió el interés por *Mi lucha*, tanto entre los compradores como entre los críticos. El escritor de

ideología germanonacionalista Rudolf Binding, uno de los autores alemanes más populares, trató de comprender, en agosto de 1930, el fenómeno Hitler. En un artículo para el *Frankfurter Zeitung* titulado «Liderazgo: ¿para qué?», recopiló una serie de citas de *Mi lucha* y concluyó: «Solo tiene un instinto: el sometimiento de la gente. Tal vez desprecia a todo el mundo. Desde luego, desprecia aquello que es precisamente lo que más persigue, lo que, en último término, necesita para conseguir su objetivo: las masas». Hacia ellas, Hitler mostraba «el mismo instinto y el mismo desprecio que un condotiero hacia los mercenarios o un estafador hacia sus víctimas».[24] Era una observación muy acertada, pero no sirvió para cambiar en nada la ascensión del Partido Nacionalsocialista. De todas formas, a principios de 1933 Binding revisó su opinión y, desde entonces, defendió al nuevo gobierno frente a las críticas que llegaban desde el extranjero: «Un pueblo que no creía en sí mismo ahora cree. Y su creencia lo hace hermoso». No cuestionaba los abusos que se cometían contra quienes pensaban de forma diferente y contra los judíos alemanes. Los calificaba de «hechos menores».[25] Binding no llegaría a conocer del todo el profundo desprecio de Hitler hacia las masas, el modo en que el *Führer* explotó a la gente en su guerra: murió en 1938.

Aunque —o precisamente porque— a finales de 1930 el Partido Nacionalsocialista era el segundo más importante de Alemania, surgió la idea de parodiar *Mi lucha*. Más o menos por Navidades, el humorista Hans Reimann y su editor, Paul Steegemann, llegaron a un acuerdo para publicar una parodia del libro de Hitler. Manejaban un título provisional que en alemán era fonéticamente muy parecido: *Mein Krampf* («Mi delirio»). Steegemann debió de pensar que las ventas serían buenas, porque prometió al humorista un anticipo y una generosa asignación del 12 % en concepto de derechos de autor. Sin embargo, ambos acabaron enzarzándose en una sucia pelea en la que el Partido Nacionalsocialista ni siquiera estuvo implicado. Poco más de dos semanas después de la firma del contrato, Reimann dio marcha atrás «porque temía por su vida». Después de varias ideas y venidas, sin embargo, se declaró dispuesto a escribir el libro, siempre y cuando Steegemann se comprometiera a «abonarle todos los gastos médicos

y hospitalarios en caso de que tras la publicación de la parodia lo molieran a palos».[26] Es posible que no hablara en serio, pero el editor interpretó aquella frase de forma literal. El asunto acabó en los tribunales y hubo incluso apelaciones. El caso también tuvo cierto eco entre la opinión pública. A pesar de que Reimann no había entregado todavía ni una sola línea de la parodia, la noticia de aquel proyecto se difundió, así que su abogado no vio inconveniente en incluir una frase con doble sentido en el escrito que remitió al órgano jurisdiccional de segunda instancia a finales de 1932: «Hasta el mejor y más popular escritor cómico tendría que fracasar por una parodia sobre el libro de Hitler».[27]

Pero hacía ya tiempo que Reimann se había retirado. Después de que sus conocidos le advirtieran de que su vida corría peligro, permitió que se filtrara la noticia de que quería sumarse al nacionalsocialismo. En público, se mostró más comedido, escribió con más frecuencia bajo un pseudónimo o —como ocurrió en el caso del proyecto para el clásico del cine *Die Feuerzangenbowle*[*]— en colaboración con algún coautor libre de sospechas. Sin embargo, a finales de 1934 la situación se agravó. Parece que Reimann denunció a Steegemann ante la Cámara de Literatura del Reich, que, entretanto, había asumido las competencias para determinar qué libros se podían publicar. El 21 de enero de 1935 se ordenó al editor que suspendiera su actividad. Richard Suchenwirth, gerente de aquella cámara nacionalsocialista, que a la hora de la verdad funcionaba como una autoridad de censura, esgrimió el motivo en su carta a Steegemann: «En el año 1931 encargó al autor Hans Reimann un panfleto sobre la obra de Hitler *Mi lucha*. Cuando, tras leer el libro del *Führer*, Reimann desistió del contrato, usted le exigió una indemnización por daños y perjuicios, reclamación esta que se resolvió a su favor mediante sentencia dictada en 1932». Steegemann, que en 1933 empezó a editar propaganda nacionalsocialista en forma de folletos, reaccionó rogando piedad a Hitler, a quien envió una carta de disculpa de diez páginas en la que alegaba que llevaba publicando desde 1930 «libros contra Remarque y Tucholsky».[*] Aseguraba que antes de iniciar el proceso contra Reimann, en 1931, no había leído *Mi lucha* y, añadió, en un tono antisemita, que desde entonces

dejó de contemplar «la figura del *Führer* y su voluntad a través de los ojos de Ullstein».[*][28] Sin embargo, sus intentos de persuasión no tuvieron éxito: se le obligó a liquidar su editorial y tuvo que emigrar a Praga, donde permaneció durante la segunda guerra mundial. Reimann, en cambio, siguió publicando, a veces bajo un pseudónimo, aunque con frecuencia utilizó su propio nombre. De todas formas, solo se dedicó a escribir parodias nada sospechosas desde el punto de vista político. A Goebbels le divertían: «He leído en el hotel *Das Buch vom Kitsch* («El libro de lo *kitsch*»), de Reimann. Muy divertido», anotó el 12 de octubre de 1936, en referencia a la obra más reciente de aquel autor. Sin embargo, a finales de 1938, cinco de sus libros, publicados entre 1921 y 1930, se incluyeron en la «Lista de la literatura perjudicial e indeseada», es decir, que, en la práctica, quedaron prohibidos. Durante la guerra, Reimann hizo una gira por el frente y actuó como cómico ante los soldados. Con su nombre se publicó como mínimo un texto cruelmente antisemita. Las disputas entre Steegemann y Reimann en torno al proyecto de parodia sobre *Mi lucha* continuaron incluso después de 1945. Ambos se culpaban mutuamente y se imputaban cuestiones sin fundamento alguno. Habían aprendido a someterse y adaptarse, cada uno a su manera. Sin embargo, hasta 1933 no apareció ninguna sátira importante y ambiciosa, desde el punto de vista intelectual, sobre el libro de Hitler, como podría haberlo sido la sátira que tenía planeado escribir Hans Reimann.

Un análisis comunista

La primera crítica extensa del libro *Mi lucha* apareció en 1932. Se titulaba *Deutschland erwache* («Despierta, Alemania») y en ella el escritor comunista Ernst Ottwalt analizaba a lo largo de más de veinte páginas el escrito en el que Hitler había expuesto su ideología. Pasaje a pasaje, evitaba quedarse en una mera repetición de prejuicios, como era habitual desde hacía mucho tiempo en las publicaciones del Partido Comunista de Alemania. No obstante, es cierto que en sus primeros comentarios todavía

seguía los modelos de interpretación habituales. No son de extrañar, pues, frases como: «*Mi lucha*, de Adolf Hitler, es más que el título de un libro. Es un símbolo del hundimiento definitivo e irremediable de la pequeña burguesía alemana en la dictadura fascista» o «no le puede suceder nada peor que tener que leer esas 782 páginas, a lo largo de las cuales el torrente de ideas inconexas y la charlatanería de Adolf Hitler van dando volteretas». Pero Ottwalt subió su nivel a continuación, con una crítica propia y, por fin, un conjunto de reflexiones sorprendentemente agudas.

«Hitler no inspira vergüenza porque este renovador *völkisch* no sabe escribir en alemán», observó, algo mordaz. Fue el primer autor de una reseña que señaló la aparición sistemática de metáforas desacertadas, como la extravagante fórmula sobre «el duro puño del destino, que me abrió los ojos» o la famosa «alrededor de nosotros hay cientos de miles de huevos de Colón, pero los Colones son más difíciles de encontrar».[29] Aquellos dos galimatías aparecían correctamente citados: de forma literal, en el caso de los «Colones», o en una versión adecuadamente abreviada, en el caso del «puño del destino», que en realidad decía así: «Fue necesario también aquí el puño del destino para abrirme los ojos ante un engaño tan inaudito para los pueblos».[30] También era objetivamente correcta su observación de que Hitler confundía de forma constante los nexos «porque» y «en tanto en cuanto». Eso sí, se equivocó al comentar supuestos errores lingüísticos del *Führer*, ya que no tuvo en cuenta que este había crecido fundamentalmente en Linz y que empleaba variantes plenamente correctas en el alemán austríaco. Además, al analizar otros errores del idioma, el crítico no citó las frases con precisión. Por ejemplo, reprodujo mal la formulación «aquel que no haya estado al alcance de esta asfixiante serpiente jamás llegará a conocer sus fauces ponzoñosas»,[*] que transformó en «Alemania se retuerce al alcance de una asfixiante serpiente». Pese a aquella crítica, no completamente limpia, el balance que hace Ottwalt de las formulaciones de *Mi lucha* es, en general, certero. Astutamente, escribió: «No se le puede reprochar al señor Hitler que —como sus compañeros de partido más inteligentes— no haya aprendido de los autores marxistas o judíos nada acerca del uso del idioma alemán».[31]

No obstante, como era de esperar, a Ottwalt le pareció más importante detenerse en el contenido que hacer un análisis filológico superficial. En este sentido, el escritor comunista llegó a una conclusión similar a la que había expresado siete años antes el periódico antisemita *Miesbacher Anzeiger*: «Buscamos en este libro —tan voluminoso que da miedo— cualquier pensamiento que no se haya pensado ya miles de veces, que no hayan salivado y rumiado ya miles de personas. Pero no hay ni uno solo. ¡Ni uno!». No se tomó en serio la presentación de la obra como autobiografía: «La confesión de vida que hace Adolf Hitler no es el reconocimiento de un hombre que está en plena búsqueda, sino la arrogancia farisea y la mentira, que se abre paso, ampulosa y fanfarronamente, en el ombligo del mundo». Por eso, al leer *Mi lucha* había que fijarse «menos en lo que se dice que en lo que se intenta provocar». Bien visto, por su parte. La «principal tendencia del texto», aseguraba, no era mostrar la verdad, «sino la prueba de que él y solo él es el hombre llamado a ser el *Führer* de Alemania».[32] A lo largo de diez páginas, Ottwalt siguió los relatos de Hitler acerca de su juventud y sus años en Viena y en Múnich; a continuación, cuestionó sus poco creíbles afirmaciones, sin, no obstante, entrar a refutarlas en detalle. Tampoco cedió a la tentación de poner en duda sus historias de la guerra, como habría cabido esperar. Parece que el crítico no quería rebajarse a entrar en el terreno personal. Con todo, observó, indignado, que las descripciones que Hitler hacía del período inmediatamente posterior a la primera guerra mundial eran muy breves, lo que contrastaba con la verborrea que había exhibido en el resto del libro. En ese sentido, le llamó la atención algo que muchos historiadores de decenios posteriores pasaron por alto: «La trayectoria política de Hitler comienza con una laguna en su memoria. Ni siquiera un narcisista como él parece haber considerado que lo que hizo en los años 1919 y 1920 mereciese alguna mención». A Ottwalt aquello le extrañaba: «El Terror Blanco[*] en Múnich. ¿Dónde está Hitler? ¿Hemos de creer que participó en la derrota de los tumores rojos y calló ante la posteridad sus heroicas hazañas? ¡Imposible!».[33]

Como casi todos los demás críticos, Ernst Ottwalt dedicó menos atención al segundo volumen de *Mi lucha*. Trabajar en la biografía, relativamente concreta, y los «análisis» políticos que se derivaban de ella era mucho más sencillo que detenerse a examinar las frases sobre el «movimiento nacionalsocialista». Ottwalt optó por la descalificación. «Suficiente: retrato de un pequeñoburgués», juzgó, y añadió: «Eso es lo que se ve en la cabecita dinárica del gran tribuno del pueblo Adolf Hitler». Al finalizar el capítulo sobre el libro de Hitler, el escritor retomaba las muletillas propias de la interpretación oficial del Partido Comunista, que consideraba que el jefe del Partido Nacionalsocialista era, principalmente, un «agente del capital», lo que se correspondía con la definición de fascismo que había llegado en 1932 desde Moscú. Hitler era «el gran nulo, la colosal nada, que se deja prostituir consciente e intencionadamente por objetivos que no se fundamentan ni en el "pensamiento *völkisch*" ni en el "socialismo alemán", sino en la odiosa e idiota avidez de poder de un pequeñoburgués que está fuera de sí y actúa como un títere de personas más poderosas e inteligentes que él».[34] Por tanto, su crítica se quedó a medio camino. Si Ernst Ottwalt reconoció correctamente las debilidades de *Mi lucha*, también es cierto que se vio atrapado por sus propios prejuicios.

Desde la *Weltbühne*

Casi al mismo tiempo, varios autores de la revista *Weltbühne* analizaban también *Mi lucha*. En las dos vueltas de las elecciones a la Presidencia del Reich celebradas a principios de 1932, el Partido Nacionalsocialista subió hasta convertirse en la fuerza política más importante de Alemania. Solo el apoyo de las formaciones democráticas de centristas y socialdemócratas al ultraconservador y poco querido Paul von Hindenburg, aún presidente, impidió que Hitler se hiciera con el principal cargo del estado. A diferencia de muchos otros, el pacifista liberal de izquierdas Hellmut von Gerlach había leído a fondo el libro de Hitler, incluso el segundo volumen, hasta el final. Sobre él aseguró a mediados de junio de 1932, con mucho acierto:

«Para Francia, la situación es especialmente difícil. Después de 1871, contempló como hipnotizada el agujero en los Vosgos. Hoy contempla a Hitler y a sus mirmidones, preguntándose: ¿cuándo conseguirá Hitler la mayoría absoluta? ¿Qué pasará después con Francia, cuya aniquilación ha presentado como parte de su programa de política exterior en su libro *Mi lucha*?».[35] Con aquello se refería a la observación que Hitler incluyó en el último capítulo, según la cual Alemania debía ver «en la aniquilación de Francia tan solo un medio» para «proporcionar al fin a nuestro pueblo la posible expansión en otro lugar».[36]

Cinco semanas más tarde, Fritz Ausländer, antiguo diputado del Parlamento de Prusia, reunió material para un artículo sobre los pasajes de la obra en los que se reflejaba el papel de «Hitler como educador» y comparó las propuestas concretas de los políticos nacionalsocialistas responsables de educación y ciencia. Como era de esperar, reconoció el «pensamiento racial» como núcleo de la «educación» nacionalsocialista y la obtención de territorios en el Este, es decir, el nuevo «espacio vital», como su consecuencia necesaria. No obstante, Ausländer, profesor comunista, no fue capaz de tomar distancia con respecto a la interpretación que se hacía oficialmente del nacionalsocialismo dentro del Partido Comunista. Y ello a pesar de que, poco antes, había sido expulsado de esta formación como resultado de sus discrepancias. Escribió: «El pequeñoburgués Hitler dejó hace tiempo su programa escolar, tanto en la teoría como en la práctica, a merced del capitalismo financiero».[37]

En octubre de 1932, en plena campaña de las elecciones anticipadas al Reichstag, Heinz Horn publicó en la *Weltbühne* su artículo «Hitlers Deutsch» («El alemán de Hitler»). Según él, *Mi lucha* era un caso «realmente único en la literatura alemana». Sería «muy oportuno que otros pueblos nos envidiaran esta completísima recopilación de disparates del mundo». Lo que en otros países los lectores tenían que «reunir con arduo trabajo a partir de cientos de libros y escritos», aquí, sin embargo, se daba ya hecho y se consideraba como «un trabajo original, desde la primera hasta la última línea, escrito con una profunda seriedad y presentado con una maravillosa afectación». La lengua aventajaba «en su exuberancia oriental y

su riqueza de imágenes tan propia del Este hasta a las peroratas del pequeño Hadschi Halef Omar, de los relatos de viajes de Karl May»[*]. Quien no supera dónde se encontraba Braunau, no podía sino pensar, «visto el idioma que hablaba el hijo más importante de esta pequeña ciudad, que se hallaba en el sospechosísimo Oriente». Horn constataba también que «las metáforas y las comparaciones con las que Hitler adorna sus sentencias más profundas están tomadas preferentemente del ámbito de las ciencias naturales, en el que desempeñan un papel fundamental ejemplares de ganado menor tan poco apetitosos como gusanos, bacilos y medusas, sobre todo».[38]

Como prueba, destacaba una formulación de Hitler especialmente oscura: «Si se practica cuidadosamente una incisión en un tumor como este, se encuentra, al igual que se halla el gusano en un cuerpo putrefacto, a menudo cegado por la luz repentina, un pequeño judío».[39] Evidentemente, el crítico no iba a pasar por alto esta muestra de estilo. Antes al contrario, se deleitó analizándola: «Por hermoso que resulte este rico idioma cargado de imágenes, uno no acaba de entender quién resulta cegado por esa luz repentina: ¿el gusano, el pequeño judío o directamente el intrépido cirujano? Además, en esta comparación el poeta olvida que si el gusano se encuentra en el cuerpo es precisamente porque este se halla podrido: no es que el cuerpo se pudra porque el gusano se encuentre en él».[40] Horn aseguraba que Hitler no solo tenía problemas con los gusanos: tampoco había entendido del todo la biología de los seres marinos sencillos, como las medusas. Así, según el relato del *Führer*, este habría afirmado, en una supuesta discusión con líderes obreros de Viena: «Donde se ataque así a un apóstol, la mano asirá una baba de medusa, que manará por todos los dedos para volver a compactarse un instante más tarde».[41]

Heinz Horn estaba especialmente encantado con las metáforas biológicas de *Mi lucha*, pero en su crítica filológica no se limitó a dar cuenta de ellas: «Aun en los momentos en los que deja en paz al mundo animal, la prosa de Hitler se caracteriza por su colorido estilo».[42] Uno de los ejemplos que daba al respecto era la observación acerca de las «reflexiones políticas generales» que se incluían en el primer volumen a propósito de los periodistas: «Sin embargo, este paquete es el causante de

más de dos tercios de la conocida como “opinión pública”, de cuya espuma emerge la Afrodita parlamentaria».[*] A esta confusa formulación le seguían otras similares, como la imagen «por eso es comprensible el odio de todas las lunas nuevas de la humanidad hacia las estrellas fijas»,[*] la opinión de que «todo lo que de veras sobresale de lo común en la historia de los pueblos suele generalmente revelarse por sí mismo» o la sentencia «no se tenía ni la más mínima idea de que el entusiasmo, una vez apagado, ya no puede volver a despertarse cuando se lo necesita».[*] A Horn también le gustó la constatación, completamente absurda, de que «solo se pueden encontrar pocos seres a imagen de Dios sin querer ofender al Altísimo».[43] Esta afirmación le daba pie para exponer su conclusión final: «Sin querer ofender al Altísimo: quien sea capaz de leer esto manteniendo un entusiasmo no apagado y capaz de despertarse cuando se lo necesite, no tiene remedio».[44]

En las semanas que sucedieron inmediatamente al nombramiento de Hitler como canciller del Reich aparecieron algunas críticas más acerca de *Mi lucha*. Hellmut von Gerlach volvió a escribir en la *Weltbühne* —concretamente en el último número de esta publicación antes de que se prohibiera— un artículo sobre la «política exterior de Hitler». Comenzaba asegurando: «La biblia del Partido Nacionalsocialista es el libro de Hitler. Su lectura no resulta sencilla para quienes no sean miembros de esta formación, que no entenderán muchas cosas. Pero, naturalmente, ello no se debe al libro en sí, sino al hecho de que los lectores no pertenezcan al partido». Gerlach se esforzó en contribuir a la comprensión. Aseguraba que no estaba «claro» qué quería decir Hitler con su formulación de una «raza reunida a través del estado», ya que, incluso según la teoría *völkisch* más radical, no existía una «raza» alemana, sino que en Alemania convivían varias «razas». Sin embargo, de *Mi lucha* se podía extraer, en su opinión, un claro concepto en dos niveles relativo a la política exterior. Según resumió Gerlach —que, por cierto, era pacifista—, el objetivo a largo plazo era el siguiente: «¡Queremos cabalgar hacia las tierras del Este!». Para lograrlo, no obstante, era necesario que se cumpliera un requisito: «El principal escollo que hay que salvar es Francia».[45] Pese a que el colaborador de la

Weltbühne no podía saber lo que Hitler había anunciado el 3 de febrero de 1933 en su primera intervención ante los generales de la Reichswehr, realizada, como es lógico, en un entorno que garantizaba la confidencialidad, acertó con bastante precisión los objetivos políticos que el *Führer* había señalado en aquella ocasión. Parece que en aquel importante discurso Hitler se limitó a evocar de forma consciente y a concretar algo más los principales pasajes de *Mi lucha* en materia de política exterior.[46] Apenas unos días después de que se publicara aquel artículo, Hellmut von Gerlach se vio obligado a huir de Alemania, ya que el Partido Nacionalsocialista lo incluyó en su lista de principales periodistas enemigos.

Hauptmann y Schneider

Muy diferente fue el caso de Gerhart Hauptmann, dramaturgo y ganador del premio Nobel de Literatura, que por aquel entonces había cumplido ya setenta años de edad. Si bien en su juventud había provocado la ira del káiser Guillermo II, durante la primera guerra mundial hizo gala de su patriotismo y, una vez calmados los ánimos tras la a menudo brutal conquista del poder por parte de los nacionalsocialistas, comenzó a leer *Mi lucha*. En su diario anotó, a finales de junio de 1933, que tenía entre sus manos «la biblia de Hitler, realmente trascendental».[47] En el ejemplar que manejaba, de casi ochocientas páginas, comprado aquel mismo año y que formaba parte de la vigesimoctava edición a precio popular, Hauptmann escribió comentarios a mano y subrayó fragmentos en unas cien páginas, sobre todo de los capítulos autobiográficos y básicos del principio, así como de la parte relativa a las «causas del desastre», esto es, a la responsabilidad por la derrota de 1918.[48] Marcó abundantes pasajes que consideraba parecidos o dejó constancia de su aprobación mediante signos de exclamación, como en el caso del relato que hizo Hitler de su supuesta conversación con los sindicalistas de Viena, que culminaba con un veredicto: «Nada había, pues, que no fuese arrojado en el lodo más

inmundo».[49] También destacó, aunque sin mostrar reparo alguno, una serie de metáforas que resultaban absurdas desde el punto de vista filológico y que otros autores ya habían criticado maliciosamente, como la del «puño del destino» que había «abierto los ojos» a Hitler.[50] Nada indicaba que el escritor quisiera distanciarse de aquellas formulaciones, ya que subrayó tanto estas como otras parecidas. Sin embargo, en su ejemplar también incluyó observaciones bastante críticas acerca de otras afirmaciones de *Mi lucha*. Hauptmann comentaba los lamentos lacrimosos sobre el «terror espiritual» que supuestamente predominaba en Viena en los años anteriores a la guerra y sobre el «terror físico». Lo hizo a través de una frase sin duda alguna sarcástica y fácilmente comprensible después de los meses en los que el Partido Nacionalsocialista había ejecutado su brutal conquista del poder tras el incendio del Reichstag: «Hoy, nacionalsocialistas, las cosas son diferentes».[51] Y junto al cruel ataque antisemita del pasaje sobre el «pequeño judío» que se podía hallar, «al igual que se encuentra el gusano en un cuerpo putrefacto», si se practica «una incisión», escribió: «Mala redacción». No obstante, aprobaba algunas observaciones: al lado de la descripción del marxismo como una «enfermedad de los pueblos» cuyos causantes eran «verdaderos demonios» escribió, sencillamente: «Sí».[52]

Seis meses después que Gerhart Hauptmann, en un momento en que se habían editado ya 1,3 millones de ejemplares de *Mi lucha*, el escritor Reinhold Schneider, de tendencia cristiano-conservadora y sumamente escéptico frente al nacionalsocialismo, analizó el libro de Hitler. En febrero de 1934 incluyó en su diario el análisis más certero que se había hecho hasta la fecha de la personalidad del líder del nacionalsocialismo, de su uso de la lengua y de sus principales tesis. «El escritor, un demagogo que se tiene a sí mismo por un genio. Al mismo tiempo, sueña con la belleza. Y experimenta un profundo odio». Esa era la nota de Schneider. No dedicó mucho tiempo a la calidad lingüística y humana: «La mayor parte del libro es increíblemente pésima desde el punto de vista del estilo. En el plano humano, más importante, no resulta en absoluto agradable». Schneider describió acertadamente la visión que Hitler tenía del mundo: «Una mezcla

del pensamiento de Nietzsche que se difunde en la prensa y del pensamiento de Darwin: este mundo pertenece al más fuerte y al más orgulloso». Le sorprendió enormemente el «carácter tan insensatamente primitivo de las ideas» y constató: «Se evitan los ejemplos, ya que podrían no corresponderse con la realidad». En general, *Mi lucha* presentaba el «nivel de un mal artículo de fondo», en el que solo «destaca la vehemencia de su vitalidad».

Sin embargo, juzgar en detalle *Mi lucha* se le antojaba a Schneider una tarea demasiado simple. Lo que en realidad le interesaba era identificar las causas de las elevadas ventas, en particular, y del éxito de Hitler, en general. Las encontró en los capítulos sobre la propaganda y la influencia sobre las masas: «Poco antes del final, donde se describe, de una forma peculiarmente franca, la técnica para manejar a las masas, el libro muestra un tono muy diferente». Schneider se preguntó, vacilando: «En este punto el estilo también se eleva. ¿O tal vez no se trate ya de su estilo?». También en este caso criticaba las afirmaciones de Hitler por su contenido, si bien reconocía al mismo tiempo que el «*Führer*» tenía un «instinto certero» para las masas. Schneider descubrió que el «secreto de su efecto» residía en su «fanatismo permanentemente renovado». Tenía razón en ello.

Una semana más tarde, cuando probablemente ya había sentido por sí mismo el efecto que provocaba la lectura, Reinhold Schneider volvió a referirse a *Mi lucha*, especialmente a los elementos esenciales de su contenido: la hostilidad frente al judío y el delirio racial. En aquel momento ya no le interesaba comprender la obra de Hitler, sino exponer lo absurdo de su mensaje de odio y esbozar una solución deseable: «Una contradicción irresoluble entre la necesidad de obtener el aplauso de las masas, por una parte, y la actitud aristocrática, por otra, lo impregna todo. La gente creerá que pertenece a la raza de mayor valor y que posee prerrogativas —para dominar el mundo— y méritos innatos. Los más entusiastas serán aquellos que nunca se han planteado tales ideas: las capas más amplias, que carecen de estructura en términos de raza. Sin embargo, cuando descubran que por encima de ellos se colocarán los verdaderos representantes de la raza, nada podrá ya mantener este entusiasmo». La idea de una élite como la descrita

no podría «ser en absoluto popular, sino que únicamente atraería a los escogidos».[53] El escritor conservador ponía de manifiesto su confianza en la capacidad del pueblo alemán para detectar el callejón sin salida en el que se estaba metiendo. Se equivocaba. A aquel acertado análisis de *Mi lucha* le siguió una esperanza alimentada por las ilusiones.

Lion Feuchtwanger

Más sencilla que la del reflexivo Reinhold Schneider era la interpretación que hizo del libro Lion Feuchtwanger, escritor firmemente comprometido con la política. Ya años antes de que Hitler consiguiese el poder, Feuchtwanger fue advirtiendo de una forma cada vez más clara de los peligros del nacionalsocialismo. En su novela en clave *Erfolg* («Éxito»), publicada 1930, en la que se describía el Múnich de la primera parte de los años veinte, Feuchtwanger creó la primera caracterización de Hitler de la literatura alemana: bajo el nombre de «Rupert Kutzner» presentó a un mecánico desempleado que «declamaba con una voz aguda, en ocasiones sencillamente histérica». Prácticamente sin disimulo, continuaba: «La clientela del elocuente Rupert Kutzner, que había encontrado una solución de una genial sencillez para limpiar la vida pública y conseguir que esta recobrara la salud, crecía más y más. Cada vez eran más las personas que escuchaban atentamente sus discursos y que se mostraban de acuerdo con ellos. El propietario de una imprenta lanzó un pequeño periódico dedicado a difundir la ideología de Kutzner. Impresas, aquellas ideas resultaban pobres, pero el periódico sirvió para recordar a los lectores la viva emoción que había causado en ellos aquel hombre que se les había acercado, convencido de sus palabras».[54]

Tal vez el hecho de que Feuchtwanger menospreciara de esa forma las palabras impresas de Hitler determinó que tardase tanto en leer *Mi lucha*. E incluso cuando se ocupó realmente del libro, una vez que artículos como «Mord in Hitler-Deutschland» («Asesinato en la Alemania de Hitler») o su introducción al listado de abusos antisemitas que presentó bajo el título *Der*

gelbe Fleck («La mancha amarilla») lo habían convertido hacía ya tiempo en una de las voces más importantes del exilio antinacionalsocialista, no supo mostrar ya más que sarcasmo. En 1935 publicó, en dos ocasiones, observaciones muy similares: en una autobiografía escrita con un tono cínico y satírico aseguró que, «como el escritor L. F. había declarado que entre las 164.000 palabras que contiene el libro de Hitler, *Mi lucha*, hay 164.000 contravenciones de la gramática alemana o de las normas de estilo del idioma alemán, se tomó la decisión de proscribir sus libros». Parece que la idea le gustó, porque, en una «carta abierta» que escribió aquel mismo año al morador de la casa que le habían confiscado en el elegante barrio berlinés de Grunewald, aseguró: «Me han contado que en el Reich en el que usted vive, señor X, no gustan los libros y que quien se dedica a ellos encuentra problemas. Por ejemplo, yo he leído el libro de su *Führer* y he constatado con ingenuidad que de entre sus 140.000 palabras hay 140.000 contravenciones al genio de la lengua alemana. Como consecuencia de esta comprobación mía, ahora usted vive en mi casa». En la posdata, Feuchtwanger añadió: «¿También usted piensa que mi tesis de que su *Führer* escribe en un incorrecto alemán se refuta poniéndole a usted en mi casa?».[55] No hay duda de que aquella era una manera divertida, pero en modo alguno adecuada, de acercarse a *Mi lucha*, y no precisamente porque ambos volúmenes tenían, en realidad, en torno a 219.000 palabras, en lugar de 140.000 o 164.000.

Objetivamente hablando, el libro de Hitler no podía convencer —ni por su estilo ni por su argumentación— a un lector cultivado y no comprometido todavía con la causa. Es decir, no podía ganar a ese perfil de lector para el nacionalsocialismo. Sin embargo, respondía perfectamente a las emociones de los círculos *völkisch* y antisemitas, gracias en parte a su retórica, literalmente subyugante. Ahí es donde residía su verdadera virtud: *Mi lucha* respondía exactamente a las expectativas de los grupos a los que de verdad se destinaba. Por eso las críticas no tenían nada que hacer frente a aquella obra.

Correcciones

A pesar de que *Mi lucha* se revisó cada vez que se publicó una nueva edición de la obra, solo en un caso se introdujo una modificación esencial en su contenido.

BARBARA ZEHNPFENNIG, politóloga[1]

¿Una obra actual o una fuente histórica?

Rara vez se alcanza la perfección. Y, cuando se alcanza, casi nunca es en el primer intento. Por eso es práctica corriente revisar y completar, en mayor o menor medida, las nuevas ediciones de los libros, así como adaptarlas, ya en un plano más amplio, a los cambios que se hayan producido en su contexto. A veces se puede optar por no decir nada acerca de las enmiendas. Es lo que ocurre, por ejemplo, en el caso de las erratas: no siempre es necesario indicar expresamente las pequeñas correcciones lingüísticas que se realicen. En cambio, los errores en los datos objetivos deben corregirse y explicarse, ya sea en la introducción, en un anexo o en una nota a pie de página. Solo si se actúa así se garantizará que el texto se mantenga actualizado y sea transparente.

Mi lucha fue objeto de duras críticas por los errores gramaticales o intelectuales, las contravenciones a las normas y las numerosas faltas de las primeras ediciones. Pero aquello no molestó en absoluto a Hitler: jamás pensó en la posibilidad de revisar el texto a fondo. Antes al contrario, incluso se negó rotundamente a adaptarlo: «No quiero cambiar nada del contenido».[2] En su libro ya había explicado el motivo: «En el caso de una teoría política, que evidentemente es justa en sus líneas generales, resulta

menos peligroso conservar una fórmula, aunque ya no responda enteramente a la realidad, que modificarla y dejar de este modo librado a la discusión pública y a sus temerarias consecuencias el dogma del movimiento, considerado hasta entonces como granítico». Se trata de algo que no se puede hacer «mientras el movimiento lucha para imponerse»: «¿Cómo se puede pretender inspirar a la gente una fe ciega en la verdad de una doctrina si, a través de una constante modificación de su estructura externa, se siembran las dudas y la inseguridad?».[*][3]

No obstante, parece que Hitler hizo una excepción: en 1938, según recordó después su abogado, Hans Frank, se replanteó un pasaje del segundo volumen de la obra. «Quisiera modificar completamente el capítulo sobre la sífilis, que es incorrecto.» Esas fueron, según el abogado, las palabras de Hitler.[4] Pero no es seguro que el *Führer* hubiera dicho nada por el estilo, ya que Frank dio también una serie de detalles sobre el origen de *Mi lucha* que supuestamente le había facilitado el propio líder nacionalsocialista, pero que son del todo falsos (por ejemplo, la teoría de que Hitler dictó el primer volumen a Rudolf Heß). Y aun cuando el propio autor hubiese hablado realmente de corregir el fragmento sobre la sífilis, la verdad es que aquella corrección nunca se llegó a hacer, ya que el texto se mantuvo prácticamente intacto en todas las ediciones hasta 1944.

Tan falso como el recuerdo de Frank era probablemente el rumor que difundió Otto Wagener, durante un tiempo hombre de confianza del jefe del Partido Nacionalsocialista. Sostenía que en enero de 1932 Hitler le había dicho acerca de su libro: «Cada vez tenía más claro que las cosas eran muy diferentes de lo que yo veía e imaginaba entre rejas. Y pronto me dispuse a preparar cambios, mejoras. Pero con ellos no hacía más que empeorar la obra. Me planteé si acaso no debería retirar el libro. Pero ya no era posible. La obra había recorrido Alemania, había partido incluso hacia el extranjero, y lo bueno, lo positivo de ello, es que su efecto no se veía mermado. Así que aparté mis manos de ella. No cambié nada».[5] Sin embargo, es del todo imposible que a principios de 1932 Hitler hablara de que *Mi lucha* hubiera «partido» al extranjero. Tampoco existen pruebas de que alguna vez pensase seriamente en retirar su libro. Todo lo contrario: a principios de

1932 el *Führer* dependía más que nunca del porcentaje de beneficios que le correspondía de sus ventas.

De todas formas, pocos años más tarde se había extendido ya entre el aparato del estado nacionalsocialista la impresión de que la obra se había quedado desfasada. Al menos es lo que reconoció el 5 de febrero de 1936 el Ministerio de Propaganda en una de sus órdenes secretas para la prensa: «En los últimos tiempos, ciertas personas no competentes han citado y explicado en multitud de ocasiones varios pasajes del libro de Hitler, *Mi lucha*, acerca de la política exterior. En todos esos comentarios se olvida que la obra se publicó en 1924 y que se basa en las circunstancias políticas de aquel momento». A continuación, aparecía una llamativa afirmación, que seguramente Hitler no habría compartido: «Hoy en día el libro es una fuente histórica». Por eso, en el futuro deberían «evitarse los prolijos comentarios acerca de las tendencias en materia de política exterior que refleja este libro».[6] Lo cierto es que *Mi lucha* no se publicó hasta 1925-1926. Sorprende este error con respecto a la fecha, sobre todo teniendo en cuenta que, con ocasión del décimo aniversario de la aparición del libro, el *Völkischer Beobachter*, publicación que servía de guía para el Partido Nacionalsocialista y que se analizaba y controlaba constantemente en el Ministerio de Propaganda, había publicado un panegírico del editor del periódico, Alfred Rosenberg, en el que este aseguraba: «Toda Alemania y también todo el mundo tienen la mirada puesta en este libro, que representa un monumento de nuestra época y, día tras día, constituye el fundamento inmutable de nuestro sentimiento y nuestro pensamiento, para hoy, para mañana y para pasado mañana».[7]

También contradijo aquella idea el propio Hitler, en una entrevista que le hizo el periodista francés Bertrand de Jouvenel y que publicó el periódico *Paris-Midi* el 28 de febrero de 1936: «¿Pretende que corrija mi libro como un escritor que saca una nueva versión de su obra? ¡Yo no soy escritor! Yo soy político. ¡Introduzco mis correcciones en mi política exterior, orientándola hacia el entendimiento con Francia! Si consigo un acercamiento entre Alemania y Francia, habré realizado una corrección digna. ¡Hago mis correcciones en el gran libro de la historia!».[8] Es muy

probable que el Ministerio de Propaganda no estuviera detrás de aquella entrevista, aunque sí es cierto que dio instrucciones precisas para que las declaraciones «no se destaquen ni aparezcan en primera página» e indicó que, mientras no se dijese lo contrario, no era «deseable» que desde el extranjero se hiciesen comentarios al respecto.[9]

La mejora de algunos detalles

Cuando, en 1940, un trabajador de la Biblioteca Universitaria de Erlangen, preocupado por cumplir el deber de documentación que requería la institución a la que representaba, preguntó a la editorial Eher en Múnich por las diferencias que existían entre las distintas ediciones de *Mi lucha*, recibió una clara respuesta: «El libro del *Führer* —se aseguraba— no se ha modificado jamás». En consecuencia, «la segunda edición de esta obra es idéntica a la primera y también a las posteriores». Eso sí, en la siguiente frase la carta contradecía aquella información, ya que admitía: «Tan solo se han introducido algunos cambios estilísticos, que, en cualquier caso, son absolutamente insignificantes».[10]

En realidad, todas las grandes tiradas de *Mi lucha* presentan diferencias entre sí, aunque solo sea en pequeños detalles. Era inevitable realizar recomposiciones tipográficas con regularidad, ya que un mismo clisé de plomo apenas permitía imprimir una cantidad limitada de pliegos antes de que los contornos de los caracteres se desgastaran. Como en las tiradas masivas participaban hasta una docena de imprentas y, lógicamente, tipógrafos y correctores muy diferentes, se iban produciendo muchísimos cambios, que, eso sí, por lo general eran imperceptibles: afectaban a los dos puntos, a las comillas y a otros signos de puntuación.[11] Así pues, se trataba, efectivamente, de cambios insignificantes.

Otra cosa era la revisión a fondo de las listas de materias abordadas. Aunque en las primeras ediciones aparecía un índice con todos los títulos de los apartados de cada capítulo, acompañados de su correspondiente número de página, a partir de 1930 únicamente se incluyó un índice de capítulos,

distribuido en dos páginas. A cambio, la editorial Eher elaboró un índice alfabético de «personas y materias», que, al contrario de lo que se suele hacer, no se colocó al final del libro, sino entre el índice y la introducción. Ocupaba veinte páginas y contenía más de trescientas entradas y al menos mil referencias de páginas de *Mi lucha*, entre las que se incluían las abundantes repeticiones. Solo para el término «judaísmo» se registraban más de cincuenta apariciones a lo largo de todo el libro. Únicamente la superaban en frecuencia las palabras «Hitler» y «nacionalsocialismo».[12]

Un cambio que se constató rápidamente fue el paso de la letra Fraktur a la letra Antiqua. Ya a principios de junio de 1939 se publicó una edición de *Mi lucha* en este tipo romano, que estaba pensado tanto para el público extranjero como para los alemanes residentes en otros países que dominasen la lengua germana, pero no tanto la escritura quebrada. En principio, aquella edición especial no iba a tener continuidad, pero el 3 de enero de 1941 Hitler ordenó que en lo sucesivo se diera prioridad en Alemania a la letra Antiqua. Para justificarlo, esgrimió un extravagante argumento: «La denominada "escritura gótica" (Fraktur) no es una letra alemana, sino que procede de los caracteres de los judíos de Schwabach», escribió Martin Bormann tres semanas después en una circular dirigida a todos los departamentos del Partido Nacionalsocialista y remitida, naturalmente, «tan solo a efectos profesionales». Hitler aseguraba que si aquel tipo estaba tan extendido era por el «dominio de los judíos» en el negocio de la impresión, «primero a través de la propiedad de imprentas durante la introducción de la tipografía y, posteriormente, a través de los periódicos». Por eso, Bormann estableció que en todos los documentos impresos se debería utilizar la letra Antiqua, que desde entonces se pasó a considerar la «escritura normal». De todas formas, aquel problema no le pareció especialmente grave al partido: «La letra se puede ir introduciendo sobre todo en las reimpresiones y en las nuevas ediciones. Como es lógico, los demás ejemplares se mantendrán en el mercado hasta que se agoten». Se pensaba entonces en términos de ahorro: «Las medidas adoptadas no pueden suponer bajo ningún concepto un aumento extraordinario de los gastos en el material básico, es decir, el papel, la tinta, etc.».[13] El 2 de

febrero de 1941, al recibir la circular de Bormann, Joseph Goebbels reveló el verdadero motivo de aquel cambio: «El *Führer* ordena que a partir de ahora la Antiqua sea considerada la única letra alemana. Muy bien. Así, por lo menos, los niños no se verán obligados a aprenderse ocho alfabetos diferentes y nuestra lengua se convertirá de verdad en un idioma internacional».[14] Hasta 1943, sin embargo, aparecieron otras ediciones de *Mi lucha* aún con la letra Fraktur, pese a que entretanto la gran mayoría de los ejemplares se había imprimido ya en caracteres romanos.

Al margen de estas diferencias fruto de diversos recomposiciones tipográficas y correcciones, de la introducción de nuevos índices y del uso de un tipo de letra visualmente más clara, aunque sin incidencia sobre el contenido, también se realizaron pequeñas adaptaciones en el texto. A lo largo del tiempo y, sobre todo, coincidiendo con la aparición, en 1930, de la edición en un solo tomo a precio popular, se registraron más de dos mil quinientos cambios. La mayoría de ellos, sin embargo, eran puramente estilísticos. Así, por ejemplo, los tipógrafos eliminaron palabras del tipo «bueno», «entonces», «así», «precisamente», «pero» y otras parecidas, que en el texto se utilizaban muchas veces solo como muletillas. También se adaptó un poco el alemán típico de la Alta Austria de Hitler para adaptarlo al alemán considerado estándar.[*] [15] Además, se corrigieron ciertas formas verbales que Hitler había utilizado incorrectamente al reproducir citas en estilo indirecto.

Asimismo, se revisaron aquellos pasajes del texto original que, por el orden de sus palabras, se prestaban demasiado a confusión. El fragmento «tres causas están en mi opinión en el hundimiento del movimiento pangermanista en Austria», de la primera edición, se convirtió en «el hundimiento del movimiento pangermanista en Austria respondió, en mi opinión, a tres causas».[16] El pasaje «entonces el aumento de la población alemana durante un tiempo más o menos largo se podría compensar a través de una intensificación del rendimiento de nuestro suelo, sin tener que pensar en la hambruna», del capítulo «Múnich», adoptó una redacción más sencilla y algo más comprensible: «Durante un tiempo se podrá compensar el aumento de la población alemana mediante una intensificación del

rendimiento de nuestro suelo sin riesgos de que se produzca una hambruna».[17]

Modificaciones del contenido

En ocasiones se llegó incluso a eliminar frases completas cuando resultaba evidente que no hacían más que repetir lo que ya se había dicho o que contradecían lo anterior. Además, en las ediciones posteriores, los tipógrafos y correctores limitaron algo el excesivo uso de insultos. En el capítulo sobre las experiencias en Viena, el fragmento «de esa prensa inmunda, de esos filmes disparatados y otras porquerías» se convirtió en «de esa prensa inmunda, de esos filmes disparatados y de otros factores semejantes»; los «idiotas esos que sueñan con cambiar el mundo» se transformaron en «esos famosos que sueñan con cambiar el mundo», y la «ramera pestilente», en «pestilencia». Los «pánfilos apasionados por la estética», referencia que probablemente ningún lector podía comprender, se moderaron en buena medida al transformarse en los «jóvenes estéticos». El «círculo de influencia de su propia naturaleza asquerosa» se transformó en el «círculo de influencia de su baja naturaleza».[18] Con mucha buena voluntad, se podría incluso calificar este tipo de modificaciones de meramente «estilísticas», como, de hecho, hizo la editorial Eher.[19]

Sin embargo, no cabría sostener lo mismo en el caso de otro cambio, donde la editorial, a buen seguro con la autorización de Hitler, alteró directamente el contenido en un tema de máxima importancia para la dirección práctica del Partido Nacionalsocialista. En la redacción original de *Mi lucha*, Hitler escribió, en 1925: «El movimiento aboga, desde el ámbito más pequeño hasta el más grande, por el principio de una democracia germana: el *Führer* se elegirá, pero gozará de una autoridad sin límites». Aquella frase sufrió una evidente modificación en la edición popular en un solo tomo: «El movimiento aboga, desde el ámbito más pequeño hasta el más grande, por el principio de la autoridad ilimitada del *Führer*, acompañada de la máxima responsabilidad».[*] A partir de ahí,

Hitler extraía conclusiones muy claras para el trabajo del partido a todos los niveles, desde los grupos locales hasta la dirección de las regiones administrativas. En la primera edición aún se decía: «Siempre se elegirá al presidente, aunque este quedará investido de plenos poderes y de una autoridad ilimitada. Y lo mismo se aplicará a la dirección de todo el partido. Se elegirá al presidente, pero este se convertirá en el único líder del movimiento». A partir de 1930, el pasaje adoptó la siguiente redacción: «El *Führer* siempre se establecerá desde arriba, aunque, al mismo tiempo, quedará investido de plenos poderes y de una autoridad ilimitada. El *Führer* de todo el partido se elegirá en la asamblea general de afiliados, de conformidad con la legislación en materia de asociaciones. No obstante, será el único *Führer* del movimiento».[20]

A pesar de que Hitler permitió que se suprimiera el concepto de «democracia germánica» en el último capítulo del primer volumen de *Mi lucha*, sí que lo mantuvo en el capítulo titulado «Reflexiones políticas sobre la época de mi permanencia en Viena». En contraste con la odiada democracia parlamentaria, defendía: «Frente a esta, se encuentra la verdadera democracia germana, con la elección libre del *Führer*, que queda obligado a asumir plenamente la responsabilidad de lo que haga. En este sistema no existe la votación de una serie de cuestiones por parte de una mayoría, sino únicamente la determinación de alguien que debe defender sus decisiones con su patrimonio y con su vida».[*] [21] Ya en 1931, en su estudio crítico sobre el nacionalsocialismo que más tarde, y casi por casualidad, acabó en la lista de «libros quemados», Walther Scheunemann comentó estas observaciones de Hitler: «No entraremos a juzgar si se puede denominar democracia a ese concepto de gobierno. Tampoco nos extenderemos en la idea de que la responsabilidad asumida a través del patrimonio y la vida, por muy conveniente que pudiera parecer en los tiempos de Tácito, es completamente ficticia en la vida de cualquier estado moderno».[22]

La legitimidad del tiranicidio

La modificación de los principios por los que se regían las votaciones dentro del Partido Nacionalsocialista fue, en realidad, la única adaptación relevante de *Mi lucha* a unas circunstancias que habían cambiado. Sin embargo, en el caso de otro punto que debió de resultar muy chocante después de que el jefe de la formación política se convirtiera en canciller del Reich o, a más tardar, después de que estallara la segunda guerra mundial, no se cambió ni una letra. En el tercer capítulo, que contenía reflexiones políticas de los años de Viena, Hitler escribió: «La autoridad del estado no puede ser un fin en sí misma, porque ello significaría consagrar la inviolabilidad de toda tiranía en el mundo. Si por los medios que están al alcance de un gobierno se precipita una nacionalidad en la ruina, entonces la rebelión no solo es un derecho, sino un deber para cada uno de los hijos de ese pueblo».[23] Difícilmente se podría defender con un criterio más claro y unívoco el derecho de resistencia frente a un dominio dictatorial.

Pero Hitler se inquietó por los efectos que podría provocar esta afirmación. De hecho, el 3 de junio de 1941 dio una orden «estrictamente confidencial» para que «la obra de teatro *Guillermo Tell*, de Schiller, no vuelva a representarse ni tampoco se estudie en la escuela». En una nota adjunta a una copia de aquella orden para la Cancillería del Partido Nacionalsocialista, la decisión de Hitler se justificó explicando que, por una parte, se quería castigar la «insolente campaña difamatoria» de la prensa suiza contra el Tercer Reich y, por otra, nunca había existido un «Tell» como figura histórica real. Pero más importante aún era otro argumento que se daba: «En esencia, [Tell] tampoco es un héroe, sino un furtivo que ataca por la espalda».[24] Parece que Hitler ya no se acordaba de las palabras de su propio libro, que eran, como mínimo, igual de peligrosas que aquella obra.

De todas formas, en sus voluminosos *Informes desde el Reich*, el Servicio de Seguridad de las SS no dio cuenta ni una sola vez de que algún enemigo de Hitler mencionara aquel pasaje. Tampoco hubo constancia alguna en las actas del Volksgerichtshof[*] ni de los tribunales especiales del régimen nacionalsocialista. Tampoco Carl Friedrich Goerdeler y Claus

Schenk von Stauffenberg[*] se refirieron a aquellas palabras; de hecho, en el círculo de conspiradores del 20 de julio de 1944 solo había un hombre que conocía en profundidad el libro de Hitler. Se trataba de Ewald von Kleist-Schmenzin, latifundista y convencido defensor de las ideas conservadoras, que había escrito en 1932 un opúsculo titulado *Der Nationalsozialismus. Eine Gefahr* («El nacionalsocialismo. Un peligro»), en el que había advertido enérgicamente del riesgo que entrañaba aquel movimiento. Sin embargo, antes de que los nazis se hicieran con el poder nadie reconoció la gravedad del fragmento de *Mi lucha* en el que se hablaba del derecho de resistencia.

Tampoco el arquitecto de Hitler y ministro de Armamento, Albert Speer, se percató de aquellas reflexiones. Al menos, no hasta principios de febrero de 1945, cuando, según su propio informe, un conocido, Friedrich Lüschen, se acercó a él y le preguntó: «¿Sabe usted cuál es la frase de la obra de Hitler, *Mi lucha*, que más se cita ahora en la calle?». Speer lo ignoraba, así que pidió a aquel conocido que le sacase de dudas: «La diplomacia tiene que velar no por que un pueblo muera de forma heroica, sino por que sobreviva de forma práctica. Cualquier camino que conduzca a este punto será conveniente, y no recorrerlo deberá considerarse un delito de negligencia».[*] [25] Había otra cita similar, añadió Lüschen, y mencionó la admisión por parte de Hitler del derecho y la obligación de resistir.

Speer se sorprendió: «Aquello por lo que yo había luchado en los últimos meses era algo que había defendido Hitler. Solo quedaba una conclusión posible: de acuerdo con su programa político, Hitler había cometido conscientemente una alta traición contra su propio pueblo, al que había sacrificado para lograr sus objetivos y al que le debía todo. O, al menos, más de lo que yo le debía a Hitler. Aquella noche decidí apartarme de Hitler».[26] Speer, quien, según un colaborador de confianza, se consideraba a sí mismo como el «amor no correspondido de Hitler», aseguró que él mismo había preparado el asesinato del tirano,[27] para lo cual intentó hacerse con un gas tóxico, que conduciría hasta el búnker situado en el jardín de la Cancillería del Reich. En realidad, es poco

probable que hubiese intentado llevar adelante aquel plan. Sus palabras debían ser más bien un intento de descargo con el que trataba de ganarse a los jueces del proceso penal principal de Núremberg. Muchos años después, recordando aquella época, Speer declaró a un periodista británico: «Fue un impulso desesperado, pero nunca lo habría llevado a cabo. No habría podido hacerlo».[28]

Aunque Hitler se refirió a su libro en varias ocasiones como la «base granítica» del movimiento, una base que no era necesario revisar, aquella obra sufrió miles de modificaciones a lo largo de su historia. La mayoría de ellas no tuvieron efectos sobre su contenido y, por tanto, eran insignificantes. Sin embargo, más interesantes que cualquier cambio relevante que se conozca son algunos pasajes que resultaban sumamente explosivos y que, a pesar de todo, se mantuvieron intactos hasta las últimas ediciones.

La segunda parte

> Como volvió a quedar patente con *Raza y destino*,[*] Hitler solo tenía una serie de argumentaciones político-ideológicas basadas en unos pocos tópicos fijos, a los que siempre se agarraba.
>
> MARTIN BROSZAT, historiador[1]

El problema del Tirol del Sur

Ampliar lo existente parece, a primera vista, más sencillo que crear algo nuevo. Pero también puede ocurrir lo contrario. Porque para ganar lectores para la segunda parte de un libro es necesario ofrecer un contenido que sea diferente, sin llegar a contradecir en exceso el texto anterior. En los dos volúmenes de *Mi lucha*, Hitler ya había formulado sus ideas en materia de política exterior, aunque, desde luego, no de forma sistemática, sino a través de dos largas digresiones sobre la política alemana de alianzas. En ambas, la tesis central era la misma: Alemania tenía que unirse al Reino Unido y a Italia para desencadenar el conflicto contra Francia por la hegemonía en el continente y, acto seguido, conquistar un nuevo «espacio vital» en la Europa del Este, básicamente en detrimento de la Unión Soviética.

Aquel era un programa conscientemente contrario a la política internacional del gobierno alemán. Gustav Stresemann, que desde 1923 era ministro de Asuntos Exteriores, apostaba, al igual que sus predecesores, por una política de equilibrio con respecto a Francia, que culminó con el ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones en 1926. El gobierno del Reich también deseaba lograr un entendimiento con la Unión Soviética, lo

que desembocó en el tratado de Berlín, firmado entre ambos países aquel mismo año. Solo hubo un enfrentamiento en Europa que Stresemann dejó abierto intencionadamente: recogiendo el sentir de la amplia mayoría de la sociedad alemana, se negó a firmar un tratado con Polonia que incluía un reconocimiento vinculante del cambio de las fronteras entre 1919 y 1922.

En el tratado de Berlín incluso se introdujo una cláusula sobre la neutralidad, que, evidentemente, solo podía referirse a una posible guerra revanchista de la Unión Soviética contra Polonia; un acto poco amable desde el punto de vista de la diplomacia, pero contra el que ni siquiera el Partido Nacionalsocialista tenía nada que objetar.[2] Pese a aquel entendimiento parcial con los vecinos del Este, Hitler puso todo su empeño en ridiculizar al ministro de Exteriores nacional-liberal y, en un discurso pronunciado en agosto de 1927 en Heidelberg, incluso bromeó asegurando que «Stresemann fue recibido por tal y tal hombre de estado y habló tres cuartos de hora con tal y tal hombre de estado, pero la semana pasada se estaba ya diciendo que había hablado una hora y la semana que viene se dirá que va a hablar dos».[3]

Sin embargo, lo cierto es que la política exterior representaba para el Partido Nacionalsocialista un flanco abierto, ya que, más allá de la revisión de la frontera entre Alemania y Polonia, a mediados de los años veinte la cuestión del Tirol del Sur encendió los ánimos nacionalistas tanto en Alemania como en Austria. Como consecuencia del tratado de paz de Saint-Germain, firmado el 10 de septiembre de 1919 —y que era el equivalente, en el caso de la República de Austria, del tratado de Versalles que firmaron las potencias occidentales con Alemania—, el estado Austríaco no solo debía ceder a Italia Trieste, Istria y la región de Trentino, mayoritariamente poblada por italianos, sino también el Tirol del Sur. El Parlamento de Roma ignoró ostensiblemente una petición de los 172 municipios de habla germana del Tirol del Sur, que reclamaban su derecho a la autodeterminación. En los años veinte, casi toda Alemania, desde la izquierda socialdemócrata hasta la extrema derecha del Partido Nacional del Pueblo Alemán, pasando por el ala más reaccionaria del centro, estaba de

acuerdo con la necesidad de revisar la pérdida del Tirol del Sur, cuya cultura era, a todas luces, germana.

El Partido Nacionalsocialista era el único que se apartaba de esta opinión mayoritaria. Y eso, a pesar de aquella frase de *Mi lucha* según la cual «pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común».[4] Había dos motivos para mantener esta postura: por una parte, en la concepción de la política exterior de Hitler se abogaba por una alianza con el Reino Unido —potencia marítima— y con Italia — orientada hacia el Mediterráneo y el norte de África—, lo cual era incompatible con reclamar el Tirol del Sur; por otra parte, desde octubre de 1922 gobernaba en Roma Benito Mussolini, cuyo movimiento fascista y ascenso al poder representaban para Hitler en los años veinte un verdadero modelo. El *Führer* no podía permitirse atacar al único jefe de gobierno de Europa con el que compartía buena parte de su ideología. De hecho, en noviembre de 1922 Hitler aseguró abiertamente, en presencia (seguramente no por azar) del diplomático italiano Adolfo Tedaldi: «Solo podremos superar la situación actual si contamos con el apoyo de una gran potencia. Italia es la más adecuada para ello, por mil motivos. Frente a una Italia que está dispuesta a ayudarnos, debemos ser leales, tanto hoy como en el futuro. El sentimiento —por humano que sea— de fraternidad frente a doscientos mil alemanes que, con todo, han sido bien tratados no nos debe hacer olvidar que en otros lugares existen millones de alemanes que viven aplastados y, sobre todo, que está en juego la supervivencia de Baviera. Tenemos que explicarle a Italia, abierta y sinceramente, que para nosotros no existe la cuestión del Tirol del Sur ni existirá jamás».[5] En los años posteriores Hitler se expresó en un sentido similar, tanto en público como en sus conversaciones privadas: «Para ello, es necesario que Alemania renuncie claramente y sin ambages a los alemanes del Tirol del Sur», dijo, por ejemplo, en un discurso ante simpatizantes.[6] En el segundo volumen de *Mi lucha* escribió que entre 1914 y 1918 estuvo donde se estaba jugando el destino del Tirol del Sur, es decir, en el ejército: «En esos años puse mi granito de arena para que, en lugar de perderse el Tirol del Sur, se mantuviese en la patria, al igual que cualquier otro estado federado

alemán».[*] Parece que no veía contradicción alguna en el hecho de que, en realidad, su regimiento bávaro nunca se hubiese acercado al frente de los Alpes. Dos páginas más adelante, sin embargo, renunciaba en la práctica a aquella reclamación sobre el Tirol del Sur, dado que había que evitar que la pugna supusiese una traba para el entendimiento entre Alemania e Italia: «A los judíos y a los legitimistas a favor de los Habsburgo les interesa mucho impedir una política de alianzas de Alemania que algún día pueda traducirse en el resurgir de una patria alemana libre. Si hoy hacen todos estos gestos afectados no es por amor al Tirol del Sur, al que, en lugar de ayudar, están perjudicando, sino por el temor a un posible entendimiento entre Alemania e Italia».[*][7]

Aquel tema era tan importante para Hitler que en febrero de 1926 extrajo ese capítulo del segundo volumen, aún inacabado, para publicarlo por adelantado como un cuadernillo titulado *Die Südtiroler Frage und das deutsche Bündnisproblem* («La cuestión del Tirol del Sur y el problema de las alianzas alemanas»), con una tirada de diez mil ejemplares.[8] En la introducción a aquel adelanto, que escribió él mismo, aseguró: «Lo que mueve hoy a la opinión pública contra Italia no es la inquietud por el destino de lo germano en el Tirol del Sur, sino el odio contra el gobierno italiano actual y, sobre todo, contra el hombre que encarna como un genio extraordinario la conciencia nacional de Italia».[9] Muy similar era el argumento que daba un año después Alfred Rosenberg, redactor jefe del *Völkischer Beobachter*, en un artículo publicado en su revista *Der Weltkampf*: «La lucha se orienta hoy contra Mussolini como enemigo de los masones y contra el pueblo alemán, cuyas recientes e incipientes fuerzas se quiere destruir. Esa es la esencia del actual problema entre Alemania e Italia, que, en realidad, se ha creado artificialmente».[10]

La opinión pública alemana tuvo serias dificultades para entender que se liquidara de esta forma la cuestión del Tirol del Sur, especialmente cuando, a principios de 1928, el gobierno de Roma endureció su actitud frente a la reticencia de sus nuevos ciudadanos de los Alpes. En Austria y, en menor medida, en Alemania, la introducción forzosa de clases de religión en lengua italiana en las escuelas del Tirol del Sur desató una ola de

indignación. Se lanzó entonces una campaña en los medios. Sin embargo, fue precisamente el *Völkischer Beobachter* quien, de acuerdo con la línea que habían marcado Hitler y Rosenberg, tuvo que evitar imponerse a Italia. En lugar de ello, excepcionalmente, se vio obligado a argumentar a la defensiva. El periódico calificó los argumentos de la política de Italia en el Tirol del Sur de «injustificados», pero, al mismo tiempo, anunció que Mussolini daría explicaciones sobre el asunto a finales de la semana.[11] Su discurso, sin embargo, tuvo que decepcionar bastante a Rosenberg, dado que se limitó a reproducir su contenido de un modo neutral.[12]

Un día más tarde, Rosenberg había asimilado ya las exigencias del primer ministro de Italia y volvía a la argumentación anterior. En el artículo titulado «Der marxistische Weltbetrug» («La estafa internacional marxista») se aseguraba que, bien mirado, el discurso sobre el asunto del Tirol del Sur no tenía tantos aspectos negativos, en realidad. A Alemania le interesaba reaccionar de forma positiva. La «denominada política alemana» no había utilizado las simpatías de las que gozaba en aquel país del Sur «para abrir un hueco en la entente, sin perder de vista también los intereses de Italia». En lugar de ello, Alemania se había dedicado a establecer relaciones con sus enemigos mortales: «los franceses, los polacos y las finanzas judías». Añadía que los socialdemócratas, en particular, habían avivado la simpatía nacional hacia los habitantes del Tirol del Sur «para provocar el estallido de la revolución judeo-marxista mundial y poder así aniquilar todo lo germano».[13] Difícilmente esta imagen ficticia podía convencer a alguien.

En los días previos a las elecciones al Reichstag fijadas para el 20 de mayo de 1928, el debate en torno al Tirol del Sur siguió debilitando al Partido Nacionalsocialista. En algunos discursos, Hitler entraba en el tema, pero no conseguía explicar de un modo convincente la manifiesta contradicción que existía entre sus reclamaciones nacionales y su retirada frente a Italia.[14] Probablemente por eso en otras intervenciones decidió, sencillamente, guardar silencio al respecto. El *Oberbayerischer Generalanzeiger* aprovechó el silencio del discurso en Landsberg del 23 de abril de 1928: «En ninguna de sus afirmaciones, algunas de las cuales, especialmente las de la segunda hora de la ponencia, incluyeron a menudo

llamativas comparaciones y moralejas, hizo, sin embargo, referencia a un determinado tema: ¿qué pasa con los alemanes que residen en el extranjero, especialmente en el Tirol del Sur? Hitler no dedicó ni una sola palabra a esta cuestión candente».[15] Otros periódicos, como el *Deutsches Tageblatt*, el *Bayerischer Kurier* y el *Münchner Post*, denunciaban incluso que la campaña electoral del Partido Nacionalsocialista estaba financiada por Italia y que aquella era una contrapartida por la renuncia al Tirol del Sur. El mismo domingo electoral, el Partido Socialdemócrata de Múnich lanzó una pegada de carteles de gran formato, en los que acusaba a Hitler de haber vendido el Tirol del Sur a Mussolini a cambio de su ayuda financiera durante la campaña. El jefe del Partido Nacionalsocialista lo denunció de inmediato. Después de un procedimiento en varias instancias, el Tribunal del estado Federado con sede en Múnich concluyó que el reproche de los socialdemócratas no podía probarse y que, en consecuencia, era ilícito.[16]

Intentando salir de un aprieto

Pero la espina del Tirol del Sur se había clavado hondo. El 23 de mayo de 1928, es decir, tres días después del catastrófico resultado electoral, en el que el Partido Nacionalsocialista solo consiguió 810.000 votos en todo el Reich —o sea, el 2,8 % del total, lo que le daba acceso a 12 escaños—, Hitler habló detalladamente sobre este tema, como nunca antes lo había hecho. Es verdad que no podía ofrecer ideas nuevas ni más convincentes. Sin embargo, más o menos por la misma época se decidió a escribir otro libro para exponer punto por punto su visión de la política exterior. Así, en las seis semanas siguientes se retiró de la vida pública, salió de Múnich y se trasladó a Haus Wachenfeld, en Obersalzberg, que había alquilado unos meses antes. Allí estuvo hasta principios de julio de 1928. Al igual que hizo en el verano de 1926 con el segundo volumen de *Mi lucha*, dictó su obra a una mecanógrafa, probablemente la secretaria personal Hertha Frey, quien escribió el texto directamente a máquina. Eso es al menos lo que se piensa cuando se analiza el original, que se ha conservado hasta nuestros días:

contiene espacios vacíos delante de muchos signos de puntuación, así como correcciones tipográficas que no habrían aparecido si ese ejemplar a máquina se hubiera copiado a partir de un texto taquigrafiado. Se trata claramente de un borrador, del que se preparó un segundo ejemplar mediante papel carbón. Hoy en día se conservan las 239 primeras páginas, en el papel original, y las 86 restantes, en copia. Al menos tres de los capítulos se interrumpen bruscamente. No hay manera de saber si los demás están completos, dado que Hitler solía argumentar saltando de una idea a otra.

En la introducción, el *Führer* explica por qué se había decidido a escribir un nuevo libro: «Defendiendo imperturbablemente, frente a la tendencia francófila dominante, una alianza con Italia, el movimiento nacionalsocialista lucha contra esa poderosa coalición que intenta, partiendo de los puntos de vista más dispares, convertir la cuestión del Tirol del Sur en el centro de la política exterior alemana. Al hacerlo, el movimiento subraya, ante toda la opinión pública en Alemania, que el Tirol del Sur no puede ni debe ser de ninguna manera un obstáculo para tal política». Aquella convicción, aseguraba Hitler más adelante, había aislado al Partido Nacionalsocialista en el panorama político alemán, pero sería «la causa del renacer de la nación alemana». «Sin embargo, para argumentar y hacer comprensible punto por punto esta opinión llena de confianza, escribo esta obra.»[17]

En el primer capítulo, Hitler exponía su visión de la vida como una lucha, idea inspirada en el darwinismo social. Lo hacía con profusión de detalles, pero en esencia no decía nada diferente de lo que había afirmado ya en los pasajes correspondientes de *Mi lucha*: «Infinitos son los tipos de seres vivos en la Tierra, ilimitado el instinto de supervivencia de cada uno de ellos, así como sus ansias de preservación. Pero el espacio en el que tiene lugar todo este proceso vital es limitado. Se trata de la superficie de una esfera medida con precisión, en la que miles y miles de millones de seres combaten por su vida y su sucesión. En esta limitación del espacio vital reside la obligación de la lucha por la vida, pero en la lucha por la vida reside la condición necesaria para la evolución». Eludir a toda costa

conflictos violentos no era, a su juicio, una alternativa viable: «Una política de la paz que fracase conduce a la aniquilación de un pueblo, es decir, a la extinción de su sustancia de carne y hueso, como también lo haría una política de la guerra que no tuviese éxito». Pero igual de arriesgada era, en su opinión, la política de la eterna guerra, mantenida a largo plazo: «El héroe perece, el criminal sobrevive». Tampoco era una solución limitar el aumento de la población a través del control de la natalidad: «Un solo año de limitación de los nacimientos en Europa mataría a más personas de las que han caído, desde la Revolución Francesa hasta nuestros días, en todas las guerras del continente, incluida la guerra mundial».[18] La conclusión del primer capítulo recuerda a los característicos giros retóricos inesperados de los discursos de Hitler: «Porque no se hace política para poder morir, sino que a veces, sencillamente, hay que dejar que ciertas personas mueran para que un pueblo pueda vivir».[19]

En el siguiente apartado exponía la argumentación de los cuatro caminos que podía tomar la política alemana, y que eran exactamente los mismos que ya se habían presentado tanto en el primer como en el segundo volumen de *Mi lucha*.[20] Hitler repitió su tesis de que reforzar la economía con el objetivo de impulsar el comercio exterior no constituía una alternativa para la supervivencia a largo plazo de un pueblo, ya que esta dependía únicamente de que se dispusiera de suficiente suelo. Aun cuando una política orientada hacia el superávit comercial y las importaciones pudiera parecer positiva a corto y medio plazo, llevaba en sí misma la semilla del fracaso: «Uno de los peligros particulares de la denominada política económica pacífica de un pueblo es que al principio dicha política permite una multiplicación de la población, pero, al final, este aumento no será proporcional con respecto a los frutos del propio suelo. El exceso de personas en un espacio vital de dimensiones insuficientes suele traducirse en graves consecuencias sociales, ya que la gente se reúne en centros de trabajo que no parecen tanto lugares de cultura como abscesos en el cuerpo del pueblo, en los que da la impresión de que se concentran los peores vicios, defectos y enfermedades».[21] El capítulo se cerraba inmediatamente después con concisas definiciones que resumían con

exactitud la concepción que Hitler tenía de la política: «La política es el arte de librar la lucha vital de un pueblo por su existencia sobre la tierra; la política exterior es el arte de garantizar a un pueblo el espacio vital necesario; la política interior es el arte de obtener para un pueblo el poder que requiere para ello, según su valor racial y su número». Hitler ya se había expresado en este mismo sentido en algunos discursos y en un artículo publicado en 1927.[22]

El tercer y el cuarto capítulos contenían, fundamentalmente, ideas ya conocidas, aunque con una formulación diferente. En ellos se aseguraba que la clave para entender correctamente la vida residía en reconocer el principio de la «raza». Quien no lo tuviera en cuenta, conduciría inevitablemente a su pueblo hacia el abismo. La democracia impedía el ascenso de las «mentes verdaderamente grandes, líderes», que resultaban absolutamente necesarias: «Los pueblos han de decidirse: o mayorías o mentes. Las dos cosas juntas nunca se llevan bien».[23] A continuación, aparecía una variante de la explicación sobre las bases del alimento, es decir, sobre el suelo, como fundamento de cualquier política. Finalmente, Hitler formuló el principio que mantendría hasta la caída del Tercer Reich: «Trabajaré por tratar de seguir contrarrestando con mayor firmeza todo aquello que carece de probabilidades de éxito o nivel suficiente de éxito, así como por transmitir este espíritu al movimiento que lidero».[24]

En un capítulo incompleto, en el que llamaba a oponerse a esa «germanización» de los pueblos extranjeros que ansiaban los políticos burgueses, defendió la «política espacial» nacionalsocialista y volvió a exponer en detalle una serie de ideas —supuestamente basadas en la historia— sobre las diferencias entre el tiempo de Bismarck y su propio presente. Todo aquello podía leerse ya en *Mi lucha*, aunque en una versión más breve y con una formulación distinta. Lo mismo cabe decir de las ideas sobre la fallida política del imperio antes de 1914: se trataba en buena medida de una repetición del tercer y cuarto capítulos del primer volumen. En su nuevo libro, Hitler explicó con mayor profundidad que en el segundo volumen de su anterior obra por qué él no perseguía el objetivo del *statu quo* de antes de la guerra mundial: «Aunque el pueblo alemán recuperara

realmente las fronteras del año 1914, las víctimas de la guerra mundial habrían caído en vano. Y tampoco el futuro de nuestro pueblo ganaría lo más mínimo con esa recuperación».[25] También este capítulo se interrumpía bruscamente.

En la siguiente sección, Hitler refutaba las posibles alternativas a una política basada en el espacio. Ni la recuperación de las fronteras históricas ni una política económica expansiva eran opciones factibles. Tampoco la constitución de un estado paneuropeo. El argumento de que esta última vía había sido un éxito en Estados Unidos no era aplicable a Europa: «No es necesario rebatir la opinión de que, por el mero hecho de que en la unión estadounidense se haya producido una mezcla de personas procedentes de los pueblos más variados, aquí en Europa también sería posible esa mezcla». Lo explicaba afirmando que Estados Unidos había reunido «en un pueblo joven a personas de pueblos diversos» que «se parecen racialmente o, al menos, comparten elementos básicos afines». Y cuando no se daban esas circunstancias, el jefe del Partido Nacionalsocialista sentía que sus tesis quedaban confirmadas: «Sin embargo, la unión americana no ha conseguido mezclar a gente de sangre ajena con un marcado sentimiento nacional o instinto de raza. El poder de asimilación de la unión americana no ha podido hacer nada frente al elemento chino o al elemento japonés».[26]

Sin embargo, Hitler sentía respeto ante los logros de Estados Unidos y preveía que aquel país se convertiría en su principal enemigo en los decenios venideros: «Resulta frívolo pensar que el enfrentamiento entre Europa y América será únicamente de carácter económico y pacífico». Antes al contrario, a largo plazo vaticinaba un conflicto armado: «En el futuro, Norteamérica será capaz de oponer resistencia porque ha aprendido a aumentar el valor racial de su pueblo y a darle la forma estatal apropiada a través de la naturaleza de su vida interna y del sentido de su política externa».[27] Hasta que Hitler formuló esta frase, Estados Unidos siempre había quedado relegado a un segundo plano en su pensamiento. No obstante, en los años siguientes esta idea solo volvió a aparecer en un discurso que pronunció en Berlín el 13 de julio de 1928, poco después de su

regreso de Berchtesgaden, donde había estado dictando su libro. En aquella ocasión se refirió a Estados Unidos abiertamente como el «enemigo del futuro».[28]

Tampoco en la neutralidad de Alemania veía Hitler, como es lógico, una política alternativa. «Hay algo que la guerra mundial ha demostrado inequívocamente: que quien se mantiene neutral en los grandes enfrentamientos de la historia mundial podrá tal vez hacer pequeños negocios en un primer momento, pero en el terreno de la política imperialista quedará excluido para siempre de la adopción de decisiones que marcan el destino del planeta». Hitler defendía la idea de que, si Estados Unidos no hubiera declarado la guerra a Alemania en 1917, su poder sería secundario: «La entrada de la unión americana en la lucha le permitió alcanzar, en lo marítimo, el mismo nivel de solidez que Inglaterra, pero en el terreno de la política internacional la marcó como una potencia de una importancia crucial».[29] A continuación, el *Führer* negó que fuese factible una alianza con Rusia. Una vez más, sus principales afirmaciones coincidían con los correspondientes pasajes de *Mi lucha*, aunque aquí se completaban con digresiones. Así, expresaba su inquietud ante las posibles consecuencias de una guerra aérea en Occidente, especialmente de Francia contra Alemania: «En la situación actual de las fronteras alemanas, tan solo existe una pequeña zona, de apenas unos kilómetros cuadrados, que no recibiría en las primeras horas la visita de los aviones enemigos».[30] En los discursos de Hitler de 1927 y 1928 no encontramos declaraciones similares. De ello se deduce que aquella idea del jefe del Partido Nacionalsocialista debió de ser fruto de la lectura de algún periódico o revista del momento.

Espacios para las alianzas

El último tercio del original, de unas cien páginas, se dedicaba a la política exterior nacionalsocialista en sentido estricto. Comenzaba con ocho constataciones sobre la situación de partida. De acuerdo con sus

expectativas, Hitler no tenía confianza en la Sociedad de Naciones, aunque reconocía que las circunstancias de Alemania no podían mejorarse empleando solamente recursos militares. Era necesario que su país abandonara «definitivamente la política oportunista y vacilante que ha mantenido hasta ahora, se decida básicamente por una dirección y asuma y acepte todas las consecuencias derivadas de ella».[31] Francia siempre sería su enemigo, por lo que, de entrada, había que descartar una alianza con los vecinos del Oeste. Como resultado de este orden, Hitler formuló varios objetivos posibles. Eso sí, una vez más nos encontramos ante un capítulo inconcluso, que se pierde en la repetición de las reclamaciones de siempre: una política que se guíe por el comercio exterior conduciría al conflicto con el Reino Unido; recuperar el *statu quo* de 1914 era inútil; el único objetivo sensato, por tanto, era la conquista de espacio vital en el Este. A partir de todo ello, Hitler proponía una alianza con la que ya era una potencia marítima y colonial con presencia en todo el mundo. Al hacerlo, partía de una percepción esencialmente errónea, aunque Hitler aseguraba que quienes estaban equivocados, en realidad, eran sus enemigos: «En Alemania está especialmente extendida una idea muy equivocada: la de que Inglaterra se opone a cualquier hegemonía europea. En realidad, no es cierto. Desde siempre, Inglaterra se ha preocupado poco de la situación en Europa, siempre que de ella no surgiera un competidor internacional que supusiera una amenaza. Y solo sentía como amenaza las evoluciones que algún día llegasen a estorbar su dominio marítimo y colonial».[32] En realidad, desde mediados del siglo XVIII, los políticos británicos siempre habían tenido presente su imperio internacional, pero también habían puesto todo su empeño en evitar la aparición de un competidor poderoso, velando así por una distribución multipolar de los poderes en Europa. Una vez más, Hitler repetía una idea que había explicado con detalle en el segundo volumen de *Mi lucha*.[33]

En la conclusión, sin embargo, dio un giro sorprendente: «En Europa, el estado más peligroso para Inglaterra ahora mismo es Francia», cuya hegemonía militar suponía una amenaza para el Reino Unido «dada la posición geográfica que ocupa Francia con respecto a Inglaterra». «No se

trata solo de que buena parte de los importantes centros de la vida de los ingleses parecen situarse en una zona prácticamente desprotegida frente a los ataques aéreos franceses: no en vano, hay una serie de ciudades británicas que podrían bombardearse con cañones de larga distancia desde las costas francesas.» Hitler se refería claramente a sus lecturas del momento cuando dictó: «Sí, si la tecnología actual consigue mejorar sustancialmente la capacidad de tiro de la artillería pesada a distancia, no se podría descartar un bombardeo de Londres desde el territorio continental francés».[34] Pero, en vista de las negociaciones que se estaban llevando a cabo en 1928 para prohibir las guerras ofensivas, y teniendo en cuenta las reflexiones —conocidas de sobra en Alemania— de los políticos y militares parisinos acerca de la necesidad de consolidar en primer lugar la frontera oriental de Francia para garantizarse una protección ante una posible invasión alemana que fuese mejor que la que se había organizado en 1914, aquello era completamente irreal. El capítulo concluía con insultos hacia los sectores nacionalistas liberales y nacionalistas conservadores de la sociedad, que querían convertir a Alemania en una «segunda Suiza» y degenerarla «en lo político» y «en lo racial»: «Es algo que bien pueden conseguir nuestros politicastro nacionalista-burgueses y patrióticos. Para ello, solo necesitan continuar por la senda de su charlatanería actual, proferir protestas con sus hocicos, combatir contra toda Europa y, antes de emprender cualquier acción, arrastrarse cobardemente hacia su agujero». Parece que aquí su ira se dirigía contra el evidente éxito de la política exterior de Gustav Stresemann, porque Hitler añadió: «Y a eso se le llama “la política nacionalista-burguesa y patriótica del renacer de Alemania”». Sin embargo, en medio de aquella furia, no solo atacaba al Partido Popular Alemán de Stresemann, de tendencia nacionalista liberal, sino también a los seguidores del Partido Nacional del Pueblo Alemán, situados mucho más a la derecha en el espectro político: «Así pues, al igual que nuestra burguesía ha aprendido en apenas sesenta años a envilecer y a poner en entredicho el concepto de lo nacional, en su hundimiento está arrastrando consigo el hermoso concepto de lo patriótico, degradándolo al convertirlo, dentro de sus asociaciones, en una palabra hueca».[35] Aquella era una alusión

directa a la asociación nacionalista alemana de veteranos Stahlhelm - Bund der Frontsoldaten (Cascos de Acero. Liga de Soldados del Frente), que competía con las SA.

Hitler volvió sobre aquel tema en el capítulo quince, que, con sus setenta y cuatro páginas, era, con diferencia, el más extenso del original: «Italia es el segundo estado de Europa que, en principio, no debe enemistarse con Alemania, puesto que los objetivos de su política exterior no tienen por qué cruzarse con los de los alemanes». Todo lo contrario: el *Führer* aseguraba que existía una gran coincidencia de intereses, lo que se debía en buena medida a que ambos países se convirtieron en un estado aproximadamente por la misma época, entre 1861 y 1871. «Al igual que Francia y Austria, como verdaderos enemigos, fueron quienes más se opusieron a la unificación alemana, los mayores sufrimientos para el movimiento de la unificación italiana vinieron también de estas dos potencias», aseguró. También en aquel momento los italianos padecían los mismos problemas que los alemanes: necesitaban ampliar su territorio para abastecer a su creciente población. «El territorio de expansión natural de los italianos es y será la cuenca del mar Mediterráneo.»[36] De este paralelismo resultaba una proximidad natural entre ambos estados. Dado que en Alemania se seguía sintiendo como una traición que Italia hubiera participado en la primera guerra mundial a partir de 1915 junto a la Entente —un acto que, más de doce años después, aún tenía consecuencias en Alemania—, decir aquello era, cuando menos, osado.

Hitler consideraba que la coincidencia de intereses incluso se había reforzado con la llegada al poder del «genial estadista Benito Mussolini».[37] Ambos países, aseguraba, eran enemigos naturales de Francia, pero no mantenían entre sí conflictos abiertos de importancia. Para llegar a esta conclusión, sin embargo, era necesario que restara importancia al problema del Tirol del Sur. Por eso repitió en varias ocasiones que en aquella zona vivían bajo dominio italiano apenas doscientos mil o, incluso, ciento sesenta y cuatro mil alemanes.[38] La intención de Hitler, como lo demuestran los espacios en blanco que dejó en el texto original, era escribir

un profuso párrafo en el que aportara cifras más exactas. Pero no llegó a hacerlo.

En general, su argumentación sobre el Tirol del Sur seguía la línea de los discursos que había pronunciado en los meses anteriores, especialmente el del 23 de mayo de 1928.[39] La idea de que no eran ni él ni el Partido Nacionalsocialista quienes habían traicionado al Tirol del Sur, sino aquellos políticos que firmaron el tratado de Versalles y el de Saint-Germain y que desde 1919 venían aplicando una política basada en cumplimiento de aquellos pactos, ya era conocida y coincidía con lo que había expuesto en el pasado. Por otra parte, como es lógico, «los judíos» aparecían casi veinticinco veces en el original, sobre todo en el epílogo, donde resumió los puntos esenciales de su racismo: el objetivo final de «los judíos», decía, era provocar una «sangrienta bolchevización». En Rusia y en Francia aquella batalla ya se había saldado con la «victoria del judaísmo». Sin embargo, en el Reino Unido aún se estaba en pleno combate: «La invasión judía se encuentra allí aún con una antigua tradición británica: los instintos de los anglosajones siguen siendo lo suficientemente enérgicos y vigorosos como para evitar una victoria total del judaísmo».

El estado de Mussolini, en cambio, se encontraba en la situación opuesta: «La victoria del fascismo en Italia es la victoria del pueblo italiano. Aunque los judíos intentan —porque no tienen más remedio— adaptarse en dicho país al fascismo, su actitud frente a este movimiento fuera de Italia muestra cuál es su verdadera opinión sobre él». Hitler sabía, evidentemente, que a finales de los años veinte Mussolini no fomentaba el antisemitismo. Antes al contrario, incluso contaba con varios judíos como ministros en su gobierno y hasta tenía una amante judía. Y aun cuando fuese cierto que en el Partido Fascista existía una pequeña ala radical y contraria a los judíos, que organizó algún que otro pogromo, lo cierto es que el antisemitismo no formaba parte del núcleo ideológico de la dictadura de Mussolini. Hitler obvió aquella evidente contradicción con respecto al nacionalsocialismo porque, «en la actualidad, para Alemania no hay ningún estado tan propicio para establecer una alianza como Italia».[40] El original concluía lanzando una indirecta contra el Movimiento Libertario Alemán *Völkisch*, un

diminuto grupo de extrema derecha, aún más pequeño que el Partido Nacionalsocialista, que en las elecciones al Reichstag que se celebraron en 1928 apenas obtuvo doscientos setenta mil votos y, en consecuencia, se quedó sin escaños.

Un proyecto fracasado

Parece que después de dictar aquellos 324 folios entre junio y principios de julio de 1928, Hitler no volvió a revisar el original. Es cierto que en él es posible encontrar una corrección (insignificante) hecha a mano, que probablemente no es obra del *Führer*,[41] pero, por lo demás, el texto quedó intacto e incompleto, tal cual se había formulado en un principio.

No está claro por qué no se llegaron a publicar aquellas reflexiones sobre política exterior. Es posible que Max Amann, gerente de la editorial Eher, lo desaconsejara, ya que en el año 1928 las ventas de *Mi lucha* habían ido realmente mal. Todavía quedaban miles de ejemplares de los dos volúmenes en los almacenes, así que si se publicaba un nuevo libro de Hitler lo más seguro era que las cifras evolucionaran a peor. Como la editorial le había pagado al autor un enorme anticipo que aún no se había amortizado, para Amann publicar una nueva obra del jefe del partido no tenía interés económico.

Posiblemente se pensó también que no existían diferencias significativas con respecto a las primeras tesis importantes acerca de la política exterior nacionalsocialista, que Alfred Rosenberg había expuesto igualmente en 1927, en el libro *Der Zukunftsweg einer deutschen Außenpolitik* («El futuro camino de una política exterior alemana»), publicado en la misma editorial. En aquella obra, el redactor jefe del *Völkischer Beobachter* había sostenido como principio que el Partido Nacionalsocialista aspiraba a establecer alianzas con potencias «cuya política territorial orgánica no colisionase con la alemana, es decir, con aquellas que carezcan de un gran interés en establecer el dominio de las altas finanzas, de Francia y de todo el sistema francés».[42] Según

Rosenberg, aquellas potencias eran el Reino Unido e Italia. El razonamiento de fondo coincidía en buena medida con el de Hitler. Sin embargo, el ideólogo nazi no tenía una imagen tan positiva de Mussolini como el jefe de su partido: «No sabemos lo que piensa en realidad Mussolini. El único hecho objetivo es que ha descartado oficialmente cualquier tipo de antisemitismo».[43]

Un tercer posible motivo para que no se publicara el libro es que, al poco tiempo, las afirmaciones que había hecho Hitler en él se quedaron obsoletas: el 20 de octubre de 1928, el editor reaccionario Alfred Hugenberg resultó elegido como líder del Partido Nacional del Pueblo Alemán, que, tras perder casi un tercio de sus votos en las elecciones al Reichstag de aquel mismo año, había emprendido un nuevo giro a la derecha. Y aunque el Partido Nacionalsocialista no viera en Hugenberg a un aliado natural, los ataques contra la burguesía nacionalista que Hitler había lanzado en el texto dictado podían tener, en aquellas circunstancias, consecuencias indeseadas. Además, en el verano de 1929 el movimiento de Hitler se unió al Partido Nacional del Pueblo Alemán y a la asociación Stahlhelm en una solicitud de plebiscito para impedir que se aplicara el Plan Young, con el que se regulaban las reparaciones que debía pagar Alemania.

En cualquier caso, un ejemplar de aquel texto se quedó en la editorial Eher, que lo guardó en la cámara acorazada de un banco y lo mantuvo en el más estricto secreto. Se supone que Hitler se quedó con una copia, que debió de destruirse como muy tarde el 22 de abril de 1945, cuando su asistente jefe, Julius Schaub, quemó en Múnich y en Obersalzberg todos los documentos personales del dictador. Sin embargo, el ejemplar que estaba en poder de la editorial se salvó. El antiguo jefe del departamento de libros de la casa Eher se lo entregó, en mayo de 1945, a un oficial estadounidense. Según explicó aquel capitán en una breve carta que adjuntó al ejemplar, se trataba del «manuscrito de una supuesta obra no publicada de Adolf Hitler».[44] Aquellos folios, al igual que muchos otros documentos confiscados, se trasladaron a Estados Unidos, donde se catalogaron, equivocadamente, como el borrador de *Mi lucha*.

Una publicación póstuma

En 1958, el historiador de origen alemán Gerhard L. Weinberg consiguió identificar correctamente el legajo, supo reconocer la importancia de aquel documento no publicado y comenzó a trabajar en una edición crítica. Dos años más tarde, la noticia llegó hasta Alemania y se infiltró incluso en la prisión de Núremberg en la que se encontraban los principales criminales de guerra: «Hace poco, *Die Welt* informaba de que se ha localizado un segundo libro de Hitler, que se va a publicar», anotó Albert Speer, preso en aquel centro, quien describió también las reacciones de los compañeros de cárcel que aún quedaban por allí: «Schirach se ha reído burlonamente y ha dicho que ese fraude llega un poquito demasiado tarde. También Heß pone en duda que exista una especie de continuación de *Mi lucha*. Como secretario de Hitler, él debería de haber estado al tanto de su existencia». Pero el ex ministro de Armamento y arquitecto tenía sus dudas al respecto: «Sin embargo, yo recuerdo que Hitler se gastó el dinero en la construcción de la Berghof[*] y que después recibió unos cientos de miles de marcos en concepto de anticipo por un manuscrito que, debido a motivos políticos, todavía no se quería publicar».[45] Heß acababa su texto reconociendo que aquel texto podía tratarse de un memorándum más extenso, del año 1931. Baldur von Schirach, antiguo jefe de las Juventudes Hitlerianas, lo negó.

Sin embargo, Speer tenía razón. El 17 de febrero de 1942 el propio Hitler se había referido, en uno de sus eternos monólogos, a «otra obra, no publicada».[46] Además, entre las secretarias del dictador era bien sabido que existía aquel original. Una de ellas, que se incorporó en 1933 al equipo de colaboradores de Hitler, se lo confirmó a un oficial francés en 1945, durante un interrogatorio. Hasta Rudolf Heß llegó a mencionar en dos ocasiones en sus cartas que Adolf Hitler estaba trabajando en un nuevo libro: el 28 de junio de 1928 anunció a sus padres que tenía intención de viajar durante el fin de semana a Berchtesgaden, «donde veré al tribuno, que está escribiendo un nuevo libro sobre política exterior, muy bueno, por lo que parece».[47] Aquel mismo día, Heß también envió una carta al jefe

nacionalsocialista de la región administrativa de Hannover-Norte en la que aseguraba que «el señor Hitler prevé pasar unas jornadas en Berlín a principios de julio» y que, antes de esa fecha, era prácticamente imposible concederle la audiencia que había solicitado, «ya que, antes de partir para Berlín, es probable que el señor Hitler se ausente de Múnich para escribir su libro».[48] Parece que, al menos a finales de junio de 1928, en la dirección del Partido Nacionalsocialista se sabía que Hitler estaba dictando una obra. De lo contrario, Heß no habría explicado el asunto de una forma tan parca.

La continuación de *Mi lucha*, jamás publicada, se centraba fundamentalmente en la política exterior. Hitler consideraba que aquel texto era necesario, ya que su defensa de una alianza con la Italia fascista lo puso bajo el punto de mira cuando se produjo la escalada de discrepancias en torno a los habitantes de cultura germana del Tirol del Sur. Sin embargo, aparte de una serie de alusiones a sucesos de aquel momento, el texto solo contenía matizaciones de las ideas ya conocidas del *Führer*. Eso sí, nadie sabe si el hecho de que no se llegara a publicar se debía a que en aquel momento no se quería poner en peligro las ventas de *Mi lucha*, ya muy discretas, o bien a que muy pronto el contenido de la nueva obra se quedó obsoleto.

Las ventas

Cualquier libro tiene al menos una edición. *Mi lucha* tuvo demasiadas. En la actualidad todavía debemos de estar subestimando enormemente su nivel de difusión por los hogares alemanes.

MICHAEL NAUMANN, ex ministro de Cultura de Alemania[1]

El *marketing*

Es posible alcanzar el éxito sin publicidad, pero, como demuestra la experiencia, una buena campaña de *marketing* aumenta la probabilidad de que un producto se venda. Esto también vale para los libros. Lo ideal es que, en su caso, la publicidad empiece antes de que se publiquen. En este sentido, la empresa Franz Eher Nachfolger GmbH, editorial del Partido Nacionalsocialista, estaba muy avanzada. Pese a que su principal producto, el *Völkischer Beobachter* —el periódico del partido—, fue prohibido tras el fracaso del golpe de estado de noviembre, aquella pequeña empresa pudo continuar con el resto de sus actividades. Sin embargo, como la prohibición de la formación política había supuesto la retirada de su único socio, el liquidador del patrimonio embargado concluyó que la editorial debía considerarse «quebrada», ya que se había quedado sin «un órgano necesario».[2] Pese a aquello, en 1923 se fundó la editorial Deutschvölkische Verlagsbuchhandlung, que adoptó más adelante el nombre de Franz Eher Nachfolger y sirvió para proteger la continuidad del negocio. Por eso oficialmente fue la Verlagsbuchhandlung la que, en la primera quincena de junio de 1924, publicó un folleto publicitario sobre el

primer libro del líder del partido, Adolf Hitler, ya juzgado y condenado a prisión. El título de aquel «balance» sería, según se decía en aquel texto, *4½ Jahre Kampf gegen Lüge, Dummheit und Feigheit* («Cuatro años y medio de lucha contra la mentira, la necedad y la cobardía»).[3]

Aunque el título pudiera sonar farragoso, en realidad retomaba una cifra fundamental para Hitler y, en consecuencia, muy conocida entre sus seguidores. En julio de 1920 el *Führer* utilizó en uno de sus discursos la fórmula «cuatro años y medio de guerra», que volvió a repetir en abril de 1922. También en marzo de 1923 la utilizó de nuevo, aunque en aquella ocasión lo hizo en referencia al período transcurrido desde la revolución de noviembre de 1918.[4] Aquel número era para él tan importante que al principio de su primera declaración ante el Tribunal Popular de Múnich lo sacó a colación: «Creo que puede parecer extraño que un hombre que durante más de cuatro años y medio o, en realidad, durante casi seis años, ha aprendido a respetar a los superiores, a no contradecir a nadie y a someterse ciegamente caiga de repente en la mayor contradicción que pueda existir en la vida de un estado, según la versión mencionada».[5] Por eso estuvo a punto de titular así su libro. Aquella era una posibilidad en aquel año de 1924 en el que aún se esperaba la publicación.

Según la publicidad, el libro aparecería «en el mes de julio». Una previsión sumamente optimista, teniendo en cuenta que cuando aquel folleto publicitario se imprimió Hitler solo había escrito unas pocas páginas de su texto. Del mismo modo, el contenido que se anunciaba en la publicidad tenía poco que ver con el del libro que apareció más tarde. Es probable que Max Amann, el gerente de la editorial Eher, supiese que no podría publicar el libro del jefe de su partido tan pronto y que la fecha anunciada respondiera más bien a una estrategia de *marketing*. Desde luego, lo que ofrecía el folleto publicitario sonaba tentador: quien encargase el libro antes de su publicación podría beneficiarse de un precio especial para suscriptores, de diez marcos, en lugar de doce. Para apuntarse, había que pagar cinco marcos de anticipo. Según cálculos posteriores del partido, de esos cinco marcos, tres iban a parar al intermediario, en concepto de comisión, y solo dos se destinaban a la editorial Eher.[6] Sin embargo,

parece improbable que fuera así, ya que, en tal caso, habría resultado prácticamente imposible financiar la primera edición. Además, Hitler se había asegurado de contar con un anticipo de cinco dígitos, que, naturalmente, no se mencionaba en aquellos cálculos posteriores del Partido Nacionalsocialista.

En el ejemplar especial que se preparó con motivo del cincuenta cumpleaños del gerente, en 1941, se decía: «Durante su etapa en prisión, el *Führer* comenzó su obra fundamental, *Mi lucha*, y concluyó la primera parte, *Un balance*. Max Amann recibió el encargo de publicarla. Pero no había dinero para ello. Pese a todo, Amann no se dio por vencido. Abrió nuevas vías. A los hombres que habían perdido su trabajo en la editorial y en la sede del partido y que eran quienes mejor conocían a los afiliados se les entregaron hojas de pedidos para que hiciesen publicidad. Tenían que registrar los pedidos y recaudar los anticipos. Con aquellos pagos por adelantado se financiaron la impresión, la encuadernación, la distribución y la publicidad. Los clientes, prácticamente todos ellos miembros del partido, esperaban con impaciencia».[7] Según datos de la formación nacionalsocialista, gracias a la promoción se consiguieron unos tres mil pedidos por adelantado del libro de Hitler, que, tras el retraso, adoptó el nuevo título de *Mi lucha*. Por eso, resulta realista pensar que la tirada inicial ascendía a diez mil ejemplares. En realidad, los libros contables de la editorial Eher registraron unas ventas de 9.586 ejemplares entre la primera edición, a mediados de julio de 1925, y la segunda, a principios de diciembre de aquel mismo año. Los restantes hasta alcanzar la cifra de diez mil debieron de ser libros gratuitos para uso de la editorial y del autor, así como los inevitables ejemplares con pequeños errores de impresión.[8]

Un fracaso editorial

Sin embargo, en la segunda edición las ventas de *Mi lucha* cayeron en picado. En noviembre de 1925, la editorial había impreso ocho mil ejemplares, que tardaron casi tres años en venderse. Y lo que es aún peor: el

segundo volumen, que apareció el 10 de diciembre de 1926 y que se suponía que serviría para relanzar las ventas de la primera parte, se encontró con un importante rechazo del público. En 1927 la editorial apenas vendió 3.543 libros y el año siguiente la cifra bajó a 2.199. Los diez mil ejemplares impresos fueron suficientes para cubrir la demanda hasta bien entrado el año 1929 y la siguiente reimpresión, que se realizó en agosto, fue modesta: tres mil ejemplares. Parece que muchos lectores tuvieron bastante con el primer volumen, sobre todo considerando que el segundo tenía el nada desdeñable precio de doce marcos. Por aquella suma se podía asistir a unos seis actos del Partido Nacionalsocialista en los que Hitler pronunciaba discursos (las entradas costaban por lo general entre treinta peniques y un marco) y todavía sobraba dinero para tomarse una o dos jarras de cerveza de un litro en cada uno de ellos, a un precio de entre sesenta y noventa peniques.[9] Aquella, desde luego, era una opción más dinámica y comunitaria —en definitiva, más entretenida— que la lectura del libro.

Desde luego, *Mi lucha* no fue un éxito editorial hasta finales de 1928, pese a que en aquel momento se hubiesen vendido en total unos veintitrés mil ejemplares, a doce marcos cada uno. Y tampoco es que los 7.664 libros que se vendieron en 1929 supusieran un gran cambio en este sentido. De las ediciones para coleccionistas y amantes de los libros, encuadernadas en pergamino o cuero y claramente más caras, se vendieron cantidades mínimas. Aunque no se sabe con exactitud qué hizo cambiar de opinión a la editorial y al autor, al final la casa Franz Eher Nachfolger se decidió a sacar una nueva edición, concebida de una forma radicalmente diferente: el 7 de mayo de 1930 apareció la versión en «edición popular», como se la denominó expresa y conscientemente. En ella, las dos partes del libro aparecían reunidas en un solo tomo. Sus dimensiones eran mucho menores y, frente al voluminoso papel que se había empleado hasta entonces, ahora se utilizaban materiales más sencillos. En lugar de venderse a veinticuatro marcos, que era el precio más bajo en el caso de las ediciones en dos tomos, su coste era de apenas un tercio de esa cantidad: ocho marcos. Seguía siendo bastante cara, si se la compara con otros libros del mismo tamaño y encuadernación parecida, cuyo precio oscilaba, por lo general, entre cinco y

siete marcos. Eso sí, a toro pasado, la editorial Eher se sintió orgullosa del paso emprendido: «En el año 1930 estábamos al fin en condiciones de preparar una edición popular y de abrir una vía para que el libro se difundiera entre amplias capas de la población —se explicaba en un folleto publicitario de 1938—. No fue una sorpresa que, de repente, las tiradas se multiplicaran».[10] En realidad, la editorial no fue tan valiente desde el punto de vista empresarial: la primera edición popular apenas contó con diez mil ejemplares.

El éxito de 1930

Pero, de repente, las ventas experimentaron un auge. En muy poco tiempo, hubo que reimprimir la edición popular cuatro veces para dar respuesta a la demanda. Lo cierto es que después del humillante resultado de las elecciones al Reichstag de 1928, en las que el Partido Nacionalsocialista apenas obtuvo un 2,8 % de votos en toda Alemania, varias elecciones regionales demostraron que, en realidad, la formación nazi estaba en pleno auge. En las elecciones municipales de Berlín, el 17 de noviembre de 1929, el movimiento de Hitler obtuvo un aumento del 5,8 % frente a los resultados de 1928, lo que le sirvió para triplicar su presencia a nivel local. Aquellas buenas cifras no eran en modo alguno un «desliz», como demostraron los resultados de las elecciones al Parlamento del estado de Baden (7,1 %) o las de Turingia (11,3 %), así como las de la Cámara de los Diputados de Lübeck (8,1 %). En 1930 la tendencia se mantenía: el 22 de junio el Partido Nacionalsocialista logró un 14,4 % de los votos en Sajonia y el 14 de septiembre incluso consiguió un 22,2 % en Brunswick. Aquel mismo día, el partido de Hitler cosechó un verdadero éxito en todo el Reich: con un 18,3 % de todos los votos y 107 diputados, el pequeño partido se convirtió repentinamente en la segunda formación más importante.[11] 6,4 millones de alemanes habían elegido al Partido Nacionalsocialista y, según datos estadísticos, 1 de cada 118 había comprado *Mi lucha*, de la que a finales de aquel año se habían vendido

54.086 ejemplares de todas las versiones (casi un 90 %, ediciones populares). Sin embargo, seguían sin cumplirse las expectativas que la editorial Eher había expresado en un anuncio publicado en la revista *Börsenblatt für den deutschen Buchhandel*: «Para millones de personas, hay un libro que se ha convertido en el regalo de estas Navidades: *Mi lucha*, de Adolf Hitler».[12]

Pese a que en 1931 el Partido Nacionalsocialista consiguió un importante crecimiento en varias elecciones a los Parlamentos de los estados federados (un 37,2 % de los votos en Oldemburgo y un 37,1 % en Hesse), las ventas de la obra se estancaron, aunque, desde luego, se mantuvieron a un gran nivel: según datos oficiales de la propia editorial, se compraron 50.808 ejemplares de todas las ediciones. Las abundantes elecciones del año 1932 (dos votaciones para la Presidencia del Reich, dos para el Reichstag, más las elecciones a los Parlamentos de los estados de Prusia, Baviera, Wurtemberg y otros de menor tamaño) dieron en casi todas partes al partido de Hitler entre un 30 % y un 40 % de los votos. En la segunda vuelta de las elecciones a la Presidencia del Reich y en la del Reichstag, el 31 de julio, casi catorce millones de alemanes eligieron a la formación nacionalsocialista. Sin embargo, tampoco es que el libro del jefe de aquel partido se vendiera por millones: aquel año se llegó a un nuevo récord, sí, pero era solo de noventa mil ejemplares; en total, la cifra de ventas iba por los doscientos veinticinco mil, y solo uno de cada sesenta votantes de Hitler (como máximo) poseía un ejemplar. La editorial Eher puso en marcha una edición más asequible, con encuadernación rústica, en dos tomos, a un precio de 2,85 marcos. De ella se vendieron rápidamente más de veinte mil ejemplares, aunque, una vez más, hubo una demanda mucho mayor del primer volumen que del segundo.

A finales de 1932 daba la impresión de que el ascenso de Hitler había llegado a su tope, al alcanzar el elevado nivel de casi un tercio de los electores. En las elecciones al Reichstag de noviembre de 1932, la formación perdió apoyos por primera vez y cayó hasta los 11,8 millones de votos. En el partido aparecieron grietas evidentes: un ala pragmática en torno a Gregor Straßer rechazó la política hitleriana del «todo o nada», es

decir, de la obtención de la Cancillería o de la oposición total. Los periódicos liberales alemanes abrigaban la esperanza de que el movimiento de Hitler estuviera acabado. Por ejemplo, el *Frankfurter Zeitung* aseguraba entre finales de 1932 y principios de 1933: «El violento ataque nacionalsocialista contra el estado democrático está agotado. Se ha encontrado con un vigoroso contraataque por parte del entorno de Papen y Schleicher, que, si bien a veces pone nuestros nervios a prueba y en ocasiones provoca daños, lo cierto es que ha causado un gran desorden entre las filas nacionalsocialistas». El *Berliner Tageblatt* se mofaba: «En todas partes, en el mundo entero, la gente hablaba de... cómo era su nombre de pila... ¡Adalbert Hitler! ¿Y qué pasó después? ¡Pues que no se volvió a saber de él!». Por su parte, el *Vossische Zeitung* comentaba: «La hiperpolitización del año pasado, que los nacionalsocialistas quisieron convertir a toda costa en el "año de la decisión", era demasiado rápida como para ser seria. Lo que parecía fuego era, en realidad, fiebre. Por eso el agotamiento es hoy tan grande». Aquel periódico de larga tradición creía que se acercaban tiempos más tranquilos para Alemania: «A pesar de todo, la República se ha salvado. No porque alguien la haya defendido, sino porque sus atacantes se han destruido entre ellos».[13]

El primer millón

En realidad, apenas quedaban veintinueve días para que Adolf Hitler fuese nombrado canciller de Alemania. Durante todo el mes de enero de 1933 la tensión creció cada vez más en el gobierno de Berlín. Era evidente que pronto se iba a adoptar una decisión. Pero ¿cuál? Se pensaba que lo más probable era que el Partido Nacionalsocialista se separara y que el ala pragmática, liberada ya de Hitler, entrase a formar parte de un nuevo gobierno nacionalista y reaccionario. La alternativa era implantar una dictadura militar, como en noviembre de 1923. Lo único que estaba claro es que así no se podía continuar. En realidad, tampoco pasó lo que se esperaba: el rumor, completamente infundado, de que la Reichswehr pretendía

organizar un golpe de estado contra el presidente, Paul von Hindenburg, provocó un giro inesperado. En la mañana del 30 de enero de 1933 aquel presidente dejó a un lado su orgullo de casta y nombró como canciller del Reich al «bohemio soldado de primera» al que hasta entonces tanto se había despreciado. La editorial Eher reaccionó de inmediato ante la situación, radicalmente nueva y, en cierto modo, sorprendente tanto para la población en general como para el Partido Nacionalsocialista. En la siguiente edición de la revista *Börsenblatt des deutschen Buchhandels* se publicó otro anuncio: «El libro del momento es *Mi lucha*. Los ejemplares de esta obra se amontonan en los escaparates de las librerías alemanas».[14]

La participación de los nacionalsocialistas en el gobierno sirvió más para aumentar las ventas del libro que para incrementar el número de afiliados al partido. La brutal conquista de un poder prácticamente absoluto en la primavera de 1933 no solo no cambió el rumbo de la situación, sino que incluso avivó aún más aquel *boom*. Hitler parecía ser el futuro de Alemania y quien esperaba labrarse un porvenir o hasta entonces se había sentido poco valorado aprovechó la oportunidad. De unos setecientos veinte mil afiliados a finales de 1932 se pasó a unos dos millones y medio de solicitudes de afiliación a principios de mayo de 1933.[15] En muchas sedes del partido se amontonaban literalmente hasta el techo las inscripciones no tramitadas, como muestran las fotografías de la época. Tampoco la central de la formación, situada en Múnich, daba abasto con tanto registro. Por eso, a finales de abril se anunció que se suspenderían las admisiones. En cambio, *Mi lucha* seguiría vendiéndose mientras hubiese ejemplares disponibles. Varias imprentas trabajaban a pleno rendimiento para preparar las nuevas ediciones, en su mayoría populares, en un solo tomo. Los datos sobre las cifras totales variaban. El 2 de octubre de 1933 se entregó, según la prensa, el «ejemplar número un millón».[16] Por aquel entonces se disponía de tres imprentas: dos en Múnich y una en Leipzig. Entre el 1 de enero y el 17 de noviembre de 1933 se pudieron vender 854.127 ejemplares,[17] pero las cifras hasta finales de aquel año fueron aún superiores: según el Partido Nacionalsocialista, 1,182 millones; otras fuentes, en cambio, hablaban de 1,08 millones.[18] *Grosso modo*, se había

multiplicado por cinco el número de ejemplares comercializados hasta finales de 1932, mientras que la cantidad de afiliados (frenada, en cualquier caso, por la suspensión de admisiones) se multiplicó en el mismo período por algo más de tres.

La edición popular en un solo tomo, que se vendía a ocho marcos, y la versión rústica en dos tomos, con un precio adaptado a las cifras habituales del mercado (5,70 marcos), tenían prácticamente la misma aceptación entre el público. La diferencia de precio era importante, pero no demasiado dolorosa: equivalía, aproximadamente, a cinco paquetes de cigarrillos. Pronto, sin embargo, aparecieron también ediciones de lujo para regalo, parcial o completamente encuadernadas en cuero, y también numerosas «ediciones conmemorativas». Además, hubo muchas versiones especiales, a menudo como ejemplares únicos o en tiradas pequeñas. Por ejemplo, unos aprendices del sector de la tipografía y la imprenta elaboraron una edición gigantesca en un solo tomo, en el nada práctico formato DIN A3.[19] El principal premio de un concurso convocado por el *Illustrierter Beobachter* era una edición de lujo de *Mi lucha*, encuadernada en pergamino y con una dedicatoria personal. El reto propuesto a sus lectores era identificar a Hitler en una foto de clase de 1899, cuando el *Führer* tenía apenas diez años de edad.[20]

La edición para bodas

Confiando en que el éxito iría en aumento, la editorial Eher encargó una voluminosa tirada. Sin embargo, un año después del inicio del Tercer Reich, las ventas disminuyeron hasta alcanzar un tercio del volumen anterior. En 1934 se comercializaron trescientos ochenta mil ejemplares; en 1935 aún se vendieron trescientos cincuenta mil libros.[21] Pero la editorial veía cómo se iban acumulando las existencias en los almacenes y por eso se apresuró a abrir nuevos mercados para el que era, con diferencia, su producto más importante. Así, la organización central de la industria alemana (Reichsstand der Deutschen Industrie) decidió regalar, supuestamente

después de recibir una discreta presión por parte de la Cancillería del Reich, un ejemplar del libro de Hitler a cada excombatiente de la guerra mundial o del «tiempo de la lucha»[*] que hubiese quedado afectado por una mutilación grave.[22] También dentro del Partido Nacionalsocialista esta promoción tuvo bastante éxito. Así, Martin Bormann, jefe del equipo de colaboradores del representante de Hitler en el partido, Rudolf Heß, dio la siguiente orden: «La máxima difusión posible del libro *Mi lucha* es la obligación más urgente de todos los órganos del partido, de sus ramificaciones y de las asociaciones vinculadas a él. Lo deseable es que algún día cada familia alemana, incluso la más pobre, posea un ejemplar de la obra fundamental del *Führer*».[23] Se refería siempre a ventas de ejemplares pagados a su precio normal, y no, desde luego, a ofertas de libros de segunda mano. En octubre de 1938, según una información del diario londinense *The Times*, el presidente de la Cámara de Literatura del Reich, Hanns Johst, invitó a los libreros alemanes a ofrecer exclusivamente ejemplares nuevos de *Mi lucha*, «ya que a cualquier alemán de ideología nacionalsocialista le dolería profundamente que la obra del *Führer* se calificara en nuestros días de "artículo de anticuarios"».[24] En realidad, es probable que tras aquella invitación se ocultara un importante interés comercial por parte de la editorial Eher, aun cuando Johst rara vez publicara en ella, sino más bien en la casa Langen-Müller (igualmente cercana al Partido Nacionalsocialista, de todas formas).

Sin embargo, algunas de las propuestas destinadas a promover las ventas iban demasiado lejos para la dirección política. Por eso, el jefe de la redacción en Berlín del *Völkischer Beobachter* escribió el 21 de junio de 1935 a la dirección del periódico especializado *Die NS-Gemeinde* para que se abstuviera de difundir la propuesta según la cual había «llegado el momento de que las autoridades alemanas introduzcan de forma obligatoria la obra del *Führer* en las escuelas»: «Según hemos podido saber, el representante del *Führer* ha alcanzado un acuerdo con Rust, ministro del Reich, para que la introducción del libro en las escuelas se deje para más adelante».[25]

Tampoco la invitación a que los registros civiles entregaran a cada pareja de recién casados un ejemplar de *Mi lucha* (evidentemente, adquirido al precio habitual) como regalo de bodas se tradujo en un aumento sustancial de las tiradas: muchos municipios se negaron, por motivos económicos, a seguir aquella recomendación. Pese a que el Ministerio del Interior presionó a la Federación de Municipios, a mediados de 1937 casi las tres cuartas partes de las administraciones locales rechazaron la idea de entregar el libro de Hitler como presente de bodas. Incluso dos años después, poco antes de que estallara la guerra, solo seis de las veinte ciudades más grandes de Alemania (incluido el territorio de Ostmark[*]) ofrecían a los recién casados un ejemplar de *Mi lucha*. La capital del Reich, Berlín, y también otras urbes como Hamburgo, Essen, Dresde, Breslavia y Fráncfort se mantuvieron firmes en su negativa. Con el tiempo, sin embargo, Viena, Múnich, Stuttgart, Colonia, Leipzig y Hannover accedieron a los deseos de la editorial Eher.[26]

A pesar de que con la edición para las bodas no se cosechó el éxito esperado, en 1936, año de los Juegos Olímpicos, las ventas mejoraron algo, subiendo primero hasta los 590.000 ejemplares, después, hasta los 740.000 y, finalmente, en 1938, hasta los 900.000.[27] Sin embargo, en las ediciones se hablaba de datos bastante diferentes. Por ejemplo, se decía que en 1938 se habían vendido alrededor de 1,15 millones de libros. Como en los libros contables de la editorial Eher los datos relativos a *Mi lucha* solo llegaban hasta noviembre de 1933 y a partir de esa fecha «el cálculo de beneficios se anotaba en los ficheros de los productores», que se perdió durante la segunda guerra mundial, las cifras que manejamos hoy son poco seguras. En cualquier caso, a finales de agosto de 1938 se rebasó la marca de cuatro millones de ejemplares editados en total, algo de lo que el *Völkischer Beobachter* informó con orgullo y que la casa Eher celebró con un folleto publicitario sobre «el libro de los alemanes».[28] Un año más tarde, cuando estaba ya a punto de estallar la guerra, con la edición número 483, que presentaba una elegante encuadernación de media pasta, se superó la cifra de cinco millones y medio de ejemplares impresos. En 1940 y en 1941 se editaron algo menos de un millón de libros. Entre 1942 y 1944 el número

siguió aumentando hasta más allá de los 1,6 millones de ejemplares. Por aquel entonces el artículo estrella eran las «ediciones para la mochila», en papel biblia, especialmente diseñadas para los soldados de la Wehrmacht y vendidas a un precio de 7,20 marcos. La producción continuó hasta finales del verano o principios del otoño de 1944. Con las ediciones 1027 a 1031, las últimas que se conocen, se llegó a una cifra total de 12,4 millones de ejemplares. Dos tercios de ellos se imprimieron durante la segunda guerra mundial.[29]

Hitler para ciegos

Viendo esos números, puede parecernos pequeña otra edición, muy especial, en la que trabajaron durante meses funcionarios de varios Ministerios del Reich y empleados de la editorial Eher: se trataba de *Mi lucha* para ciegos. El texto se transcribió en braille en 1932, según informó la prensa. En aquel formato, las 782 páginas de la edición popular requerirían, según los cálculos, once tomos.[30] Y, como cualquier otro libro para invidentes, este necesitaba de importantes apoyos económicos: la producción de las planchas para la impresión era cara, como también lo eran el papel especial que se precisaba y la encuadernación. Al mismo tiempo, la demanda era ínfima, lo que hacía imposible que la producción resultase rentable. Por eso, Carl Strehl, invidente que ocupaba el cargo de director del Centro Alemán de Estudios para Ciegos, de Marburgo, pidió ayuda el 22 de junio a la Cancillería del Reich: «El 27 de abril el autor y la editorial nos autorizaron a imprimir una edición de esta obra en un formato adecuado para ciegos. La tirada alcanzará, como máximo, quinientos ejemplares».[31] Es natural que hiciera hincapié en la autorización concedida, porque hasta entre las organizaciones de invidentes había competencia: al mismo tiempo que Strehl, la Asociación Berlinesa para el Fomento de la Autonomía Financiera de los Ciegos solicitó apoyo a un mecenas con importantes recursos económicos (nada más y nada menos que

el representante de Hitler para los asuntos del partido, Rudolf Heß) para sacar una edición para ciegos.[32]

Al final, ganaron los de Marburgo, tal vez porque eran la institución más importante de toda Alemania en el terreno de la formación de ciegos. O tal vez porque Strehl prometió un trato especial: «Las organizaciones nacionalsocialistas de ciegos o los ciegos nacionalsocialistas tendrán preferencia a la hora de recibir un ejemplar. La obra será publicada por la editorial del Centro de Estudios para Ciegos de Marburgo a precio de coste». El director preveía editar «seis tomos voluminosos, en un formato de 40 x 30 x 8-9 centímetros, aproximadamente», cuya producción costaría 31,50 marcos por ejemplar en el caso de una tirada de cien ejemplares, o bien 21,60 marcos en el caso de la tirada máxima permitida, de quinientos ejemplares: «Sin embargo, como los invidentes tendrán dificultades para pagar el precio indicado, incluso el previsto para la tirada de quinientos ejemplares, la editorial del Centro de Estudios para Ciegos de Marburgo les quedaría profundamente agradecida si se facilitara la edición de la obra mediante fondos de la Cancillería del Reich, bien en forma de una subvención, bien a través de la suscripción de un mayor número de ejemplares».[33]

Pero en la burocracia gubernamental las cosas no eran tan sencillas. El Ministerio de Empleo del Reich disponía de recursos para la ayuda a los invidentes, pero solo podían destinarse a instituciones, y no al fomento de productos editoriales. Además, el asesor competente en aquel asunto se opuso a que se subvencionara *Mi lucha* para ciegos si su precio, como había propuesto Strehl, iba a ser de 2,30 marcos o menos: «En mi opinión, el precio adecuado serían 5,70 marcos, que se corresponde con el precio de la edición popular en dos tomos».[34] En vista de aquello, Strehl remitió cartas a otros potenciales patrocinadores. La Consejería de Ciencia, Arte y Educación de Prusia prometió aportar 2.530 marcos; el Ministerio de Propaganda del Reich garantizó incluso una subvención de 3.000 marcos; el ministro del Interior, en cambio, denegó la solicitud «porque no dispongo de recursos para este fin».[35] A pesar de los pedidos particulares, seguían faltando 3.700 marcos, que Strehl pidió finalmente al secretario de estado

de la Cancillería del Reich. Sin embargo, el funcionario de aquella central gubernamental que se encargó de tramitar la solicitud observó: «A mi juicio, no es posible aportar un importe tan elevado, dados nuestros recursos actuales. Con todo, considero oportuno que se conceda una subvención de 2.000 marcos»[36] , que procederían de un fondo especial. Así se hizo, de modo que, finalmente, el 21 de noviembre de 1933, la Consejería de Educación de Prusia envió su confirmación a Marburgo. Los funcionarios habían concedido una subvención más, de 995 marcos, aunque estaba sujeta a una condición: que los suscriptores particulares pagasen un precio de 7,50 marcos.[37] Strehl se mostró de acuerdo y a finales de 1933 se publicó la edición de *Mi lucha* para ciegos, en seis tomos de un total de 1.100 páginas en braille.

Hasta 1945 se imprimieron más de doce millones de ejemplares del libro de Hitler en su lengua original. Y en su mayoría se vendieron. Teóricamente, eso significa que uno de cada seis lectores potenciales dispuso de su propio ejemplar. Nunca un libro de autor alcanzó una mayor difusión entre su público objetivo.

Los beneficios

> A pesar de su aura de «hombre sencillo del pueblo», permanentemente alabada, Hitler se hizo multimillonario simplemente con los beneficios obtenidos gracias a su libro.
>
> MICHAEL WILDT, historiador[1]

Una situación precaria

Los impuestos son necesarios, pero ¿quién renuncia voluntariamente a buscar subterfugios para reducir lo que le toca pagar? Demasiado a menudo lo que empieza así acaba conduciendo directamente a un enorme fraude fiscal. En cualquier caso, hay que ser muy descarado para pasarse años rodeado de asistentes personales y, al mismo tiempo, asegurar que se dispone de menos recursos de los que se tiene en realidad. Sobre todo si se mantienen regularmente enfrentamientos en torno a este asunto con la correspondiente oficina de la Agencia Tributaria. Para salir airoso de esa situación hay que tener mucha suerte y un talento para el delito. O bien hay que beneficiarse de una amnistía por motivos políticos. Ambas opciones se dieron, una tras otra, en el caso de Hitler.

Una de las cosas que más impulsaron al *Führer* a escribir *Mi lucha* era su deseo de procurarse ingresos. Desde que salió del ejército, el 31 de marzo de 1920, Hitler no había contado con ninguna fuente regular de ganancias. Como ya había hecho en Viena, en 1909, seguía refiriéndose a sí mismo como «escritor», pese a que solo entre enero y junio de 1921 publicó con cierta frecuencia artículos en el *Völkischer Beobachter*, el periódico del Partido Nacionalsocialista, en el que, en total, aparecieron unas cuarenta

colaboraciones suyas, en su mayoría firmadas con las iniciales «A. H.».[2] Entre finales de abril y principios de junio de 1921, en aquel periódico, del que se editaban dos números por semana, aparecían regularmente dos o incluso tres artículos de Hitler, unos junto a otros.[3] Si por aquellas contribuciones le pagaban sumas decentes, desde luego Hitler contaba con lo suficiente para vivir. Sin embargo, en aquella época las ventas del periódico habían pasado de más de once mil números por edición a menos de ocho mil. El *Völkischer Beobachter* no era un negocio lucrativo. En realidad, generaba pérdidas.[4] El Partido Nacionalsocialista había comprado en diciembre de 1920 aquel periódico, que ya atravesaba dificultades. Después, dobló la cuota de los suscriptores y, a continuación, vendió algunas participaciones sociales, sin añadir intereses, a la editorial Eher.[5] Por eso, es improbable que Hitler recibiera importes elevados por sus artículos de fondo. Además, a partir de junio de 1921 las colaboraciones directas del *Führer* fueron más excepcionales. Pasaban semanas o incluso meses hasta que se publicasen. En cambio, se informaba con detalle de sus discursos,[6] pero, evidentemente, ninguna redacción paga a un político por ello.

Según sus propias declaraciones, a principios de los años veinte el jefe de la formación vivía fundamentalmente de los honorarios que recibía como ponente invitado en eventos de organizaciones distintas al Partido Nacionalsocialista. En realidad, se mantenía gracias a una serie de simpatizantes adinerados, pertenecientes a la flor y nata de la sociedad muniquesa, que solían invitar a oradores bohemios para que animaran las tertulias políticas de sus salones. Entre ellos se encontraban el escritor *völkisch* Dietrich Eckart, los editores Julius Lehmann y Hugo Bruckmann, el matrimonio Edwin y Helene Bechstein, que vivía a caballo entre Berlín y la Alta Baviera, y también Ernst Hanfstaengl, de origen adinerado y educado en Harvard. No se sabe cuánto dinero ganaba entonces Hitler. Tampoco si los recursos que obtenía eran realmente para él o bien para el partido. La verdad es que el líder no diferenciaba entre una opción y otra. En cualquier caso, estamos hablando de sumas importantes. Por ejemplo, Helene Bechstein le entregó, en agosto de 1923, cuatro anillos de plata y

platino, así como dos tejidos muy valiosos, que Hitler dejó como garantía de un préstamo personal de sesenta mil francos suizos.[7] La verdad es que para su vida diaria necesitaba pocos recursos, ya que vivía en una sencilla vivienda subarrendada, en el barrio de Lehel, vestía ropas modestas y casi siempre lograba que lo invitaran a comer. Así pues, y pese a que se pasaba casi todo el tiempo en locales como la cervecería Sternäckerbräu o el Café Neumayr, le hacía falta poco dinero para mantenerse.

«Para hacer dinero»

A Hitler no le gustaba nada depender de los donantes. Además, estaba convencido de que podría llegar con sus escritos a un público dispuesto a pagar mucho dinero. A pesar del elevado precio de las entradas de los eventos que organizaba el Partido Nacionalsocialista, miles de personas acudían regularmente en masa, incluso desde antes del fallido golpe de estado de noviembre de 1923, cada vez que se anunciaba que el jefe de la formación tomaría la palabra en ellos. De su discurso del 12 de abril de 1922 sobre los «calumniadores de la "verdad"» se imprimió una voluminosa tirada especial, que se vendió tan bien que el *Völkischer Beobachter* tuvo que lanzar una segunda.[8] En los meses siguientes aumentaron las ventas del periódico, pese a que en febrero de 1923 se decidió publicarlo todos los días laborables. La cifra se estabilizó en más de veinticinco mil ejemplares. Después de que la policía bávara matara a tiros a varios participantes en la marcha al Templo de los Generales, el 9 de noviembre de 1923, se prohibieron tanto el Partido Nacionalsocialista como su periódico y se detuvo y juzgó a los protagonistas del golpe de estado. El público tenía la posibilidad de pasarse a otras publicaciones *völkisch* o nacionalistas, pero ninguna de ellas era tan radical como el *Völkischer Beobachter*, la publicación suspendida del Partido Nacionalsocialista.

Así pues, en la prisión de Landsberg Hitler tenía motivos para suponer que, si publicaba un libro, se vendería bien. Su hombre de confianza, Julius Schaub, aseguró muchos años después que Hitler había escrito *Mi lucha*

«únicamente como un texto propagandístico que le serviría para hacer dinero».[9] En el mismo sentido se expresó Gottfried Feder, uno de sus principales promotores políticos, que, tras visitar al *Führer* en Landsberg en 1924, escribió en su diario que Hitler «tiene que trabajar, tiene que escribir, para ganar dinero».[10] En realidad, el jefe del Partido Nacionalsocialista había contraído deudas, sobre todo con su abogado, Lorenz Roder, y con la Administración de Justicia de Baviera: «Además, pronto tendré que pagar las costas y tasas judiciales, y siento pánico al pensarlo», escribió Hitler el 13 de septiembre de 1924 a un comerciante de automóviles de Múnich.[11] También el director de la cárcel, Otto Leybold, estaba al tanto de los cálculos económicos de su preso más famoso: «Espera que se publiquen muchos ejemplares del libro y confía en hacer frente, con los beneficios de la venta, a sus obligaciones financieras, especialmente las que corresponden al proceso penal y a la ejecución de la pena».[12]

Hitler no era el único que esperaba hacer un buen negocio: además de la editorial Eher, propiedad del partido, otras editoriales se esforzaron para cerrar un contrato sobre el proyecto de aquel libro, del que se llevaba hablando ya mucho tiempo en los círculos *völkisch*. Entre los más interesados estaba Ernst Hanfstaengl: «Como entretanto Hitler se había hecho tan popular, era seguro que su libro se convertiría en un éxito editorial, aun cuando por los derechos exigiera un anticipo altísimo de sus honorarios», escribió tiempo después. Hanfstaengl le planteó el proyecto a su hermano, que era el administrador de la empresa familiar. «Pero ocurrió lo que yo ya casi me había imaginado que pasaría: mi hermano rechazó mi propuesta inmediatamente, sin más explicaciones, e incluso se negó a leer el manuscrito, como le sugerí».[13] Aquello no preocupó lo más mínimo al autor. Si algo no le faltaba eran ofertas. Todo lo contrario: tenía ya demasiadas. El director de la prisión, Leybold, aseguró: «A veces los editores interesados en este libro de Hitler o en otros textos suyos intentaban acceder a él, en ocasiones con éxito, otras veces sin él. La dirección del centro denegó la visita a muchos de ellos, con o sin el consentimiento de Hitler».[14] Entre el 25 de abril y el 4 de junio de 1924 se dio autorización de entrada hasta cinco veces a los representantes de la

editorial Großdeutscher Ringverlag, todos ellos importantes gestores y socios.[15] Sin embargo, a juzgar por las tarjetas —conservadas hasta hoy— en las que se registraban los datos de los encuentros, Hitler no tenía gran cosa de que hablar con ellos: sus visitas, que en ocasiones realizaban en grupos de tres, apenas duraban entre ocho y quince minutos: a todas luces tiempo insuficiente para negociar las condiciones de publicación de un libro.

A pesar de que contaba con otras ofertas, parece que Hitler llegó muy pronto a un acuerdo con Max Amann, gerente de la editorial Eher. En cualquier caso, el 17 de abril de 1924 firmó un contrato por el que le cedía «en exclusiva los derechos editoriales de mi libro, *Mi lucha*».[16] Al menos, eso es lo que aseguró el *Führer* en una declaración que firmó el 28 de febrero de 1934 para aquella editorial. Lo que no se sabe es a qué venía ese documento: ¿tal vez se había extraviado el contrato original? ¿Quizá solo se había tratado de un acuerdo verbal? ¿O es que Hitler ya no estaba de acuerdo con las cláusulas acordadas? Desde luego, es muy improbable que las condiciones pactadas fuesen malas, ya que Amann se mostraba muy complaciente con su autor, posiblemente porque, en la práctica, el jefe del partido era el principal propietario de la editorial. Hitler contaba con recibir importantes honorarios, a los que difícilmente podía negarse el gerente: por cada ejemplar vendido de *Mi lucha*, el autor exigió dos marcos, es decir, el 20 % del precio que abonaban los suscriptores y el 16,6 % del precio que se había previsto para los libros comercializados en las librerías (doce marcos). Lo normal, sin embargo, era abonar como máximo la mitad de aquellos porcentajes.[17] Además, Hitler quería que le pagaran un anticipo de cinco dígitos tan pronto como saliera de Landsberg. Y lo consiguió, como demuestra la carta que Rudolf Heß escribió a principios de marzo de 1925 en relación con el nuevo Mercedes del jefe del partido: «Hitler lo ha comprado con una parte del anticipo que ha recibido por el libro que se está imprimiendo ahora».[18]

El conflicto con Hacienda

Aquel Mercedes de lujo con opción Kompressor costó más de veinte mil marcos y en 1925 era el único ejemplar del modelo que se había matriculado en Alemania. La oficina de la Agencia Tributaria de Múnich mostró su irritación. Ya mientras Hitler estuvo en la cárcel había elaborado una ficha provisional para la futura estimación de los impuestos que le correspondería pagar a «Hitler, Adolf; escritor», en la que había indicado que su domicilio «se encuentra todavía en Landsberg».[19] Previamente, en concreto entre 1913 y 1914, así como entre 1919 y 1923, las autoridades fiscales no habían reparado en la presencia de aquel austríaco empadronado en Múnich. Pero aquello cambió entonces.

La oficina de la Agencia Tributaria de Múnich Este le ordenó el 1 de mayo de 1925 que indicara los ingresos que había percibido durante el primer trimestre de aquel año, amenazándolo con imponerle una multa de diez marcos o de un día de cárcel si no lo hacía. Dieciocho días más tarde, Hitler les dio una descortés respuesta: «Ni en el año 1924 ni en el primer trimestre de 1925 he percibido ingresos».[20] Aseguraba que cubría sus gastos corrientes mediante un crédito, si bien no indicó la cuantía del mismo. Es verdad que había tomado un préstamo en el banco del Partido Nacionalsocialista, el Hansa-Bank AG, por un elevadísimo importe: cuarenta y cinco mil marcos. Su avalista era Edwin Bechstein, que acabó pagando la mayor parte del crédito y los correspondientes intereses.[21] En la práctica, aquello fue un regalo. Pero Hacienda no se quedó satisfecha con la información que le había facilitado Hitler: el 23 de julio de 1925 uno de sus funcionarios descubrió que aquel contribuyente que supuestamente carecía de ingresos se había comprado un coche de veinte mil marcos. A principios de septiembre se le impuso la multa anunciada. Desde luego, Hitler no se sintió impresionado. Una semana más tarde, respondió: «En relación con el borrador de la declaración de ingresos adjunto, correspondiente al segundo trimestre natural de 1925, vuelvo a declarar que en dicho trimestre no he percibido ingreso alguno por mi actividad de escritor. Como demuestran los libros de la empresa Franz Eher Nachfolger, editorial de Múnich sita en Thierschstraße 15, no he recibido honorarios

hasta la fecha del 4 de agosto de 1925 y el importe de los mismos ha sido de 7.500 marcos».[22]

Después de aquello, no tenía forma de evitar la declaración de ingresos del tercer trimestre de 1925. Y la presentó, de hecho, aunque con retraso. Los funcionarios de Hacienda no debieron de sentirse muy satisfechos. Hitler admitía haber percibido en aquel trimestre la cantidad, extraordinariamente alta, de 11.231 marcos, pero alegaba que se había gastado 6.540 marcos en publicidad y que había abonado 2.245 marcos en concepto de intereses del préstamo que había tomado. Según sus cálculos, la base imponible resultante era de 2.446 marcos. Justificó aquellas enormes deducciones del siguiente modo: «Mi actividad en calidad de político es tan inseparable de mi actividad en calidad de escritor como lo son los desplazamientos de un autor de literatura de viajes de su actividad en calidad de escritor. No es solo que los ingresos procedan de una obra que cabe considerar como obra política: es que sin actividad política nunca habría podido escribir esta obra y esta obra tampoco se habría vendido en la medida en que se ha hecho».

Entre los costes publicitarios que pretendía deducirse de sus impuestos incluía el sueldo de su ayudante Rudolf Heß, de una mecanógrafa y de su chófer particular, Emil Maurice. Aseguraba que los costes mensuales de sus desplazamientos ascendían, a tanto alzado, a quinientos marcos, esto es, el cuádruple del salario medio de la época. Sin embargo, declaraba: «De hecho, no viajo por Alemania para satisfacer un ansia personal de lujo, del mismo modo que tampoco mantendría a una secretaria y a un asistente si la complejidad global de mi actividad no lo requiriera para el mantenimiento de mi situación económica». Aseguraba que sus gastos corrientes seguían siendo escasos: «En cuanto a mis necesidades personales, son necesariamente muy limitadas, ya que soy completamente abstemio, no fumo, como en los restaurantes más modestos y, exceptuando la reducida renta que pago por mi vivienda, no tengo gastos que no correspondan a mi actividad como escritor político».[23] Por supuesto, no dijo ni una sola palabra de que, entretanto, se había convertido en cliente habitual de locales burgueses como el café Heck, el Schellingssalon o el Osteria Bavaria, y que

solía ir por las noches al cine, a las operetas y, sobre todo, a las óperas de Wagner. En un primer momento, la Agencia Tributaria solo admitió 5.785 marcos como gastos deducibles, pero aplazó la decisión definitiva hasta la liquidación anual de impuestos de 1925.[24] Hitler presentó un recurso y consiguió que en enero de 1927 se reconociesen finalmente unas deducciones de 6.265 marcos, de un total de 10.285 que había alegado en un principio.[25]

Una lujosa vivienda

En los años siguientes continuó esta pequeña guerra entre Hacienda y Hitler. Como la editorial Eher había reconocido las buenas cifras de ventas que *Mi lucha* había registrado en los primeros tiempos, el *Führer* tuvo que admitir que contaba con ingresos que procedían de su actividad como escritor, pero aseguró que los honorarios que recibía por sus contribuciones en el *Völkischer Beobachter* o por algún que otro discurso o entrevista eran escasos. Eso sí, ocultó que el tesorero del Reich, Franz Xaver Schwarz, le había entregado en varias ocasiones importantes sumas de dinero procedentes de las arcas del Partido Nacionalsocialista. Las ventas de su libro, sin embargo, habían caído en picado: si entre julio de 1925 y diciembre de 1926 la editorial Eher vendió algo más de quince mil ejemplares del primer volumen, en 1927 apenas se comercializaron cinco mil seiscientos ejemplares de los dos volúmenes. Eso llevó a Hitler a lamentarse en su declaración de ingresos correspondiente al tercer trimestre de 1927: «En los meses de julio, agosto y septiembre la casa Franz Eher Nachfolger, que edita mis escritos y mis libros, no me pagó honorarios». [26]

En los dos años siguientes, las ventas de *Mi lucha* siguieron siendo bajas: en 1929 apenas se vendieron 4.122 ejemplares del primer volumen y 3.542 del segundo.[27] Como la editorial Eher declaraba sus impuestos semestralmente, en lugar de trimestralmente, Hitler no señaló ingreso alguno en el primer trimestre de 1929, mientras que en el segundo presentó

unas modestas ganancias, de 3.890 marcos. En el tercer trimestre volvió a asegurar que no había percibido nada y en el último trimestre de aquel año declaró 11.558 marcos. El total de ganancias, de 15.448 marcos, equivalía a unos beneficios de aproximadamente dos marcos por cada uno de los 7.664 ejemplares vendidos, más 110 marcos que debió de obtener con la venta de una cantidad indeterminada de ediciones de lujo.[28]

Cuando Hitler presentó su declaración correspondiente al segundo semestre de 1929, ya no residía en un modesto espacio subarrendado en la Thierschstraße. En realidad, desde el 5 de octubre de 1929 vivía en una enorme y lujosa casa situada en la elegante Prinzregentenplatz. El editor Hugo Bruckmann se ofreció como avalista ante los propietarios por si Hitler no abonaba la renta, que ascendía a 4.176 marcos anuales. La vivienda, de 397 metros cuadrados, contaba, según el contrato de arrendamiento, con nueve habitaciones, dos cocinas, dos dormitorios más pequeños y dos cuartos de baño.[29] Cuando el presidente del Partido Popular de Baviera, Fritz Schäffer, difundió aquella noticia, el jefe del Partido Nacionalsocialista se sintió acorralado, así que decidió escribir, preso de la ira, una carta abierta: «En sus mítines usted ha insistido en que resido en una vivienda de nueve habitaciones, pese a que sabe muy bien que mi casa tiene ocho habitaciones y que la comparto con otros dos inquilinos, por lo que a mí me corresponden tres salas. Ignoro cuál es el tamaño de su vivienda, señor Schäffer. Solo sé que su partido no tiene el menor motivo para reprochar a un líder político que posea tres habitaciones».[30] En realidad, aquellos supuestos «inquilinos» eran Maria Reichert, su antigua casera de la Thierschstraße, que se había convertido en su ama de llaves, y su sobrina Geli Raubal. Cada una de ellas disponía de una habitación. Además, en la vivienda trabajaban un matrimonio de criados y una señora que se encargaba de la limpieza. Sin embargo, ninguno de ellos residía allí. Si la oficina de la Agencia Tributaria de Múnich Este desaprobaba aquella residencia, desde luego no dejó constancia de ello en el expediente fiscal de Hitler.

A partir de 1930 el *Führer* aumentó la cantidad de ingresos que declaraba. No tenía más remedio, en vista de que las ventas de *Mi lucha* se

habían disparado desde la aparición de la edición a precio popular. De los ocho marcos que costaba cada ejemplar de un tomo, él se llevaba al principio un 10 %. Según aseguró Hitler, de las ventas de más de cincuenta mil ejemplares de *Mi lucha* en 1930 obtuvo 45.472 marcos. Al año siguiente se comercializaron 50.808 ejemplares, que le reportaron un beneficio de 40.780 marcos. En 1932 las ventas prácticamente se duplicaron: de los 90.000 libros adquiridos, el *Führer* se llevó 62.340 marcos. En comparación con el período de 1925 a 1929, en el que sus honorarios por el libro fueron en total de 70.844, la situación había dado un verdadero vuelco. En 1925, los ingresos brutos de Hitler (y con ello nos referimos a sus ganancias menos los costes de la publicidad) fueron de 13.578 marcos, de los que se dedujeron 1.552 en concepto de impuestos, tasas y penalizaciones. Hasta 1927, en cambio, sus beneficios cayeron a 3.515 marcos. En los años siguientes, sin embargo, sus ingresos brutos anuales prácticamente se multiplicaron por doce, hasta llegar, en 1932, a 44.745 marcos. De forma proporcional, los impuestos exigidos también fueron aumentando, hasta alcanzar los 12.130 marcos, es decir, algo más de una cuarta parte de sus ingresos brutos.[31]

Con todo, también se incrementaron sus gastos, porque en sus visitas a Berlín Hitler tenía la costumbre de alojarse junto con todo su séquito en el hotel Kaiserhof, el mejor establecimiento de la capital. Y, aunque los gastos de alojamiento no eran tan desorbitados como aseguró el *Führer* en 1942 (decía gastarse diez mil marcos por semana, es decir, la mitad de lo que un ministro del Reich ganaba en un año),[32] en septiembre de 1931, por ejemplo, el hotel cargó por siete habitaciones durante tres días, en régimen de pensión completa, una factura (cuyo original se ha conservado por casualidad) de 650,86 marcos.[33] Hitler y sus acompañantes gastaban más en un día en el Kaiserhof de lo que un alemán medio ganaba en un mes.

Hasta 1932, la oficina de la Agencia Tributaria de Múnich fue tolerante con el contribuyente Hitler, aunque siempre dentro de la legalidad. Los funcionarios no comprobaron si los ingresos obtenidos con *Mi lucha* se correspondían con las importantes cantidades declaradas. Tampoco analizaron a fondo una serie de préstamos muy dudosos. Desde luego, no

actuaron con dureza a la hora de valorar los impuestos que tenía que abonar el jefe del Partido Nacionalsocialista. Sin embargo, de los desorbitados gastos en publicidad que Hitler siguió exigiendo que se le dedujeran, se reconocieron en la mayoría de las ocasiones solo la mitad, así que no puede decirse que los responsables de Hacienda se dejaran amedrentar, ni siquiera tras el rotundo éxito electoral de los nazis en el otoño de 1930, que, por lo demás, se hizo sentir menos en Baviera, de mayoría católica, que en las regiones protestantes: la Alta Baviera ya no era el baluarte del nacionalsocialismo que había sido diez años atrás.

Órdenes de arriba

A principios del año 1933 la situación cambió radicalmente. Por una parte, el porcentaje de derechos de Hitler en el caso de la edición popular de *Mi lucha* pasó a partir del 1 de enero del 10 % al 15 %, lo que suponía que en adelante el *Führer* obtendría 1,20 marcos por ejemplar vendido de aquella edición. Por otra, el 30 de enero el presidente, Paul von Hindenburg, nombró a Adolf Hitler canciller del Reich. Seis semanas después, el ministro de Hacienda, Ludwig Schwerin von Krosigk, decretó personalmente una serie de medidas extraordinarias relativas al jefe del ejecutivo. Una de ellas, cuestionable desde el punto de vista formal, aunque no completamente infundada, establecía que en lo sucesivo el sueldo que el canciller percibía por su cargo no estaría sujeto a impuestos. Hay que tener en cuenta que Hitler destinó ese dinero a un comité que se encargaba de pagar ayudas a los familiares de los caídos de las SA y de las SS, aunque, eso sí, solo lo hizo en 1933. No había una base jurídica para aquel caso, pero es cierto que, en un sentido amplio, esas cantidades abonadas se podían considerar como donativos.[34] En cambio, lo que sí era a todas luces ilegal era que el secretario de estado nacionalsocialista del Ministerio de Hacienda autorizara al canciller a deducirse en lo sucesivo la mitad (calculada a tanto alzado y sin pasar por control alguno) de los ingresos particulares que obtenía con *Mi lucha*, declarándola como gasto

publicitario. Lo que ocurrió fue lo siguiente: en 1933 Hitler ganó 1.232.335 marcos por las ventas de cerca de un millón de ejemplares de su libro y se dedujo exactamente 616.167 marcos. A la suma imponible le correspondían, por cálculo progresivo, un impuesto de 297.005 marcos.[35]

Pero Hitler ni siquiera lo pagó. Su expediente fiscal presenta, en la hoja correspondiente al 20 de octubre de 1934, unos pagos pendientes de 272.190 marcos en concepto del impuesto sobre la renta de 1933, así como de 24.383,20 marcos en concepto de impuestos destinados a fines religiosos, 14.315 marcos del impuesto que debían pagar todos los no casados para ayudar a los matrimonios y 23.776,70 del impuesto sobre el valor añadido. Hacienda le reclamó como anticipo del tercer trimestre de 1934 unos setenta mil marcos. En total, la deuda que había contraído el canciller con las autoridades fiscales ascendía exactamente a 405.494,40, es decir, más de lo que ganaría regularmente por ejercer su cargo durante trece años.[36] El Ministerio de Hacienda del Reich y el presidente de la oficina tributaria con sede en Múnich llegaron, tras un intercambio de correspondencia, a un acuerdo que solo favorecía a una de las partes: se perdonaría la deuda fiscal y se archivaría el procedimiento abierto. El 12 de marzo de 1935, Adolf Hitler desapareció del campo visual de la administración tributaria alemana. En adelante, el *Führer* no volvió a pagar ni un solo impuesto, ni por las ganancias obtenidas con *Mi lucha* ni por sus sueldos como canciller y como presidente del Reich, que inmediatamente volvieron a transferirse a sus cuentas privadas.[37]

Diligentemente, la editorial Eher siguió abonando derechos, aunque ya no existía constancia de la cantidad exacta que pagaba por este concepto. *Mi lucha* debió de reportar al menos un millón de marcos al año, en parte también porque el gerente, Max Amann, era sumamente restrictivo y solo en contadísimas ocasiones autorizó descuentos por volumen en el precio del libro que se había convertido en el gran éxito de su editorial. De hecho, el jefe de la Cancillería del Reich y secretario de estado, Hans-Heinrich Lammers, solicitó el 3 de enero de 1934 a la casa Eher: «El señor canciller del Reich recibe con mucha frecuencia peticiones de ciudadanos particulares que desean contar con un ejemplar de su obra, *Mi lucha*. En

esos casos, suele dar la orden de que se les envíe el libro como regalo. Para ello, hasta ahora hemos comprado los ejemplares pagando el mismo precio que los libreros abonan a la editorial». Aquello molestaba a Lammers, aunque tuvo que contenerse y solicitar educadamente: «Supongo que la editorial tiene la posibilidad de ofrecer varios ejemplares del libro del señor canciller gratuitamente o, al menos, a un precio razonable, para que, siguiendo las órdenes del *Führer*, se envíen como obsequios». El secretario de estado mostró una actitud comedida: «Si es así, le quedaría muy agradecido si remitiese a la Cancillería del Reich unos veinte ejemplares del libro».[38]

A problemas parecidos se enfrentó, cinco años más tarde, el Ministerio de Propaganda, cuando quiso poner a disposición de las librerías alemanas en el extranjero «entre dos mil y tres mil ejemplares» de *Mi lucha*. El funcionario correspondiente se dirigió a la Cancillería del Reich para solicitar una compra «a cargo del *Führer*». Sin embargo, aquel organismo no creía tener suficientes competencias en la materia, así que remitió a su vez la solicitud al Partido Nacionalsocialista. En él, el asesor personal de Rudolf Heß se ocupó del asunto y, el 22 de marzo de 1939, informó de que la editorial facturaría dos mil quinientos libros, pero ofrecería gratuitamente entre quinientos y seiscientos más. «La editorial Eher desea actuar de esta forma porque no participa en las rebajas generales de libros y no quisiera sentar precedente para peticiones similares.»[39] En efecto, la casa Eher acabó facturando a la Cancillería del Reich dieciocho mil marcos por dos mil quinientos ejemplares, al precio habitual de venta al público (por aquel entonces, 7,20 marcos) y le regaló otros quinientos ejemplares. En total, la rebaja fue del 16,6 %. La factura se pagó con dinero procedente de un fondo a libre disposición de la Cancillería del Reich, que se nutría de los impuestos. Además, en el caso de estos dos mil quinientos ejemplares abonados, a Hitler debieron de corresponderle, como era habitual, 1,08 marcos por ejemplar.

También en el caso de los ejemplares que los encargados de los registros civiles tendrían que regalar a los recién casados, de conformidad con un decreto del Ministerio del Interior de 1936, la editorial Eher cobraba el

precio íntegro de la edición popular. La mayoría de los municipios alemanes se negaron a acceder a aquel deseo del Ministerio, sobre todo por la mala situación financiera en la que se encontraban. La ciudad de Fráncfort habría tenido que pagar, por los aproximadamente siete mil enlaces que se celebraban cada año en ella, más de cincuenta mil marcos por una edición en un solo tomo adornada con el escudo local. Pero las arcas municipales, sencillamente, no contaban con ese dinero. Solo después de largas negociaciones con la Federación de Municipios Alemanes, la casa Eher dio mínimamente su brazo a torcer y accedió a que las ciudades de más de cien mil habitantes disfrutaran de una rebaja en la compra de la edición destinada a los recién casados: apenas un 5 %.[40]

Un multimillonario

No es posible determinar cuánto dinero ganó Hitler con *Mi lucha*. Apenas se pueden hacer cálculos aproximados. La cifra, en cualquier caso, debió de superar con creces los doce millones de marcos, ya que en total se editaron 12,4 millones de ejemplares en alemán y por cada libro vendido el autor se llevaba por lo menos un marco. En 1944, en su cuenta abierta en la editorial Eher había supuestamente, incluso tras varios pagos y retiradas de fondos, un patrimonio de 5,5 millones de marcos. Un año más tarde, cuanto el gobierno militar estadounidense confiscó aquella cuenta, parece que la cifra llegaba casi a los siete millones de marcos.[41] Una ingente suma, desde luego, aunque para el canciller del Reich era prácticamente insignificante. Mucho más dinero (por lo menos cincuenta millones de marcos) le reportó la reproducción de su retrato en los sellos postales de Alemania, en virtud de la explotación de los derechos sobre su propia imagen.[42]

Además, tanto él como sus apoderados, entre ellos Martin Bormann o su asistente jefe, Julius Schaub, tenían acceso a los recursos de la «donación Adolf Hitler de la economía alemana», un impuesto especial por el que la mayoría de las empresas se veían obligadas a pagar cada año el 0,5 % de su masa salarial y que en 1945 reportó en total unos setecientos millones de

marcos, que estaban a libre disposición de Hitler y de la gente de su entorno. Con ellos se financió parte de una serie de proyectos de construcción megalómanos, como la Nueva Cancillería del Reich en Berlín. Solo la edificación de la Berghof, en Obersalzberg, incluido el búnker, los cuarteles y una dependencia que se convertiría en la sede local de la Cancillería del Reich, costó casi mil millones de marcos. Apenas una pequeña parte de aquella suma procedía de las cuentas particulares de Hitler, ya que el *Führer* hacía uso sin miramientos de otras cajas e, incluso, de las arcas públicas.[43] Con todo, nunca se ha podido probar que Hitler transfiriera dinero negro a cuentas en Suiza ni que dichas cuentas existan aún: el servicio de información estadounidense Office for Strategic Services elaboró un informe en este sentido a finales de 1944 en el que se aseguraba que aquello no eran más que rumores.[44]

Solo durante un tiempo, sobre todo entre 1930 y 1932, *Mi lucha* cumplió las expectativas de Hitler. Antes de aquellos años los beneficios fueron bastante aceptables en general, sí, pero se quedaron muy lejos de lo que requería el *Führer* para mantener a sus colaboradores y sus lujos personales, como su veloz automóvil o sus exclusivos alojamientos durante sus viajes. A partir de 1933, Hitler no distinguió entre los beneficios (ya superlativos) de su libro y otras fuentes de recursos, que por aquella época brotaban a borbotones y convertían los ingresos de *Mi lucha* en apenas un complemento económico.

Los lectores

> A menudo se piensa que casi nadie se leyó *Mi lucha*. Pero podría tratarse de una coartada con la que toda una generación oculta su culpa.
>
> ANTON PELINKA, politólogo[1]

Dos encuestas

Por lo general, es fácil saber cuántos ejemplares de un libro se han imprimido y se han vendido: los documentos de la editorial aportan información. En ocasiones incluso se indica el número de reimpresiones en el propio libro y a menudo también se dispone de los datos fiscales del autor. En cambio, del número de personas que, tras adquirir el libro, han hecho algo más que hojearlo, apenas se pueden hacer, a lo sumo, cálculos muy vagos. La lectura solo deja rastro comprobable en casos excepcionales, por ejemplo en forma de marcas directamente en el texto o de comentarios en diarios y cartas. Además, es frecuente que esas pruebas de lectura desaparezcan: el papel arde con facilidad.

Es probable que varios millones de ejemplares de *Mi lucha* fueran pasto de las llamas, primero en la zona de Aquisgrán, a partir del otoño de 1944, y, ya en los meses siguientes, en toda Alemania. En cualquier caso, en los registros de las casas que los soldados aliados llevaban a cabo con frecuencia en su avance por el Tercer Reich, no solían encontrar libros de Hitler que la gente custodiara como objetos sagrados. Evidentemente, los militares no pudieron llegar a todos los sótanos, desvanes o cobertizos en los que, a buen seguro, se escondían aún muchísimas ediciones. El *New*

York Times prestó una atención especial al descubrimiento de doce ejemplares especiales de la segunda edición, de 1925, firmados a mano y encuadernados en pergamino, que se conservaban en la caja fuerte de la residencia de Hitler en Múnich, en la Prinzregentenplatz, aun cuando junto a ellos no se encontrase ningún otro documento relevante.[2] En cualquier caso, los soldados estadounidenses hallaron muchos menos libros de Hitler de lo que esperaban, como recordó más adelante Ernst J. Cramer, un judío expulsado de Augsburgo, recluido en el campo de concentración de Buchenwald entre 1938 y 1939 y que, posteriormente, se convertiría en soldado del ejército estadounidense, lo que le brindó la ocasión de volver a su patria.[3]

La administración militar del territorio ocupado, sin embargo, quería saber cuántos alemanes aproximadamente habían leído *Mi lucha* para hacerse una idea de la difusión que había logrado la propaganda nacionalsocialista. Sin embargo, no hubo forma de averiguarlo a través de indicios objetivos, así que fue necesario recurrir a las encuestas. Desde el otoño de 1945, el Departamento de Estudios de Opinión de la Oficina del gobierno Militar de Estados Unidos, creado poco antes, realizó una serie de sondeos en Alemania. Como se disponía de un registro de todos los habitantes gracias a la distribución de las cartillas de racionamiento y estas solo se entregaban a quienes hubieran facilitado datos muy precisos acerca de su situación personal, la zona estadounidense presentaba las condiciones perfectas para disponer de muestras representativas para sus estudios sociológicos. Los cálculos por extrapolación en ese tipo de encuestas aún constituían un campo de investigación relativamente nuevo, pero la experiencia en las elecciones presidenciales que se venían celebrando desde 1936 había demostrado que, con un grupo bien seleccionado desde el punto de vista estadístico, se podían obtener resultados más o menos fiables. Los expertos sabían, desde luego, que el margen de error era amplio, pero resultaba imposible obtener datos más exactos con otros métodos.

Ya el segundo informe oficial de los investigadores de opinión, basado en su decimocuarta encuesta, que habían realizado a mediados de febrero de 1946, hablaba de los lectores del libro de Hitler. En aquel momento se

consultó a 954 habitantes de la zona estadounidense. A partir de los datos en bruto, se realizó una extrapolación a toda la población de los estados de Hesse, Wurtemberg-Baden,[*] Baviera y Bremen. El título del informe era, sencillamente: «Who in Germany has read Mein Kampf?» («¿Quién ha leído en Alemania *Mi lucha*?»). Su principal resultado era el siguiente: en torno al 23 % de la población adulta reconocía haber leído al menos una parte de aquella obra de Hitler, pero solo el 7 % aseguraba haber completado los dos volúmenes. Quienes a principios de 1946 aseguraron no conocer el libro mintieron conscientemente, y los investigadores lo sabían. Por otra parte, nadie en aquella época se habría pavoneado de haber estudiado *Mi lucha* si no fuese cierto que la había leído realmente. Así pues, los resultados de la encuesta debían ser considerados como valores mínimos.

Los investigadores dividieron aquellos datos por categorías, pese a que con ello aumentaban necesariamente las posibilidades de errar en el cálculo por extrapolación, como bien sabían. Obtuvieron, por ejemplo, un resultado poco sorprendente: que los antiguos afiliados del Partido Nacionalsocialista habían leído *Mi lucha* por encima de la media. El 18 % de ellos aseguraba haberla leído por completo y el 10 %, en parte. Así pues, prácticamente uno de cada tres ex miembros de la formación política conocía de cerca la obra del líder. Tampoco extrañó que los adultos más jóvenes, los nacidos a partir de 1916, presentaran valores ligeramente inferiores a la media (un 5 % y un 17 %): como muestra la experiencia, los jóvenes leen menos que los mayores. Pero había otros dos resultados que eran más interesantes: los miembros de las clases alta y media-alta, independientemente de sus convicciones políticas, mostraban mayor predisposición a leer el libro de Hitler que los afiliados al Partido Nacionalsocialista, que formaban parte en mayor medida de la media estadística: un 14 % de ellos aseguraba haber leído la obra en su integridad y un 17 % confesaba haberlo hecho en parte. Quienes contaban con estudios universitarios incluso superaban esos valores: el 41 % de ellos aseguraba haber estudiado *Mi lucha*, por lo menos parcialmente. El 11 % de los hombres de todas las capas sociales y niveles culturales había leído la obra completa, con lo que quedaban claramente por

encima de las mujeres, que, eso sí, presentaban un mayor porcentaje de lectura parcial. Por lo demás, no se apreciaban diferencias estadísticas significativas entre católicos y protestantes.[4]

Otra encuesta realizada un año y medio más tarde —y que nunca se llegó a hacer pública— corroboraba estos resultados. En noviembre de 1947, los investigadores de opinión del gobierno militar consultaron a unos tres mil adultos que residían en la zona estadounidense. El 19 % de ellos aseguraba haber leído total o parcialmente *Mi lucha*. La diferencia de cuatro puntos porcentuales con respecto a la encuesta de 1946 superaba la desviación estadística habitual. Por otra parte, hay que tener en cuenta que entretanto los encuestados se habían enterado de las sanciones —suaves, en comparación con otras— que las autoridades ocupantes aplicaban a quienes facilitaban datos falsos. Con todo, en el informe detallado de aquella encuesta constaban resultados muy parecidos a los del sondeo de febrero de 1946: en ambos, los miembros de las clases alta y media-alta, así como los titulados universitarios, habían leído el libro de Hitler en mayor medida que la media. No obstante, también había diferencias: así, por ejemplo, según los datos recabados en 1947, en cifras globales los hombres conocían directamente *Mi lucha* en mayor medida que las mujeres. Sin embargo, al contrario de lo hallado el año anterior, no se encontraban diferencias significativas entre los distintos grupos de edad.[5]

Aun cuando los datos de ambas encuestas realizadas en la zona estadounidense no pudiesen extrapolarse directamente a otras regiones, es probable que en 1946 al menos uno de cada cinco alemanes adultos vivos hubiera leído parcial o totalmente *Mi lucha*. A ello hay que sumarle el porcentaje correspondiente de los 5,2 millones de soldados de la Wehrmacht que habían perdido la vida y el de los al menos 1,5 millones de civiles muertos como consecuencia de la guerra. Según el sondeo, doce millones de alemanes, como mínimo, habían conocido directamente el libro de Hitler. Y, desde luego, no de forma superficial. Eso significa que en casi dos tercios de los veintiún millones de hogares que existían aproximadamente en la Alemania de 1939 había alguien que al menos había hojeado con cierto detenimiento la obra, lo que se corresponde

aproximadamente con la cifra probada de 12,4 millones de ejemplares editados en total. Si hay algo seguro es que *Mi lucha* no fue un «éxito de ventas no leído», pese a lo que se aseguró después como coartada para ocultar la propia culpa.

Pocos lectores hasta 1933

Ahora bien, ¿de qué manera percibieron los lectores aquella obra de Hitler? ¿Y desde cuándo tuvieron conocimiento de ella? En vista de los frecuentes saltos en la argumentación, el libro no se leía con facilidad y fluidez. Por otra parte, el texto de *Mi lucha* no se diferenciaba en lo esencial de los discursos del *Führer*, que, mientras se mantuvo en pie el Tercer Reich, casi todos los alemanes tuvieron ocasión de oír, una y otra vez, bien in situ, bien a través de las retransmisiones de la radio —que era lo que le llegaba a la mayoría—. Prácticamente ningún alemán era capaz de distinguir entre las alocuciones del *Führer*, cuya retórica resultaba fascinante para buena parte del público, y las afirmaciones del libro. Ambas partían de la misma base: la visión tan particular que tenía Hitler del mundo y su tono igualmente característico. Tanto los discursos como *Mi lucha* estaban impregnados en la misma medida de ideas sugerentes, de descripciones extremadamente simplificadas de los problemas, de reclamaciones populistas y de imágenes nítidas del enemigo. Hitler apelaba a los miedos conscientes e inconscientes de su público y explotaba las emociones y los prejuicios, pero, al mismo tiempo, evitaba los argumentos complejos.

Hasta la irrupción del Partido Nacionalsocialista en el panorama nacional, es decir, hasta las elecciones al Reichstag que se celebraron en septiembre de 1930, quienes leían la obra eran, sobre todo, afiliados o simpatizantes del movimiento. Aunque, desde luego, no todos ellos habían estudiado el libro. Albert Speer, por ejemplo, se incorporó al partido el 1 de marzo de 1931, cuando aún era profesor ayudante de arquitectura en la universidad. Se convirtió en el miembro número 474.481, pero, según declaró después de 1945, en aquella época «no sabía prácticamente nada»

del programa de Hitler. Según él, durante el régimen nazi no llegó a leer de forma sistemática ni completa *Mi lucha*. No fue hasta que se halló en su celda de la prisión reservada a los principales criminales de guerra de Núremberg cuando trabajó a fondo el libro.[6] Probablemente, esta declaración de Speer —cuyo testimonio sobre su propio caso, por lo demás, era poco fiable en muchos aspectos— respondía a una realidad muy sencilla: en el año 1932, cuando por un tiempo pareció posible conseguir la mayoría en las elecciones regulares y, además de los militantes, otros trece millones de alemanes apoyaron con su voto a Hitler, de *Mi lucha* apenas se vendieron doscientos veinticinco mil ejemplares, es decir, que estadísticamente solo uno —como mucho— de cada sesenta votantes del Partido Nacionalsocialista contaba con un ejemplar.

En una carta que escribió de su puño y letra a mediados de julio de 1932, Hitler hizo constar con satisfacción que Walther Poppelreuter, neuropsicólogo de la Universidad de Bonn, había anunciado un curso titulado «La psicología política como psicología aplicada, a través de la obra de Hitler *Mi lucha*», para el primer semestre académico que estaba a punto de comenzar: «Puede estar seguro de que para mí es una satisfacción comprobar que un profesor universitario utiliza por vez primera mi libro como base para un curso en un centro de educación superior».[7] Poppelreuter, quien se había convertido en miembro del Partido Nacionalsocialista en noviembre de 1931, aseguró que *Mi lucha* era, «verdaderamente, el manual de la psicología política» y publicó en 1934 el contenido de su curso en un cuaderno de cuarenta páginas.[8]

En realidad, es probable que la lectura de la obra de Hitler no se generalizara hasta después del 30 de enero de 1933. Fue entonces cuando se dispararon las ventas y, seguramente, también los lectores. Sea como fuere, unas semanas más tarde el embajador de Francia, André François-Poncet, constató: «Probablemente todos conocen sus ideas, su doctrina. Las ha plasmado en su obra *Mi lucha*, de la que se han publicado numerosas ediciones. Para muchos de sus seguidores se trata de un libro sagrado, de una biblia, de un corán».[9] Según otra versión, el diplomático escribió acerca de la doctrina de Hitler de una forma aún más clara: «Todos conocen

sus ideas, su doctrina. Las ha plasmado en su obra *Mi lucha*, que todo el mundo ha leído».[10] Evidentemente, aquello era una exageración, ya que al mismo tiempo muchas autoridades y administraciones estaban dando instrucciones a sus trabajadores para que se pusiesen a estudiar de inmediato *Mi lucha*. La policía de Hamburgo contó desde abril de 1933 con un nuevo plan de formación, según el cual las clases de las asignaturas Educación Cívica e Historia debían basarse fundamentalmente en la obra de Hitler. Tres meses más tarde se dictó un decreto de similar orientación para la policía de Prusia, en el que incluso se fijaba un plazo para leer *Mi lucha*.[11]

Aunque no se obligaba a los miembros de la Reichswehr a leer el libro de Hitler, sí que se les aconsejaba hacerlo. Además, según una orden de agosto de 1933, todas las bibliotecas del ejército debían adquirir aquella obra, para lo cual incluso se puso dinero a su disposición. Por otra parte, el ministro de Defensa, Werner von Blomberg, se expresó en un sentido que favorecía a la editorial Eher: «Se ha de recomendar a los soldados que adquieran este libro para su uso personal».[12] En los planes de estudios de las escuelas militares, que fueron objeto de una profunda modificación, *Mi lucha* se convirtió pronto en una obra importante o, en ocasiones, incluso esencial a la hora de abordar determinados temas. Siguiendo esa lógica, en julio de 1935 el ministro ordenó «a todos los oficiales abrazar la ideología nacionalsocialista».[13] Walter von Reichenau, hombre de confianza de Blomberg, llegó incluso a recomendar a sus subordinados que se convirtieran en «nacionalsocialistas sin carné de afiliado», «los mejores, los más fieles y los más serios».[14] A la inversa, las referencias a la obra de Hitler sirvieron para reforzar la estrecha relación entre el ejército, ya tan politizado, y el nacionalsocialismo: «En su libro *Mi lucha*, a menudo se destaca el importante papel de la Wehrmacht como educador del pueblo», alabó Blomberg en 1935.[15] Con todo, el texto del *Führer* nunca llegó a ser oficialmente una lectura obligatoria para la Wehrmacht.

¿Una lectura escolar?

También al mayor grupo de lectores potencialmente influenciables por parte del estado, es decir, a los escolares, se le recomendó el libro de Hitler, aunque no se le impuso obligatoriamente. Bernhard Rust, consejero de Cultura de Prusia y ministro nacionalsocialista de Educación, aseguró en marzo de 1933, según el periodista británico Rajani Palme Dutt: «He solicitado a las autoridades escolares que velen especialmente por que se facilite a los escolares libros adecuados; en primer lugar, naturalmente, el libro *Mi lucha*, del *Führer*. No debe haber ni un solo niño o niña que no haya leído esta obra». Añadió que la tarea de todos los maestros era proporcionar el «espíritu del verdadero nacionalsocialismo, que se refleja en el libro», y que la obra de Hitler debía «convertirse en el principio rector de la clase».[16] Sin embargo, es probable que Dutt se basara en un rumor, ya que no se ha encontrado ningún decreto de Rust que ordenase algo parecido. Sea como fuere, *Mi lucha* no se incorporó como lectura obligatoria y ni siquiera la editorial Verlag consiguió imponerse cuando, en 1935, trató de avanzar en este sentido, probablemente para aumentar las ventas: por indicación de la Central del Partido Nacionalsocialista, «la introducción de la obra en las escuelas se aplaza de momento».[17] Formalmente, nada cambió hasta 1945.

Con todo, y como es lógico, a partir de 1933 el libro de Hitler desempeñó un papel cada vez más importante en las aulas de muchos colegios. Los maestros que eran militantes del Partido Nacionalsocialista —no en vano, la Liga Nacionalsocialista de Profesores contaba a principios de 1933 con unos diez mil miembros, pero nueve meses más tarde había multiplicado ese número por veinticuatro— o querían demostrar inmediatamente su apoyo al gobierno de Hitler enseñaban a sus alumnos utilizando como base *Mi lucha*. Pasarían dos o hasta tres años hasta que los nuevos libros escolares sustituyeron a los de la República de Weimar, que, en esencia, seguían las normas del estado de derecho y, en Prusia, incluso presentaban en su mayoría una orientación democrática. Pero muchos pedagogos se saltaron aquella transición proporcionando a los estudiantes textos nacionalsocialistas. Sin embargo, en las aulas no se debatía acerca

del libro de Hitler. Tampoco se analizaban a fondo sus tesis. A *Mi lucha* se le daba más bien el mismo tratamiento que a clásicos como las obras de Goethe. Las editoriales de libros escolares se adaptaban a los nuevos tiempos con toda la rapidez que podían: en cuadernillos complementarios a los libros de lectura y en las ediciones posteriores incluyeron pasajes de los discursos de Hitler, así como de su obra. De media, el *Führer* se convirtió en un autor tan citado como Friedrich Schiller.[18]

Los maestros estaban acostumbrados a recibir ayuda a la hora de preparar sus clases. El primero en reaccionar ante el cambio fue un consejero escolar llamado Paul Sommer, que presentó a la casa Hermann Beyer, una editorial de Leipzig especializada en manuales, una serie de cuadernos orientativos para complementar numerosas obras de la literatura alemana, como *El lago de Immen*, de Theodor Storm, *Pentesilea*, de Heinrich von Kleist, o *Bruderzwist im Hause Habsburg* («Una pelea entre hermanos en la casa de los Habsburgo»), de Franz Grillparzer. En apenas unas semanas, aquel consejero tuvo listo un cuaderno de 118 páginas con explicaciones sobre *Mi lucha*, que dedicó «al eficiente canciller del Reich y *Führer* del pueblo alemán, en señal de gratitud, respeto y lealtad». Tras una introducción, Sommer ofrecía un breve panorama general de la «composición y planificación de la obra» en quince páginas, a las que seguían otras treinta de «definiciones y explicaciones de conceptos», divididas por capítulos. La parte central de aquel cuaderno estaba constituida por 291 citas de Hitler, a través de las cuales los maestros podían preparar sus clases sin demasiado esfuerzo. Además, se daban indicaciones precisas sobre su localización en la edición a precio popular, para que cualquier pedagogo encontrara rápidamente los pasajes que le interesaran. Finalmente, Sommer ofrecía a sus lectores doce «proyectos de breves ensayos», titulados, por ejemplo, «*Mi lucha* de Hitler: un reflejo de nuestro *Führer*», o «El verdadero liderazgo» o «La importancia del problema de la raza en Alemania». Los acompañaba de referencias a pasajes a los que podía remitirse a los escolares.[19] Hasta 1935, aquel cuaderno se reeditó en varias ocasiones, lo que indica que se vendió bastante bien.

Sin embargo, el trabajo de aquel consejero escolar no solo recibió alabanzas. La Comisión Inspectora del Partido para la Protección de la Literatura Nacionalsocialista, que se había creado en la primavera de 1934 como reacción ante la oleada de textos supuesta o verdaderamente nazis, criticó con severidad sus «explicaciones», y uno de sus miembros, Karl Heinrich Köpke, llegó a afirmar que se podía «prescindir sin problemas» de aquella obra, especialmente porque su contenido procedía «de un maestro de escuela que se jacta de traducir los extranjerismos presentes en *Mi lucha* y de dar explicaciones que, en realidad, son huecas».[20] Sin embargo, nunca se prohibió el cuaderno de Sommer.

Las autoridades escolares nunca dejaron constancia precisa del papel que desempeñó realmente *Mi lucha* en las aulas. Sin embargo, los socialdemócratas exiliados consiguieron algo de información al respecto, que divulgaron en sus informes mensuales sobre Alemania, tanto en el extranjero como —por vías ilegales y a escondidas— dentro del Tercer Reich. En febrero de 1935, uno de sus confidentes se enteró por casualidad de que en un instituto de bachillerato científico de Hamburgo «los escolares mayores se referían entre sí a *Mi lucha*, de Hitler, como *Mi gran error*», supuestamente debido al estudio excesivamente intenso que les imponían sus profesores.[21] Antes de las elecciones al Reichstag del 29 de marzo de 1936, poco relevantes porque a ellas acudió una lista unitaria —además, coincidieron con un referéndum para legitimar la ocupación de Renania por parte de los soldados alemanes, que había tenido lugar tres semanas antes —, un informante advirtió: «En la semana anterior a las elecciones se han suspendido las clases habituales». En lugar de ellas, se había planteado, al menos en aquel centro (cuyo nombre no se mencionaba), otro plan de enseñanza: «Tres mañanas de esta semana se han dedicado a impartir clases sobre *Mi lucha* y ciertos episodios de la vida del *Führer*. Además, antes de la lección se ha colgado un retrato de Hitler en el estrado, rodeado de velas».[22] Poco más de un año después, otro confidente informaba desde el suroeste de Alemania: «Los colegios dedican cada día entre una y dos horas a la lectura de libros nacionalsocialistas (*Mi lucha*, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*,[*] etc.), así que los escolares están ya saturados».[23] Con

todo, orientar la clase ciñéndose estrictamente a este tipo de publicaciones podía provocar problemas, como temía a finales del verano de 1939 un maestro de primaria de Baviera, según uno de los informantes del Partido Socialdemócrata: «Ahora hay que ser muy prudente en la escuela», habría dicho aquel maestro «recientemente». «Lo mismo leemos en público algún pasaje del libro *Mi lucha*, de Hitler, y nos llevan a Dachau[*] por haber calumniado al gobierno actual».[24] No en vano, la intensa colaboración con la Unión Soviética que se había previsto en el pacto que alcanzaron Hitler y Stalin el 23 de agosto de 1939 entraba en contradicción con casi todo lo que se podía leer en *Mi lucha* acerca de las relaciones con Rusia y el bolchevismo.

Si se había renunciado a imponer lecturas obligatorias en las escuelas era porque, de todas formas, los niños y los adolescentes ya estaban en contacto con la obra de Hitler. *Mi lucha* era una de las lecturas obligatorias oficiales de las Juventudes Hitlerianas. Por lo general, los miércoles por la tarde, los miembros de aquella organización juvenil recibían «formación ideológica». Para ello, disponían de material didáctico sobre los principales aspectos de la ideología nacionalsocialista, en el que constantemente se incluían citas de *Mi lucha* y de los discursos del *Führer*. Además, se organizaban algunas tardes de lecturas en grupo de la obra de Hitler. Como a finales de 1933 las Juventudes Hitlerianas contaban ya con 2,3 millones de chicos y chicas de entre diez y dieciocho años, y a mediados de 1939, tras la introducción del servicio obligatorio juvenil, la organización tenía 8,7 millones de miembros —es decir, prácticamente el 98 % de la juventud admitida, esto es, «aria»—, casi todos los adolescentes de los años treinta conocían al menos pequeños pasajes de *Mi lucha*.

Un hambre saciada

El interés general por *Mi lucha* entre los lectores se mantuvo hasta al menos 1936, y posiblemente también hasta 1937, pero a partir de ahí fue decayendo, como parecen indicar las cifras de préstamos de las bibliotecas

que han llegado (aunque fragmentariamente) hasta nuestros días.[25] Cuando aquella hambre primaria de información acerca del pensamiento de Hitler quedó saciada, los motivos para acercarse a la obra del *Führer* fueron otros. Ya en octubre de 1936, los socialdemócratas exiliados apuntaban en sus informes sobre Alemania: «Pese a los clarísimos discursos de los líderes nazis contra el Este, de ninguna manera se piensa que la acción bélica vaya a empezar y deba empezar con un ataque en esa dirección, sean cuales fueron las circunstancias. En este tiempo se ha aprendido a adivinar las perspectivas y las tendencias de la evolución del sistema en *Mi lucha*, una obra franca en este sentido. En ella consta que, en opinión de Hitler, solo se obtendrá éxito en la ofensiva contra el Este si se elimina previamente el peligro francés que está a sus espaldas». No se sabe si el confidente reproducía el razonamiento de su interlocutor o bien aportaba un análisis propio. En cualquier caso, su hipótesis era acertada: «Se cree que aún no existe un plan conjunto para que, cuando se consiga apartar a Francia de las obligaciones que le imponen sus alianzas con respecto a Polonia, Checoslovaquia y Rusia, se pueda actuar a la inversa, es decir, que primero le toque al Este y después al oeste».[26]

Sea como fuere, junto a aquellas reflexiones críticas, existía también, casi por la misma época, un sentimiento contrario: una infinita admiración, incluso entre los alemanes de un buen nivel cultural. En el informe de diciembre de 1936 aparecían los datos que había aportado una informante: «Varios titulados universitarios han declarado con entusiasmo que, efectivamente, después de haber leído *Mi lucha* están convencidos de que Hitler es un hombre grande, extraordinario». Pero la militante del prohibido Partido Socialdemócrata no se conformó con aquello. Quería saber más: «Como ella conoce a fondo la bibliografía nazi, ha examinado la situación y ha descubierto que, sistemáticamente, estas personas tan cultas han leído la parte de la historia de la juventud de Hitler y tal vez también un par de pasajes sobre los judíos, pero ninguna de ellas ha terminado el libro».[27]

Como efecto colateral de la escalada de la crisis provocada a conciencia en Europa con la ocupación del «resto de Chequia»[*] en marzo de 1939 y el tono cada vez más agresivo que se empezó a emplear entonces contra

Polonia, el interés por *Mi lucha* volvió a aumentar. Aquel año, el último de paz del Tercer Reich y el primero de la guerra, se cerró casi alcanzando de nuevo el récord de ventas de 1933: prácticamente 1,2 millones de ejemplares. De todas formas, a cualquier lector que estuviese medianamente atento, el libro debió de parecerle obsoleto tras el pacto al que llegaron Hitler y Stalin el 23 de agosto de 1939. De hecho, en 1926 el jefe del Partido Nacionalsocialista había escrito: «Una alianza con Rusia sería la señal para la próxima guerra. Y su resultado sería el fin de Alemania».[*] En comparación con otros pasajes, en este Hitler argumentó pormenorizadamente su posición: «Los actuales gobernantes de Rusia no piensan sinceramente en constituir o mantener una alianza. No olvidemos que quienes rigen hoy en Rusia son vulgares criminales con las manos manchadas de sangre; no olvidemos que se trata de la escoria de la humanidad».[*] Según sus palabras, era imposible pactar con un socio al que solo le movía el interés de acabar con el otro. En *Mi lucha*, Hitler llegaba a una clara conclusión: «La lucha contra la bolchevización judía internacional exige adoptar una posición inequívoca frente a la Unión Soviética. No podemos salir del fuego para caer en las brasas».[*] [28]

Durante la guerra

Aquello casaba poco con la sensación que había provocado en todo el mundo el pacto entre los dos dictadores más poderosos de Europa. Desde luego, los enemigos del nacionalsocialismo encontraban la situación muy divertida: «En los círculos marxistas se está extendiendo el rumor de que el Partido Nacionalsocialista se va a disolver y de que nunca más volverá a reeditarse *Mi lucha*», se aseguraba en el «Informe sobre la situación política interna» que el Servicio de Seguridad de las SS, que por aquel entonces formaba parte de la Oficina Central de Seguridad del Reich —constituida a partir de diversas instituciones estatales y del partido—, envió a mediados de octubre de 1939 a un pequeño círculo de dirigentes nacionalsocialistas. [29] Parece que con aquello de los «círculos marxistas» se hacía referencia

a los socialdemócratas, ya que los militantes del prohibido Partido Comunista no estaban por la labor de hacer chistes sobre el radical giro de Hitler. Ya tenían bastante con el enorme problema de aceptar el cambio de rumbo de Stalin. Dos semanas más tarde circuló una octavilla, probablemente procedente de Praga, «que trata de demostrar a través de la obra *Mi lucha* que el *Führer* está acabado, ya que ahora pacta con la misma Unión Soviética a la que antes calificaba de "enemigo mortal"».[30] En cualquier caso, no solo había burlas en lo que quedaba del movimiento obrero: los católicos críticos con el régimen esgrimían argumentos parecidos. Por ejemplo, en Darmstadt se especulaba con que «el libro del *Führer*, *Mi lucha*» se retiraría «de la circulación porque contiene ataques contra Rusia».[31]

Sin embargo, nada de aquello sucedió. Todo lo contrario: la editorial Eher publicó una versión en papel biblia, en un solo tomo, que se denominó «la edición para la mochila» o «la edición para la campaña militar» y que, evidentemente, respondía a una necesidad de los compradores y lectores. En cualquier caso, a mediados de marzo de 1940 el Servicio de Seguridad informó de que aquella edición para la campaña militar había despertado «el máximo interés entre la población. En todas partes la gente quiere enviar como regalo este libro a sus familiares del frente». No obstante, la política de precios que se aplicó en el caso de aquella edición provocó, una vez más, enojos: cada ejemplar costaba 7,20 marcos, es decir, lo mismo que la edición popular habitual, en un solo tomo, pero mucho más que la edición en dos tomos y encuadernada en pasta, que apenas costaba 5,70 marcos. «El libro *Mi lucha*, del *Führer*, se ha vendido muy bien, ya que la edición en papel biblia es perfecta para enviarla al frente —explicaba el Servicio de Información—. Pero los compatriotas que poseen escasos recursos lamentan, según se señala desde la ciudad de Neustadt an der Weinstraße, que esta edición para la campaña militar no se comercialice a un precio más económico.»[32] Hasta 1943 se publicaron un millón de ejemplares de aquella edición: aproximadamente, una cuarta parte de todos los impresos en aquel período.

En diciembre de 1940 se percibió por vez primera en las grandes ciudades la intensa restricción de la oferta de productos que había impuesto la guerra: «Dada la escasez general de mercancías, sobre todo de artículos de regalo y juguetes, nuestros compatriotas se sienten descontentos cuando salen a hacer las compras para las fiestas navideñas», advertían los confidentes de la Gestapo.[33] Lo que no faltaba, sin embargo, eran los ejemplares de *Mi lucha* y de *El mito del siglo XX*, de Alfred Rosenberg. Había una gran demanda de las dos «obras básicas» más importantes del nacionalsocialismo, mientras que otras publicaciones del partido se quedaban sin venderse.[34] En parte, aquello se debía a que, en vista de que cada vez había menos bienes de todo tipo, gran parte del dinero que se reservaba para las compras se destinaba a objetos que podían adquirirse sin cartillas de racionamiento, como, por ejemplo, los libros.

El interés del público se mantuvo. A finales de febrero de 1942, el Servicio de Seguridad señaló que *Mi lucha* seguía vendiéndose bien, pero presentaba una propuesta para multiplicar aún más el número de lectores: «En más de una ocasión se ha sugerido que se editen versiones abreviadas de estas obras, que permitan a amplios sectores de la población, especialmente a los de las zonas rurales, conocer de una forma más sencilla y en mayor profundidad las bases históricas e ideológicas del nacionalsocialismo».[35] En los años posteriores a la toma del poder por parte del *Führer*, diferentes editores publicaron selecciones de citas de Hitler, en su mayoría extraídas de *Mi lucha* y de sus discursos, pero el propio dictador acabó prohibiéndolas personalmente: «El *Führer* no desea que su obra se divida en partes y se edite reordenada según los más variados puntos de vista», advirtió la Comisión Inspectora del Partido Nacionalsocialista.[36] Y así se quedó la cosa. Nunca apareció ninguna edición oficial abreviada en alemán.

Pese a que solo en el año 1944 se imprimieron más de 1,6 millones de ejemplares y a que por aquel entonces ya estaban en circulación casi once millones más, la guerra acabó convirtiendo a *Mi lucha* en un bien escaso. En cualquier caso, el libro nunca dejó de venderse. Además, una gran cantidad de ejemplares debieron ser pasto de las llamas durante los

bombardeos aéreos que sufrían casi a diario las ciudades alemanas, a menudo con bombas incendiarias. Incluso el aparato de las SS, prácticamente omnipotente en el Tercer Reich, tuvo problemas a principios de julio de 1944 para hacerse con miles de libros de la edición para la campaña militar. «De momento, no están disponibles», parece que comunicó la Oficina Principal de las SS a los colaboradores personales de Heinrich Himmler, a lo que añadió: «Lamentablemente, dadas las circunstancias actuales, necesitaremos mucho tiempo para dar respuesta a este encargo». A finales de aquel mismo año, cuando ninguna imprenta de Alemania producía ya ejemplares de *Mi lucha*, un alférez trató de «conseguir esa obra», sin éxito, «en todas las librerías de Erlangen» para regalársela a los jóvenes aspirantes a oficiales.[37] Aquello no podía deberse a los bombardeos, ya que entre 1942 y 1943 la ciudad no sufrió ningún ataque aéreo de importancia, exceptuando los (como máximo) dos que padecieron los barrios de la periferia y que, en cualquier caso, fueron pequeños. Aun cuando el avituallamiento de *Mi lucha* no llegara, parece que los ejemplares que suministró hasta el otoño de 1944 la editorial Eher a aquella localidad de Franconia se habían vendido en su totalidad.

En definitiva, no puede decirse que *Mi lucha* fuese un éxito de ventas que, en realidad, nadie leyó. Su mensaje se difundió ampliamente en el Tercer Reich. De hecho, al finalizar la segunda guerra mundial, al menos uno de cada cinco alemanes —es probable que fueran muchos más— había leído total o parcialmente el libro de Hitler. Con todo, no es posible determinar cuántos de ellos comprendieron la obra y se tomaron su mensaje en serio.

La aplicación del contenido

> No obstante, tampoco debemos sobrevalorar la importancia de *Mi lucha*: el libro no es más que un molde para la escenificación del nacionalsocialismo como religión política.
>
> LUDOLF HERBST, historiador[1]

«Un programa no modificable»

Quien elabora un programa político suele formular reclamaciones claras: sus objetivos deben reconocerse de forma unívoca. En cambio, no siempre es obligatorio que un texto de este tipo sea conciso. Los programas de los partidos pueden contener menos de mil palabras, más de dos mil o incluso más de veinte mil. Su longitud no tiene nada que ver con su valor político o moral, ni tampoco con sus posibilidades de realización: muchos proyectos de políticas futuras que están extraordinariamente detallados no pasan de ser una mera ficción, mientras que otras breves declaraciones de intenciones tienen, a largo plazo, efectos positivos. Pero también puede ocurrir justo lo contrario.

El programa de veinticinco puntos del Partido Nacionalsocialista que Hitler dio a conocer una vez que, *de facto*, conquistó el poder dentro de aquella formación política, es decir, el 24 de febrero de 1920, contaba exactamente con 890 palabras. Exigía, entre otras cosas, la construcción de una gran Alemania, la derogación del tratado de Versalles, la marginación absoluta de todos los «judíos» y la consecución de un nuevo espacio vital. Ya leyendo el preámbulo era posible deducir que aquel sería el único programa del partido: «Los *Führer* renunciarán a establecer nuevos

objetivos una vez alcanzados los que se contemplan en el programa si con ello pretenden únicamente garantizar la continuidad del partido a través de la insatisfacción, artificialmente alentada, de las masas».[2] A diferencia del presidente formal, Anton Drexler, Hitler se tomó aquella indicación muy en serio. Cuando, en julio de 1921, varios miembros de la formación deliberaron, sin informarle previamente, sobre la posibilidad de unirse a otros pequeños partidos políticos de orientación *völkisch* y de adoptar un nuevo programa, Hitler montó en cólera. Alegó que se estaban violando los principios básicos del Partido Nacionalsocialista: «Infinidad de personas han jurado su programa, que se ha considerado definitivo e inviolable y se ha utilizado como fundamento granítico en más de cien asambleas masivas. Hasta ahora, el partido siempre se ha comprometido ante todo el pueblo a mantener la honradez a toda costa dentro de sus filas, a garantizar el cumplimiento constante de los principios formulados, a combatir con el máximo rigor cualquier desviación con respecto a los mismos y a no tolerar a hipócritas ni a enemigos encubiertos entre sus afiliados, apartándolos sin piedad».

Y como el pequeño grupo que era por aquel entonces el Partido Nacionalsocialista no podía renunciar a su orador más importante, Hitler ganó. Exigió la retirada de Drexler y consiguió que lo eligieran como «primer presidente con poderes dictatoriales». Además, impuso lo siguiente: «Queda descartada cualquier otra modificación del nombre o del programa por siempre jamás durante los próximos seis años».[3] La verdad es que la formulación parecía ilógica, ya que se prohibían los cambios «por siempre jamás», pero, al mismo tiempo, se indicaba un período concreto de validez de aquella prohibición. Se supone que aquella contradicción no llamó la atención de Hitler. El programa de veinticinco puntos se mantuvo incluso después de la refundación del partido, tras el fracaso en el golpe de estado. En los estatutos del 21 de agosto de 1925 se establecía expresamente: «El programa de esta asociación será el programa básico que presentó en Múnich el 24 de febrero de 1920 el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Dicho programa es irrevocable. Solo se considerará cumplido cuando se haya ejecutado».[4]

Incluso cuando la Cancillería del Reich intentó tomar medidas entre 1941 y 1942 para resolver la cuestión de la sucesión de Hitler, se reconoció la importancia decisiva de aquel programa. Se determinó que, una vez elegido, el futuro *Führer* debería prestar juramento ante un «senado» que él mismo hubiera constituido. La fórmula de aquel compromiso sería la siguiente: «Juro cumplir el programa del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, tal y como lo proclamó el *Führer* Adolf Hitler el 24 de febrero de 1920, incansablemente y aun cuando me cueste la vida».[5] Sin embargo, Hitler nunca quiso ocuparse de adoptar normas para cuando estuviera muerto y no tomó ninguna decisión acerca del procedimiento que habría que seguir para designar a su sucesor. En cualquier caso, el programa se mantuvo vigente, sin cambio alguno, hasta la disolución formal del partido por parte del Consejo de Control Aliado, el 10 de octubre de 1945.[6]

Precisamente ese enorme valor que Hitler atribuía al programa del Partido Nacionalsocialista acabaría revelándose como una debilidad en ciertas batallas políticas. No solo es que aquellos veinticinco puntos se hubieran formulado desde la perspectiva del año 1920. Es que, además, la orientación claramente anticapitalista de los puntos once a dieciocho era sumamente perjudicial para la economía. Por ese motivo, *Das freie Wort*, revista del Partido Socialdemócrata, se refirió en 1931 al programa como «tal vez nuestra mejor arma» en el enfrentamiento contra los nacionalsocialistas.[7] Si el partido de Hitler tenía éxito, no era por su programa «inmutable», sino a pesar de él.

Contra «marxistas» y «judíos»

A diferencia de aquellos veinticinco puntos, hasta 1933 rara vez se contempló *Mi lucha* como un aviso concreto de las intenciones de Hitler, sino más bien como una exposición de su ideología presentada desde un enfoque autobiográfico. Con todo, en la introducción el autor exponía que aspiraba a «explicar los fines de nuestro movimiento» y «la esencia» de la doctrina del Partido Nacionalsocialista.[8] Tras el ascenso de Hitler al

poder, creció el interés por aquel libro, que a partir de entonces se calificó más a menudo como la «biblia» o el «corán» del movimiento nazi.[9] Sin embargo, las escrituras sagradas de estas dos grandes religiones contienen escasas indicaciones concretas sobre el modo en que han de proceder los lectores. ¿Coincidían en ello con *Mi lucha*?

En el nuevo gobierno del Reich los nacionalsocialistas eran una minoría, pero Hitler dominaba completamente a los demás ministros a través de su personalidad. Ya en su primer discurso retransmitido por la radio, el 1 de febrero de 1933, el canciller explicó las intenciones de su ejecutivo. Y, aun cuando no utilizara directamente las formulaciones que había expuesto en su libro, era evidente el parecido entre este y los puntos centrales de su alocución. Si en *Mi lucha* había profetizado la «destrucción» tanto del «marxismo» como del bolchevismo, que era «el problema capital para el porvenir de Alemania»,[10] en su proclamación de gobierno aseguró: «Catorce años de marxismo han arruinado a Alemania».[11] Aquello era una evidente declaración de guerra al Partido Socialdemócrata, a la que siguieron, apenas unos días más tarde, las primeras prohibiciones de periódicos y asambleas de socialdemócratas, así como las detenciones arbitrarias. Después de que el anarquista holandés Marinus van der Lubbe provocara un destructivo incendio en el Reichstag, el Partido Nacionalsocialista utilizó aquella sorprendente circunstancia para apartar a sus enemigos políticos internos a través de una oleada de sangre tolerada por el estado y, en muchos sitios, incluso apoyada activamente por la policía.[12] En una verdadera explosión de violencia, decenas de miles de personas fueron detenidas, maltratadas y, en cientos de casos, asesinadas. No es que la «destrucción» del marxismo se llevara a cabo siguiendo un programa concreto expresado en *Mi lucha*, pero sí que se fue produciendo conforme al espíritu de la obra.

Lo mismo cabe decir de las primeras medidas adoptadas contra los judíos. En febrero de 1933 la policía apenas hizo nada contra los ataques antisemitas que cometían, a título individual, los partidarios de Hitler. En las semanas siguientes, aquellos excesos darían lugar a una política definida a nivel estatal: el boicot de los negocios hebreos en la jornada del 1 de abril.

Quien hubiera leído *Mi lucha* no podía sentirse sorprendido ante aquellos acontecimientos: en el libro había multitud de ataques contra el «comercio», considerado como el «privilegio más característico» de los «judíos», que hacían uso de él sin reparo alguno. Además, se aseguraba que los hebreos creaban en las ciudades «barrios especiales» en los que establecían sus negocios y que se convertían en un «estado dentro del estado».[13] Precisamente contra aquellas supuestas concentraciones en el centro de las ciudades se dirigía el boicot, que se justificó formalmente hablando de la necesidad de defenderse ante la «cruel campaña judía» que se estaba organizando desde el extranjero. En cualquier caso, la iniciativa no tuvo éxito: ya el primer día se interrumpió, en lugar de mantenerse durante casi una semana, como estaba planeado.[14]

La Ley para la Restauración de la Administración Pública, de 7 de abril de 1933, debía interpretarse como una medida dirigida contra la supuesta decadencia de los funcionarios, descrita en *Mi lucha*. Hitler había asegurado acerca de la situación del aparato del estado antes de la primera guerra mundial: «Alemania era el país mejor organizado y administrado del mundo».[*] La Administración, según él, había hecho gala de una especial independencia con respecto a los diferentes gobiernos. Sin embargo, tras la derrota en la guerra mundial, aquellas virtudes se habían perdido: «De todas formas, desde la revolución todo ello ha cambiado profundamente. En lugar de la capacidad y de las competencias, lo que se valora es la posición que se ocupe dentro del partido, y una personalidad autónoma e independiente se contempla más como un obstáculo que como una ventaja».[*][15] Precisamente en este sentido se promulgó la primera de las principales leyes abiertamente antisemitas del Tercer Reich: «Aquellos funcionarios que se hayan incorporado a la Administración a partir del 9 de noviembre de 1918 sin contar ni con la preparación habitual o exigida para su trayectoria profesional ni con aptitudes equivalentes serán apartados de su plaza». Un poco más adelante, se establecía: «Aquellos funcionarios que no sean de origen ario deberán jubilarse». Ante las protestas del presidente del Reich, Paul von Hindenburg, durante el proceso legislativo, se aceptó que aquella normativa no se aplicara «en el caso de los funcionarios que ya lo fuesen el

1 de agosto de 1914 o hayan combatido en el frente durante la primera guerra mundial por el Reich alemán o sus aliados, o bien sean padres o hijos de caídos en la guerra mundial».[16] Sin embargo, a pesar de aquellas excepciones, el principio seguía siendo el mismo.

Una política exterior flexible

Así pues, al tiempo que se daban numerosos pasos en materia de política interna que podían hacer pensar que, ahora que Hitler era canciller del Reich, no aplicaría al pie de la letra la ideología que había formulado en *Mi lucha*, aunque sí se orientaría conforme a sus principios, en el terreno de la política exterior la cosa era diferente. Así, el «discurso de la paz» que pronunció el 17 de mayo de 1933 contradecía los puntos esenciales de las convicciones que había plasmado en su libro. «Si bien nos debemos, con infinito amor y fidelidad, a nuestro propio pueblo, también respetamos los derechos nacionales de los demás pueblos con la misma disposición y deseamos, desde lo más profundo de nuestro corazón, vivir en paz y amistad con ellos —aseguró ante el Reichstag, que había quedado relegado ya a una posición insignificante—. Contemplamos a las naciones europeas que nos rodean como una realidad. Los franceses, los polacos, etcétera, son nuestros pueblos vecinos y sabemos que ningún proceso histórico imaginable podría modificar esta realidad.» Por eso, Alemania estaba «dispuesta en todo momento a renunciar a las armas de ataque si el resto del mundo hace lo propio». El jefe del ejecutivo iba incluso un paso más allá: «Alemania está dispuesta a unirse a cualquier pacto solemne de no agresión, porque Alemania no piensa en agresiones, sino en su seguridad».[17]

Aquello era incompatible con lo que había defendido en *Mi lucha*. Según sus palabras en el libro, primero había que aniquilar a Francia para brindar después al pueblo alemán la posibilidad de conquistar terreno en la Europa del Este, a costa de Polonia y, sobre todo, de Rusia.[18] El periódico británico *Times* comentó con sorpresa aquel aparente cambio de rumbo:

«Ayer el mundo vio por primera vez a Hitler como hombre de estado. La mayor parte de las cosas que dijo las habrían podido decir también sus predecesores».[19] Naturalmente, ni la redacción en Londres ni la opinión pública internacional sabían nada acerca de lo que Hitler había confiado en secreto el 3 de febrero de 1933 a los hombres que estaban al frente de la Wehrmacht: «Me he fijado un plazo de entre seis y ocho años para acabar por completo con el marxismo. Entonces el ejército estará en condiciones de aplicar una política exterior activa y se podrá alcanzar el objetivo de la ampliación del espacio vital del pueblo alemán a través de las armas». Explicó que probablemente el objetivo sería el Este y también dio a conocer los métodos a los que tenía la intención de recurrir: «Es imposible germanizar al pueblo del territorio anexionado o conquistado. Solo el suelo puede ser germanizado».[20] Aquel discurso, pronunciado de forma confidencial, seguía en buena medida lo dictado en *Mi lucha*, que en muchos pasajes se oponía diametralmente al contenido de la alocución ante el Reichstag.

Con todo, también había algunos puntos en común entre ambas intervenciones, sobre todo en lo que respecta a la Sociedad de Naciones. El 17 de mayo de 1933 Hitler anunció con poco disimulo su salida de aquella organización. Alemania, aseguraba, tenía la suficiente personalidad como para «negarse a imponer su colaboración al resto de naciones; en lugar de ello», extraería «las únicas consecuencias posibles, por mucho que le costase».[21] Aquello iba en consonancia con el desprecio que había expresado en su libro hacia la organización con sede en Ginebra. Para él, se trataba de un «invento irreal», del que se podía esperar «ingenuamente» que aportara algo, pero que, en realidad, tendría tan pocos efectos prácticos como si se hicieran «invocaciones solemnes a Nuestro Señor».[*] Sin embargo, Hitler evitó repetir ante la opinión pública internacional la conclusión que había formulado abiertamente en *Mi lucha*. En 1926, en el segundo volumen de esta obra, había escrito con total nitidez que era preciso tener claro que la «reintegración de los territorios perdidos» sería posible «únicamente por la fuerza de las armas».[22]

En realidad, el pacto de no agresión entre Alemania y Polonia, que se firmó a finales de enero de 1934 y que debía «conducir al establecimiento de una buena relación de vecindad», con la que, según se decía, «se conduzca no solo a ambos países, sino también al resto de pueblos de Europa hacia la prosperidad», era contrario a las máximas en materia de política que Hitler había expuesto en su libro.[23] En *Mi lucha*, Hitler había asegurado que «siempre» sería imposible aplicar cualquier política de alianzas con el gobierno de Varsovia y había acusado a los polacos de formar parte de «esa total promiscuidad» que resultaba «repugnante».[24] Aquel tratado de enero de 1934 era puramente táctico, como el *Führer* admitió ante sus personas de confianza, según aseguró un testigo —que, todo hay que decirlo, tampoco era muy fiable—: «Todos los pactos con Polonia son solo temporales. No se me pasa por la cabeza llegar a un entendimiento serio con Polonia».[25] En cualquier caso, es probable que la intención de Hitler fuese muy en consonancia con aquella cita —que, sin embargo, no se encuentra en ninguna otra fuente.

Sea como fuere, si nos atenemos a lo que se dice en *Mi lucha*, el tratado entre Alemania y la Unión Soviética que se firmó en agosto de 1939 debería de haberse descartado por completo. De acuerdo con las palabras de Hitler, aquel país aún estaba dominado por el «bolchevismo judío», que «ha matado a treinta millones de personas con una ferocidad verdaderamente dramática, sometiendo a algunas de ellas a torturas inhumanas y dejando a otras morirse de hambre». La relación con Rusia era, según había expresado el *Führer* en el segundo volumen de su obra, la «cuestión más importante en materia de política exterior» para Alemania. Allí y solo allí se podía ganar ese terreno que quería conquistar como «espacio vital» para el pueblo alemán. Por eso, Hitler vio en la revolución de octubre de 1917 una «señal» del destino: «Al entregarse Rusia al bolchevismo, le está robando al pueblo ruso cualquier inteligencia que le hubiera proporcionado y garantizado el estado existente hasta entonces».[*][26] Joseph Goebbels formuló en sus diarios la consecuencia de esta percepción generalizada en el Partido Nacionalsocialista: «Nuestra misión es destruir el bolchevismo. ¡El

bolchevismo es el comportamiento hipócrita de los judíos! ¡Tenemos que suceder a Rusia!».[27]

A diferencia del que más tarde se convertiría en su ministro de Propaganda, a Hitler le parecía que las maniobras tácticas audaces podían ser útiles en la política exterior. En ese sentido, siguió el ejemplo de Bismarck, que, tanto en calidad de primer ministro de Prusia como de canciller del Reich, siempre dio gran valor al mantenimiento de unas buenas relaciones con Rusia. Sin embargo, aquello por sí solo no servía de argumento, dado que «la Rusia actual ya no es la Rusia de entonces», según comentó Hitler. En *Mi lucha* aseguró que a Bismarck «nunca se le ocurrió establecer por principio una vía política de carácter táctico que durase siempre. En este punto dominaba con tanta maestría el factor momento que nunca se habría atado las manos con semejante compromiso».[*][28] En realidad, aquello era un alegato nada disimulado a favor de la aplicación de la máxima flexibilidad en la política imperialista. No obstante, Hitler escribió, apenas unas páginas más adelante, algo muy propio de él: «Si antes de la guerra aún habría sido posible mantener una relación con Rusia, por mucho que hubiéramos tenido que hacer de tripas corazón, eso hoy ya no es posible.[*][29]

Aun cuando en *Mi lucha* haya algunas frases aisladas con las que, llegado el caso, se podría justificar el pacto entre Hitler y Stalin, lo cierto es que se trata de excepciones. Por eso, era lógico que la colaboración de los nacionalsocialistas con la dictadura bolchevique quedara obsoleta tras la incursión de la Wehrmacht en su aliada, la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, con la que se llegó precisamente a la situación que los dirigentes nazis habrían querido evitar, después de haber vivido la guerra mundial de 1914 a 1918: «Desde luego, lo último que necesitamos es una guerra en dos frentes», había anotado, por ejemplo, Goebbels en su diario en 1939. «Ahora las potencias occidentales se convertirán en nuestros enemigos.»[30] Un año y medio más tarde, Francia había sido derrotada, no así el Reino Unido. A pesar de ello, Hitler renunció al pacto con Stalin sin que existiera ningún motivo concreto para ello. Es cierto que aquel acuerdo había supuesto una merma para su credibilidad, pero también le había

abierto varias vías estratégicas. Una vez más, la ideología había ganado a la política práctica.

«La higiene racial»

En el segundo volumen de *Mi lucha*, Hitler se refirió en varias páginas a la «higiene racial». Sus tesis culminaban con la formulación de la que había de ser la principal labor del estado *völkisch* en este sentido: «Debe velar por que solo tenga hijos quien esté sano, ya que solo existe una vergüenza: traer hijos al mundo a pesar de las propias enfermedades y taras. Y existe un honor máximo: renunciar a hacerlo. También es condenable la actitud contraria, es decir, privar a la nación de hijos sanos».[31] En los años veinte aquella no era en modo alguno una idea original, sino que se trataba de la opinión dominante en un importante sector de los biólogos genetistas y los expertos en genética humana de Europa y Estados Unidos. En 1932, varios biólogos de Prusia no vinculados al Partido Nacionalsocialista habían propuesto un borrador de ley para que se esterilizara a las personas que padecían una enfermedad hereditaria, siempre que se prestasen a ello voluntariamente. Los impulsores de aquella idea fueron Hermann Muckermann, un estricto católico, y Richard Goldschmidt, un judío alemán plenamente integrado en la sociedad. Ambos tenían poco o ningún interés por el nacionalsocialismo. De hecho, después de 1933 los dos perdieron sus cátedras.

La idea de Muckermann de una legislación sobre la eugenesia sirvió como base para el proyecto de la Ley de Prevención de Descendencias con Enfermedades Hereditarias, que el gobierno del Reich adoptó el 14 de julio de 1933. La diferencia fundamental entre el borrador original y el texto aprobado era la introducción de un apartado que establecía que no solo los afectados o sus representantes legales podían solicitar la esterilización, sino también el médico de la Administración pública competente o el director del establecimiento sanitario en el que se encontrasen los enfermos. En la práctica, los tribunales especiales encargados de las cuestiones de salud

hereditaria ordenaron, sobre la base de ese tipo de solicitudes, la mayoría de las aproximadamente trescientas cincuenta mil esterilizaciones que se llevaron a cabo hasta 1945. En calidad de funcionarios o empleados de los servicios públicos, los médicos de la Administración y los directores de establecimientos sanitarios estaban obligados a cumplir los encargos de las autoridades públicas, cuya orientación política se formulaba claramente en la exposición de motivos de la Ley: «La pérdida progresiva de una valiosa masa hereditaria tendrá como consecuencia una grave degeneración de todos los pueblos que presentan un importante desarrollo cultural. En la actualidad, son muchos los sectores que exigen que se promulgue una ley de prevención de descendencias con enfermedades hereditarias para eliminar la herencia de menor valor biológico. De este modo, la esterilización permitirá limpiar poco a poco todo el cuerpo del pueblo y erradicar los factores hereditarios enfermos».[32] Aquellas apreciaciones se basaban directamente en lo que había defendido Hitler: «Si se impide durante seiscientos años la capacidad y la posibilidad de reproducción de las personas físicamente degeneradas o mentalmente enfermas, no solo se liberará a la humanidad de una inmensa desgracia, sino que también se contribuirá a un restablecimiento de la salud que hoy nos parece prácticamente inconcebible».[*][33] No está claro por qué en este punto Hitler hablaba de veinte generaciones biológicas, en lugar de las dos que mencionaban los «científicos» de la «higiene racial» de su época. Tal vez se trataba de un malentendido o de un error de comprensión durante la lectura.

Un folleto explicativo de esta «ley de salud hereditaria», muy difundido por aquel entonces, empezaba precisamente con una cita de *Mi lucha*: «Quien no es sano y digno física y mentalmente, no debe perpetuar su sufrimiento en el cuerpo de su hijo».[*][34] En realidad, el endurecimiento del borrador de la ley se debía directamente a la voluntad de Hitler, que ya en el primer volumen de su obra había escrito: «El imperativo de hacer imposible a los seres defectuosos la procreación de una descendencia también defectuosa es un imperativo de la más clara razón y significa, en su aplicación sistemática, la más humana acción de la humanidad. Ahorrará sufrimientos a millones de seres inocentes».[*][35] Sin embargo, en los

discursos que pronunció hasta 1933 rara vez se refirió a este tema. En realidad, solo lo hizo expresamente el 10 de octubre de 1928: «Nosotros, los nacionalsocialistas, estamos a favor de que, por ejemplo, todos los criminales y las personas incurables, incluso las incurables desde el punto de vista mental, se esterilicen».[36] De ello cabe deducir que las tesis de *Mi lucha* fueron lo que llevó a introducir la esterilización forzosa. Hay pruebas de que biólogos especializados en cuestiones raciales y expertos en genética humana de primer orden, como Fritz Lenz, conocían estos pasajes. De hecho, ya en 1930 este científico había comentado en un artículo: «Dado que Hitler habla de "millones de seres inocentes", cabe pensar que no está exigiendo la esterilización únicamente para casos extremos, cuyo efecto sería prácticamente insignificante para la recuperación de la raza, sino que piensa extenderla a toda la población que presenta menor valor».[37] Tanto Lenz, que sustituyó en 1933 a Muckermann —despedido por motivos políticos—, como sus compañeros eran conscientes de la envergadura que iban a tomar las esterilizaciones.

Gaseamientos masivos

Uno de los pasajes de *Mi lucha* que a buen seguro más se han citado después de 1945 pertenece al último capítulo: «Si al principio de la guerra y durante toda la contienda se hubiese expuesto a un gas tóxico a doce mil o quince mil miembros de este pueblo hebreo degenerado, como se expuso en el frente a cientos de miles de nuestros mejores trabajadores alemanes de todas las clases y profesiones, los millones de víctimas de la campaña militar no habrían caído en vano. Todo lo contrario. Liquidar a tiempo a doce mil canallas tal vez podría haber salvado la vida de un millón de alemanes decentes y de gran valor para el futuro».[*][38] Historiadores, periodistas y, sobre todo, multitud de aficionados interesados en esta materia ven aquí un vínculo directo con los campos de exterminio nazis, especialmente los de la Polonia ocupada.[39] Y parece lógico, en vista del «innovador» método —el gaseamiento con monóxido de carbono o con

Zyklon B, un compuesto a base de ácido cianhídrico— con el que se asesinó a casi la mitad de los aproximadamente seis millones de judíos que fueron víctimas del delirio racial. Sin embargo, antes de 1945 prácticamente nadie reparó en aquel pasaje. Uno de los pocos que sí lo hicieron fue Wilhelm Knevels, un teólogo evangélico de Baden que se fijó en aquellas frases, aunque pasó por alto la orientación antisemita de las mismas.[40]

En realidad, aquel pasaje de *Mi lucha* no tuvo nada que ver con el método que se empleó en los principales campos de exterminio (Auschwitz, Treblinka, Bełżec, Sobibor, Chełmno [también conocido como Kulmhof] y Lublin [o Majdanek]). No cabe duda de que Hitler deseaba el exterminio masivo de los judíos europeos. Desde luego, lo anunció en repetidas ocasiones, especialmente en el discurso que pronunció ante el Reichstag el 30 de enero de 1939: «Si el judaísmo financiero internacional consigue, dentro y fuera de Europa, volver a arrastrar a los pueblos a una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización del planeta y, con ella, la victoria de los judíos, sino la aniquilación de la raza judía en Europa».[41] Sin embargo, Hitler no se interesaba en absoluto por determinar cómo llevar a la práctica aquella idea. No existe ni un solo indicio de que alguna vez diese instrucciones detalladas a los Einsatzgruppen[*] para que cometieran los gaseamientos o los fusilamientos en masa. Claramente, Joseph Goebbels disponía de mucha más información al respecto: el 27 de marzo de 1942 el ministro de Propaganda dictó a su secretario: «Desde el gobierno General, [*] empezando por Lublin, se está desplazando ahora a los judíos hacia el Este. Para ello, se aplica un procedimiento bastante salvaje e imposible de describir con más detalle. De los judíos no queda gran cosa».[42] El jefe de las SS, Heinrich Himmler, fue el único alto dirigente del Tercer Reich que vio con sus propios ojos los gaseamientos. No en vano, todo el personal encargado de aquellos asesinatos, sin excepción, pertenecía a su organización.

No existen indicios de que los «inventores» de aquel método de exterminio estuviesen pensando en *Mi lucha* cuando se decidieron a implantarlo. Los primeros asesinatos con gas tóxico cometidos en territorio alemán tuvieron lugar en enero de 1940, en la prisión de la ciudad de

Brandeburgo. El Instituto Técnico Criminal de la Oficina Central de Seguridad del Reich había recomendado en un principio el uso de monóxido de carbono muy concentrado, almacenado en bombonas, como el método más adecuado para la ejecución. Con toda seguridad, también se probaron otras sustancias tóxicas, aunque se ignora si entre ellas estaba el gas de guerra, que ya se había utilizado durante la primera guerra mundial. Tras el «éxito» de un «gaseamiento de prueba», se decidió adoptar este procedimiento para acabar con la vida de los enfermos, operación que se denominaba, eufemísticamente, «eutanasia». Probablemente Hitler dio su consentimiento para ello, ya que Philipp Bouhler y Karl Brandt, que eran hombres de su confianza, fueron testigos oculares de las «pruebas». En el siguiente año y medio, más de setenta mil personas con discapacidad intelectual o física, ingresadas en diversos centros sanitarios y asistenciales alemanes, fueron asesinadas por esta vía.

Sin embargo, la aplicación del mismo método a la aniquilación de judíos no tuvo nada que ver ni con Hitler ni con *Mi lucha*. En realidad, la iniciativa partió de Rolf-Heinz Höppner, jurista y responsable de rango medio de las SS, encargado en la Poznań ocupada de la deportación de judíos polacos hacia territorios situados más hacia el Este. El 16 de julio de 1941 envió a su superior, Adolf Eichmann, una nota en la que exponía lo siguiente: «Existe el riesgo de que este invierno no sea posible alimentar a todos los judíos. Debemos plantearnos seriamente si la solución más humana no sería tal vez acabar con aquellos judíos que no estén en condiciones de trabajar, empleando para ello algún medio de rápido efecto. En todo caso, sería más agradable que dejar que se mueran de hambre».[43] Como cinco semanas más tarde dio la casualidad de que Hitler ordenó que se interrumpieran los asesinatos de enfermos ante la aparición de rumores y críticas en Alemania, a partir de principios de septiembre de 1941 el personal de los centros que hasta entonces se habían dedicado a practicar aquellas «eutanasias» quedó disponible para asumir nuevos cometidos. Aproximadamente por aquellas mismas fechas Heinrich Himmler estaba tratando de encontrar algún método de ejecución que a sus hombres de las SS les resultase menos duro que el tiro en la nuca, sistema con el que ya se

había acabado con la vida de cientos de miles de personas, una a una. La propuesta de Höppner para aplicar un exterminio «humano», unida a la disponibilidad de especialistas en «eutanasia» que habían perdido sus puestos de trabajo y a la preocupación de Himmler por sus asesinos en masa, condujo, en el otoño de 1941, a la adopción del gaseamiento como método para el genocidio. En apenas unas semanas, las SS prepararon las infraestructuras para la «solución final de la cuestión judía», el mayor programa de exterminio de la historia mundial. Como no se disponía de una producción industrial de monóxido de carbono lo suficientemente desarrollada como para aplicarlo, se utilizaron camiones o tanques capturados al enemigo, con motores colocados a propósito para que sus escapes sirvieran como gas tóxico. Sin embargo, como la concentración de este gas era inferior, la agonía de las víctimas de las cámaras de gas móviles y fijas fue aún más cruel que la que se vivía en los centros que ejecutaban el programa de «eutanasia».

En el enorme campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau las SS utilizaron para sus asesinatos en masa el pesticida de marca Zyklon B, que se solía usar para desinfectar la ropa. Se podría pensar que se trataba de una consecuencia de aquellos pasajes de *Mi lucha* en los que, una y otra vez, se califica a los judíos de «sabandijas» o «parásitos», pero, en realidad, aquellas acciones no guardaban ninguna relación con el libro.[44] Fue más bien la casualidad la que condujo a aquel método de asesinato especialmente «eficaz»: en la mayoría de los campos de concentración se empleaba constantemente Zyklon B para desinfectar las prendas. Por eso, en Auschwitz se disponía de grandes cantidades de este producto. El comandante de aquel campo, Rudolf Höß, explicó del siguiente modo por qué optaron por tal método: «Teníamos que utilizar el gas, pero ¿cómo? ¿Y qué tipo de gas? Allí descubrimos el gas y también el procedimiento».[45]

Hitler no contribuyó a concretar los detalles técnicos del genocidio, pero es evidente que recibió información de los métodos que se estaban aplicando, como lo demuestra el último documento que redactó en su vida: su testamento político, del 29 de abril de 1945. En él tergiversó cínicamente la realidad: «He dejado muy claro a todo el mundo que esta vez no morirán

de hambre millones de hijos de europeos de los pueblos arios, no perderán la vida millones de hombres adultos, no se quemarán ni perecerán en los bombardeos de las ciudades cientos de miles de mujeres y niños sin que los verdaderos culpables expíen su falta, aun cuando sea con medios más humanos».[46] Pero la muerte por gas, ya fuera con monóxido de carbono o con Zyklon B, no tenía nada de humano.

Mi lucha no contiene un programa político detallado que Hitler ejecutara, punto por punto, una vez que conquistó el poder. El libro era completamente inadecuado para ello, incluso por su propia estructura. El Tercer Reich y sus criminales no siguieron un «plan maestro» que hubiese formulado en la prisión de Landsberg quien más tarde se convertiría en un dictador. Sin embargo, Hitler plasmó en su libro —con su característica tendencia a saltar de una idea a otra— los principios de su ideología, que, pese a los numerosos desvíos tácticos o pragmáticos que se dieron en ciertas cuestiones puntuales, constituyeron, en general, la base de la política que aplicó a partir de 1933.

En el extranjero

> En la prensa y los medios [británicos] estaba muy extendida la opinión de que no había que tomarse en serio *Mi lucha*, puesto que se trataba, según se decía, del panfleto de un presidiario amargado.
>
> DETLEV CLEMENS, historiador[1]

Una ayuda profesional

Quien está urdiendo un malvado plan, suele mantener su proyecto en el más estricto secreto. Y cuando no puede hacerlo, por ejemplo porque se ve obligado a levantar la moral de sus propios seguidores, se preocupa al menos de que sus enemigos potenciales no se enteren de demasiados detalles y, a ser posible, reciban información a cuentagotas. Muchos de los corresponsales destinados en Berlín en los años anteriores a la guerra creyeron en esta sencilla y convincente máxima. Aquella idea circulaba por los ambientes de la prensa extranjera en la capital del Reich. Solo unos pocos observadores consiguieron evitar caer en esta trampa: «Mucho de lo que está ocurriendo aquí y de lo que ocurrirá en el futuro puede conocerse en el extranjero leyendo *Mi lucha*, biblia y corán del Tercer Reich», escribió en su diario, el 27 de septiembre de 1937, William L. Shirer, corresponsal de la emisora neoyorquina de radio CBS. Y añadió: «Sorprendentemente, sin embargo, no existe ni una sola traducción razonable al inglés o al francés. Hitler tampoco permitirá que la haya: al leerla, muchos en Occidente podrían sentirse conmocionados».[2]

Sonaba bastante lógico. De hecho, en el momento en que el reportero estadounidense escribía esta reflexión aún no se disponía de ninguna edición completa en lengua inglesa. También la mayor parte de las traducciones a otras lenguas —italiano, portugués, castellano o húngaro, entre otros idiomas— que se habían publicado hasta la fecha eran versiones más o menos abreviadas.[3] Sin embargo, a diferencia de lo que suponía Shirer, detrás de aquello no había ninguna estrategia calculada. O, desde luego, no la que él había supuesto. En realidad, no solo existían traducciones completas al danés o al sueco, por ejemplo, sino que, además, había muchos extranjeros políglotas en Berlín que habrían podido traducir sin ningún problema aquellos pasajes que se habían omitido en las ediciones en otros idiomas y dar a conocer así el contenido de la obra en sus países de origen. El Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels no podría haber hecho nada para evitarlo, por mucho empeño que pusiera en vigilar a los corresponsales internacionales acreditados y en orientar sus opiniones. Desde 1933, la edición alemana de *Mi lucha* podía encontrarse prácticamente en cualquier librería del país. Nada impedía a los visitantes adquirir un ejemplar y difundir fragmentos de la obra en sus propios países. Pero hasta ese año fueron pocos los que lo hicieron, y esos pocos tampoco provocaron un efecto significativo en la opinión pública del Reino Unido, de Francia o de Estados Unidos.

A diferencia de lo que suponía —con toda lógica— Shirer, Hitler tenía mucho interés en que su libro se conociera fuera del área lingüística germana, siempre y cuando él mantuviera el máximo control posible sobre la situación y ganara, además, una buena suma de dinero. Ya en 1925 y en 1927 la editorial Eher solicitó protección en Estados Unidos para el título de la obra. También pidió que, llegado el caso, se le garantizase el beneficio de los derechos de autor. Un año más tarde, Curtis Brown, una agencia literaria británica, se ofreció a velar por los derechos sobre *Mi lucha* en todo el mundo. Se ignora de quién partió aquella iniciativa. Sea como fuere, en 1928, Cherry Kearton, directivo de la histórica empresa, se hizo en Alemania con un ejemplar de la obra, que se llevó a Londres. Allí intentó despertar el interés de los editores británicos por el libro, pero no tuvo éxito.

Era algo previsible, si consideramos lo insignificante que era por aquel entonces para la opinión pública el Partido Nacionalsocialista: en las elecciones al Reichstag que se celebraron a finales de mayo de 1928, la formación obtuvo un decepcionante 2,6 % de los votos. ¿Quién podría querer publicar el texto del jefe de un pequeño partido cuyo libro se vendía tan poco en Alemania? Ante la falta de perspectivas, Kearton cesó en su empeño, al menos por el momento. Los dos volúmenes que había comprado acabaron cogiendo polvo en un almacén. La situación no cambió cuando, en las siguientes elecciones al Reichstag, celebradas a mediados de septiembre de 1930, el Partido Nacionalsocialista obtuvo un resultado aplastante y se convirtió en la segunda formación política más importante de Alemania: para el mercado literario en lengua inglesa, *Mi lucha* seguía careciendo de atractivo, aun cuando, entretanto, las ventas de la edición alemana se hubiesen disparado.

Fue el nombramiento de Hitler como canciller del Reich lo que lo cambió todo. Tan pronto como los periódicos londinenses de la mañana difundieron la noticia el 31 de enero de 1933, Cherry Kearton se abalanzó sobre el teléfono. Por aquel entonces trabajaba ya en la famosa editorial Hurst & Blackett, pero su antiguo asistente seguía en Curtis Brown. Kearton fue al grano: le preguntó si su editorial podía comprar los derechos de autor. La agencia literaria le exigió entonces un importe de trescientas cincuenta libras, pagaderas de inmediato, así como un porcentaje de cada ejemplar impreso.[4] En total, la cifra que pedía equivalía a unos ocho mil marcos, es decir, más de cuatro veces el sueldo mensual de un ministro del Reich. Una suma enorme, sobre todo si se considera que apenas servía para cubrir los derechos de traducción. Aun cuando se fijase un precio de venta elevado, equivalente a los veinticuatro marcos del original alemán en dos volúmenes, sería necesario vender varios miles de ejemplares rápidamente para abordar el anticipo y los costes de la traducción y la impresión —teniendo en cuenta, además, que de la cifra bruta debían deducirse los porcentajes exigidos, los beneficios de los libreros y los impuestos—. Kearton vaciló, pero su superior se decidió a aprovechar aquella oportunidad. Estaba convencido de que Hitler, al igual que Benito

Mussolini en Italia, se mantendría en el poder. Además, en el Reino Unido la formación fascista de Oswald Mosley estaba ganando terreno. De hecho, en 1933 contaba con hasta cincuenta mil afiliados, y todos ellos, claro, eran compradores potenciales. Así pues, el editor encargó a su empleado que negociara con la agencia Curtis Brown un contrato para la publicación de *Mi lucha* en inglés.

La primera traducción

Mientras la editorial y la agencia estaban todavía poniéndose de acuerdo sobre los detalles, a Cherry Kearton se le presentó una oportunidad inesperada para reducir costes. Un día de abril de 1933 apareció en su despacho Edgar Dugdale, que le ofreció, para su sorpresa, su propia traducción (abreviada) de *Mi lucha* al inglés, por la que, además, no pedía nada, porque ya se la habían pagado unos editores alemanes. Como, de todas formas, Kearton quería adquirir oficialmente los derechos correspondientes, era necesario que la editorial Eher diese el visto bueno a aquella traducción. Así pues, se encargó de averiguar —a través de Hans Wilhelm Thost, el corresponsal en Londres del *Völkischer Beobachter*— que la parte alemana no tenía ninguna objeción importante que hacer frente a Dugdale.

Aquel altruista traductor formaba parte de la clase alta británica. Nacido en 1876 y educado en un ambiente bilingüe, estudió en los elitistas centros de Eton, en Windsor, y Balliol, en Oxford; sirvió como oficial durante la primera guerra mundial y arruinó su salud en las trincheras, por lo que tuvo que pasar el resto de la contienda en el departamento encargado de censurar las cartas del ejército británico. A partir de 1918 trabajó principalmente como traductor para clientes como el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reino Unido.[5] Nunca explicó ni cuándo ni por qué había decidido traducir la obra de Hitler. Probablemente fue su mujer, Blanche, quien le dio la idea, allá por septiembre de 1930. De hecho, poco después del éxito del Partido Nacionalsocialista en las elecciones al Reichstag, ella le escribió:

«Esta semana he leído que Hitler ha escrito una especie de autobiografía. Estoy segura de que, si todavía no se ha traducido, habrá alguna editorial que se interese por ella. Pero no tengo más información al respecto». Blanche Dugdale, sobrina del ex primer ministro británico Arthur Balfour y muy comprometida con organizaciones prosionistas, no era en modo alguno sospechosa de simpatizar con el nacionalsocialismo. Muy claro debía de tenerlo también su marido, ya que ella misma le escribió, como justificación de su propuesta: «Todo el mundo se interesa ahora por Hitler, especialmente —lo cual es muy doloroso— los judíos, ya que el antisemitismo forma parte del programa nacionalsocialista».[6]

Sin embargo, el odio hacia los judíos no era lo que despertó el interés de Dugdale. Al menos, no en un primer momento. En octubre de 1931 anunció a los lectores británicos, a través de un artículo sobre el «National Socialism in Germany» («Nacionalsocialismo en Alemania»), que estaba trabajando intensamente en *Mi lucha*. En su texto, el antisemitismo aparecía relegado a un segundo plano dentro de la ideología nazi. A Dugdale le parecían mucho más importante las ideas de Hitler acerca de la política exterior, que resumió con acierto: para el *Führer*, Francia era el eterno enemigo de Alemania, mientras que Inglaterra e Italia constituían sus aliados naturales. Describió con concisión dos de los principios fundamentales del autor: la responsabilidad personal del *Führer* con respecto al futuro de Alemania y la tarea de perfeccionar la «raza alemana». En su opinión, el mensaje de *Mi lucha* había «calado profundamente en la nación alemana, que está dispuesta a aceptar cualquier idea que se le exponga con energía».[7] Que Dugdale no hiciese más hincapié en los ataques de Hitler contra los judíos, a pesar de su manifiesta actitud prosionista, es, desde luego, todo un misterio. Cabe pensar que aquel antiguo oficial de la primera guerra mundial quería evitar el error de repetir la propaganda difamatoria de 1914, cuando la prensa británica exageró de tal forma los crímenes de guerra de los alemanes en Bélgica que el público perdió la confianza en ella y ni siquiera se creyó los relatos objetivos de los abusos que se habían cometido realmente. La prudencia que se había acumulado a partir de aquella experiencia marcó, quince años más tarde, muchas de las informaciones que

publicó la prensa inglesa acerca del ascenso del Partido Nacionalsocialista. En ellas no se tomaban al pie de la letra las amenazas concretas de Hitler y sus seguidores.

También Hurst & Blackett mantuvo este mismo comportamiento para no perjudicar las ventas de la edición inglesa: al fin y al cabo, ¿quién querría comprar el libro de un loco? Sin embargo, estas reservas no eran suficientes para Cherry Kearton: por si acaso, entregó una copia de la traducción de Dugdale a Hans Wilhelm Thost, el corresponsal del *Völkischer Beobachter*, que se llevó a Alemania aquel legajo para realizar las oportunas comprobaciones. Al cabo de un tiempo, llegó la versión revisada y autorizada para la impresión. El texto se había abreviado aún más: de las setecientas ochenta y dos páginas con las que contaba la edición a precio popular de *Mi lucha*, solo quedaron unas doscientas cincuenta en inglés. No está claro qué omisiones se debieron a Dugdale y qué otras respondían a las exigencias de la editorial Eher, del Ministerio de Propaganda o, tal vez también, de la Cancillería del Partido Nacionalsocialista. En cualquier caso, desaparecieron muchos pasajes especialmente desagradables, como, por ejemplo, las afirmaciones sobre la «vergüenza de la raza» del capítulo once del primer volumen: «El joven judío de cabello oscuro espía durante horas, con una expresión de satánica alegría en su rostro, a la ingenua muchacha, a la que mancilla con su sangre y arrebata a su pueblo. Trata por todos los medios de corromper las bases raciales del pueblo al que quiere someter».[*] La descripción que hizo Hitler del «bolchevismo judío» tampoco está presente en la traducción abreviada de Dugdale. No se encuentra ni una sola palabra acerca de la brutalidad del régimen soviético, cuyo supuesto fin es el de «asegurar ... a una caterva de judíos, literatos y bandidos de la Bolsa, la hegemonía sobre todo un pueblo».[8] Pero también la extensísima descripción de la juventud de Hitler y la impronta de Viena se redujeron en hasta un 85 % en la traducción que se imprimió finalmente. Los capítulos en los que menos pasajes desaparecieron eran los relativos al nacimiento del Partido Nacionalsocialista, a las causas del hundimiento del imperio alemán en

1918 y a las SA, aunque también en este caso la versión inglesa recogió como máximo entre una tercera parte y la mitad del texto original.

Pese a todo, la traducción contenía suficientes ataques antisemitas, aunque es verdad que, en un primer momento, los lectores podían tener la impresión de que se trataba en su mayoría de opiniones racionales. Además, se habían atenuado convenientemente a través de la hábil estrategia cosmética que se había aplicado a la hora de traducir. Un ejemplo característico de ello es la descripción general que Hitler presenta del «pueblo judío», que en la versión de Dugdale se torna prácticamente en reconocimiento: «El antípoda del ario es el judío. Prácticamente no hay otro pueblo en el mundo en el que el instinto de supervivencia se haya desarrollado con mayor intensidad que entre los que se conoce como los elegidos. La mejor prueba de ello es el mero hecho de que esta raza exista. ¿Qué pueblo, aparte del judío, ha experimentado en los últimos dos mil años menos cambios en su idiosincrasia interna, en su carácter, etcétera? ¿Qué pueblo ha sufrido mayores sacudidas que este y, pese a ello, ha salido bien parado de las catástrofes más violentas de la humanidad? ¡Qué voluntad tan infinitamente resistente de vivir, de mantener el género, se manifiesta en estos hechos!».[9]

Críticas y éxitos

Cuando, en octubre de 1933, apareció la traducción abreviada de *Mi lucha* en Londres, a través de Hurst & Blackett, bajo el título de *My Struggle*, y en Boston, a través de Houghton Mufflin, bajo el título de *My Battle*, los críticos valoraron de forma muy dispar la omisión de ciertos pasajes. Henry Wickham Steed, que anteriormente había sido redactor jefe de *The Times*, comentó en el conservador *Observer* que era una proeza haber comprimido las «240.000 palabras que se calcula que presenta el original alemán en unas 93.000 palabras de un inglés con buen estilo», si bien lo que la traducción ofrecía a los lectores británicos eran «habas secas, en lugar del aliento de la frágil vida» del original. Aseguraba que «cualquier nazi

inteligente —si es que existe alguno—, al ver las doscientas ochenta páginas que han quedado en *My Struggle*, tendrá deseos de gritar: "¡Esto es obra de un enemigo!"». En general, se trataba de una «versión inglesa pobre», de una «caricatura» de *Mi lucha*.[10] También un artículo del antiguo periódico de Steed criticaba que el «debilitamiento es intencionado». Sin embargo, en otro texto publicado en la misma página se aseguraba que la «traducción no intenta disimular el antisemitismo de Hitler».[11] En el mismo sentido se expresó en el *New York Times* James W. Gerard, embajador de Estados Unidos en Berlín entre 1913 y 1917: «Incluso en la versión abreviada se encuentran páginas y páginas con ataques contra los judíos».[12]

La gran atención que la prensa dedicó a la obra multiplicó las ventas en el Reino Unido. Desde luego, para Hurst & Blackett publicar el libro mereció la pena. La primera edición, de cinco mil ejemplares de doscientas ochenta páginas, que se vendían a dieciocho chelines cada uno, es decir, a aproximadamente tres cuartos de libra —un precio francamente alto—, se agotó en apenas unas semanas. En vista del poder adquisitivo de la población y del reducido volumen del libro, lo cierto es que, al cambio, resultaba mucho más cara que la primera edición alemana en dos volúmenes. A esta le siguieron siete más, aunque bastante más pequeñas (1.750 ejemplares cada una) y con un precio más asequible (tres chelines y medio), mucho más razonable que el de la edición popular alemana, que, eso sí, era casi tres veces más extensa. A finales de 1933 se habían vendido en total algo más de quince mil ejemplares de *My Struggle*. A finales de marzo de 1934 a esa cifra se sumaron unos tres mil ejemplares más. En lo sucesivo, cada año se publicaron varias ediciones con diferentes características.

También en Estados Unidos se desataron violentas reacciones en la prensa. La revista *American Hebrew* incluso trató de impedir la publicación de la obra, pero no tuvo éxito en su empeño. Nada de aquello, sin embargo, modificó la mala acogida que se brindó a *My Battle*: «Como era de esperar, en vista de los prejuicios de la prensa estadounidense, las críticas, algunas de las cuales me permito presentarles aquí, son, en general, muy negativas»,

informaba el embajador Hans Luther, antiguo canciller del Reich, de tendencia conservadora. Aunque no era en absoluto partidario de Hitler, se sirvió de una explicación típicamente antisemita: «El tono hostil de los artículos es, en parte, el resultado de los temores de la prensa —muy influida por los judíos— de que se vea alimentado por la publicación de la obra ese enojo ante el enorme influjo del judaísmo que, de todas formas, ya existía en Estados Unidos».[13] Pese al interés que despertó en la opinión pública, el artículo no consiguió ni de lejos el resultado que Houghton Mufflin esperaba alcanzar con él. A pesar de que la sencilla edición de *My Battle* apenas costaba tres dólares, que equivalían a 12,60 marcos (o incluso a 7,50 marcos, tras la devaluación del dólar a finales de enero de 1934), de ella apenas se vendieron en el primer semestre trece mil ejemplares en el vasto mercado estadounidense.[14] Parece que Hitler y la Alemania nacionalsocialista despertaban mucho menos interés en el público local que entre los lectores británicos. Era comprensible: a diferencia del Reino Unido y sus intereses políticos, Estados Unidos desempeñaba en *Mi lucha* un papel prácticamente insignificante. En la obra solo se mencionaba a este país, directa o indirectamente, en poco más de seis ocasiones.

Los diplomáticos de Londres

A diferencia del público anglófono de una y otra orilla del Atlántico, el gobierno londinense no dependía de una traducción tan abreviada para hacerse una idea del contenido del libro de Hitler, ya que, como es lógico, la mayoría de los diplomáticos de la embajada de Berlín dominaban a la perfección la lengua alemana. Sin embargo, ninguno de ellos se interesó de verdad por *Mi lucha* antes de que el jefe del Partido Nacionalsocialista se convirtiera en canciller del Reich. La primera mención a esta obra en informes diplomáticos data del 30 de noviembre de 1931, y se trataba tan solo del resumen de una noticia sobre la estructura interna del Partido Nacionalsocialista que había aparecido en la prensa alemana. Saltaba a la vista que el autor de aquella mención, el consejero de embajada Basil

Newton, no se había leído el libro. Lo mismo cabe decir del agregado militar James Marshall-Cornwall, quien, en enero de 1932, citó *Mi lucha*, aunque a través de otra fuente.[15] En general, tanto en la embajada de la Wilhelmstraße como en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico la opinión general era que no había que sobrevalorar aquel éxito de ventas, dado que se trataba de la obra de un presidiario amargado, y no de una serie de opiniones serias que su autor pudiera seguir defendiendo en el futuro. El periodista y experto en política exterior Vernon Bartlett, que disponía de excelentes contactos, reflejó esta posición cuando describió el libro como un «sinsentido» y aseguró que era injusto criticar a Hitler, en calidad de estadista, por algo que había escrito en la cárcel, en los tiempos en los que apenas era un político joven e inexperto que acababa de fracasar en su intento de dar un golpe de estado.[16]

Horace Rumbold, embajador en Berlín con una amplia experiencia, no leyó la obra de Hitler hasta la primavera de 1933. Como diplomático, había conocido la capital del Reich en los momentos inmediatamente anteriores al estallido de la primera guerra mundial, en 1914, y a partir de 1928, cuando ya estaba a punto de jubilarse, ejerció como máximo representante del Reino Unido en Alemania. Rumbold siempre se había mostrado crítico ante el ascenso del Partido Nacionalsocialista, aunque nunca llegó a adivinar realmente lo que aquello entrañaba. A finales de 1929 intentó, con torpeza, explicar el éxito electoral del movimiento de Hitler y de los comunistas utilizando una imagen: «Comparados con los demás, que son orquestas de partido más bien sosas, estos poseen el magnético poder de atracción de una banda de *jazz*».[17] De todas formas, daba por sentado que el jefe de la formación política formaba parte de las fuerzas moderadas del nacionalsocialismo. Por ejemplo, culpó a Hermann Göring de los excesos que se cometieron durante las primeras semanas de gobierno. Aquel embajador no conoció en persona a Hitler hasta mediados de febrero de 1933, con ocasión de una conversación informal. Poco después empezó a leer un ejemplar de la decimoséptima edición popular, que se había publicado a finales de 1932 o principios de 1933. No se sabe si la adquirió antes o después de que Hitler se convirtiera en canciller del Reich.[18]

Hasta aquel momento, los diplomáticos británicos habían considerado que el programa de veinticinco puntos que presentó el Partido Nacionalsocialista en 1920 era, en esencia, el modelo que seguiría Hitler en su política. Sin embargo, *Mi lucha* le hizo comprender a Rumbold que había que dar una interpretación mucho más concreta a la ideología nacionalsocialista. En un informe elaborado a mediados de abril de 1933, es decir, apenas dos semanas después de que las SA pusieran en marcha un boicot contra los negocios de los hebreos que provocó una conmoción en el resto del mundo, el embajador resumió su impresión acerca de la imagen que Hitler tenía de los «judíos», tal y como quedaba recogida en su libro: «Según él, Alemania está cobijando a una raza ajena y es necesario depurar la sangre alemana de esa inmundicia». Añadía que el antisemitismo del Partido Nacionalsocialista era muy diferente de la hostilidad que existía en otros países frente a los judíos. En el caso germano, no se trataba de un rechazo frente a la religión hebrea, sino de racismo. Queda claro que Rumbold había avanzado en su lectura lo suficiente, ya que, aunque normalmente mantenía una actitud prudente en todas sus valoraciones oficiales, en este caso puso de manifiesto con toda claridad que el libro de Hitler estaba cuajado de contradicciones y crasos errores. Concluyó que, en esencia, la intención de Hitler era «alejar» a los judíos de Alemania.[19]

El 26 de abril de 1933, unos días después de enviar aquel informe centrado en el antisemitismo, Horace Rumbold elaboró otro, muy extenso, en el que resumió para el gobierno británico el libro del *Führer*. Titulado «*Mein Kampf* Despatch» («Informe sobre *Mi lucha*»), aquel análisis no solo llegó al primer ministro, Ramsay MacDonald, y a todo su gobierno, sino también al rey y a los representantes de la Commonwealth. El embajador reflejó con acierto muchas de las ideas de Hitler. Por ejemplo, pronosticó que el *Führer* siempre evocaría su voluntad de paz para hacer creer a las potencias extranjeras que él no representaba peligro alguno. Sin embargo, según Rumbold, la paz no le interesaba en absoluto, habida cuenta de que su política exterior, conforme la había descrito en sus discursos y en el propio libro, resultaba «inquietante». El jefe del Partido Nacionalsocialista aspiraba a ampliar el territorio alemán a costa de Rusia y no renunciaría a

este punto crucial de su programa. Por eso, intentaría sumir a sus enemigos «en un sueño muy profundo que le permitiera derrotarlos, uno por uno». Pero antes de eso, Alemania necesitaba unos años de paz para armarse e impedir que una guerra preventiva la dejara fuera de juego. Rumbold lo reconoció con claridad: «No cabe esperar que el canciller y su entorno recuperen la sensatez o modifiquen radicalmente sus ideas». Cuanto más tiempo pasara, más difícil sería hacer una correcta evaluación de lo que estaba ocurriendo en Alemania. El embajador advertía de que Hitler dominaba con maestría la propaganda, y aseguraba: «Manifiesta una comprensión cínica y, al mismo tiempo, muy lúcida de la psicología del pueblo alemán». El «hitlerismo» había explotado el complejo de inferioridad de los alemanes, «pero únicamente a base de imponer a Europa un nuevo estallido del nacionalismo».[20]

El «*Mein Kampf* Despatch» provocó una verdadera controversia en el Ministerio de Asuntos Exteriores británicos acerca de qué dirección iba a tomar en el futuro la política alemana. No obstante, aquello no indujo a mostrar una actitud dura frente a Hitler que pudiera traducirse, en último término, en una intervención militar de carácter preventivo. Robert Vansittart, subsecretario de estado y funcionario de primer nivel, anotó en el ejemplar del informe circular de Rumbold que le daba la impresión de que Alemania estaba tramando desatar tan pronto como le fuera posible una nueva guerra en Europa, así que había que plantearse dar un golpe preventivo. Sin embargo, no logró imponer su idea. Por su parte, el jefe del Departamento de Centroeuropa, Ralph Wigram, propuso, como alternativa, promover un pacto a cuatro entre Italia, Francia, el Reino Unido y la Alemania de Hitler, para que esta última se convirtiera en una potencia al mismo nivel que los otros estados. En esencia, aquello constituiría un precedente de los acuerdos de Múnich de 1938. No obstante, en un primer momento no se optó ni por una posición ni por la otra. La política exterior británica frente al Tercer Reich siguió siendo vaga y acabó inclinándose hacia el concepto del apaciguamiento (*appeasement*). Cuando aquello fue evidente, Wigram cambió sorprendentemente su estrategia de un modo radical y, a partir de entonces, fue proporcionando informes confidenciales

del Ministerio de Asuntos Exteriores a Winston Churchill, político británico que era muy crítico con Hitler y que por aquel entonces estaba fuera de los círculos de poder. El «*Mein Kampf* Despatch» no había tenido el éxito que previó su autor. Sin embargo, en el ámbito interno se lo consideró durante mucho tiempo la «biblia de nuestro conocimiento sobre Hitler».[21]

Nuevas traducciones

Hitler y la editorial Eher no tenían nada contra la idea de que el libro se tradujera íntegramente al inglés. Por el contrario: en 1936 el Ministerio de Propaganda del Reich encargó oficialmente a James Murphy, de origen irlandés, una versión de *Mi lucha* en inglés, nueva y completa. Previamente, el periodista había elaborado en esa lengua una recopilación de discursos de Hitler y una benevolente biografía del canciller del Reich. No obstante, Murphy también tradujo libros de Max Planck y Erwin Schrödinger, ambos ganadores del premio Nobel y críticos con el *Führer*, así como de Emil Ludwig, cuyas biografías formaban parte desde 1933 de los libros que en Alemania estaban destinados a la hoguera. Así pues, en la primavera de 1938 se canceló el encargo de traducción a Murphy porque no se le consideraba «digno de confianza». Con todo, él permaneció en Berlín, donde su mujer ganaba algo de dinero impartiendo clases de inglés.[22] Sin embargo, la distancia que se había creado entre Murphy y el régimen nacionalsocialista era ya insalvable y el británico tuvo que abandonar Alemania en septiembre de 1938. Dos meses más tarde, su esposa regresó por un breve período para recoger una copia de su traducción de *Mi lucha*, que, después de varios enfrentamientos con la editorial Eher, se acabaría publicando en la histórica casa londinense Hurst & Blackett, para sustituir a la versión abreviada de Dugdale, que nunca más volvió a editarse.[23] Los críticos objetaron que en su introducción Murphy mostraba demasiada simpatía por el autor y que se veía que estaba «a favor de Hitler».[24]

A principios de 1939, las editoriales neoyorquinas Reynal & Hitchcock y Stockpole anunciaron que tenían la intención de publicar sus propias

traducciones del libro completo sin celebrar contrato alguno con la casa Eher, alegando que sus derechos sobre la obra eran «nulos»: según ellas, como en el momento en que apareció el libro Hitler era un apátrida, en Estados Unidos se consideraba que no cabía aplicar la legislación alemana en materia de derechos de autor. «Dos editoriales abiertamente judías o controladas por judíos anuncian publicación texto completo *Mi lucha*, Hitler, para febrero», telegrafió el corresponsal en Nueva York de la agencia alemana oficial de noticias. La traducción se encargaría a «profesores de universidades locales de emigrantes» e iría acompañada de comentarios, por lo que su volumen superaría las mil páginas. «Parte de beneficios ventas libro (primera edición, doscientos cincuenta mil ejemplares) se destinará a refugiados alemanes judíos.»[25]

En vista de todo aquello, y pese a que el titular de los derechos en Norteamérica, esto es, Houghton & Mifflin, presentó una demanda que llegó hasta el Tribunal Supremo de Washington, la editorial Eher decidió, a regañadientes, conceder una licencia a la «edición pirata» que le pareció menos mala de las dos. Así, en marzo de 1939 se publicó en Reynal & Hitchcock la traducción de Alvin Johnson y otros, con el visto bueno de Alemania y, oficialmente, «con el consentimiento de Houghton & Mifflin». [26] En cambio, la edición de Stockpole, mucho más crítica, fue prohibida en octubre de 1939 y, ya en última instancia, en agosto de 1940. En la campaña presidencial de Estados Unidos se prefirió no tratar mucho aquel tema, dada la evolución política de Europa y, sobre todo, el estallido de la guerra. Por aquel entonces, la traducción de Johnson contaba ya con diecisiete ediciones y un año y medio más tarde se habían vendido de ella casi doscientos cincuenta mil ejemplares. Otras ediciones muy resumidas e impresas de forma ilegal gozaron aún de más éxito, entre ellas un cuadernillo en pequeño formato, de treinta y dos páginas, con el paradójico título *Mein Kampf-An unexpurgated Digest. Read what Hitler tried to hide from you* («*Mi lucha*: un compendio íntegro. Lea lo que Hitler ha tratado de ocultarle»).[27] La última edición en inglés apareció en 1943, una vez más en Houghton & Mifflin. Para entonces, Hitler ya había declarado la guerra a Estados Unidos. Esta última versión —traducida por Ralph Manheim— es

la que se vende aún hoy de forma oficial en los países anglófonos, a razón de varios miles de ejemplares al año.

En francés, no

A diferencia de lo que ocurría en el Reino Unido y en Estados Unidos, en Francia se tenía una idea muy clara de la amenaza que representaba Hitler. En el segundo volumen de *Mi lucha*, el texto del *Führer* no dejaba lugar a dudas: «El implacable enemigo jurado del pueblo alemán es y seguirá siendo Francia».[*] La «aniquilación de Francia» era «tan solo un medio» para «proporcionar al fin a nuestro pueblo la posible expansión en otro lugar».[28] Sin embargo, al igual que se había hecho en el Reino Unido, en 1932 aún se seguía prestando más atención al programa de veinticinco puntos del Partido Nacionalsocialista que al libro de Hitler. Aunque en aquella época varias publicaciones sobre el jefe de la formación hablaban de *Mi lucha*, la obra no encontró una acogida significativa. Las primeras advertencias de los diplomáticos franceses se pasaron por alto en París. Sin embargo, después de que los nacionalsocialistas accedieran al poder, y bajo la influencia de los numerosos emigrantes alemanes que habían encontrado refugio en París o en el sur del país, Francia empezó a sentirse conmocionada. Los masivos ataques que el nuevo régimen cometió en sus primeros meses captaron toda la atención de la opinión pública, que se olvidó de los posibles objetivos a largo plazo que se había fijado Hitler.

Tal vez fue por eso por lo que un extenso informe de André François-Poncet, embajador en Berlín, no tuvo mayores consecuencias. Aquel documento se envió hacia principios de la primavera de 1933, pero solo se conserva de él lo que escribió el diplomático en sus memorias, poco después de que finalizara la guerra. Con gran sagacidad, François-Poncet resumió lo fundamental de *Mi lucha* y puso en evidencia de forma implacable las carencias de la obra, esto es, el hecho de que prácticamente no aportara pruebas que demostraran ninguna de sus tesis. Describió con acierto los elementos esenciales de su ideología: «Además, en la doctrina de

Hitler y del nacionalsocialismo, el antisemitismo no es algo adicional, un complemento; se trata de una parte esencial, de la clave de bóveda. Para purificar Alemania, para restablecer la pureza de la raza germana y hacerla realidad con una nueva conciencia de su misión, hay que combatir el judaísmo, hay que derribarlo y extirparlo, y no solo en Alemania, sino en cualquier parte en la que se encuentre». Tal era su descripción del odio hacia los judíos. Y acerca de la ampliación del territorio alemán aseguró: «En lugar de malgastar sus fuerzas en la búsqueda de territorios coloniales, Alemania hará acopio de ellas para crear un "espacio vital" en el Este, es decir, tierras que le proporcionen los productos necesarios y complementarios para su existencia».[29] En el lado alemán, la conmoción que había provocado en Francia el nuevo gobierno de Berlín se contemplaba con preocupación. Más o menos por la misma época en la que François-Poncet informaba acerca de *Mi lucha*, la editorial Eher estaba planeando publicar, según Walther Funk, secretario de estado en el Ministerio de Propaganda, una versión abreviada del libro de Hitler en francés. A mediados de junio de 1933, el rumor llegó a oídos del embajador, que lo transmitió a París.[30] Sin embargo, el proyecto nunca se llevó a cabo. A finales de julio Hitler desmintió la noticia y posteriormente volvió a negarse a «editar su libro en lengua francesa».[31]

Ediciones ilegales

Unos meses más tarde, sin embargo, la casa Eher se volvió a plantear la posibilidad de presentar una traducción al francés, después de que, en otoño de 1933, la editorial parisina Haumont hubiese publicado la obra *Hitler par lui-meme d'après son livre* Mein Kampf («Hitler por él mismo, según su libro *Mi lucha*»), del director del Departamento Alemán del Museo-Biblioteca de la Guerra de París, Charles Appuhn. En ella, el traductor, de setenta y un años de edad y con una larga experiencia a sus espaldas, describía, a lo largo de 169 páginas, los objetivos políticos del canciller del Reich, citando sistemáticamente fragmentos de su libro. De acuerdo con el

cotejo que llevó a cabo el Archivo Principal del Partido Nacionalsocialista, Appuhn había traducido de una forma más que correcta el texto original, aun cuando el archivista de la formación, Karl Epting, se empeñase en negarlo: «La traducción es innecesariamente extensa, superficial, imprecisa y, en determinados puntos, incorrecta, como podrán comprobar a partir de la exposición que adjunto».[32] La editorial Eher montó en cólera. Max Amann escribió a Rudolf Heß: «En la obra, según hemos comprobado, se han seleccionado precisamente aquellos fragmentos del libro *Mi lucha* que van a crear, en quien no conozca la edición original, una imagen completamente distorsionada del *Führer*». Con todo, el gerente de la editorial era consciente de que, «de acuerdo con el derecho alemán, el libro es una obra independiente, por lo que aquí no es posible emprender acciones judiciales contra él. Es probable que en Francia ocurra lo mismo. Sin embargo, le rogamos que, al menos, inste al Ministerio de Asuntos Exteriores a elevar una protesta contra la tergiversación intencionada del libro de Hitler en Francia». Inmediatamente, Heß solicitó en una carta al ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Konstantin von Neurath: «Le quedaría muy agradecido si tuviese a bien ordenar que se compruebe si es posible emprender alguna acción contra la publicación del libro en Francia. De ser así, le ruego me informe de los pasos que, llegado el caso, se pueden dar».[33]

Independientemente de la actuación jurídica contra la obra de Appuhn, todo apunta a que su trabajo despertó el interés de Hitler. Desde luego, en su biblioteca particular contaba con una traducción al alemán de aquel libro, escrita a máquina.[34] Debía de tratarse del mismo texto que utilizaron el Archivo Principal del Partido Nacionalsocialista, la editorial Eher y los diplomáticos alemanes como base para su posterior asesoramiento. En el capítulo final, Appuhn escribió, al menos según esa traducción al alemán: «Hemos intentado hallar en este pequeño libro, siempre con la máxima fidelidad y dejándonos guiar en todo momento por el propio Hitler, elementos que nos permitan hacernos una idea de la persona y de su obra». El autor advertía con prudencia: «No sabemos cómo terminará su empresa ni qué huella, grande o pequeña, dejará en la historia. Por eso, nos

abstendremos de emitir cualquier juicio sobre su acción política y los efectos que ya ha provocado y que provocará en lo sucesivo». Con todo, Appuhn analizaba el valor de *Mi lucha*. Sus conclusiones no debieron de gustarle a Hitler. «Hay algo que salta enseguida a la vista: su libro está mal escrito y se encuentra plagado de aburridas repeticiones.»[35]

A principios de marzo de 1934 el libro de Appuhn dejó de suscitar interés, dado que, entretanto, había aparecido en París una traducción completa y claramente ilegal —carecía de la licencia necesaria— de *Mi lucha* bajo el título *Mon Combat* («Mi combate»). «Todos los franceses deben leer este libro»: tal era la consigna que aparecía antes de la introducción del editor y que constituía una cita del mariscal Hubert Lyautey, ministro de Defensa durante la primera guerra mundial.[36] El corresponsal en Francia del *Vossische Zeitung*, un periódico nacional-liberal de la editorial Ullstein —que, aunque ya se había sometido a una «arización», aún era muy odiada en el Ministerio de Propaganda—, informó: «A la pregunta sobre si la traducción del libro es tendenciosa o fiel al contenido no se puede responder sencillamente con un sí o con un no. *Grosso modo*, sin embargo, una vez comparado rápidamente el original con dicha traducción, resulta imposible afirmar que el autor haya traducido el texto de una forma deliberadamente tendenciosa».[37] Para el Ministerio, aquel juicio era motivo suficiente para enviar una orden al resto de la prensa alemana: «En particular, no se deberá difundir la noticia del *Vossische Zeitung*, edición del 6 de marzo de 1934, ya que parte de presupuestos incorrectos. La denominada “traducción” es maliciosamente tendenciosa».[38]

Era evidente que se habían violado los derechos de autor. La editorial Eher envió a un influyente abogado francés a París para que iniciase los trámites judiciales. Al mismo tiempo, en una reunión cara a cara, Hitler encargó al embajador alemán en París que presentase personalmente una protesta ante el ministro de Asuntos Exteriores de Francia.[39] La editorial francesa alegó que *Mi lucha* era «no tanto una obra literaria como el manifiesto de un partido político», por lo que el libro no estaba protegido por la legislación en materia de derechos de autor.[40] Se trataba, al igual

que cualquier discurso ante el Parlamento, de «palabras públicas y de documentos de un hombre de la vida pública».[41] Tras aquellos argumentos se escondía el intento de forzar una humillante comparecencia del autor, Hitler, ante un tribunal francés. Pero no se consiguió. Sea como fuere, en la introducción a la edición, según aseguró un simpatizante nacionalsocialista francés al Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich, se confesaba ya haber cometido una infracción: «Se reconocen las intenciones hostiles de la traducción», decía.[42]

Como la situación jurídica era clara, la sentencia fue inequívoca: dio «la razón al demandante en prácticamente todos los puntos», según informó la embajada alemana en París.[43] En la primavera se confiscaron varios ejemplares de *Mon Combat* y a finales de octubre de 1934 se llevaron a cabo registros en dos librerías parisinas. Sin embargo, la traducción siguió circulando, aunque a un precio muy superior al que se había exigido en un primer momento por el libro original (sesenta francos, que de por sí ya era mucho). Entretanto, se habían lanzado otras ediciones piratas, como la de las Juventudes Socialistas francesas, que seleccionaron varios fragmentos de la traducción íntegra y los publicaron como un cuadernillo de pequeño formato, en 109 páginas. Como en aquel caso no existía ninguna editorial regularmente establecida a la que Eher pudiera denunciar, resultó imposible abrir un procedimiento judicial contra este tipo de difusiones indeseadas.

El Tribunal de lo Mercantil de París calculó que los perjuicios ocasionados con *Mon Combat* se elevaban exactamente a un franco, ya que cabía considerar que aquel litigio había tenido efectos publicitarios que serían beneficiosos si algún día la casa Eher se decidía a publicar su propia edición en francés. De hecho, una prestigiosa editorial de Francia, Flammarion, se había prestado a hacerlo. Si bien en un principio el Reich se planteó la posibilidad de autorizar aquella traducción oficial —un diplomático alemán llegó incluso a comentar que «actualmente el *Führer* tiene la intención de revisar el libro, especialmente en los pasajes que se refieren a Francia»—, meses más tarde llegó el no: Flammarion podía dirigirse directamente a Eher, en lugar de a la embajada alemana. «De todas formas, debemos advertir de que, hasta ahora, la editorial siempre ha

rechazado ese tipo de solicitudes con el argumento de que aún no ha llegado el momento adecuado para editar una traducción en francés.»[44] Y así se quedó la cosa.

Una selección matizada

A principios de 1935, como muy tarde, la negativa de Hitler a autorizar una traducción al francés se reveló como un error. El ministro plenipotenciario alemán en la capital de Etiopía, Adís Abeba, informó de una reunión que había mantenido con el emperador Haile Selassie y otras personas acerca de la política de Alemania con respecto a los judíos y las relaciones con la casa Hohenzollern. El jefe del estado Etíope solicitó que se le enviara material propagandístico en francés y pidió un favor más: «Se ha interesado especialmente por el libro del *Führer*, *Mi lucha*, y pregunta si se podría traducir para él a la lengua francesa». El ministro plenipotenciario le propuso proporcionar aquel material, aunque en lengua inglesa, que «entenderá su ministro de Asuntos Exteriores y sus familiares».[45] Los documentos conservados no permiten determinar si se facilitó a Haile Selassie un ejemplar de la edición inglesa abreviada de *Mi lucha*, dado que en aquel momento no existía ninguna traducción autorizada al francés. En cualquier caso, después del ataque de la Italia fascista contra su país en 1936, el emperador de Etiopía se puso del lado de las potencias occidentales, y ello a pesar de que el Reino Unido y Francia apenas ejercieron presión alguna sobre Benito Mussolini, ya que temían provocar con ello que este acabase dependiendo exclusivamente de Hitler.

En mayo de 1938 la confusión en torno a otra edición francesa de *Mi lucha* volvió a generar inquietud en el Ministerio de Propaganda. Una agencia de prensa berlinesa había informado desde París de que el libro de Hitler se había «difundido enormemente» entre los obreros franceses. De inmediato, el Ministerio indicó a las redacciones de los periódicos alemanes: «No se debe interpretar esta información en el sentido de que el proletariado francés apoye con total entusiasmo el nacionalsocialismo». En

realidad, «por el momento no existe ninguna edición autorizada en francés de este libro. La existente, que solo recoge algunos fragmentos de *Mi lucha*, es muy tendenciosa». Se ve que el aparato de Goebbels daba por sentado que tras la confiscación de la traducción completa, en 1934, todos o casi todos los ejemplares se habían destruido. Por eso, solo le cabía en la cabeza que la información llegada desde París se refiriese a la obra de Charles Appuhn: «En consecuencia, les rogamos que se abstengan de aceptar esta información, que, según parece, ha lanzado la propia Francia».[46]

No fue hasta el verano de 1938 cuando apareció una publicación autorizada, de apenas 345 páginas, bajo el título *Ma doctrine* («Mi doctrina»). No tenía prácticamente nada que ver con el texto de Hitler. En realidad, se trataba de una sucesión de extensas citas de *Mi lucha* y de ciertos discursos del *Führer*, organizadas por temas. El primer capítulo, por ejemplo, se componía de pasajes procedentes de once páginas del original, extraídas sobre todo del capítulo tres del primer volumen, pero también de la página dos del segundo volumen.[47] Los dos redactores y el traductor se jactaban de haber mejorado y actualizado el texto de Hitler: «*Mi lucha* se escribió entre 1924 y 1926. Desde entonces, el canciller Hitler ha introducido, a través de multitud de discursos y proclamaciones, diversos elementos en la ideología nacionalsocialista que completan, desmienten o reemplazan las doctrinas establecidas en *Mi lucha*, con el fin de reflejar la evolución de los poderes económicos y políticos que ha tenido lugar en el mundo».[48] Los diplomáticos alemanes en París reaccionaron irritados. El conde Johannes von Welczeck, embajador, solicitó que se le diesen «instrucciones sobre cómo debía proceder».[49]

Era cierto que *Ma doctrine* transmitía una idea de la ideología nacionalsocialista muy diferente de la que se desprendía del libro de Hitler. Por ejemplo, se suprimían muchos ataques contra Francia. Y, aunque no se eliminaron todos los pasajes que los franceses podían considerar ofensivos, los que se conservaron se matizaron mucho. Por ejemplo, no se decía ni una sola palabra sobre el objetivo de aislar a Francia a través de una alianza entre Alemania, el Reino Unido e Italia. También se borraron buena parte de las duras críticas al pacifismo, así como la oposición entre el carácter

«infinitamente humano, en realidad», del tratado de paz de Brest-Litovsk, firmado entre la Alemania imperial y la Rusia bolchevique en 1918, y la «inhumana crueldad» del tratado de Versalles, de 1919.[50] A diferencia del público alemán, esta comparación no habría encontrado aceptación en ningún francés que se interesara por la política. Todos ellos sabían, por lo general, que el tratado de Versalles era muy exigente, desde luego, pero mucho menos que el de Brest-Litovsk.

Los pasajes antisemitas se habían abreviado considerablemente, pero no por ello sonaban menos duros. Hitler no podía ni quería en modo alguno ocultar la política abiertamente antijudía del Tercer Reich. Todo lo contrario: su intención era ganar antisemitas también en otros países. Un exiliado alemán publicó una reseña de *Ma doctrine* en la revista *Das Neue Tage-Buch*. En ella llegaba a una conclusión desalentadora: «Sin quererlo, los traductores han hecho el mayor de los favores al original. El desagradable alemán de *Mi lucha*, que muestra en cada línea una ausencia total de consideración por las normas y la tradición de la lengua germana, se ha convertido aquí en un francés correcto. Así, una de las principales características del texto desaparece desde el primer momento».[51]

En todo el mundo

La editorial Eher no adoptó una postura única ante las traducciones a idiomas diferentes del inglés y el francés. Puede ser lógico que autorizara versiones completas al danés y al sueco, ya que, de acuerdo con las ideas nacionalsocialistas, los escandinavos eran «nórdicos». En cambio, hasta la segunda guerra mundial no existió ningún interés en traducir la obra al rumano y al búlgaro, pese a que ambos estados balcánicos formaban parte de los aliados del Tercer Reich. En cambio, en Hungría, muy unida a la Alemania de Hitler, no se puso ningún reparo a que se publicara una edición bajo el título *Harcom* (que es la traducción literal de *Mi lucha*).[52] La editorial no emprendió acciones judiciales contra una traducción no

autorizada al checo, aunque hizo que el periódico del partido, el *Völkischer Beobachter*, informara con gran indignación de lo ocurrido.[53]

Tampoco hubo objeciones frente a las versiones en árabe. En marzo de 1934, el periódico de Beirut *Al-Nidda*, la voz de los nacionalistas sirios contrarios a Francia, presentó su propia traducción de fragmentos de la edición abreviada en inglés. A partir de abril, el diario de Bagdad *Al-Alam-Ul-Arabi*, por su parte, publicó en 117 entregas la traducción al árabe de la versión de Dugdale. Como informó el ministro plenipotenciario alemán en Bagdad, *Mi lucha* fue leída «por el público árabe local con el máximo interés, cuando no con entusiasmo».[54] De aquellas entregas se enviaron varias muestras a Múnich, a la editorial Eher, para que esta casa las conservase en sus archivos.[55] En noviembre de 1936, el Ministerio de Propaganda envió al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán el manuscrito de una traducción completa al árabe de *Mi lucha* y solicitó «someterla al examen» de un especialista en esta lengua. Además, informaba que, de todas formas, Hitler solo estaría de acuerdo con su publicación si «en la traducción se omiten aquellos fragmentos que, dada la situación política actual y los sentimientos de los pueblos árabes, no parezca adecuado traducir y, antes de reunir los textos definitivos, se le presenta un nuevo informe sobre el asunto».[56] En cualquier caso, cuando se examinó la traducción abreviada, se juzgó que no era «adecuada para su publicación».[57]

A principios de 1936 apareció una traducción de varios extractos de la edición inglesa al chino, muy abreviada a su vez: en ella se habían suprimido aquellos pasajes que no eran «de interés general» y también todas las referencias autobiográficas.[58] Después de reflexionar varios meses, Hitler denegó el permiso para editar una versión oficial en japonés: el canciller del Reich no la consideraba «ni pertinente ni necesaria», según comunicó el Ministerio de Propaganda al Ministerio de Asuntos Exteriores.[59] Pese a todo, en 1938 apareció una traducción al japonés. No contaba con la autorización de la editorial Eher, pero sí con el apoyo del gobierno nipón: de hecho, el ministro de Justicia y el influyente secretario de estado asignado al ejecutivo japonés colaboraron en esta obra, escribiendo su

introducción. El texto seguía la edición estadounidense de 1933. Ante las protestas de la embajada alemana, la editorial alegó un particular argumento: no se les había pasado por la cabeza que estuviesen violando los derechos de autor porque en Japón no se respetaban los derechos de las ediciones de Estados Unidos. Con todo, estaban dispuestos a pagar un porcentaje de los beneficios: un 10 % en el caso de los mil primeros ejemplares vendidos y un 7,5 % en los posteriores. A la casa Eher le pareció que la propuesta era inaceptable, pero unos días más tarde la embajada de Tokio anunció que no se volvería a editar la versión abreviada en japonés. Entretanto, se habían vendido de ella tres mil libros.[60] En la India aparecieron a principios de 1937 varios cuadernillos con extractos de la traducción al inglés de *Mi lucha*, editados en diferentes dialectos regionales. La casa Eher no se enteró de aquello hasta que no recibió varios informes consulares, además de la consulta de un simpatizante, que le proponía una edición más, en lengua birmana. Todas ellas, desde luego, eran ediciones pirata. El departamento correspondiente del Ministerio de Asuntos Exteriores se dirigió en repetidas ocasiones a Hitler para saber cómo proceder. El *Führer* se negó a autorizar las publicaciones. No tenía «ningún interés en ninguna edición india de su obra».[61] Sin embargo, tampoco fue posible iniciar ninguna acción contra las versiones que ya estaban en circulación.

Sin duda, el traductor de *Mi lucha* más célebre es Grigori Zinóviev, líder bolchevique durante la revolución rusa y presidente de la Internacional Comunista durante un tiempo —aunque en 1927 fue destituido, expulsado del partido y deportado—. Comenzó a traducir al ruso el libro de Hitler en 1932. Probablemente terminó su versión del primer volumen entre finales de 1932 y principios de 1933. En cualquier caso, fue el 23 de febrero de 1933 cuando le devolvieron, ya revisada, su traducción, escrita a máquina. Como es evidente, aquel bolchevique se enfrentó a no pocas dificultades. Dudaba entre si debía verter *Mi lucha* al ruso de la forma más fiel posible al original o bien elaborar una versión que resultase más comprensible: «Hitler no habla y escribe como la gente normal, sino como una pitonisa, de forma enigmática y oscura. A veces formula un tema de un modo correcto

desde el punto de vista lingüístico, sobre todo cuando se trata de hablar de los grupos sociales o de “filosofar”. Pero otras veces a Hitler le interesa que sus manifestaciones adopten una forma conscientemente intrincada, que deje margen para diferentes interpretaciones».[62] Aunque Zinóviev se equivocaba al juzgar la intención del autor, sí que acertaba al identificar el problema al que se enfrentan todos los traductores de *Mi lucha*. La edición rusa se publicó, según parece, a finales de 1933. Se dice que Stalin la leyó detenidamente y anotó comentarios en el ejemplar que manejaba. En cualquier caso, al traductor aquel proyecto no le trajo suerte: en 1936, Grigori Zinóviev, que en su momento fue un importante funcionario del incipiente Partido Comunista de la Unión Soviética, se convirtió en víctima de las purgas estalinistas.

La época de éxito mundial de *Mi lucha* fue, en esencia, la comprendida entre 1933 y 1941. En vida de Hitler se vendieron por lo menos un millón de ejemplares de esta obra en todas las lenguas a las que se tradujo. Y estamos hablando tan solo de las versiones que reproducen como mínimo la mitad del original. La cifra en sí es, sin duda, elevada, pero, si se la compara con las ventas que se registraron en Alemania, parece más bien decepcionante: en todo el mundo las adquisiciones apenas llegaron al 10 % del volumen de ventas que se alcanzó en el Tercer Reich.

Polémicas

> La Consejería de Hacienda de Baviera no tiene ni idea de en qué consiste *Mi lucha*. A sus juristas no les he oído ni una sola declaración con conocimiento de causa.
>
> HANS MOMMSEN, historiador[1]

Una situación jurídica indiscutible

Lo que es cierto en un momento dado no tiene por qué serlo eternamente. Las circunstancias cambian, y solo quien lo reconoce, analiza su comportamiento y lo adapta en consecuencia puede mantener su credibilidad. Quien, por el contrario, se aferra con testarudez a las decisiones que adoptó en una ocasión y se niega rotundamente a corregir su punto de vista corre el riesgo de verse sobrepasado por la realidad. El veneno de la ideología nacionalsocialista podía seguir causando estragos incluso después del final del Tercer Reich, en 1945, y las potencias vencedoras de la segunda guerra mundial lo sabían muy bien. Sin embargo, dado que la desnazificación de Alemania, al igual que la desmilitarización, la descentralización y la democratización, tenía una especial relevancia en la política de ocupación pactada, la cuestión de la postura que debía adoptarse en lo sucesivo ante *Mi lucha* no era una de las tareas más urgentes, aunque sí una de las más importantes.

Ya en 1945 el gobierno militar estadounidense de Baviera, basándose en el derecho de ocupación, arrebató al Partido Nacionalsocialista todo su patrimonio, incluida la editorial Franz Eher Nachfolger GmbH, y nombró como su fiduciario al nuevo gobierno bávaro. En marzo de 1946, una de las

disposiciones de la ley relativa a la liberación con respecto a la influencia del nacionalsocialismo y el militarismo estableció la normativa sobre las herencias particulares de los altos cargos nazis: «En caso de que el afectado haya fallecido, el ministro de Liberación Política podrá ordenar que se inicien los trámites para confiscar total o parcialmente los bienes que el difunto haya dejado en el estado federado, sin necesidad de ajustarse a la legislación en materia de sucesiones ni a las disposiciones de última voluntad».[2] No hay duda de que Hitler se suicidó el 30 de abril de 1945 en Berlín. Sin embargo, hasta el final de su vida estuvo empadronado en Múnich, donde, lógicamente, mantenía sus cuentas bancarias. Lo poco de su patrimonio que quedaba en pie se encontraba también en Baviera, fundamentalmente. Por este motivo, el Tribunal de Desnazificación Múnich I resolvió el 15 de octubre de 1948 lo siguiente: «Se confiscarán todos los bienes que dejó Adolf Hitler en el estado federado de Baviera. Las costas procesales se deducirán de los mismos».[3] Posteriormente, el estado de Baviera se ocupó de administrar el legado. Por eso, el titular de los derechos de autor y de los derechos editoriales que corresponden por *Mi lucha* es la Consejería de Hacienda de Múnich, a quien el gobierno militar estadounidense encargó expresamente que actuara contra la difusión de mensajes nacionalsocialistas.

Los derechos de autor constituían la parte más importante de la herencia, ya que hacía mucho tiempo que Estados Unidos, como potencia ocupante, y el gobierno bávaro habían dado un nuevo uso a varios inmuebles que Hitler poseía en Obersalzberg y en Múnich, convirtiéndolos en centros de reposo para soldados o en comisarías policiales. Hay que tener en cuenta que los autores o, en su defecto, los titulares legítimos de sus derechos durante setenta años a partir de su fallecimiento pueden decidir con total libertad qué hacer con sus obras. Como en 1958 el gobierno alemán optó, a propuesta de Konrad Adenauer, por renunciar a la herencia de Hitler —que, según el testamento del *Führer*, le correspondía a la República Federal Alemana, en calidad de sucesora del Reich Alemán—, las competencias de Baviera eran indiscutibles.[4] De forma puntual, los parientes lejanos de Hitler, en su mayoría ávidos de dinero o de

reconocimiento público, cuestionaron su legitimidad, aunque nunca tuvieron posibilidades de ganar en aquel enfrentamiento.[5]

Juristas frente a historiadores

En los años cincuenta, los juristas de la Consejería de Hacienda se fijaron un objetivo en relación con *Mi lucha*, objetivo que desde entonces aún se mantiene: decidieron que cada dos años se celebrarían reuniones con importantísimas personalidades, a veces en Múnich, a veces en la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores en Bonn. En todas ellas se llegó, en esencia, a la misma conclusión: «En el encuentro se ha decidido que se debe mantener la línea que se ha seguido hasta ahora. Esto significa que hay que impedir enérgicamente la difusión del libro, empleando para ello los instrumentos del Derecho Civil, Penal o Administrativo o cualquier otro medio que resulte adecuado, según cada caso».[6]

Los historiadores han sido y son prácticamente unánimes en su análisis de la situación. Desde hace decenios vienen exigiendo que se edite el libro de Hitler acompañado de un comentario crítico. Apenas veinticinco años después del suicidio del *Führer*, dos empresas intentaron, cada una por su cuenta, volver a publicar fragmentos de *Mi lucha*, a los que se añadiría una explicación. Se aseguraron el apoyo de Helmut Krausnick, que por aquel entonces era el director del Instituto de Historia Contemporánea de Múnich y que incluso en 1932, con veintisiete años de edad, se había afiliado al Partido Nacionalsocialista, aunque la experiencia de la segunda guerra mundial lo convirtió en uno de los más acérrimos enemigos de la relativización de los delitos nazis. La editorial Deutscher Taschenbuch, de Múnich, propuso en 1969 publicar una selección de más de un tercio del original (unas doscientas sesenta páginas) con textos y comentarios que permitieran la contextualización. La casa Wiener Fritz-Molden-Verlag, fundada por un antiguo combatiente de la resistencia frente al régimen nacionalsocialista, tenía la idea de elaborar una obra titulada *Was Hitler wirklich dachte* («Lo que Hitler pensaba realmente»), con citas de *Mi lucha*

y de los discursos del *Führer*, así como de otras fuentes, que permitiese una comprensión general. Ninguno de los dos proyectos salió adelante, debido a que el Ministerio de Asuntos Exteriores, desde Bonn, y la Consejería de Hacienda de Baviera, desde Múnich, se opusieron a ambos.[7]

Diez años más tarde, el historiador Eberhard Jäckel, de Stuttgart, hizo un nuevo intento. Junto con su compañero Gerhard L. Weinberg, cuya familia se había visto obligada a huir de Alemania hacia Estados Unidos por culpa de los nazis, propuso al sucesor de Jäckel Krausnick al frente del Instituto de Historia Contemporánea, Martin Broszat, elaborar una edición crítica de la «obra principal» de Hitler. Sin embargo, el nuevo director del centro se negó, debido a que —según supuso Jäckel— la «tesis central que defendía aquel centro de investigación» era que se debía renunciar a editar *Mi lucha*.[8] La verdad es que ambos historiadores parecían estar predestinados al proyecto: Jäckel se había ocupado de la edición *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905 bis 1924* («Hitler. Apuntes completos entre 1905 y 1924»), mientras que Weinberg se había encargado, en 1962, de *Raza y destino*. Jäckel protestó ante la negativa y criticó la «grave circunstancia de que el estado ejerza censura de esta forma». Calificó de «molesto y lamentable» el hecho de que no existiera una edición crítica, ya que el libro muestra el «carácter criminal de Hitler de una forma manifiestamente más convincente que muchos comentarios».[9] Cuando, en 1983, se reveló que los supuestos «diarios» de Hitler eran falsos y que la edición de Jäckel contenía unas ochenta notas falsificadas por Konrad Kujau, su prestigio como experto en Hitler se vio tan mermado que era inconcebible ya encargarle que dirigiera una edición de *Mi lucha*.

En los años noventa, el Instituto de Historia Contemporánea publicó, como continuación de la edición de Jäckel de las primeras notas de Hitler, la obra en diecisiete volúmenes *Reden, Schriften und Anordnungen* («Discursos, escritos y órdenes»), de los años 1925 a 1933, que incluía una edición corregida de *Raza y destino* y cuatro volúmenes del juicio por alta traición al que se sometió el jefe del Partido Nacionalsocialista en 1924. En aquel contexto se recomendó lanzar también una edición comentada y crítica de la principal obra de Hitler de aquella época, *Mi lucha*. Sin

embargo, nunca se hizo, aun cuando el propio Instituto, con todo su prestigio, presentó los diarios de Joseph Goebbels, en más de treinta volúmenes (incluso sin comentarios, dada la enorme cantidad de entradas que tenía el original), que, pese a presentar un contenido que era, como mínimo, igual de provocador, se financió con dinero procedente de los impuestos de los ciudadanos. Numerosos especialistas señalaron esta contradicción y denunciaron que, en cierto modo, todas las fuentes sobre el nacionalsocialismo girarían en torno a un vacío en tanto en cuanto los estudiosos no pudiesen acceder a una edición actualizada de *Mi lucha*.

Ni siquiera varias iniciativas del británico Ian Kershaw, biógrafo de Hitler, consiguieron cambiar esta situación. En 1999 el experto reclamó «vehementemente» que se elaborase una edición científica. Un año después calificó la negativa de Baviera de «insensata» y añadió: «Para mí sigue siendo un gran misterio por qué este libro aún está prohibido en Alemania».[10] La República Federal de Alemania, subrayaba Kershaw, es una democracia impecable: «Por eso, es preferible presentar el libro a esconderlo y convertirlo en un tratado místico, algo que podría conjurar a espíritus malignos dentro de la sociedad». Y concluía que en *Mi lucha* no hay nada de lo que debamos tener miedo.[11]

También el profesor de periodismo Bernd Sösemann ha alegado que la edición comentada llega «con decenios de retraso».[12] En 2004 el periodista Rafael Seligmann se expresó en el mismo sentido: «La prohibición continuada de *Mi lucha* es inútil, anacrónica, ridícula y, por encima de todo, indigna».[13] Con un tono más moderado, aunque un contenido similar, el especialista en historia social Hans-Ulrich Wehler advirtió en 2008 de que se estaba generando un «tabú absolutamente equivocado» y exigió: «Dado que Hitler ha ejercido una influencia perniciosa en la historia del mundo, es preciso tener presente *Mi lucha* en una edición crítica».[14] El secretario general del Consejo Central de los Judíos en Alemania, Stephan Kramer, apoyó esta idea de preparar una versión científica: «En principio, estoy de acuerdo con que se publique el libro acompañado de comentarios e, incluso, con que, además de imprimirse, se ponga a disposición en Internet, sobre todo». Es verdad que

solo pensarlo le daba «dolor de estómago», pero admitió que «necesitamos un amplio debate público, en lugar de un silencio forzoso».[15]

Algunos expertos como Wolfgang Benz, quien durante muchos años fue director del Centro Berlinés de Investigación sobre el Antisemitismo, se han mostrado contrarios a una edición completa de *Mi lucha*, pero consideran que prohibir incluso las ediciones abreviadas es «una estupidez». En 2008 constató que el éxito de Hitler, «la atracción de sus contemporáneos, el júbilo con el que tantos alemanes se sumaron al nacionalsocialismo» no se explican por el libro, que no se trata, en modo alguno, del «molde del dominio nacionalsocialista». Según él, no merece la pena gastar dinero en una edición completa. Sostiene que la necesidad de consumir el texto en su totalidad desaparece por lo general después de leer unos pasajes: el aburrimiento adormece cualquier atisbo de curiosidad. «Si los interesados se pueden convencer por sí mismos de lo que dice el texto, de su estilo y del espíritu del ideólogo Hitler, ya tendrán suficiente explicación.» En este sentido, «bastan unas muestras del texto de Hitler, integradas en una presentación de las circunstancias de la aparición y el contexto, del pensamiento del autor y de los efectos fatales de la ideología que consiguió imponerse». Si después de leer una selección de ese tipo alguien se quedase con ganas de conocer más, será «su responsabilidad tomarse la molestia de hacerlo».[16]

Los historiadores más jóvenes abogan por liquidar de una vez por todas el tema de *Mi lucha* mediante una edición convincente de determinados fragmentos. Thomas Weber, experto en las vivencias de Hitler durante la primera guerra mundial, calificó de «loable» la idea de preparar una edición escolar muy abreviada.[17] Sönke Neitzel, profesor de la prestigiosa London School of Economics, lanzó un llamamiento en 2012 para que se publicara y comentara «parte del libro de Hitler, al igual que se hace con otras fuentes importantes». Solo así se lograría comprender «que ese texto resultase tan convincente en su época».[18] Hasta la Asociación de Historiadores e Historiadoras de Alemania, que suele mostrarse muy prudente en sus declaraciones públicas sobre cuestiones de contenido, se posicionó abiertamente sobre este tema y exigió que se elaborara y

publicara una edición crítica: «Una labor de ese tipo no solo constituye una aspiración urgente para la investigación, sino también algo importante si queremos fomentar una cultura histórica ilustrada. La publicación de una edición crítica sería lo más adecuado para evitar la peligrosa mitificación de la obra de Hitler, *Mi lucha*».[19]

Con ayuda de la diplomacia

En Alemania, los funcionarios bávaros se esforzaron por imponer su decisión, rechazando categóricamente todas las solicitudes que recibían para reeditar o editar por vez primera la obra de Hitler. Por si se daba algún caso similar en el extranjero, otorgaron al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán un «poder general para adoptar cualquier medida que juzgue necesaria para impedir que el libro se difunda». No obstante, con el fin de «evitar la politización del asunto», se determinó que no serían los diplomáticos de Bonn quienes debían actuar, sino los juristas de Múnich, que intervendrían «de cara al exterior cada vez que el Ministerio de Asuntos Exteriores lo estime oportuno», especialmente a la hora de «otorgar poderes para pleitos a abogados con el fin de iniciar acciones penales». Además, se decidió excluir «la cesión de los derechos de autor y de los derechos editoriales por parte del estado federado de Baviera a organismos no alemanes, como la UNESCO».[20]

En consecuencia, cada vez que los diplomáticos alemanes se enteraban de que se estaban vendiendo traducciones de *Mi lucha* en el extranjero, avisaban a través del Ministerio de Asuntos Exteriores a la Consejería de Hacienda con sede en Múnich. Aquel asunto generó un tráfico de cientos de cartas e informes. Un resumen de veintiuna páginas elaborado en 1966 incluía una relación de ediciones del libro de Hitler en el extranjero, organizada por orden alfabético. Se detectaron traducciones ilegales en Argentina, Brasil, Grecia, el Líbano, España y Turquía, entre otros países. En Japón apareció una edición en tres tomos de la que se vendieron hasta once mil doscientos ejemplares. En México el libro de Hitler era una obra

muy demandada, de la que se publicaron en poco tiempo varias ediciones, una de ellas incluso de bolsillo. En cambio, el temor de que en Francia, Bélgica y Madagascar se volviese a publicar el libro en francés se reveló completamente infundado: todo lo que se encontró fueron los ejemplares restantes de la traducción ilegal de 1934.[21] Más tarde llegaron, por ejemplo, ediciones en la India, Suecia y Singapur, que eran, en realidad, reimpresiones ilegales de las traducciones autorizadas en los años treinta.[22]

En cualquier caso, las embajadas y consulados examinaban sobre el terreno si era posible emprender acciones por la vía penal o civil. Por lo general, había que averiguar quién era el responsable de las ediciones, desde el punto de vista jurídico. En ciertos casos de ediciones pirata, es decir, de libros que no incluían los datos de la editorial o que presentaban datos falsos, llegó a intervenir la policía del país en cuestión. Algunos organismos de representación en el extranjero informaron también de las confiscaciones de las traducciones del texto de Hitler. En este contexto, la República Federal de Alemania pidió favores a las autoridades extranjeras y quedó en deuda con ellas. De todas formas, cuando se disponía de los datos de editoriales reales, los diplomáticos alemanes solían limitarse a contactar con los responsables de las mismas, a exponerles la situación jurídica del libro en Alemania y, en algunos casos, a amenazarlas. Por lo general, aquello bastaba para evitar nuevas ediciones. A menudo los abogados de confianza de las embajadas, tras examinar las circunstancias desde el punto de vista legal, concluían que había pocas posibilidades de ganar el caso. Por ejemplo, el diplomático alemán competente en estos asuntos en Roma decidió en 1971, después de un año de asesoramiento, abstenerse de recurrir a la justicia, «dado que el riesgo que supone el proceso es demasiado alto».[23]

En ocasiones, la exigencia de impedir la difusión de *Mi lucha* provocó protestas. Por ejemplo, en Dinamarca, ocupada y saqueada por la Wehrmacht durante la segunda guerra mundial, la opinión pública, muy crítica, se defendió en 1966 frente a la «injerencia de Alemania». Los periódicos de Copenhague se enfurecieron ante aquella tutela y alegaron

que los lectores daneses querían conocer el pensamiento de Hitler. Como por aquel entonces ya se habían entregado cinco mil ejemplares de una edición no autorizada de la traducción oficial de 1934 —que, no obstante, se vendieron en menor medida de lo que permitía prever el revuelo causado—, la Embajada recomendó no continuar con el proceso.[24]

Pese a todo, los esfuerzos de la Consejería de Hacienda de Baviera no fueron suficientes para impedir la distribución de la obra en Gran Bretaña y en Estados Unidos. El contrato de cesión a la agencia londinense era plenamente válido desde el punto de vista jurídico. En 1969 apareció una nueva edición, de la que a partir de entonces se vendieron varios miles de ejemplares al año. Para tomar distancias con respecto a *Mi lucha*, a la embajada alemana en Londres no le quedó más remedio que negarse a percibir el porcentaje de beneficios que le correspondía. Aquello no suponía, desde luego, una gran pérdida: en abril de 1970 se acumuló la modesta cantidad de 3.848 libras esterlinas, que la agencia británica transfirió a un depósito a plazo fijo. Más tarde, estos beneficios se destinaron, en la más estricta confidencialidad, a la organización German Welfare Council, que ofrecía apoyo económico a los judíos alemanes emigrados al Reino Unido.[25] Tampoco hubo manera de actuar contra las ediciones de Estados Unidos, dado que no solo estaban blindadas legalmente mediante un contrato válido, firmado en 1933, sino que, además, el gobierno estadounidense había confiscado en 1943 los derechos sobre el libro de Hitler y sobre todas las propiedades del estado Alemán que se encontraban en su territorio nacional. Desde entonces, los beneficios obtenidos a través de los derechos de autor fueron a parar a la administración encargada de gestionar el patrimonio de los enemigos.[26]

En los años noventa la Consejería de Hacienda de Baviera y el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania siguieron fieles a su línea: se denegaron rotundamente las solicitudes oficiales para nuevas ediciones y se hizo un minucioso registro de las impresiones pirata para impedir su circulación, empleando los medios más adecuados en cada caso: desde la advertencia en tono amable hasta la querella formal. A veces, sin embargo, el gobierno alemán recurrió a otros métodos: en 1997 se compraron a los

editores de dos traducciones al castellano todos los ejemplares que habían preparado. De este modo, se impidió su difusión en Latinoamérica. Los ejemplares, recién imprimidos, acabaron en el contenedor de papel para reciclar.[27]

En Oriente Próximo el Ministerio de Asuntos Exteriores hizo excepciones. Los diplomáticos alemanes en El Cairo, Beirut, Trípoli o Damasco no emprendieron acciones contra las ediciones en árabe que recogían fragmentos de *Mi lucha*, mayoritariamente en forma de cuadernillos. Sin duda, aquello se debía a que en muchos casos resultaba imposible denunciar a los editores responsables. Por otra parte, los contactos con Israel habían dañado las relaciones con los estados árabes. En 1965, tras el intercambio oficial de embajadores entre Bonn y Tel Aviv, aquellas relaciones incluso se suspendieron en varios casos durante algunos años. Una vez restablecidas, cualquier protesta contra los escritos del antisemita más célebre de todos los tiempos habría supuesto una traba que no aportaría ninguna ventaja significativa, así que se renunció de un modo informal a emprender acciones en este sentido.[28]

El Ministerio de Asuntos Exteriores tampoco intervino en Israel, aunque por motivos muy distintos. Allí hacía ya decenios que aparecían fragmentos de *Mi lucha* en los libros escolares. Además, circulaban reimpresiones de ediciones inglesas. En 1987, Dan Yaron, judío que había tenido que huir de Viena junto con su familia después de la anexión de Austria al Tercer Reich, anunció que presentaría una traducción completa al hebreo: «Después de cincuenta años, deberíamos ser lo suficientemente fuertes como para comprobar quién era Hitler. La nueva generación tienen que tomar conciencia de los peligros que pueden surgir».[29] Aquel proyecto suscitó un intenso debate en Israel. A principios de 1992 aparecieron extractos y, tres años más tarde, la traducción completa. La Comisión Estatal del Holocausto recomendó al Parlamento que no dictara ninguna ley contra la publicación.[30] La República Federal de Alemania se abstuvo de intervenir política o jurídicamente en aquel país, que, no en vano, contaba con la mayor población de supervivientes del Holocausto.

En Chequia, las cosas fueron diferentes. Cuando en marzo del año 2000 se publicó en aquel país una traducción no comentada de *Mi lucha*, de la que se editaron en un principio seis mil ejemplares, la embajada alemana en Praga emprendió acciones legales contra el editor, Michal Zitko. También los representantes de las comunidades judías y de las asociaciones de víctimas protestaron contra el libro. Al final, hasta el ministro checo de Cultura tuvo que interponer personalmente una querella. Sin embargo, el libro se convirtió en todo un éxito: se vendieron unos noventa mil ejemplares antes de que la policía incautara los que aún no se habían comercializado. Después de varios procesos penales, se condenó a Zitko a una elevada multa y a tres años de libertad vigilada. Según los tribunales, incluido el de apelación, era culpable de «difundir un pensamiento nacionalsocialista que desprecia a los seres humanos». El acusado alegó que, sencillamente, había editado un documento histórico y que no había contravenido los derechos de autor, ya que, de acuerdo con la legislación checa, *Mi lucha* ya era una obra de dominio público. «Desde 1945 el derecho alemán ya no rige en nuestro país», argumentó Zitko durante el proceso.[31]

Comercializaciones no prohibidas

De acuerdo con los derechos de autor y los derechos editoriales, las nuevas ediciones podían prohibirse, tanto en Alemania como en el resto de países. Pero ¿qué hacer con las ediciones originales de los años treinta y cuarenta? En total se habían imprimido 12,4 millones de ejemplares en alemán, aunque la mayoría de ellos había desaparecido en el frente, durante los bombardeos de las ciudades alemanas y, sobre todo, poco antes o después de la entrada de las tropas aliadas. Sin embargo, decenios después de la caída del Tercer Reich seguían existiendo, por lo menos, varios cientos de miles de libros, que empezaron a comercializarse en los años cincuenta, aunque en su mayoría a escondidas, en las tiendas de antigüedades o bien entre particulares. La verdad es que la posesión de ediciones originales de

Mi lucha no estaba prohibida, porque ni los derechos de autor ni los derechos editoriales daban lugar a ello. No había duda de que el contenido de la obra era ofensivo y suponía una provocación pública, pero, de acuerdo con la legislación, de entrada no había motivos para prohibir el libro de Hitler por principio ni para confiscárselo a los particulares. Era seguro que ante el Tribunal Constitucional no prosperaría ningún proceso que se basara en la hipótesis de una violación de derechos fundamentales.

A finales de los años setenta un intento muy fundamentado de impedir la comercialización de *Mi lucha* acabó en fracaso. En junio de 1978 un anticuario de Franconia había tratado de vender en un mercado de la localidad de Fürth dos ejemplares del libro de Hitler, de los años 1935 y 1943. Es más que probable que ya los hubiese ofrecido en otras ocasiones, pero lo que diferenció aquella vez es que intervino la policía. El 5 de febrero de 1979, el tribunal de estado Federado con sede en Núremberg-Fürth condenó al vendedor a una multa de mil doscientos marcos por «tenencia de medios propagandísticos» de organizaciones anticonstitucionales, basándose en que la tapa de uno de los dos libros estaba adornada con una cruz gamada en color dorado. El condenado presentó un recurso contra aquel fallo y, en un plazo extraordinariamente breve (a finales de julio de 1979), el Tribunal Supremo, máximo órgano penal de Alemania, resolvió absolver a aquel anticuario de todos los cargos. La argumentación, cincelada con razonamientos jurídicos, dio mucho que hablar en Alemania. Por una parte, es cierto que, como observó el Tribunal de Karlsruhe, *Mi lucha* desprecia «los principios constitucionales de cualquier democracia basada en la libertad, así como la idea del entendimiento entre los pueblos». Sin embargo, «ello no implica que se den las circunstancias previstas en el artículo 86, apartado 2, del Código Penal alemán». Dicho de un modo más sencillo: el original del libro de Hitler no es un medio de propaganda de organizaciones anticonstitucionales. De hecho, las disposiciones del artículo mencionado no pretenden «combatir de un modo general las ideas contrarias a la libertad, sino —con diferentes delimitaciones en cada caso— proteger a la República Federal de Alemania, a su Constitución actual, a sus órganos constitucionales y a sus símbolos

frente a ataques peligrosos». Las ediciones originales de *Mi lucha* aparecieron por lo menos cinco años antes de que la Constitución entrara en vigor. Así pues, son «preconstitucionales», por lo que no pueden juzgarse como instrumentos de propaganda anticonstitucionales. No obstante, los magistrados admitían que las circunstancias cambiarían «si el texto o una nueva impresión del mismo, idéntica a la original, se actualizara mediante una introducción u otras adiciones o complementos, de modo que de su contenido se desprenda una orientación contraria a la Constitución de la República Federal de Alemania».[32]

Contra el fallo del tribunal de última instancia no cabían recursos. Sin embargo, los críticos exigieron que se revisara aquella «sentencia errónea».[33] Reclamaban que, dadas las abundantes declaraciones antisemitas que contiene *Mi lucha*, se deberían haber estudiado también otros tipos penales, como la incitación al odio hacia una parte de la población, la incitación al odio racial y la ofensa. Además, no tenía sentido, aseguraban, que se comercializase la obra de Hitler. Quien quisiera informarse, podría consultarla en las bibliotecas públicas. De hecho, en los fondos de muchas universidades o departamentos existían ediciones que estaban a disposición de aquellos lectores que demostraran que tenían un legítimo interés académico en acceder a ellas. Sin embargo, el Tribunal Supremo no vio motivos para revisar su sentencia. Así pues, aquellos anticuarios que deseasen vender ejemplares de *Mi lucha* podrían hacerlo, siempre y cuando no lo anunciasen a través de una publicidad agresiva y exigieran a los compradores que declarasen que adquirían el ejemplar exclusivamente para fines científicos. En la práctica, se daba vía libre a la comercialización en tiendas de anticuarios. Nada ha cambiado desde entonces.

Ediciones que se pasaron por alto

Sin embargo, los magistrados del Tribunal Supremo no fueron los únicos que sorprendieron con la tenacidad de resoluciones. También lo hicieron los funcionarios bávaros. En 1974, la Consejería de Hacienda no puso objeción

alguna a la publicación, por parte de la editorial muniquesa List, del libro *Adolf Hitlers* Mein Kampf. *Eine kommentierte Auswahl* («*Mi lucha*, de Adolf Hitler. Una selección comentada»).[34] Su editor, Christian Zentner, historiador y periodista especializado precisamente en temas históricos, recopiló en unas ciento sesenta páginas una serie de fragmentos, ordenados por temas, que, no obstante, no se presentaban en su mayoría como citas directas, sino integradas en el texto como citas indirectas. Los pasajes de Hitler ocupaban en total, según un cálculo prudente, unas cien páginas, es decir, reproducían la octava parte del original. Además, en cuarenta y siete páginas aparte, Zentner incluyó una serie de notas. Es evidente que para aquel proyecto no solicitó un permiso oficial, que le habría sido denegado, sin duda alguna. En realidad, pensó que su libro no llamaría la atención del Ministerio. Si este no le demandaba, ningún juez podría actuar contra su edición. El libro de Zentner no engrosó las listas de éxitos de ventas, pero demostró ser un valor duradero: en los cuarenta años siguientes, se reeditó una y otra vez, prácticamente sin que se modificara su texto. De él se vendieron más de cincuenta mil ejemplares en total.[35] Hasta hoy, no se tienen noticias de que la Consejería de Hacienda de Baviera haya protestado contra la obra.

Tampoco parece que llamara la atención de los funcionarios muniqueses el hecho de que en 1981 una pequeña editorial especializada de Bremen publicara un capítulo entero de *Mi lucha* como facsímil. Se trataba de la reimpresión del cuadernillo *Die Südtiroler Frage und das deutsche Bündnisproblem* («La cuestión del Tirol del Sur y el problema de las alianzas alemanas»), título bajo el que la casa Eher editó por separado, en la primavera de 1926, el capítulo trece del libro, antes de que apareciera el volumen completo. Aquella reimpresión no autorizada se destinaba, según se decía en el pie de imprenta, a «fines de investigación y, especialmente, a completar colecciones» e incluía más de diez mil palabras del original, esto es, una décima parte del segundo volumen de *Mi lucha*. Como, sin embargo, aquel cuaderno poseía un título propio y aparecía con él en el catálogo de la Biblioteca Estatal de Baviera, quienes no estuvieran informados al respecto podrían pensar que el texto no tenía nada que ver

con el libelo de Hitler. No obstante, desde el punto de vista jurídico los derechos de autor y la prohibición que hacía valer Baviera eran aplicables tanto a los extractos como a las reimpresiones íntegras de *Mi lucha*. Lo cierto es que en cierta ocasión se preguntó a la Consejería de Hacienda si había examinado aquel cuaderno y lo había declarado inofensivo, o bien si lo que había ocurrido tal vez es que a Múnich no había llegado la noticia de su reedición. La institución no respondió.

En enero de 2012, en cambio, los funcionarios se mostraron inflexibles. El editor británico Peter McGee, que ya se había enfrentado a ellos en un juicio por la publicación de un facsímil del *Völkischer Beobachter* y del periódico de Goebbels *Der Angriff*, anunció a través de los medios de comunicación su intención de vender en los quioscos de Alemania tres cuadernillos de dieciséis páginas cada uno con extractos de *Mi lucha*, bajo el título *Das unlesbare Buch* («El libro que no se puede leer»). Su idea era incluir en una columna una serie de citas, con una frase destacada, a la que seguiría inmediatamente los correspondientes comentarios del historiador Horst Pöttker. Expertos de gran prestigio, como Hans Mommsen o Wolfgang Benz, se encargarían de las introducciones y los textos de acompañamiento. McGee defendía así su proyecto: «Sabemos el oscuro poder que ejerce este libro, pero ese poder no es más que la consecuencia de que nadie lo haya leído. El aura de lo prohibido constituye la esencia de su mito.»[36]

Tal vez el hecho de que en 2009 McGee hubiera infligido una dura derrota jurídica al estado de Baviera ante el Tribunal Superior de Múnich, por la que prácticamente todos los medios alemanes lo elogiaron, explica que en aquella segunda ocasión los funcionarios se mostraran tan testarudos. Y acabaron imponiendo su criterio, primero a través de una disposición provisional y más adelante en un procedimiento ordinario. Sin entrar a examinar su contenido, el Tribunal de estado Federado con sede en Múnich decidió que «la elaboración y difusión de recopilaciones comentadas de extractos de *Mi lucha*» estaba prohibida.[37] Una vez más, la resolución sobre la causa principal se produjo de una forma extraordinariamente rápida. El presidente de la correspondiente cámara de

lo civil anunció: «Consideramos que las citas solo están permitidas en caso de que sirvan para los fines propios de toda cita, esto es, de que inciten a continuar reflexionando. A nuestro juicio, las citas de este cuadernillo no persiguen tales fines». Según la cámara, el comentario de Pöttker únicamente servía «como explicación adicional del texto original, que, preferentemente, ha de hablar por sí mismo».[38] Continuaba asegurando que el objetivo de McGee era difundir las citas originales de *Mi lucha* y no trabajarlas a través de los comentarios que iban a aparecer junto con los fragmentos del texto de Hitler. Sin embargo, el Tribunal no explicó cómo podían dirimir aquella causa unos juristas que no tenían formación en historia ni experiencia en esta disciplina. Los jueces hicieron oídos sordos a las opiniones contrarias de expertos como Barbara Zehnpfennig, politóloga de la Universidad de Passau.[39] La siguiente instancia de apelación, el Tribunal Superior del estado Federado, ratificó la sentencia. Consideró que los comentarios apenas servían para «hacer accesible el original pasando por encima de los derechos de autor».[40] Uno de los absurdos de aquella sentencia es que en el caso juzgado apenas se trataba del uno por ciento del volumen total de ese original, es decir, ni siquiera la décima parte del texto que se difundió en la selección de Christian Zentner, sobre la que jamás se presentó reclamación alguna.

Avance y retroceso

En un principio, aquella sentencia suponía el fracaso de la publicación de los fragmentos que había previsto Peter McGee. Sin embargo, en el fondo nada había cambiado: el 31 de diciembre de 2015 expirarán irremediablemente los derechos de autor correspondientes a *Mi lucha*, de los que es titular Baviera. A partir de esa fecha, la obra de Hitler será de dominio público y cualquier persona podrá difundirla del modo que desee. Los historiadores llevaban mucho tiempo preocupándose por lo que ocurriría después. Por fin, en abril de 2012 el gobierno del estado federado entró en razón, aunque no sin la oposición de la Consejería de Hacienda,

que incluso llegó a plantearse la posibilidad de prorrogar la vigencia de los derechos de autor mediante una ley extraordinaria y seguir bloqueando así *Mi lucha*. No obstante, en el último momento los funcionarios se convencieron de que una norma especial como esta sería anticonstitucional, ya que la modificación de los derechos de autor era competencia del estado central y quedaba muy lejos de las prerrogativas del gobierno bávaro. Finalmente, la Cancillería del estado y la Consejería de Cultura determinaron que Baviera debía encargar al Instituto de Historia Contemporánea la elaboración de una edición completa del libro de Hitler, con comentarios de expertos, así como de una edición educativa para escolares, muy abreviada. Para ello, se destinó en un principio una partida de medio millón de euros.[41]

Sin embargo, el compromiso del gobierno bávaro solo se mantuvo durante un año y medio. En un viaje a Israel, el presidente de Baviera, Horst Seehofer, se vio obligado a prometer que retiraría el apoyo estatal a aquella edición crítica y, sorprendentemente, su Cancillería aseguró que, a pesar de que expiraran los derechos de autor, se impediría la publicación del libelo de Hitler y el gobierno bávaro se querellaría contra cualquier editorial que comercializase la obra. «No puedo solicitar en Karlsruhe que se prohíba el Partido Nacionaldemócrata de Alemania[*] y, a continuación, permitir que se selle con nuestro escudo la difusión de *Mi lucha*. No sería bueno», explicó Seehofer para defender aquel cambio radical.[42] Sin embargo, muy pronto se demostró que el político de la Unión Socialcristiana de Baviera se había equivocado en su cálculo. En lugar de encontrar aprobación, su decisión suscitó una crítica prácticamente unánime. Baviera rectificó, aunque evitó destinar más dinero de los contribuyentes a la edición, lo que supuso renunciar por completo a la edición abreviada que se había previsto preparar para las escuelas y poner en peligro la publicación gratuita de la obra en Internet. Pero los políticos no querían seguir impidiendo la publicación de la edición comentada por los académicos de Múnich: «Es lógico que el Instituto de Historia Contemporánea haga uso de su libertad de investigación, ahora y en el futuro». Con estas palabras, el

consejero de Cultura del gobierno de Seehofer, Ludwig Spaenle, dio a conocer el nuevo rumbo que iba a tomar el ejecutivo.[43]

Pese a todo, en junio de 2014 el estado federado de Baviera defendió la decisión de la Conferencia de Consejeros de Justicia de interpretar los tipos penales de tal forma que en el futuro la publicación de *Mi lucha* pueda ser castigada como incitación al odio hacia una parte de la población. «Todo el mundo democrático está mirando a Alemania. Por eso hemos de poner el máximo cuidado para respetar los sentimientos de los supervivientes del Holocausto», argumentó el consejero de Justicia de Baviera, Winfried Bausback.[44] Aquello fue otro golpe bajo para el trabajo que se estaba llevando a cabo en el Instituto de Historia Contemporánea en torno a la edición comentada: equivalía a decir que los fiscales tendrían el derecho de juzgar si sus comentarios críticos eran o no legítimos, algo que parece poco compatible con la libertad de investigación.

El nuevo director del Instituto, Andreas Wirsching, describió así el proyecto de su centro: «El objetivo es poner de manifiesto la visión que Hitler tenía del mundo, las raíces de su ideología, sus contradicciones y, en último término, las consecuencias de su programa». Se defendió de los ataques que le llegaron desde el mundo de la política: «Evidentemente, esto no tiene nada que ver con la incitación al odio hacia una parte de la población. No encuentro nada que pueda ser relevante desde el punto de vista del Derecho Penal en ese sentido. Estoy convencido de que el estado no intentará criminalizar la labor del Instituto».[45] Al final, sin embargo, los juristas tendrán que tomar una decisión al respecto. Aunque no deben esperar que los historiadores los apoyen: en la actualidad no hay un solo investigador del nacionalsocialismo de renombre, en Alemania o en el extranjero, que se oponga a la publicación del libro de Hitler, en una edición abreviada o completa y acompañada de comentarios.

La polémica ha acompañado a *Mi lucha* desde 1945. Pese a que la obra no está prohibida formalmente, las medidas que ha adoptado la Consejería de Hacienda de Baviera pueden hacer creer a los observadores poco informados que es así. Con ello, los funcionarios de Múnich llevan decenios

provocando justo lo contrario de lo que desean: en lugar de quitar toda importancia al libro de Hitler, están alimentando el mito.

El futuro

> ¿Qué texto podría ser más apropiado que *Mi lucha* para demostrar la brutalidad y el desprecio hacia el ser humano que caracterizan a la ideología nacionalsocialista?
>
> ERNST PIPER, historiador[1]

En Internet

En todas las circunstancias es mejor ser transparentes que ocultar. Es algo que nos demuestra cualquier experiencia: en los estados democráticos siempre se encuentra alguna vía por la que difundir imágenes y textos, sean estos agradables o desagradables, bellos o espantosos. Aquello que constituya claramente un delito puede y debe ser castigado por la vía penal. Todo lo demás ha de ser tolerado en las sociedades libres. Y será más fácil hacerlo cuanto más se difunda el conocimiento sobre la realidad que está detrás de lo que ocurre: la opinión pública obra casi siempre un efecto mitigador, porque los mensajes radicales solo encuentran aceptación entre las minorías.

El estado federado de Baviera lleva decenios intentando prohibir la difusión de la obra *Mi lucha*, de Hitler, valiéndose de los derechos de autor, a pesar de que, desde el punto de vista del Derecho Constitucional, su comportamiento es, como mínimo, cuestionable. «Estos instrumentos no son adecuados para analizar científicamente las fuentes históricas», aseguran los expertos.[2] Solo se ha conseguido evitar parcialmente que las editoriales oficiales reediten el libro, pero las medidas adoptadas no han servido de nada en el caso de las ediciones pirata. Y desde la generalización

del uso de Internet esta estrategia ha demostrado ser un absoluto fracaso. A partir de mediados de los años noventa surgieron en la Red diferentes versiones de *Mi lucha*, bien en forma de copias escaneadas del original, bien en forma de archivos de texto transcritos, con más o menos fallos, y localizables mediante una búsqueda en Internet. También la mayoría de las traducciones que se han ido publicando por vías oficiales o extraoficiales pueden localizarse desde hace unos años en la Red.

En los primeros momentos, *Mi lucha* aparecía sobre todo en páginas web que tenían una orientación política fácilmente identificable. A más tardar en el otoño de 1996 la traducción al inglés de James Murphy podía encontrarse a través de sitios web de la extrema derecha británica y de los sectores negacionistas del Holocausto, aunque también hay que decir que desde hace unos años estas páginas ya no existen. Por otra parte, más o menos en aquella misma época también se encontraba disponible la página Radio Islam,[3] fundada por el refugiado marroquí Ahmed Rami, que la sigue dirigiendo aún hoy desde Suecia. Los contenidos de esta página, algunos de los cuales se encuentran traducidos a veintitrés idiomas, son de carácter antisemita y fundamentalista en lo religioso. Entre ellos se encuentran numerosos textos que niegan el Holocausto y llaman a sublevarse frente a la «conspiración sionista internacional». Rami ha sido procesado en varias ocasiones por un delito de incitación al odio hacia una parte de la población y en al menos dos casos los tribunales suecos lo han condenado. Sin embargo, aún es posible acceder sin problemas a su sitio web, donde se pueden descargar variantes electrónicas de *Mi lucha*, como, por ejemplo, la edición popular de 1930 o una versión abreviada en francés y titulada *Mon Combat*, que, sin embargo, no coincide totalmente con la traducción íntegra —aunque ilegal y prohibida— que se publicó con el mismo nombre en 1934.

Hoy en día se puede acceder a las versiones y ediciones más variadas de este libro a través de cientos de páginas web. La mayoría de los textos alemanes son documentos digitalizados de las versiones en letra Antiqua, en su mayoría de las ediciones 851 a 855 del año 1943. Posiblemente todos estos documentos descargables, presentes en al menos treinta y una páginas,

procedan del mismo archivo original. En cualquier caso, no se observan diferencias entre ellos, más allá de la portada, en algunos casos más historiada, en otros más sencilla. Son mucho menos frecuentes los archivos de imágenes tomadas de las ediciones en letra Fraktur: parece que muchos de los lectores potenciales no dominan en absoluto (o, al menos, no lo suficiente) esta arcaica escritura, aun cuando sepan alemán. La mayoría de estas páginas web son abiertamente antisemitas. A menudo se crean en dominios de Estados Unidos, donde prácticamente no existen limitaciones a la libertad de opinión y ni siquiera se persigue los contenidos que incitan claramente al odio hacia una parte de la población. Es probable que, de acuerdo con la legislación alemana, las descargas de tales archivos sean ilegales, pero para los fiscales es imposible perseguirlas de un modo efectivo.

Ahora bien, quien desee leer el texto original de *Mi lucha* en versión electrónica no necesita pasar por páginas islamistas o de extrema derecha. Desde hace unos años, varias bibliotecas de Estados Unidos, Australia y también del Reino Unido están digitalizando antiguas publicaciones, cuyos derechos de autor ya han expirado o no tienen un titular claro, de acuerdo con la legislación aplicable en su territorio. La biblioteca en línea archive.org, que administra una organización sin ánimo de lucro de San Francisco, ofrece más de cien archivos sobre Hitler: aproximadamente una docena de versiones alemanas, además de casi todas las traducciones publicadas hasta 1945 al portugués, al polaco, al español, al búlgaro, al neerlandés y al checo, además de la mayoría de las versiones en inglés, ya sean completas o abreviadas. Entre ellas se encuentra también la única edición acompañada de explicaciones que queda disponible aún hoy y que se publicó en Nueva York en 1939, aunque hay que reconocer que sus observaciones no pasan de unas pocas líneas cada dos páginas, aproximadamente: aquella versión, que se presentó en su momento como una edición «profusamente comentada», no era tal, en realidad.[4]

También es posible descargarse la copia escaneada de cuatro volúmenes de una adaptación extremadamente libre en inglés, con el estilo de los cómics de manga japoneses. En ella, a lo largo de unas ciento cincuenta

páginas, el traductor, oculto tras un pseudónimo, y el dibujante, también escondido tras un nombre falso, resumen la vida de Hitler, desde su infancia hasta el momento en que se hizo con la jefatura del Partido Nacionalsocialista, en 1921. La versión original japonesa, publicada entre 2008 y 2009, fue todo un éxito: en apenas diez meses se vendieron cuarenta y cinco mil ejemplares.[5] Buena parte de aquella obra se centraba en la primera guerra mundial, sobre todo en la historia del terrier *Foxl*, a quien Hitler habría adoptado y que, dejándose guiar por su instinto, según la historia que narra el cómic, le salvó la vida al *Führer* durante un bombardeo con granadas en las trincheras. Una historia lacrimógena, sí, aunque, desde luego, Hitler nunca la contó.[6] Solo en algunas viñetas se refleja el odio hacia los judíos como núcleo de la ideología del personaje, si bien en ningún momento se muestra con claridad el nivel de radicalismo que alcanzó. Quien lea *Mi lucha* como un manga conocerá a un Adolf Hitler colérico, pero, en general, nada antipático. Esta versión de cómic no tiene prácticamente nada que ver con el original.

Versiones de pago

Aunque todas estas propuestas puedan descargarse gratuitamente, también existe un mercado de ediciones electrónicas de pago del libro de Hitler. La tienda en línea Amazon y también iTunes, de Apple, las ofrecen por precios que oscilan entre los noventa y nueve céntimos y los tres dólares. En enero de 2014 la obra llegó incluso a encabezar durante algún tiempo la lista de ventas dentro de la subcategoría «Propaganda & Political Psychology» («Propaganda y psicología política»). Sin embargo, el sitio web no revela qué cantidad real de pedidos ha recibido. En cualquier caso, la edición en inglés de *Mi lucha* solo aparecía en aquella época en el puesto 5.316 de la lista de todos libros electrónicos disponibles, sin diferenciar categorías. De media, el libro de Hitler se valoraba entonces en Amazon con 3,8 estrellas (el valor máximo era de cinco). Un total de 354 lectores habían dejado su

opinión en la web. Había de todo: desde «traducción fascinante» hasta «farsa».[7]

Pero *Mi lucha* no se encuentra disponible solamente en versión digital. En todo el mundo puede encontrarse en un formato ya pasado de moda: el papel. Amazon ofrece más de una docena de versiones recién impresas, con tapa dura o blanda, la mayoría de ellas traducciones al inglés, además de libros de anticuario. No obstante, como gesto de respeto hacia la legislación del estado federado de Baviera, la casa matriz del consorcio en Estados Unidos no envía ediciones a Alemania. La filial alemana, además, no incluye en sus listas ni un solo ejemplar del libro de Hitler, ni nuevo ni de segunda mano. En cualquier caso, cualquiera puede pedir en Amazon.com un ejemplar de *Mi lucha*: tan solo se necesita una dirección de entrega que no esté en Alemania (que se encuentre, por ejemplo, en Suiza) y una tarjeta de crédito no alemana.[8]

Se calcula que en Estados Unidos se venden cada año hasta quince mil ejemplares de las nuevas ediciones[9] y se cree que esta cifra es muy superior en los países tradicionalmente antisemitas y antisionistas. «En Irán se puede adquirir la decimoctava edición en persa de *Mi lucha*, de Hitler, en cualquier librería importante», explica el politólogo y opositor al régimen Wahied Wahdat-Hagh.[10] En Daca, capital de Bangladés, una traducción de esta obra es uno de los libros de mayor éxito de los que ofrecen los vendedores ambulantes, en su mayoría jóvenes: «En un día normal puedo vender cinco o seis ejemplares», reconoce uno de estos comerciantes callejeros.[11] Aunque no se tienen datos comprobables, parece que las ediciones pirata de la traducción abreviada al árabe son un éxito de ventas en la Franja de Gaza y en la Cisjordania palestina (de hecho, podría tratarse del sexto libro más vendido).[12] En El Cairo, las reediciones de una versión oficial en árabe de 1963 puede adquirirse en las librerías de mayor prestigio, pero también se encuentran ediciones pirata en la calle.[13] También en el Sureste Asiático, en Indonesia concretamente, «las ediciones de *Mi lucha* se agotan a menudo», como explica el historiador Asvi Warman Adam, del Instituto de Ciencias indonesio,[14] lo que explica que la obra se reedite con regularidad.

¿El final del mito?

Mientras que hoy en día el libro de Hitler se encuentra disponible en prácticamente todas las versiones imaginables en el mundo entero, aún no existe, sin embargo, ni una sola edición comentada, ni en alemán —el idioma original de la obra— ni en ninguna otra lengua. Y, no obstante, hay más de ochenta biografías serias del dictador, sin contar sus traducciones. La literatura científica sobre el nacionalsocialismo, incluyendo los abundantes artículos escritos acerca del tema, alcanzó hace ya tiempo cifras de seis dígitos. Se publica numerosa documentación, de mayor o menor importancia, y a menudo de una calidad extraordinaria. Sin embargo, toda la investigación sobre el fenómeno nazi gira en torno a un agujero negro, precisamente porque el estado federado de Baviera ha impedido que se acceda de una forma directa al texto original hasta que expiren los derechos de autor, a finales de 2015. Es cierto que una politóloga bávara, de la Universidad de Passau, Barbara Zehnpfennig, ha publicado una extensa «interpretación», así como un «comentario» mucho más breve,[15] pero por motivos legales solo cita del texto original conceptos aislados o alguna que otra frase. En la mayoría de las ocasiones, la autora resume las manifestaciones de Hitler empleando sus propias palabras.

Pero a principios de 2016 la situación debería cambiar. En ese momento se publicará la edición en la que está trabajando el Instituto de Historia Contemporánea. El proyecto de los historiadores de Múnich es muy ambicioso: «Se trata de combatir, mediante una edición impecable desde el punto de vista científico, cualquier uso indebido, desde el punto de vista ideológico-propagandístico o comercial, de *Mi lucha*». La nueva obra tiene que encontrarse «disponible en todas partes» para acabar con el mercado de las demás ediciones. Habrá que ver si, dados los recortes de las subvenciones, se consigue este objetivo. En cualquier caso, será una edición extensa, de unas dos mil páginas, que ha de cumplir al mismo tiempo varias funciones: «mostrar paso a paso» las fuentes, «describir el contexto de su

ideología» y, «a grandes rasgos, también la acogida de sus contemporáneos». Lo fundamental, en cualquier caso, es rebatir las ideas y opiniones de Hitler, que deberán «contrastarse con los resultados de la investigación actual». A través de un extenso comentario con unas cinco mil explicaciones diferentes, se generará un «mensaje implícito sobre *Mi lucha*» que «dejará claro cómo nació la ideología de Hitler, hasta qué punto el *Führer* percibía la realidad de una forma selectiva y distorsionada, y, a grandes rasgos, qué terribles consecuencias se derivaron de ello».[16] La dirección del proyecto recae sobre el historiador Christian Hartmann, que es consciente de la trascendencia de la iniciativa, ya que «las ediciones son para siempre».[17]

Sin embargo, precisamente por este empeño en la diferenciación, el resultado del programa al que aspiran los investigadores no será comprensible para la mayoría. Una edición científica nunca puede estar dirigida al público en general, ni siquiera aun cuando, como se prevé hacer para 2017, se ponga íntegramente a disposición de los internautas. No es algo negativo, ya que las instituciones como el Instituto de Historia Contemporánea realizan una investigación fundamental. No son ellas quienes deberán determinar (por lo general, tampoco es esa su intención) lo que hagan a partir de ahí otros historiadores, periodistas o aficionados interesados en esta materia. Sea como fuere, la historia del libro alemán *Mi lucha* continuará, incluso setenta años después del suicidio de su autor.

APÉNDICE

Agradecimientos

Todos los libros tienen su propia historia. También los libros de historia. La historia de este libro comenzó hace ya más de veinte años. Debió de ser en 1993 cuando adquirí mi primer ejemplar de *Mi lucha* —por supuesto, a escondidas, en el sótano de una tienda de antigüedades situada en el barrio berlinés de Lichterfelde—. Invertí en ella ciento cincuenta marcos. Fue la obra más cara que había comprado hasta entonces. Pude permitírmela gracias a la ayuda mensual para libros que concedía la Fundación de Estudios del Pueblo Alemán.[*] En buena medida, mi trabajo en torno a aquel libelo de Hitler fue posible directamente gracias al dinero aportado por los contribuyentes.

Mi lucha me acompaña desde hace más de dos decenios en mi trabajo como periodista especializado en historia. Mi primer artículo sobre esta obra de Hitler se publicó en el periódico *Berliner Zeitung* apenas unas semanas después de que comprara mi primer ejemplar del libro. Hasta la primavera de 2015, a aquel texto le han seguido más de un centenar, casi todos publicados en *Die Welt*. *Mi lucha* también ocupa un espacio destacado en varias de mis obras, como *Attentäter. Mit einer Kugel die Welt verändern* («Autores de atentados. Cambiar el mundo con una bala») o *Hitlers Berlin. Geschichte einer Hassliebe* («El Berlín de Hitler. Historia de una relación de amor-odio»). Sin embargo, necesité un doble empujón para decidirme a dedicar específicamente una obra a este libelo. La idea surgió durante un almuerzo con el editor Christian Seeger. Mi agente, Ernst Piper, me animó para que no soltara aquel tema.

Sin embargo, este proyecto nunca se habría convertido en una realidad sin la ayuda, más o menos directa, de muchos amigos. Como en todos y cada uno de mis libros, Wieland Giebel y Berthold Seewald me ayudaron en los primeros momentos, cada uno con su particular manera. Lars-Broder Keil me volvió a prestar todo su apoyo, como lo hace cada vez que no firmamos ambos un nuevo libro. Eberhard Hoene acudía en mi ayuda cuando la situación se ponía difícil, y por ello le estoy infinitamente agradecido. Una vez más, la lectura crítica de mis amigos Andrea Wieshuber, Andreas Lorenz, Tim Mennel y Ralf Georg Reuth ha resultado imprescindible, y se la agradezco de todo corazón. Frank Lehmann me volvió a ayudar en los aspectos visuales, incluso pulsando el disparador de su cámara. Simon Hodgson tradujo textos desinteresadamente.

Durante años, muchos historiadores que trabajan en la universidad me han apoyado, con sus consejos y recomendaciones, en esta investigación sobre *Mi lucha*. Pienso en los profesores Wolfgang Benz, Magnus Brechtken, Christian Hartmann, Hans Mommsen, Othmar Plöckinger, Wolfram Pyta, Thomas Weber y Barbara Zehnpfennig. Sin las herramientas científicas que me proporcionó mi maestro, el profesor Alexander Demandt, en la Universidad Libre de Berlín, no habría podido escribir ni este libro ni el resto de mis publicaciones.

Como la mayoría de mis obras, esta tiene su origen fundamentalmente en la investigación de fuentes documentales y en la ayuda de una serie de archivistas comprometidos. En el Archivo Federal de Berlín conté especialmente con la colaboración de Christiane Ihlius, Monika Kaiser, Kerstin Risse y Torsten Zarwel. Quiero darles las gracias, tanto a ellos como a todos los trabajadores del Servicio de Atención al Usuario. También fueron muy atentos conmigo los empleados del Archivo Principal del estado con sede en Múnich. Doy las gracias igualmente a los trabajadores del Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania, sobre todo a Johannes Freiherr von Boeselager y Martin Kröger. Las bibliotecas siempre son importantes, pero en el caso de este libro la que ha desempeñado un papel fundamental ha sido la sala de consulta del

Deutsches Historisches Museum, en Berlín. Gracias a Matthias Miller y a sus colaboradores por la ayuda que me han prestado.

Hoy en día, sin el apoyo de una editorial es prácticamente imposible que un libro vea la luz. Agradezco a Christoph Selzer, así como a Katja Bäumlisberger, Mara Ebinger, Kathrin Karasek y Maria Stork, la cooperación, sumamente profesional y, al mismo tiempo, siempre amable, que me han ofrecido en la casa Klett-Cotta, de Stuttgart.

Dedico este libro a una verdadera testigo del siglo XX: a Anna-Maria Lorenz, por su noventa cumpleaños.

Berlín, verano de 2015
Sven Felix Kellerhoff

Fuentes documentales y referencias bibliográficas

1. DOCUMENTOS CONSULTADOS EN ARCHIVOS BUNDESARCHIV BERLIN (ARCHIVO FEDERAL DE BERLÍN)

R 43 I - Bestand Reichskanzlei: 479a.
R 43 II - Bestand Reichskanzlei: 787; 959; 960; 961; 963; 963a; 1420; 1471; 1474a; 1480a; 1482.
R 56-V - Bestand Reichsschriftumskammer: 234.
NS 1 - Bestand Reichsschatzmeister der NSDAP: 413.
NS 6 - Bestand Parteikanzlei der NSDAP: 232.
NS 11 - Parteiamtliche Prüfungskommission: 23a; 40.
NS 19 - Persönlicher Stab Reichsführer-SS: 3062.
NS 24 - Bestand Nationalsozialistisches Kraftfahrerkorps: 91.
NS 25 - Hauptamt für Kommunalpolitik: 563.
NS 26 - Hauptarchiv der NSDAP: 63; 230; 1422; 2136; 2247; 2256; 2310.

Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes Berlin (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín)

R 98416 - Sonderreferat Deutschland.
R 100155 - Gruppe Inland.
R 121232/R 121233 - Presseabteilung.
B 84 (Referat 504/V5) - Rechtsabteilung: 292; 706; 707; 708; 709.

Staatsarchiv München (Archivo Estatal con sede en Múnich)

Bestand Staatsanwaltschaft München - 14344.
Bestand Finanzämter - 496.

Colección de Sven Felix Kellerhoff en Berlín

Manuscritos de *Mi lucha* (copias).
Borradores de *Mi lucha* (copias).
Legajo de documentos de la prisión de Landsberg, entre los que se incluyen permisos de visita, cartas originales, listas de visitantes, duplicados de cartas oficiales de la dirección del centro, etc. (copias).
Documentos del proceso del estado federado de Baviera contra Albertas Ltd., 2009-2014.
Comité de Educación Superior, Investigación y Cultura del Parlamento de Baviera: acta de la sesión de consulta sobre el tema «Umgang mit Nachdrucken von NS-Propaganda» («Posicionamiento ante la reimpresión de la propaganda nacionalsocialista»), 16 de junio de 2010.
Otros: folletos publicitarios relativos a *Mi lucha*, tarjeta de identificación de miembro del Partido Nacionalsocialista de 1922, etc. (copias).

2. FUENTES DOCUMENTALES EN FORMATO PAPEL O DIGITAL

Aly, Götz, *et al.* (eds.), *Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden durch das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945*, Múnich, 2008 y ss., 16 vols. previstos.
Amann, Max, *Ein Leben für Führer und Volk 1891-1941*, Múnich, 1941.
Beek, Gottfried zur, *Die Geheimnisse der Weisen von Zion*, Berlín, 19227 (primera edición: 1922) (https://ia600409.us.archive.org/7/items/Beek-Gottfried-DieGeheimnisse-der-Weisen-von-Zion-1/Bee kGottfriedZur-DieGeheimnisseDerWeisenVon-Zion7.Aufla ge192284S.pdf).
Benz, Wolfgang, *et al.* (eds.), *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945, Online-Datenbank*, Berlín y Múnich, sin fecha (http://db.saur.de/DGO/).
Binding, Rudolf G., *Antwort eines Deutschen an die Welt*, Berlín, 1933.
Boberach, Heinz (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939-1944*, Herrsching, 1984 (edición revisada; primera edición original: 1966), 17 vols. y 1 vol. de índice de referencias.
Bohrmann, Hans (ed.), *NS-Presseanweisungen der Vorkriegszeit. Edition und Dokumentation*, Múnich, 1984-2013, vol. 7 de 20.
Brandmayer, Balthasar, *Meldegänger Hitler. Mitgeteilt von Heinz Bayer*, Múnich, 19332.
Chamberlain, Houston Stewart, *Die Grundlagen des XIX. Jahrhunderts*, Múnich, 191210 (primera edición: 1899) (http://www.hschamberlain.net/grundlagen/grundlagen_download.html).
Domarus, Max (ed.), *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945*, Leonberg, 19884 (primera edición: 1962), 4 vols.
Dresler, Adolf (ed.), *Dokumente der Zeitgeschichte*, Múnich, 1938.
Dutt, Rajani Palme, *World Politics 1918-1936*, Nueva York, 1936 (https://ia600502.us.archive.org/6/items/worldpolitics191028102mbp/world politics191028102mbp.pdf).
Ebeling, Theresa, *et al.* (eds.), *»Geliebter Führer«. Briefe der Deutschen an Adolf Hitler*, Berlín, 2011.
Eckart, Dietrich, *Der Bolschewismus von Moses bis Lenin. Zwiegespräch zwischen Adolf Hitler und mir*, Múnich, sin indicación de fecha (1924) (https://ia700807.us.archive.org/28/items/Eckart-Dietrich-DerBols chewismus-1/EckartDietrich-DerBolschewismusVonMoses BisLenin 192457S.Scan.pdf).

Falb, Alfred, *Luther und die Juden*, Múnich, 1921 (http://sammlungen.ub.uni-frankfurt.de/freimann/content/titleinfo/427527).

Feder, Gottfried, *Das Manifest zur Brechung der Zinsknechtschaft des Geldes*, Múnich, 1919 (https://ia601705.us.archive.org/10/items/Manifest ZurBrechungDerZinsknechtschaftantikapitalismus/Feder_Gott fried_Das_Manifest_zur_Brechung_der_Zinsknechtschaft_des_Geldes_1919_62_S.pdf) (hay trad. cast.: *¿Sabe Vd. algo de...? Manifiesto para el quebrantamiento de la servidumbre del interés del dinero*, traducción de José María García Martínez, Ediciones Wotan, Barcelona, 1982).

Feuchtwanger, Lion, *Centum Opuscula. Eine Auswahl*, Rudolstadt, 1956.

—, *Erfolg. Drei Jahre Geschichte einer Provinz*, Berlín (Este), 19733 (primera edición: 1969).

Ford, Henry, *Der internationale Jude*, traducción alemana de Paul Lehmann, Leipzig, 19225 y 192211 (primera edición: 1922), 2 vols. (https://ia800304.us.archive.org/1/items/Ford-Henry-Der-internationale-Ju de-1/FordHenry-DerInternationaleJude-1.Band11.Auflage1922204 S.ScanFraktur.pdf; https://ia902704.us.archive.org/16/items/Ford-Henry-Der-internationale-Jude-2/FordHenry-DerInternationaleJude-2.Band5.Auflage1922156S.ScanFraktur.pdf) (hay trad. cast.: *El judío internacional*, edición revisada y corregida por Guillermo Rodríguez y Ruiz, traducción de Bruno Wenzel, Editorial Orbis, Barcelona, 1939).

François-Poncet, André, *Botschafter in Berlin 1931-1938*, traducción alemana de Erna Stübel, Maguncia y Berlín, 19623 (primera edición: 1947).

Frank, Hans, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seiner Zeit aufgrund eigener Erlebnisse und Erkentnisse. Geschrieben im Nürnberger Gerichtsgebäude*, edición de Oswald Schloffer, Múnich, 1953.

Funck, Bernhard, *Morbus judaicus. Primärer und sekundärer Geist. Eine kleine Ergänzung zu Spengler*, Múnich, 1921 (http://sammlungen.ub.uni frankfurt.de/freimann/content/titleinfo/260154).

Gobineau, Joseph Arthur de, *Versuch über die Ungleichheit der Menschenracen*, traducción alemana de Ludwig Scheman Stuttgart, 1902-19042 (primera edición: 1898-1902) (https://archive.org/stream/versuchber dieun02kleigoog#page/nl2/mode/2up; https://archive.org/stream/ver suchberdieun01kleigoog#page/n7/mode/2up; https://archive.org/stre am/versuchberdieu03gobi#page/n5/mode/2up; https://archive.org/str eam/versuchberdieun03kleigoog#page/n9/mode/2up) (hay trad. cast.: *El hombre y las desigualdades raciales: ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, traducción de Francisco Susanna, con la colaboración de Fernando Lutz, Editorial EAS, Torrevieja, 2013).

Goebbels, Joseph, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, parte I: *Aufzeichnungen 1923-1941*, ed. de Elke Fröhlich, Múnich *et al.*, 1998-2004, 9 vols. distribudos en 14 tomos.

—, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, parte II: *Diktate 1941-1945*, ed. de Elke Fröhlich, Múnich, 1993-1996, 15 vols.

—, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, parte III: *Registe*r, 2005-2008, 3 vols.

Groener, Maria, *Schopenhauer und die Juden*, Múnich, 1920 (http://samm lungen.ub.uni-frankfurt.de/freimann/content/titleinfo/6489 40).

Gruchmann, Lothar, Reinhard Weber y Otto Gritschneder (eds.), *Der Hitler-Prozess 1924. Wortlaut der Hauptverhandlung vor dem Volksgericht München I*, Múnich, 1997-2000, 4 vols.

Günther, Hans F. K., *Rassenkunde des deutschen Volkes*, Múnich, 193014 (primera edición: 1922) (https://ia800309.us.archive.org/6/items/Guenther- Hans-Rassenkunde-des-deutschen-Volkes/GuentherHans-RassenkundeDesDeutschenVolkes14.Auflage1930540S.ScanFraktur.pdf).

—, *Rassenkunde Europas. Mit besonderer Berücksichtigung der Rassengeschichte der Hauptvölker indogermanischer Sprache*, Múnich, 19293 (primera edición: 1924)

(https://ia600503.us.archive.org/20/items/Guenther Hans-Rassenkunde-Europas/GuentherHans-RassenkundeEuropas1929356S.ScanFraktur.pdf).
Heiden, Konrad, *Adolf Hitler. Das Zeitalter der Verantwortungslosigkeit*, Zúrich, 19362 (primera edición: 1936).
Heinz, Heinz A., *Germanys Hitler*, Londres, 19382 (primera edición: 1934) (http://www.jrbooksonline.com/PDF_Books/Germanys Hitler-Heinz_A_Heinz-1938-263pgs-POL.pdf).
Heβ, Rudolf, *Briefe 1908-1933*, edición de Wolf Rüdiger Heβ, Múnich y Viena, 1987.
Hitler, Adolf: *Mein Kampf*, vol. 1: *Eine Abrechnung*, Múnich, 1925.
—, *Mein Kampf*, vol. 1: *Eine Abrechnung*, Múnich, 192591 (edición de lujo).
—, *Die Südtiroler Frage und das deutsche Bündnis problem*, Múnich, 1926.
—, *Die Südtiroler Frage und das deutsche Bündnis problem*, Bremen, 1981, (facsímil; primera edición: 1926).
—, *Mein Kampf*, vol. 2: *Die nationalsozialistische Bewegung*. Múnich, 1927 (en realidad: 1926).
—, *Mein Kampf. Zwei Bände in einem Band*, Múnich, 193163 y 193184 (primera edición: 1925-1926).
—, *Mon Combat. Traduction intégrale de* Mein Kampf, traducción francesa de J. Gaudefroy-Demombynes y A. Calmettes, París, sin fecha (1934).
—, *Mein Kampf. Zwei Bände in einem Band*, Múnich, 1936172 y 1936173 (primera edición: 1925-1926) (https://ia800301.us.archive.org/3/items/ Hitler-Adolf-Mein-Kampf/HitlerAdolf-MeinKampf-Band1Und 2173.Auflage1936828S.ScanFraktur.pdf).
—, *My Struggle*, traducción oficial de Edgar Dugdale, Londres, 193852 (primera edición: 1933) (https://ia600308.us.archive.org/21/items/MyStruggle/MKULTRA.pdf).
—, *Mein Kampf. Zwei Bände in einem Band*, Múnich, 1938323-327 (primera edición: 1925-1926).
—, *Mein Kampf. Zwei Bände in einem Band*, Múnich, 1939479-483 (primera edición: 1925-1926).
—, *Mein Kampf. Complete and unabridged. Fully anotated*, traducción de Alvin Johnson *et al.*, Londres, Nueva York y Melbourne, 194017 (primera edición: 1939).
—, *Mein Kampf. An Unexpurgated Digest*, traducción de B. D. Shaw, Nueva York, 1939 (https://ia600506.us.archive.org/0/items/MeinKampfAnUnexpurgatedEdition/MK01.pdf).
—, *Mein Kampf. Zwei Bände in einem Band*, Múnich, 1942737-741 (primera edición: 1925-1926).
—, *Mein Kampf. Zwei Bände in einem Band*, Múnich, 1943851-855 (primera edición: 1925-1926).
—, *Hitlers zweites Buch. Ein Dokument aus dem Jahr 1928*, ed. de Gerhard L. Weinberg, Stuttgart, 1961 (hay trad. cast.: *Raza y destino*, traducción de Mariano Orta Manzano, Editorial Juventud, Barcelona, 1962.
—, *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, ed. de Eberhard Jäckel y Axel Kuhn, Stuttgart, 1980 (cotéjese, sin embargo, con Eberhard Jäckel y Axel Kuhn, «Neue Erkenntnisse zur Fälschung von Hitler-Dokumenten», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 32 (1984), pp. 163 y ss.
—, *Reden-Schriften-Anordnungen 1925-1933*, ed. de Christian Hartmann *et al.*, Múnich *et al.*, 1992-2002, 6 vols. distribuidos en 13 tomos.
—, *Auβenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni- Juli 1928*, edición y comentarios de Gerhard L. Weinberg, Christian Hartmann y Klaus Lankheit, Múnich, 1925.
Höβ, Rudolf, *Kommandant in Auschwitz*, Múnich, 199414 (edición revisada; primera edición: 1958).
Jochmann, Werner (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944. Die Aufzeichnungen Heinrich Heims*, Hamburgo, 1980.
Kallenbach, Hans, *Mit Hitler auf Festung Landsberg*, Múnich, 1933.
—, *Mit Hitler auf Festung Landsberg*, Múnich, 1939 (edición revisada).
Kubizek, August, *Adolf Hitler. Mein Jugendfreund*, Graz, 2002 (edición especial; primera edición: 1953) (hay trad. cast.: *Adolf Hitler, mi amigo de juventud*, traducción de Manuel Scholz,

Ediciones Wotan, Barcelona, 1981).
Langbehn, Julius, *Rembrandt als Erzieher*, Leipzig, 189129 (primera edición: 1890) (https://ia700805.us.archive.org/28/items/rembrandtal serzi00lang_1/rembrandtalserzi00lang_1.pdf).
Ley, Robert (ed.), *Organisationsbuch der NSDAP*. Múnich, 19373 (https://ia902505.us.archive.org/34/items/1937NationalSocialistGermanWorkersPartyOrganizationBook/1937OrganisationsbuchDerNationalsozialistischeDeutscheArbeiterpartei.pdf).
Lundberg, Hermann, *Rassenbiologische Übersichten und Perspektiven*, Jena, 1921.
Lurker, Otto, *Hitler hinter Festungsmauern. Ein Bild aus trüben Tagen*, Berlín, 19332 (primera edición: 1933) (https://ia700507.us.archive.org/4/items/Lurker-Otto-Hitler-hinter-Festungsmauern/Lurker-Otto-HitlerHinterFestungsmauern193393S.ScanFraktur.pdf).
Marx, Jakob, *Das deutsche Judentum und seine jüdischen Gegner*, Berlín, 1925 (http://sammlungen.ub.uni-frankfurt.de/freimann/content/titlein fo/177632).
Maurenbrecher, Max, *Goethe und die Juden. Eine Zusammenstellung*, Múnich, 1921 (http://sammlungen.ub.uni-frankfurt.de/freimann/con tent/titleinfo/649107).
Meerkatz, Albert, *Erläuterung zu Adolf Hitlers Mein Kampf*, Leipzig, sin fecha (1939).
Möller, Eberhard Wolfgang, *Der Führer. Das Weihnachtsbuch für die deutsche Jugend*, ed. de Baldur von Schirach, Múnich, 1938.
Noske, Gustav, *Von Kiel bis Kapp. Zur Geschichte der deutschen Revolution*, Berlín, 1920 (https://ia801404.us.archive.Org/4/items/vonkielbiska ppzu00nosk/vonkielbiskappzu00nosk.pdf).
Olden, Rudolf, *Hitler der Eroberer. Entlarvung einer Legende*, Fráncfort, 1984 (primera edición: 1955).
Oppenheimer, Franz, *Die Judenstatistik des preußischen Kriegsministeriums*, Múnich, 1922 (http://sammlungen.ub.uni-frankfurt.de/download/pdf/ 177609?name=Die%20Judenstatistik%20des%20preu%C3%9Fischen %20Kriegsministeriums).
Orwell, George, *Review of Mein Kampf by Adolf Hitler*, marzo de 1940 (https://archive.org/stream/pdfy-dtXwJ5ruCne4fblU/Review%20Of%20_Mein%20Kampf_%20by%20Adolf%20Hitler%20%5BMarch%201940%5D%20%20George%20Orwell#page/n0/ mode/2up).
Ottwalt, Ernst, *Deutschland erwache. Geschichte des Nationalsozialismus*, Viena, 1932.
Picker, Henry, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier*, Berlín, 1989 (edición revisada; primera edición original: 1951) (hay trad. castellana: *Hitler. Anatomía de un dictador*, traducción de Mariano Orta Manzano, Grijalbo, Barcelona, 1965).
Rauschning, Hermann, *Gespräche mit Hitler*, Viena, 1973 (edición revisada; primera edición original: 1940) (hay trad. cast.: *Hitler me dijo*, sin indicación del nombre del traductor, Ediciones Atlas, Madrid, 1946).
Rumbold, Horace, «Letter to Sir J. Simon. [Mein Kampf Despatch]», en *Documents on British Foreign Policy*, II, 5, Londres, 1956, pp. 47-55.
Rosenberg, Alfred, *Die Protokolle der Weisen von Zion und die jüdische Weltpolitik*, Múnich, 1923 (https://ia700503.us.archive.org/16/items/Ro senberg-Alfred-Die-Protokolle-der-Weisen-von-Zion-Scan-2/Rosen bergAlfred-DieProtokolleDerWeisen-VonZionUndDieJuedische Weltpolitik1923163S.ScanFraktur.pdf).
—, *Der Zukunftsweg einer deutschen Außenpolitik*, Múnich, 1927.
Scheunemann, Walther, *Der Nationalsozialismus. Quellenkritische Studie seiner Staats- und Wirtschaftsauffassung*, Berlín, 1931.
Schneider, Reinhold, *Tagebuch 1930-1935*, Fráncfort, 1983.
Schott, Georg, *Das Volksbuch vom Hitler*, Múnich, 193912 (primera edición: 1924).

Segall, Jacob, *Die deutschen Juden als Soldaten im Kriege 1914-1918. Eine statistische Studie*, Berlín, 1922 (http://www.archive.org/download/diedeutschenjude00segauoft/diedeutschenjude00segauoft.pdf).
Solleder, Fridolin (ed.), *Vier Jahre Westfront. Geschichte des Regiments List R.I.R. 16*, Múnich, 1932 (http://www.fschuppisser.ch/kuk/bayinfall.pdf).
Sommer, Paul, *Erläuterung zu Adolf Hitlers Mein Kampf*, Leipzig, sin fecha (1933).
Speer, Albert, *Erinnerungen*, Berlín, 1969 (hay trad. cast.: *Memorias*, traducción de Ángel Sabrido, Acantilado, Barcelona, 2002).
—, *Spandauer Tagebücher*, Berlín, 1975 (hay trad. cast.: *Diario de Spandau*, traducción de Manuel Vázquez, Plaza & Janés, Barcelona, 1976).
Stiehler, Annemarie, *Die Geschichte von Adolf Hitler. Den deutschen Kindern erzählt*, Berlín, sin fecha (19362; primera edición: 1935).
Thost, Hans Wilhelm, *England wollte keinen Frieden. Britische Reden und Aufsätze aus den letzten sieben Jahren*, Múnich y Berlín, 1940.
Tyrell, Albrecht (ed.), *Führer befiehl... Selbstzeugnisse aus der Kampfzeit der NSDAP*, Düsseldorf, 1969.
Wagener, Otto, *Hitler aus nächster Nähe. Aufzeichnungen eines Vertrauten 1929-1932*, ed. de Henry A. Turner, Kiel, 19872 (primera edición: 1978).
Wiedemann, Fritz, *Der Mann, der Feldherr werden wollte. Erlebnisse und Erfahrungen des Vorgesetzten Hitlers im Ersten Weltkrieg und seines späteren persönlichen Adjutanten*, Velbert, 1964.
Deutsche Wehrordnung v. 22. November 1888. Neuabdruck unter Berücksichtigung der bis April 1904 eingetretenen Änderungen, Berlín, 1904 (https://archive.org/stream/deutschewehrord00germgoog#page/n7/mode/ 2up).
Wrisberg, Ernst von, *Heer und Heimat*, Leipzig, 1921.

3. PRENSA

Amtsblatt des Kontrollrates in Deutschland; *Der Angriff*; *Berliner Illustrierte*; *Berliner Lokal-Anzeiger*; *Berliner Morgenpost; Berliner Tageblatt*; *Bild am Sonntag*; *Börsenblatt für den deutschen Buchhandel*; *Bundesgesetzblatt*; *Deutsche Zeitung*; *Documents on British Foreign Policy*; *Frankfurter Zeitung*; *Frankfurter Allgemeine Zeitung*; *Illustrierter Beobachter*; *Manchester Guardian*; *Neue Zürcher Zeitung; Nachtausgabe*; *Neue Preuβische Zeitung; New York Times*; *Reichsgesetzblatt für das Deutsche Reich*; *Reichsgesetzblatt für die im Reichsrathe vertretenen Königreiche und Länder*; *Rote Fahne*; *Simplicissimus*; *SoPaDe Deutschlandberichte*; *Sozialdemokratischer Pressedienst*; *Der Spiegel*; *Süddeutsche Zeitung*; *Das Tage-Buch*; *Der Tagesspiegel*; *The Times*; *Tribüne; Völkischer Beobachter*; *Vorwärts*; *Vossische Zeitung*; *Washington Post; Die Welt*; *Welt am Sonntag*; *Die Weltbühne*; *Die Woche*; *Die Zeit.*

4. BIBLIOGRAFÍA

Adam, Christian, *Tesen unter Hitler. Autoren, Bestseller, Leser im Dritten Reich*, Berlín, 2010.

Aigner, Dietrich, *Das Ringen um England. Das deutsch-britische Verhältnis. Die öffentliche Meinung 1933-1939. Tragödie zweier Völker*, 2 vols. Múnich y Esslingen, 1969.

Barnes, James J. y Patience P. Barnes, *Hitler's Mein Kampf in Britain and America. A Publishing History 1930-1939*, Cambridge *et al.*, 1980.

Bavendamm, Dirk, *Der junge Hitler. Korrekturen einer Biografie 1889-1914*, Graz, 2009.

Beierl, Florian, y Othmar Plöckinger, «Neue Dokumente zu Hitlers Buch Mein Kampf», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 57 (2009), pp. 261-318.

Bein, Alexander, «Der jüdische Parasit. Bemerkungen zur Semantik der Judenfrage», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 13 (1965), pp. 121-149.

Bräuninger, Werner, *Hitlers Kontrahenten in der NSDAP 1921-1945*, Múnich, 2004.

Braun, Christian Alexander, y Christiane Friedericke Marxhausen, «Adolf Hitlers Mein Kampf. Herrschaftssymbol, Herrschaftsinstrument, Medium ideologischer Kommunikation», en Koschorke, Albrecht, y Konstantin Kaminskij (eds.), *Despoten dichten. Sprachkunst und Gewalt*, Constanza, 2011, pp. 177-209.

Brescius, Hans von, *Gerhart Hauptmann. Zeitgeschehen und Bewusstsein in unbekannten Selbstzeugnissen*, Bonn, 1976.

Broszat, Martin, «Betrachtungen zu ›Hitlers zweitem Buch‹», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 9 (1961), pp. 417-429.

Bruppacher, Paul, *Adolf Hitler und die Geschichte der NSDAP. Eine Chronik*, parte I: *1889-1937*, Norderstedt, 20092 (primera edición: 2008).

Burke, Kenneth, *Die Rhetorik in Hitlers Mein Kampf und andere Essays zur Strategie der Überredung*, traducción alemana de Günter Rebing, Fráncfort, 1967.

Caspar, C, «Mein Kampf-A Best Seller», en *Jewish Social Studies*, 20 (1958), pp. 3-16.

Clemens, Detlev, *Herr Hitler in Germany. Wahrnehmung und Deutungen des Nationasozialismus in Groβbritannien 1920-1939*, Gotinga y Zúrich, 1996.

Deuerlein, Ernst, «Hitlers Eintritt in die Politik», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 7 (1959), pp. 177-227.

Diamond, Sander A., *Herr Hitler. Amerikas Diplomaten, Washington und der Untergang Weimars*, traducción alemana de Stephanie Kreuels, Düsseldorf, 1985.

Eberle, Hendrik, *Hitlers Weltkrieg*, Hamburgo, 2014.

Fest, Joachim, *Hitler. Eine Biographie*, Berlín y Fráncfort, 1973 (hay trad. cast.: *Hitler. Una biografía*, traducción de Guillermo Raebel Gumá, Planeta, Barcelona, 2006).

—, «Hitlers Krieg», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 38 (1990), pp. 359-373).

—, *Speer. Eine Biographie*, Berlín, 1999.

Franz-Willing, Georg, *Ursprung der Hitlerbewegung 1919-1922*, Preußisch Oldendorf, 1974 (edición revisada; primera edición original: 1962).

—, *Krisenjahr der Hitlerbewegung 1923*, Preußisch Oldendorf, 1975.

—, *Putsch und Verbotszeit der Hitlerbewegung November 1923-Februar 1925*, Preußisch Oldendorf, 1977.

Gassert, Philipp, y Daniel S. Mattern, *The Hitler Library. A Bibliography*, Westport y Londres, 2001.

Gellately, Robert, *Hingeschaut und weggesehen. Hitler und sein Volk*, traducción alemana de Holger Fliessbach, Stuttgart y Múnich, 2002 (hay trad. cast.: *No sólo Hitler: la Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, traducción de Teófilo de Lozoya Elzdurdía, Planeta de Agostini, Barcelona, 2006).

Granzow, Brigitte, *A Mirror of Nazism. British Opinion and the Emergence of Hitler 1929-1933*, Londres, 1964.

Gritschneder, Otto, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H. Der Hitler-Putsch und die bayerische Justiz*, Múnich, 1990.

Hale, Oron J.: «Adolf Hitler-Taxpayer», en *The American Historical Review*, 60 (1955), pp. 830-842.
Halhuber, Max J., Ferdinand Obenfeldner y Anton Pelinka, *Mein Kampf-heute wieder gelesen*, Innsbruck, 1993.
Hamann, Brigitte, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators*, Múnich y Zúrich, 1996.
Hammer, Hermann, «Die deutschen Ausgaben von Hitlers ›Mein Kampf‹», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 4 (1956), pp. 161-178.
Heiber, Helmut, *Adolf Hitler*, Berlín, 1960 (hay trad. cast.: *Hitler*, traducción de Rosa Pilar Blanco, Salvat, Barcelona, 1989).
Herbst, Ludolf, *Hitlers Charisma. Die Erfindung eines deutschen Messias*, Fráncfort, 2010.
Hermann Historica ordentliche Handelsgesellschaft (ed.), *Mein Kampf. Einige Anmerkungen zur Entstehungsgeschichte des Manuskriptes*, Múnich, 2006.
Hillgruber, Andreas, «Die ›Endlösung‹ und das deutsche Ostimperium als Kernstück des rassenideologischen Programms des Nationalsozialismus», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 20 (1972), pp. 134-153).
Jäckel, Eberhard, *Hitlers Weltanschauung. Entwurf einer Herrschaft*, Stuttgart, 19863 (edición revisada; primera edición original: 1969; primera edición revisada: 1981).
—, *Hitlers Herrschaft. Vollzug einer Weltanschauung*, Stuttgart, 19882 (primera edición: 1986).
Jetzinger, Franz, *Hitlers Jugend. Phantasien, Lügen und die Wahrheit*, Viena, 1956.
Joachimsthaler, Anton, *Korrektur einer Biographie. Hitler 1905-1920*, Múnich, 1989.
—, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, Múnich, 2000.
—, *Hitlers Liste. Ein Dokument persönlicher Beziehungen*, Múnich, 2003.
Kellerhoff, Sven Felix, *Hitlers Berlin. Geschichte einer Hassliebe*, Berlín, 2005.
—, *Der Reichstagsbrand. Die Karriere eines Kriminalfalls*, Berlín, 2008.
—, *Heimatfront. Der Untergang der heilen Welt-Deutschland im Ersten Weltkrieg*, Berlín, 2014.
Kershaw, Ian, *Hitlers Macht, Das Profil der NS-Herrschaft*, traducción alemana de Peter Krause, Múnich, 1992.
—, *Hitler*, traducción alemana de Jürgen Peter Krause y Jörg W. Rademacher, Múnich, 1998-2000, 2 vols.
—, *Hitlers Freunde in England. Lord Londonderry und der Weg in den Krieg*, traducción alemana de Klaus-Dieter Schmidt, Múnich, 2005 (hay trad. cast.: *Un amigo de Hitler: una crónica reveladora de las ambiguas relaciones de Inglaterra con Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial*, traducción de José Manuel Álvarez Flórez, Península, Barcelona, 2006).
Klemperer, Victor, *LTI. Notizbuch eines Philologen*, edición 24, completamente revisada por Elke Fröhlich, Stuttgart, 2010.
Krämer, Swantje, *Hitlers Weltanschauung in Mein Kampf. Von der Genese bis zur Manifestation*, Wiesbaden, 2010.
Kroll, Frank-Lothar, «Geschichte und Politik im Weltbild Hitlers», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 44 (1996), pp. 327-353.
Kuchler, Christian (ed.), *NS-Propaganda im 21. Jahrhundert. Zwischen Verbot und öffentlicher Auseinandersetzung*, Colonia, Weimar y Viena, 2014.
Lange, Karl: «Der Terminus ›Lebensraum‹ in Hitlers Mein Kampf», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 13 (1965), pp. 426-437.
—, *Hitlers unbeachtete Maximen. Mein Kampf und die Öffentlichkeit*, Stuttgart *et al.*, 1968.
Large, David Clay, *Hitlers München. Aufstieg und Fall der Hauptstadt der Bewegung*, traducción alemana de Karl-Heinz Siber, Múnich, 1998.
Lee, Albert, *Henry Ford and the Jews*, Nueva York, 1980.
Longerich, Peter, *«Davon haben wir nichts gewusst!». Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933 bis 1945*, Múnich, 2006.

Marckhgott, Gerhart: «›… von der Hohlheit des gemächlichen Lebens‹. Neues Material über die Familie Hitler in Linz», en *Jahrbuch des oberösterreichischen Musealvereins Gesellschaft für Landeskunde*, 138 (1993), pp. 267-277.

Martens, Klaus, *Countdown zu einem Tabubruch. Mein Kampf erscheint*, documental de la cadena de televisión ARD, 2015. Primera emisión: canal Das Erste, 13 de abril de 2015.

Maser, Werner, *Adolf Hitler-Mein Kampf. Der Fahrplan eines Welteroberers. Geschichte, Auszüge, Kommentare*, Esslingen, 1976 (edición revisada; primera edición original: 1974).

—, *Adolf Hitlers Mein Kampf. Geschichte. Auszüge. Kommentare*, Esslingen, 1981 (edición revisada; primera edición original: 1966).

—, *Hitlers Briefe und Notizen. Ein Weltbild in handschriftlichen Dokumenten*, Graz y Stuttgart, 2002 (edición revisada; primera edición original: 1973).

Merritt, Anna J., y Richard L. Merritt (eds.), *Public opinion in Occupied Germany. The OMGUS surveys 1945-1949*, Urbana, Chicago y Londres, 1970.

Mühle, Robert W., *Frankreich und Hitler*, Paderborn, 1955.

Müller, Klaus Jürgen, *Das Heer und Hitler. Armee und nationalsozialistisches Regime 1933-1940*, Múnich, 19892 (primera edición: 1970).

Müller, Reinhard, «Hitlers Rede vor der Reichswehrführung 1933», en *Mittelweg 36*, 1/2001, pp. 73-90.

Neumann, Hans-Joachim, y Hendrik Eberle, *War Hitler krank? Ein abschließender Befund*, Bergisch-Gladbach, 2009.

Niesen, Josef, (ed.), *Bonner Personenlexikon*, Bonn, 20113 (primera edición: 2006).

Pammer, Leopold, *Hitler und seine Vorbilder*, Hamburgo, 2009.

Phelps, Reginald H., «Die Autoren des Eher-Verlages», en *Deutsche Rundschau* (1955), pp. 3-34.

Piper, Ernst, *Alfred Rosenberg. Hitlers Chefideologe*, Múnich, 2005.

—, *Kurze Geschichte des Nationalsozialismus. Von 1919 bis heute*, Hamburgo, 2007.

Plöckinger, Othmar, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf 1922-1945*, Múnich, 2006.

—, «Frühe biografische Texte zu Hitler», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 58 (2010), pp. 93-114.

—, *Unter Soldaten und Agitatoren. Hitlers prägende Jahre im deutschen Militär 1918-1920*, Paderborn *et al.*, 2013.

Pyta, Wolfram, *Hitler. Der Künstler als Politiker und Feldherr. Eine Herrschaftsanalyse*, Múnich, 2015.

Qualtinger, Helmut, *Adolf Hitler-Mein Kampf. Eine Lesung* (CD), sin indicación de lugar (Viena), 1989 (primera edición: 1973).

Rash, Felicity, *The Language of Violence. Adolf Hitlers Mein Kampf*, Nueva York *et al.*, 2006.

Reuth, Ralf Georg, *Goebbels.* Múnich, 1990 (hay trad. cast.: *Goebbels*, traducción de Beatriz de la Fuente Marina, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009).

—, *Hitlers Judenhass. Klischee und Wirklichkeit*, Múnich y Zúrich, 2009.

Rosen, Edgar R., «Mussolini und Deutschland 1922/23», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 5 (1957), pp. 17-41.

Ryback, Timothy W., *Hitlers Bücher. Seine Bibliothek, sein Denken*, traducción alemana de Heike Schlatterer, Colonia, 2010 (hay trad. cast.: *Los libros del Gran Dictador*, traducción de Marc Jiménez Buzzi, Ediciones Destino, Barcelona, 2010).

Sammons, Jeffrey L., *Die Protokolle der Weisen von Zion. Die Grundlage des modernen Antisemitismus-eine Fälschung*, Gotinga, 1998.

Schall, Ekkehard, *Mein Kampf* (CD), Berlín, 1998.

Schenk, Dieter, *Hans Frank. Hitlers Kronjurist und Generalgouverneur*, Fráncfort del Meno, 2006.

Scholdt, Günter, *Autoren über Hitler. Deutschsprachige Schriftsteller 1919-1945 und ihr Bild vom »Führer«*, Bonn, 1993.

Schwarzwäller, Wulf C., *Hitlers Geld. Vom armen Kunstmaler zum millionenschweren Führer*, Viena, 1998.

Shirer, William L., *Rise and Fall of the Third Reich. A History of Nazi Germany*, Nueva York, 1960 (hay trad. cast.: *Auge y caída del III Reich*, traducción de Jesús López Pacheco, Caralt Editores, Barcelona, 1971).

Sidman, Charles R., «Die Auflagen-Kurve des Völkischen Beobachters und die Entwicklung des Nationalsozialismus 1920-November 1923», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 13 (1965), pp. 112-118.

Sigmund, Arma Maria, *Des Führers bester Freund*, Múnich, 2003.

Simms, Brendan: «Against a ›World of Enemies‹: The Impact of the First World War on the Development of Hitler's Ideology», en *International Affairs*, 90 (2014), pp. 317-336.

Somuncu, Serdar, *Mein Kampf. Serdar Somuncu liest aus dem Tagebuch eines Massenmörders* (CD), Colonia, sin fecha (2001).

Sprenger, Peter, *Der Dichter stand auf hoher Küste. Gerhart Hauptmann im Dritten Reich*, Berlín, 2009.

Steinert, Marlis G., *Hitler*, traducción alemana de Guy Montag y Volker Wieland, Múnich, 1994 (hay trad. cast.: *Hitler*, traducción de Amanda Forns de Gioia, Ediciones B, Barcelona, 2004).

Tavernaro, Thomas, *Der Verlag Hitlers und der NSDAP. Die Franz Eher Nachfolger GmbH*, Viena, 2004.

Thamer, Hans-Ulrich, y Simone Erpel (eds.), *Hitler und die Deutschen. Volksgemeinschaft und Verbrechen*, Dresde, 2011.

Thies, Jochen, *Architekt der Weltherrschaft. Die »Endziele« Hitlers*, Düsseldorf, 1976.

Toland, John, *Adolf Hitler*, traducción alemana de Uwe Bahnsen, Bergisch Gladbach, 1976 (hay trad. cast.: *Adolf Hitler*, sin indicación del nombre del traductor, Editorial Cosmos, Madrid, 1977).

Turner, Henry A., *Die Großunternehmer und der Aufstieg Hitlers*, traducción alemana de Hildegard Möller y Marina Münkler, Berlín, 1985.

Tyrell, Albrecht, *Vom Trommler zum Führer*, Múnich, 1975.

Ueberschär, Gerd R. (ed.), *Hitlers militärische Elite*, Darmstadt, 2011 (edición revisada; primera edición original: 1998).

Ullrich, Volker, *Adolf Hitler. Biografie*, vol. 1: *Jahre des Aufstiegs*, Fráncfort, 2013.

Vitkine, Antaine, *Mein Kampf. Histoire d'un livre*, París, 2009 (hay trad. cast.: *«Mein Kampf»: historia de un libro*, traducción de Marco Aurelio Galmarini, Anagrama, Barcelona, 2011).

Weber, Thomas, *Hitlers erster Krieg. Der Gefreite Hitler im Weltkrieg-Mythos und Wahrheit*, traducción alemana de Stephan Gebauer, Berlín, 2011 (hay trad. cast.: *La primera guerra de Hitler*, traducción de Belén Urrutia Domínguez, Taurus, Barcelona, 2012).

Weigel, Björn: «›Märzgefallene‹ und Aufnahmestopp im Frühjahr 1933», en Benz, Wolfgang (ed.), *Wie wurde man Parteigenosse? Die NSDAP und ihre Mitglieder*, Fráncfort, 2009, pp. 91-109.

Wildt, Michael, *Geschichte des Nationalsozialismus*, Gotinga, 2008.

Wirsching, Andreas: «›Man kann nur Boden germanisieren‹. Eine neue Quelle zu Hitlers Rede vor den Spitzen der Reichswehr am 3. Februar 1933», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 49 (2001), pp. 517-550.

Zdral, Wolfgang, *Der finanzierte Aufstieg des Adolf H.*, Viena, 2002.

Zehnpfennig, Barbara, *Hitlers Mein Kampf. Eine Interpretation*, Múnich, 20022 (primera edición: 2000).

—, *Mein Kampf. Studienkommentar*, Múnich, 2011.

Zentner, Christian, *Adolf Hitlers Mein Kampf. Eine kommentierte Auswahl*, Múnich, 19928 (primera edición: 1974).

Notas

[1] Serdar Somuncu, *Mein Kampf. Serdar Somuncu liest aus dem Tagebuch eines Massenmörders*, pista 1, 1.54-2.04.

[2] Decisión de la 85.ª Conferencia de Consejeros de Justicia de los estados Federados, celebrada del 25 al 26 de junio de 2014 en Ostseebad Binz, isla de Rügen, punto II.12 del orden del día.

[3] Cotéjese con Werner Maser, *Adolf Hitlers Mein Kampf. Der Fahrplan eines Welteroberers. Geschichte, Auszüge, Kommentare*, y, del mismo autor, *Adolf Hitlers Mein Kampf. Geschichte, Auszüge, Kommentare*.

[4] Cotéjese con Christian Zentner, *Adolf Hitlers Mein Kampf. Eine Kommentierte Auswahl.*

[5] Cotéjese con Barbara Zehnpfennig, *Hitlers Mein Kampf. Eine Interpretation*, y, de la misma autora, *Mein Kampf. Studienkommentar*.

[6] http://www.welt.de/kultur/history/article13819610/Mein-Kam pf-zeigt-Hitler-als-systematischen-Denker.html

[7] http://www.welt.de/geschichte/zweiter-weltkrieg/arti cle122823437/Warum-Mein-Kampf-gedruckt-werden-sollte.html

[8] *Die Welt*, 9 de julio de 2014.

[9] http://www.washingtonpost.com/world/europe/mein-kampf-a-historical-tool-or-hitlers-voice-from-beyond-the-grave/2015/02/24/f7a3110e-b950-11e4-bc30-a4e75503948a_story html

[10] http://www.nytimes.com/2014/07/08/opinion/should-germans-read-mein-kampf.html?emc=eta1&_r=0

[1] Joachim Fest, *Hitler. Eine Biographie*, p. 290.

[2] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. xxvii.

[3] *Völkischer Beobachter*, 7 de septiembre de 1923.

[4] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, p. 1022.

[5] *Washington Post*, 27 de septiembre de 1923.

[6] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, p. 1054.

[7] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 780 y ss.

[8] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 1.

[9] Original escrito a máquina n.º 1 (copia perteneciente a la colección del autor) y Florian Beierl y Othmar Plöckinger, «Neue Dokumente zu Hitlers Buch Mein Kampf», p. 296.

[10] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 5.

[11] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 6-8.

[12] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 11 y 14.

[13] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 20 y ss.

[14] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 70.

[15] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 93 y 44.

[16] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 110.

[17] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 138 y ss.

[18] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 144 y ss.

[19] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 148 y ss.

[20] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 151 y ss.

[21] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 152 y ss.

[22] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 154. Sobre ese «lugar bajo el sol» habló el que por aquel entonces era el secretario de estado del Ministerio de Asuntos Exteriores, Bernhard von Bülow, el 6 de diciembre de 1897, ante el Reichstag.

[23] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 171.

[24] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 177.

[25] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 189.

[26] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 192.

[27] Cotéjese con Günter Scholdt, *Autoren über Hitler. Deutschsprachige Schriftsteller 1919-1945 und ihr Bild vom »Führer«*, pp. 360-370.

[28] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 196.

[29] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 198 y ss.

[30] Cotéjese con Sven Felix Kellerhoff, *Heimatfront. Der Untergang der heilen Welt-Deutschland im Ersten Weltkrieg*, pp. 145-237.

[31] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 213.

[32] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 215 y 217.

[33] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 219-221.

[34] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 223-225.

[35] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 229-232.

[36] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 234.

[37] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 265 y 268.

[38] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 270.

[39] Cotéjese con *Der Spiegel*, 10 de mayo de 1947.

[40] Cotéjese con Hans-Joachim Neumann y Hendrik Eberle, *War Hitler krank? Ein abschließender Befund*, p. 51.

[41] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 291.

[42] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 306.

[43] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 310.

[44] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 311 y ss.

[45] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 318.

[46] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 356.

[47] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 358.

[48] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 361 y ss.

[49] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 384 y ss.

[50] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 388.

[51] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 418; cotéjese con las pp. 188 y ss. de la misma obra. Hay otra repetición más en las pp. 596 y ss.

[52] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 436 y ss.

[53] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 439; cotéjese con la p. 1 de la misma obra.

[54] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 443; cotéjese con la p. 314 de la misma obra.

[55] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 454; cotéjese con las pp. 277 y ss. de la misma obra.

[56] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 587; cotéjese con la p. 210 de la misma obra.

[57] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 689; cotéjese con las pp. 144-151 de la misma obra.

[58] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 732.

[59] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 739 y ss.

[60] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 742 y 154.

[61] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 675.

[62] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 555 y ss.; cotéjese con Georg Franz-Willing, *Ursprung der Hitlerbewegung 1919-1922*, pp. 123-127.

[63] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 488-491.

[64] Programa de veinticinco puntos del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (http://www.documentArchiv.de/wr/1920/nsdap-pro gramm.html).

[65] *RGBl* («Boletín Oficial del Reich»), I, 1935, p. 1.146.

[1] Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf 1922-1945*, p. 30.

[2] Cotéjese con la cronología de, por ejemplo, Rudolf Olden, *Hitler der Eroberer. Entlarvung eine Legende*, p. 136; Helmut Heiber *Adolf Hitler*, p. 46; Alan Bullock, *Hitler*, p. 629; Joachim Fest, *Hitler. Eine Biographie*, p. 290; Christian Zentner, *Adolf Hitlers Mein Kampf. Eine kommentierte Auswahl*, p. 9; John Toland, *Adolf Hitler*, p. 269; Marlis G. Steinert, *Hitler*, p. 175; Ian Kershaw, *Hitler*, vol. 1, pp. 300 y 831, y Barbara Zehnpfennig, *Mein Kampf. Studienkommentar*, p. 331.

[3] Folleto publicitario de la editorial Franz Eher, sin fecha (1938), Archivo Federal de Berlín, NS 26/2247, pp. 16 y 1-3.

[4] Eberhard Wolfgang Möller, *Der Führer. Das Weihnachtsbuch für die deutsche Jugend*, p. 96.

[5] Nota de Alfred Rosenberg, 15 de diciembre de 1938, en el Archivo Federal de Berlín, NS 11/23a.

[6] Otto Lurker, *Hitler hinter Festungsmauern. Ein Bild aus trüben Tagen*, p. 56.

[7] Heinz A. Heinz, *Germany’s Hitler*, p. 185.

[8] Konrad Heiden, *Adolf Hitler. Das Zeitalter der Verantwortungslosigkeit*, pp. 192 y ss.

[9] Cotéjese, p. ej., con Adolf Hitler, *Schreiben an das Finanzamt München III* («Carta a la Oficina de la Agencia Tributaria de Múnich III»), del 31 de octubre de 1925, en la Fiscalía de Múnich, FinÄ 496; Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 1/II, p. 72; solicitud de Heβ para que se emitiese un dictamen sobre la propaganda que se había llevado a cabo hasta entonces en las elecciones a la Presidencia del Reich, del 14 de marzo de 1932, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?docume ntId=APK-008443).

[10] Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seinen Zeit aufgrund eigener Erlebnisse und Erkentnisse. Geschrieben im Nürnberger Gerichtsgebäude*, p. 45; cotéjese con Dieter Schenk, *Hans Frank. Hitlers Kronjurist und Generalgouverneur*, pp. 132-135.

[11] Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seinen Zeit aufgrund eigener Erlebnisse und Erkentnisse. Geschrieben im Nürnberger Gerichtsgebäude*, p. 45.

[12] Rudolf Heß, *Briefe 1908-1933*, p. 341. En realidad, la versión de lujo se elaboró en pergamino y se encuadernó con piel de cerdo, pero solo meses después de que apareciera la primera edición de la obra. Cotéjese con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1925, edición de lujo n.º 91, y Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf 1922-1945*, pp. 177 y ss., con la nota 33.

[13] Cotéjese con el dictamen de Friedrich J. M. Rehse del 31 de mayo de 1924, facsímil en Adolf Dresler, *Dokumente der Zeitgeschichte*, p. 174.

[14] Rudolf Heß, *Briefe 1908-1933*, pp. 341 y ss.

[15] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 181.

[16] Cotéjese con Rudolf Heß, *Briefe 1908-1933*, p. 345.

[17] Rudolf Heß, *Briefe 1908-1933*, pp. 346 y ss.

[18] Ibíd., pp. 347-349.

[19] Cotéjese con Hermann Historica ordentliche Handelsgesellschaft (ed.), *Mein Kampf. Einige Anmerkungen zur Entstehungsgeschichte des Manuskriptes*, pp. 3-15.

[20] Cotéjese con Florian Beierl y Othmar Plöckinger, «Neue Dokumente zu Hitlers Buch Mein Kampf», pp. 264-271.

[21] Cotéjese con Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 32.

[22] Cotéjese con el folleto publicitario «4½ Jahre Kampf gegen Lüge, Dummheit und Feigheit. Eine Abrechnung von Adolf Hitler» («Cuatro años y medio de lucha contra la mentira, la necedad y la cobardía. Un balance de Adolf Hitler»), en el Archivo Federal de Berlín, NS 26/2247.

[23] Cotéjese con Florian Beierl y Othmar Plöckinger, «Neue Dokumente zu Hitlers Buch Mein Kampf», p. 276.

[24] Cotéjese, p. ej., con Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, pp. 953-955, 967-973, 977-981, 992-998, 1005-1007 y 1044-1046.

[25] Borrador n.º 13 (copia perteneciente a la colección del autor) y Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 205-225.

[26] Borradores n.os 17 y ss. (copias pertenecientes a la colección del autor) y Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 305.

[27] Otto Leybold a la Fiscalía de Múnich I, 15 de septiembre de 1924, citado según Otto Lurker, *Hitler hinter Festungsmauern. Ein Bild aus trüben Tagen*, p. 61.

[28] Cotéjese con Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weißem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Außenseiters*, p. 173.

[29] Cotéjese con Konrad Heiden, *Adolf Hitler, Das Zeitalter der Verantwortungslosigkeit*, p. 222; Werner Maser, *Adolf Hitler-Mein Kampf. Der Fahrplan eines Welteroberers. Geschichte, Auszüge, Kommentare*, p. 32; Alan Bullock, *Hitler*, pp. 114 y 287; Joachim Fest, *Hitler. Eine Biographie*, pp. 638 y ss.; Marlis G. Steinert, *Hitler*, pp. 176 y ss., así como p. 285.

[30] *Völkischer Beobachter*, 17 de junio de 1925.

[31] Cotéjese con Anna Maria Sigmund, *Der Führers bester Freund*, pp. 79 y ss.

[32] Werner Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944*, p. 205.

[33] Informe de la Jefatura de la Policía de Múnich, citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, pp. 91 y ss.

[34] Correspondencia entre Rudolf Heß y el jefe de la región administrativa del Partido Nacionalsocialista de Hannover, noviembre de 1925, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=APK-008362).

[35] Cotéjese, p. ej., con Konrad Heiden, *Adolf Hitler. Das Zeitalter der Verantwortungslosigkeit*, vol. I, p. 222; Hermann Hammer, «Die deutschen Ausgaben von Hitlers ›Mein Kampf‹», p. 162; Werner Maser, *Adolf Hitler-Mein Kampf. Der Fahrplan eines Welteroberers. Geschichte*, *Auszüge*, *Kommentare*, p. 35, con alusión, en cualquier caso, al poco fiable fiscal estadounidense Robert M. W. Kempner; Christian Zentner, *Adolf Hitlers Mein Kampf. Eine kommentierte Auswahl*, p. 179.

[36] Cotéjese con el *BGBl* («Boletín Oficial del estado Alemán»), I, 2002, p. 869, y Adolf Hitler, *Schreiben an das Finanzamt München III* («Carta a la Oficina de la Agencia Tributaria de Múnich III»), del 31 de octubre de 1925, en la Fiscalía de Múnich, FinÄ 496.

[37] Hertha Oldenbourg (Starnberg) a Fritz Wiedemann, 14 de noviembre de 1936, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=APK-001777).

[38] Cotéjese con Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 120.

[39] Rudolf Heß, *Briefe 1908-1933*, p. 370.

[1] *Der Spiegel*, 21 de mayo de 2012.

[2] Libro de los afiliados del Partido Nacionalsocialista, editado el 12 de enero de 1923 (perteneciente a la colección del autor).

[3] Cotéjese con Timothy W. Ryback, *Hitlers Bücher. Seine Bibliothek, sein Denken*, p. 14, y Philipp Gassert y Daniel S. Mattern, *The Hitler Library. A Bibliography*, pp. 5-32.

[4] Cotéjese con Timothy W. Ryback, *Hitlers Bücher. Seine Bibliothek, sein Denken*, p. 77 y ss.

[5] Cotéjese con Othmar Plöckinger, *Unter Soldaten und Agitatoren. Hitlers prägende Jahre im deutschen Militär 1918-1920*, p. 13, nota 12.

[6] Cotéjese con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 239.

[7] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 296.

[8] Cotéjese con Alfred Falb, *Luther und die Juden*; Max Maurenbrecher, *Goethe und die Juden. Eine Zusammenstellung*, y Maria Groener, *Schopenhauer und die Juden*.

[9] Citado según Timothy W. Ryback, *Hitlers Bücher. Seine Bibliothek, sein Denken*, p. 78.

[10] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, p. 1232.

[11] Hans Kallenbach, *Mit Hitler auf Festung Landsberg*, 1939, p. 106.

[12] Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seinen Zeit aufgrund eigener Erlebnisse und Erkentnisse. Geschrieben im Nürnberger Gerichtsgebäude*, pp. 46 y ss.

[13] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 36-38.

[14] Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seinen Zeit aufgrund eigener Erlebnisse und Erkentnisse. Geschrieben im Nürnberger Gerichtsgebäude*, pp. 46 y ss.

[15] Cotéjese con Timothy W. Ryback, *Hitlers Bücher. Seine Bibliothek, sein Denken*, pp. 65 y s.

[16] Dietrich Eckart, *Der Bolschewismus von Moses bis Lenin. Zwiegespräch zwischen Adolf Hitler und mir*, p. 50.

[17] Escrito bajo el pseudónimo 0574, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=BTS-0560), p. 8.

[18] Dietrich Eckart, *Der Bolschewismus von Moses bis Lenin. Zwiegespräch zwischen Adolf Hitler und mir*, p. 55.

[19] Dietrich Eckart, *Der Bolschewismus von Moses bis Lenin. Zwiegespräch zwischen Adolf Hitler und mir*, p. 11.

[20] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 234.

[21] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 341.

[22] Max Maurenbrecher, *Goethe und die Juden. Eine Zusammenstellung*, pp. 91 y ss.

[23] Arthur Schopenhauer, *Parerga*, vol. 2, p. 379.

[24] Cotéjese con Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, pp. 463, 577, 620 y 909.

[25] Discurso de Hitler del 23 de mayo de 1928, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA-0446); Adolf Hitler, *Politik der Woche*, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA-0538), y discurso de Hitler del 24 de julio de 1930, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCi tationView.jsf?documentId=HRSA-0773).

[26] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 253.

[27] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 335.

[28] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 386.

[29] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 335.

[30] Cotéjese con Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 3/II, p. 358; Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Diktate 1941-1945*, vol. 12, p. 278, y Werner Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944*, pp. 195, 197, 314 y 411.

[31] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 337.

[32] *The Times*, 16, 17 y 18 de agosto de 1921 (http://emperor.vwh.net/antisem/graves.pdf); cotéjese con Jeffrey Sammons, *Die Protokolle der Weisen von Zion. Die Grundlage des modernen Antisemitismus-eine Fälschung*, pp. 8-18.

[33] Citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 18.

[34] Alfred Rosenberg, *Die Protokolle der Weisen von Zion und die jüdische Weltpolitik*, p. 5.

[35] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 337.

[36] Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 1/I, p. 120.

[37] Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Diktate 1941-1945*, vol. 8, p. 282.

[38] Henry Ford, *Der internationale Jude*, vol. 1, p. 86.

[39] Henry Ford, *Der internationale Jude*, vol. 1, pp. 134 y ss.

[40] *The New York Times*, 20 de diciembre de 1922.

[41] Citado según Ralf Georg Reuth, *Hitlers Judenhass. Klischee und Wirklichkeit*, p. 227.

[42] Discurso de Hitler del 12 de enero de 1928, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA-0385); véase Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, p. 845.

[43] Cotéjese con Albert Lee, *Henry Ford an the Jews*, pp. 60-66, y Ralph Reuth, *Hitlers Judenhass. Klischee und Wirklichkeit*, pp. 227-229.

[44] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1927, p. 298.

[45] *Illustrierter Beobachter*, 2 de febrero de 1929, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA-0561).

[46] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 723.

[47] Cotéjese con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1940, p. 930, y Adolf Hitler, *My Struggle*, 1933, pp. 256-262.

[48] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 201 y 370.

[49] Julius Langbehn, *Rembrandt als Erzieher*, p. 66; cotéjese con Christian Kuchler (ed.), *NS-Propaganda im 21. Jahrhundert. Zwischen Verbot und öffentlicher Auseinandersetzung*, pp. 67 y ss.

[50] Cotéjese con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 446-449.

[51] Fritz Lenz: «Die Stellung des Nationalsozialismus zur Rassenhygiene», en *Archiv für Rassen- und Gesellschaftsbiologie*, 25, 1930, citado según http://www.toolan.com/hitler/append13a.html; cotéjese con Leopold Pammer, *Hitler und seine Vorbilder*, pp. 137 y ss.

[52] Herman Lundborg, *Rassenbiologische Übersichten und Perspektiven*, p. 14.

[53] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 313 y 316.

[54] Herman Lundborg, *Rassenbiologische Übersichten und Perspektiven*, p. 11.

[55] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 446.

[56] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 437.

[57] Hans F. K. Günther, *Rassenkunde des deutschen Volkes*, pp. 38-130.

[58] Cotéjese con Timothy W. Ryback, *Hitlers Bücher. Seine Bibliothek, sein Denken*, p. 99.

[59] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 491.

[60] Citado según Christian Kuchler, *NS-Propaganda im 21. Jahrhundert. Zwischen Verbot und öffentlicher Auseinandersetzung*, p. 71, nota 32, y Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 18.

[61] *RGBl* («Boletín Oficial del Reich»), I, 1935, p. 1146.

[62] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 148 y ss.

[63] Original escrito a máquina, n.º 6 (copia perteneciente a la colección del autor).

[64] Rudolf Heß, *Briefe 1908-1933*, p. 345.

[65] Cotéjese con Florian Beierl y Othmar Plöckinger, «Neue Dokumente zu Hitlers Buch Mein Kampf», p. 280.

[66] Citado según Karl Lange, «Der Terminus ›Lebensraum‹ in Hitlers Mein Kampf», p. 430.

[1] Ralf Georg Reuth, *Hitlers Judenhass. Klischee und Wirklichkeit*, p. 21.

[2] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, p. 89.

[3] Testamento político de Hitler, del 29 de abril de 1945 (http://www.ns-archiv.de/personen/hitler/testament/politisches-testament.php).

[4] Cotéjese con Ernst von Wrisberg, *Heer und Heimat*, pp. 93-95.

[5] Cotéjese con Jacob Segall, *Die deutschen Juden als Soldaten im Kriege 1914-1918. Eine statistische Studie*, p. 38 y *passim*.

[6] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 211.

[7] Franz Oppenheimer, *Die Judenstatistik des preußischen Kriegsministeriums*, p. 48.

[8] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 54 y ss.

[9] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 62, 69 y 137.

[10] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 163, 212 y 225.

[11] August Kubizek, *Adolf Hitler. Mein Jugendfreund*, pp. 268, 281 y ss.

[12] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 170 y ss.

[13] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, p. 69.

[14] Citado según Ralf Georg Reuth, *Hitlers Judenhass. Klischee und Wirklichkeit*, p. 38.

[15] Heinz A. Heinz, *Germany’s Hitler*, p. 98.

[16] Citado según John Toland, *Adolf Hitler*, p. 96.

[17] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 182-184.

[18] Fritz Wiedemann, *Der Mann, der Feldherr werden wollte. Erlebnisse und Erfahrungen des Vorgesetzten Hitlers im Ersten Weltkrieg und seines späteren persönlichen Adjutanten*, p. 3.

[19] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 552.

[20] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 226.

[21] Cotéjese con http://www.welt.de/kultur/article3300435/Adolf-Hitler-wurde-spaet-zum-Antisemiten.html

[22] Véase el facsímil de los resultados de las elecciones del 15 de abril de 1919, en Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, p. 211.

[23] Citado según Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, p. 212.

[24] Jakob Marx, *Das deutsche Judentum und seine jüdischen Gegner*, p. 20.

[25] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 226.

[26] Cotéjese con Othmar Plöckinger, *Unter Soldaten und Agitatoren. Hitlers prägende Jahre im deutschen Militär 1918-1920*, pp. 63 y ss.

[27] Gustav Noske, *Von Kiel bis Kapp. Zur Geschichte der deutschen Revolution*, p. 136.

[28] Citado según Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, p. 212.

[29] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 227.

[30] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 235.

[31] Cotéjese con Othmar Plöckinger, *Unter Soldaten und Agitatoren. Hitlers prägende Jahre im deutschen Militär 1918-1920*, pp. 111 y ss.

[32] Adolf Gemlich a Karl Mayr, 4 de septiembre de 1919, y Karl Mayr a Adolf Hitler, 10 de septiembre de 1919, facsímil en Anton Joachimsthaler, *Korrektur einer Biographie. Hitler 1905-1920*, pp. 243-245.

[1] Correo electrónico de Thomas Weber al autor, 4 de agosto de 2014.

[2] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 18.

[3] Cotéjese con Brigitte Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators*, p. 42.

[4] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, p. 44.

[5] Reproducida en August Kubizek, *Adolf Hitler. Mein Jugendfreund*, p. 16.

[6] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 54.

[7] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 103.

[8] *Linzer Tages-Post*, 8 de enero de 1903, citado según Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend. Phantasien, Lügen und die Wahrheit*, p. 73.

[9] August Kubizek, *Adolf Hitler. Mein Jugendfreund*, p. 52.

[10] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 2.

[11] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 20.

[12] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 16 y ss.

[13] Cotéjese con Brigitte Hamann, *Hitlers Edeljude*, pp. 82 y 92.

[14] Cotéjese con Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend. Phantasien, Lügen und die Wahrheit*, pp. 122-129; Gerhart Marckhgott, «… von der Hohlheit des gemächlichen Lebens. Neues Material über die Familie Hitler in Linz», p. 275, y Brigitte Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators*, pp. 34 y ss.

[15] Cotéjese con Gerhart Marckhgott, «… von der Hohlheit des gemächlichen Lebens. Neues Material über die Familie Hitler in Linz», p. 271.

[16] Cotéjese con Brigitte Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators*, pp. 196 y 206.

[17] Citado según Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend. Phantasien, Lügen und die Wahrheit*, p. 165.

[18] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, p. 525.

[19] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 23.

[20] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 20.

[21] Cotéjese con Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, p. 52.

[22] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 30.

[23] Citado según Anton Joachimsthaler, *Korrektur einer Biographie. Hitler 1905-1920*, p. 49.

[24] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 25.

[25] Citado según Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend. Phantasien, Lügen und die Wahrheit*, p. 226.

[26] *Reichsgesetzblatt für die im Reichsrathe vertretenen Königreiche und Länder* («Boletín Oficial del Imperio relativo a los reinos y países representados en el Consejo Imperial», es decir, relativo a Cisletania o parte austríaca del Imperio Austrohúngaro), 1889, pp. 93-108.

[27] *Reichsgesetzblatt für die im Reichsrathe vertretenen Königreiche und Länder* («Boletín Oficial del Imperio relativo a los reinos y países representados en el Consejo Imperial», es decir, relativo a Cisletania o parte austríaca del Imperio Austrohúngaro), 1912, pp. 411-437. Véase Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend. Phantasien, Lügen und die Wahrheit*, pp. 253 y ss.

[28] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 134-136.

[29] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, pp. 54 y ss.

[30] Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend. Phantasien, Lügen und die Wahrheit*, p. 253.

[31] Cotéjese con Anton Joachimsthaler, *Korrektur einer Biographie. Hitler 1905-1920*, pp. 260 y ss., y Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend. Phantasien, Lügen und die Wahrheit*, pp. 285-294.

[32] Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend. Phantasien, Lügen und die Wahrheit*, p. 265.

[33] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 174 y 177.

[34] Cotéjese con Sven Felix Kellerhoff, *Heimatfront. Der Untergang der heilen Welt-Deutschland im Ersten Weltkrieg*, pp. 18-23.

[35] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 176.

[36] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 179.

[37] Citado según Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, p. 104.

[38] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 179.

[39] Heinz A. Heinz, *Germany’s Hitler*, p. 52.

[40] Cotéjese con Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, p. 101.

[41] Deutsche Wehrordnung («Reglamento Militar Alemán»), p. 27, y Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, p. 103.

[42] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, p. 526.

[43] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 179.

[44] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, pp. 60 y 66.

[45] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, pp. 64-69.

[46] P. ej., *Frankfurter Zeitung* y *Berliner Tageblatt*, 11 de noviembre de 1914, así como *Berliner Morgenpost*, 12 de noviembre de 1914.

[47] Cotéjese con Thomas Weber, *Hitlers erster Krieg. Der Gefreite Hitler im Weltkrieg-Mythos und Wahrheit*, p. 65.

[48] Fridolin Solleder (ed.), *Vier Jahre Westfront. Geschichte des Regiments List R.I.R. 16*, p. 51.

[49] Citado según Thomas Weber, *Hitlers erster Krieg. Der Gefreite Hitler im Weltkrieg-Mythos und Wahrheit*, pp. 68 y ss.

[50] Fridolin Solleder (ed.), *Vier Jahre Westfront. Geschichte des Regiments List R.I.R. 16*, p. 54.

[51] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 181.

[52] Cotéjese con Thomas Weber, *Hitlers erster Krieg. Der Gefreite Hitler im Weltkrieg-Mythos und Wahrheit*, pp. 297 y ss.

[53] Citado según Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, p. 123.

[54] De acuerdo con Thomas Weber; cotéjese con http://www.welt.de/kultur/history/article12719808/Fuer-Frontsoldaten-war-Hitler-ein-Etap pen-hengst.html

[55] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 210.

[56] Citado según Thomas Weber, *Hitlers erster Krieg. Der Gefreite Hitler im Weltkrieg-Mythos und Wahrheit*, p. 219.

[57] Citado según Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, pp. 173 y ss.

[58] Citado según Thomas Weber, *Hitlers erster Krieg. Der Gefreite Hitler im Weltkrieg-Mythos und Wahrheit*, p. 286.

[59] Citado según Othmar Plöckinger, *Unter Soldaten und Agitatoren. Hitlers prägende Jahre im deutschen Militär 1918-1920*, p. 19.

[60] Balthasar Brandmayer, *Meldegänger Hitler. Mitgeteilt von Heinz Bayer*, p. 55.

[61] Werner Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944*, p. 132.

[62] *Sozialdemokratischer Pressedienst* («Boletín del Departamento de Prensa Socialdemócrata»), 27 de febrero de 1932, pp. 3 y ss.

[63] *Sozialdemokratischer Pressedient* («Boletín del Departamento de Prensa Socialdemócrata»), 9 de marzo de 1932, p. 7.

[64] Cotéjese con Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923*, pp. 126 y ss., así como p. 339.

[65] Citado según Hendrik Eberle, Hitlers Weltkrieg, p. 110.

[66] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 238-244.

[67] Ernst Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg der NSDAP*, pp. 97 y ss. Cotéjese con Hans-Günter Richardi, *Hitler und seine Hintermänner*, p. 72.

[68] Archivo Federal de Berlín, NS 26/230. Cotéjese con Albrecht Tyrell (ed.), *Führer befiehl… Selbstzeugnisse aus der Kampfzeit der NSDAP*, p. 22.

[69] Ernst Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg der NSDAP*, pp. 97 y ss.

[1] *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 4 de agosto de 2014.

[2] Adolf Dresler (ed.), *Dokumente der Zeitgeschichte*, p. 175.

[3] Folleto publicitario de la editorial Franz Eher con motivo de la publicación del ejemplar número tres millones de *Mi lucha*, sin fecha (1936 o 1937), Archivo Federal de Berlín, NS 26/2247.

[4] Cotéjese con *Völkischer Beobachter*, 29 de julio y 6, 16 y 17 de agosto de 1925.

[5] *Das Bayerische Vaterland*, 29 de julio de 1925, citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 176.

[6] *Miesbacher Anzeiger*, 29 de julio de 1925, citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 331.

[7] *Simplicissimus*, 31 de agosto de 1925, p. 1.

[8] Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 1/I, pp. 339, 347 y 365.

[9] Stefan Grossmann, «Hitlers Memoiren», en *Das Tagebuch*, 1925, pp. 1665-1669. Cotéjese con el fragmento en formato facsímil, para su publicación en un periódico berlinés no identificado (según el texto, no era ni el *Vossische Zeitung* ni el *BerlinerTageblatt* ni el *Berliner Morgenpost*), en el folleto publicitario de la editorial Franz Eher, sin fecha (1938), Archivo Federal de Berlín, NS 26/2247, p. 9. Sobre el *Neue Freie Presse*, véase Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 226.

[10] *Neue Zürcher Zeitung*, 8 de noviembre de 1925.

[11] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 268.

[12] *Frankfurter Zeitung*, 11 de noviembre de 1925.

[13] *Deutsche Zeitung*, 9 de septiembre de 1925.

[14] Neue Preußische Zeitung, 1 de octubre de 1925.

[15] Información de Rosenberg sobre la continuación de los ataques de Walter Frank, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=APK-013695).

[16] *Augsburger Neueste Nachrichten*, 15 de diciembre de 1925, citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 227.

[17] Adolf Hitler, *Die Südtiroler Frage und das deutsche Bündnisproblem* («La cuestión del Tirol del Sur y el problema de las alianzas alemanas»), p. 46. Véase igualmente Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 723 y ss., y Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1927, p. 299.

[18] *Weltbühne*, 1/1926, p. 673.

[19] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 318 y ss.

[20] Deutsches Schrifttum, 19 (1927), pp. 1 y ss., citado según Günter Scholdt, *Autoren über Hitler. Deutschsprachige Schriftsteller 1919-1945 und ihr Bild vom »Führer«*, p. 367.

[21] Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 1/I, pp. 159, 164 y 170.

[22] Dictamen de Hitler, sin fecha (antes del 20 de agosto de 1927), sobre la asamblea extraordinaria relativa a cuestiones organizativas, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA-0331).

[23] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 394 y ss.

[24] *Frankfurter Zeitung*, 24 de agosto de 1930.

[25] Rudolf G. Binding, *Antwort eines Deutschen an die Welt*, sin número de páginas.

[26] Archivo Federal de Berlín, R 43 I/961, folios 12 y ss.

[27] Citado según Günter Scholdt, *Autoren über Hitler. Deutschsprachige Schriftsteller 1919-1945 und ihr Bild vom »Führer«*, p. 356.

[28] Archivo Federal de Berlín, R 43 I/961, folios 22 y 19.

[29] Ernst Ottwalt, *Deutschland erwache. Geschichte des Nationalsozialismus*, p. 171.

[30] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 311 y 40.

[31] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 23; cotéjese con Ernst Ottwalt, *Deutschland erwache. Geschichte des Nationalsozialismus*, p. 171.

[32] Ernst Ottwalt, *Deutschland erwache. Geschichte des Nationalsozialismus*, p. 172.

[33] Ernst Ottwalt, *Deutschland erwache. Geschichte des Nationalsozialismus*, p. 183.

[34] Ernst Ottwalt, *Deutschland erwache. Geschichte des Nationalsozialismus*, pp. 188 y ss.

[35] Weltbühne, 1/1932, p. 805.

[36] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 766 y ss.

[37] Weltbühne, 2/1932, pp. 126-130.

[38] *Weltbühne*, 2/1932, pp. 500 y ss.

[39] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 61.

[40] Weltbühne, 2/1932, p. 501.

[41] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 67.

[42] Weltbühne, 2/1932, p. 501.

[43] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 94, 286, 96 y 281.

[44] Weltbühne, 2/1932, p. 502.

[45] Weltbühne, 1/1933, pp. 305-307.

[46] Cotéjese con Andreas Wirsching, «›Man kann nur Boden germanisieren‹. Eine neue Quelle zu Hitlers Rede vor den Spitzen der Reichswehr am 3. Februar 1933», pp. 545-548, y Reinhard Müller, *Hitlers Rede vor der Reichswehrführung 1933*, pp. 73-90.

[47] Citado según Peter Sprenger, *Der Dichter stand auf hoher Küste. Gerhart Hauptmann im Dritten Reich*, p. 32.

[48] El ejemplar se encuentra en la Biblioteca Estatal de Berlín, fundación Preußischer Kulturbesitz, biblioteca Gerhart-Hauptmann, 203.168. Cotéjese con Hans-Ulrich Thamer y Simone Erpel (eds.), *Hitler und die Deutschen. Volksgemeinschaft und Verbrechen*, pp. 54 y ss., así como p. 177, y Peter Sprenger, *Der Dichter stand auf hoher Küste. Gerhart Hauptmann im Dritten Reich*, p. 32.

[49] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 41 y ss.

[50] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 40.

[51] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 44 y 46. Cotéjese con Hans von Brescius, *Gerhart Hauptmann. Zeitgeschehen und Bewusstsein in unbekannten Selbstzeugnissen*, p. 237, y con Peter Sprenger, *Der Dichter stand auf hoher Küste. Gerhart Hauptmann im Dritten Reich*, pp. 32 y ss.

[52] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 61; comentario de Hauptmann en su propio ejemplar, p. 61. Cotéjese con Hans von Brescius, *Gerhart Hauptmann. Zeitgeschehen und Bewusstsein in unbekannten Selbstzeugnissen*, p. 238, y con Peter Sprenger, *Der Dichter stand auf hoher Küste. Gerhart Hauptmann im Dritten Reich*, p. 33.

[53] Reinhold Schneider, *Tagebuch 1930-1935*, pp. 754-758.

[54] Lion Feuchtwanger, *Erfolg. Drei Jahre Geschichte einer Provinz*, pp. 197 y ss.

[55] Lion Feuchtwanger, *Centum Opuscula. Eine Auswahl*, pp. 377 y 506 y ss.

[1] Carta de Barbara Zehnpfennig al autor, 3 de marzo de 2015.

[2] Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seinen Zeit aufgrund eigener Erlebnisse und Erkentnisse. Geschrieben im Nürnberger Gerichtsgebäude*, p. 45.

[3] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 512.

[4] Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seinen Zeit aufgrund eigener Erlebnisse und Erkentnisse. Geschrieben im Nürnberger Gerichtsgebäude*, pp. 45 y ss.

[5] Otto Wagener, *Hitler aus nächster Nähe. Aufzeichnungen eines Vertrauten 1929-1932*, p. 415.

[6] Hans Bohrmann (ed.), *NS-Presseanweisungen der Vorkriegszeit. Edition und Dokumentation*, vol. 4/I, 1936, p. 118.

[7] *Völkischer Beobachter*, 18 de julio de 1935.

[8] Citado según Marx Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945*, vol. 2, p. 580.

[9] Hans Bohrmann (ed.), *NS-Presseanweisungen der Vorkriegszeit. Edition und Dokumentation*, vol. 4/I (1936), p. 229.

[10] La editorial Eher a la Biblioteca Universitaria de Erlangen, 28 de agosto de 1940, facsímil en Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 194.

[11] Cotéjese, p. ej., con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1936, p. 244, con *Mein Kampf*, 1939, p. 244, y con *Mein Kampf*, 1943, p. 244. Véase igualmente Werner Maser, *Adolf Hitler-Mein Kampf. Der Fahrplan eines Welteroberers. Geschichte, Auszüge, Kommentare*, p. 71.

[12] Cotéjese con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. vii-xxvi, especialmente xii-xv y xvii y ss.

[13] Circular del 23 de enero de 1941, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=APK-013470).

[14] Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 9, p. 122.

[15] Cotéjese con Hermann Hammer, «Die deutschen Ausgaben von Hitlers ›Mein Kampf‹», p. 165.

[16] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1925, p. 104, y *Mein Kampf*, 1939, p. 110.

[17] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1925, p. 139, y *Mein Kampf*, 1939, p. 146.

[18] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1925, pp. 32, 38, 189 y 346, *Mein Kampf*, 1927, p. 34, y *Mein Kampf*, 1939, pp. 34, 40, 198, 358 y 444.

[19] Editorial Eher a la Biblioteca Universitaria de Erlangen, 28 de agosto de 1940, facsímil en Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 194.

[20] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1925, pp. 364 y ss., y *Mein Kampf*, 1939, p. 378.

[21] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 99, y *Mein Kampf*, 1925, p. 94.

[22] Walther Scheunemann, *Der Nationalsozialismus. Quellenkritische Studie seiner Staats- und Wirtschaftsauffassung*, p. 46.

[23] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 104. Cotéjese con *Mein Kampf*, 1925, p. 98, así como con *Mein Kampf*, 1942, p. 104, y *Mein Kampf*, 1943, p. 104.

[24] Copia de una copia: Martin Bormann a Hans-Heinrich Lammers, 3 de junio de 1941, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCi tationView.jsf?documentId=APK-021337); cotéjese con el original de Martin Bormann a Hans-Heinrich Lammers, 3 de junio de 1941, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId= APK-005026).

[25] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 693.

[26] Albert Speer, *Erinnerungen*, pp. 436 y ss.

[27] Joachim Fest, *Speer. Eine Biographie*, p. 153.

[28] Gitta Sereny, *Speer*, p. 553 y ss.

[1] Martin Broszat, «Betrachtungen zu ›Hitlers zweitem Buch‹», p. 422.

[2] Cotéjese con el *RGBl* («Boletín Oficial del Reich»), 1926, II, pp. 360 y ss.

[3] Discurso de Hitler en Heidelberg, 6 de agosto de 1927, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA- 0326).

[4] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 1.

[5] Citado según Edgard R. Rosen, *Mussolini und Deutschland 1922/23*, pp. 23 y ss.

[6] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, p. 728.

[7] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 707 y 709.

[8] Cotéjese con Reginald H. Phelps, *Die Autoren des Eher-Verlages*, p. 33.

[9] Cotéjese con Adolf Hitler, *Die Südtiroler Frage* («La cuestión del Tirol del Sur»), p. 6.

[10] Citado según Ernst Piper, *Alfred Rosenberg. Hitlers Chefideologe*, p. 157.

[11] *Völkischer Beobachter*, 3 de marzo de 1928.

[12] Cotéjese con *Völkischer Beobachter*, 6 de marzo de 1928.

[13] *Völkischer Beobachter*, 7 de marzo de 1928.

[14] Cotéjese con el discurso de Hitler en Múnich del 17 de abril de 1928, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945*. *Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?do cumentId=HRSA-0424) y con el discurso de Hitler en Múnich del 19 de mayo de 1928, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945*, http://db.saur.de/DGO/basicFullCita-tionView.jsf?documentId= HRSA-0444).

[15] *Oberbayerischer Generalanzeiger*, 24 de abril de 1928, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. On-line-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA- 0429).

[16] Cotéjese con la nota 6 de la declaración testifical de Hitler ante el Tribunal del estado Federado de Múnich I, del 4 de febrero de 1930, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945*. *Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA-0709).

[17] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, pp. 2 y ss.

[18] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, pp. 5 y ss.

[19] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, pp. 5-7 y 9; cotéjese, p. ej., con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 496-498 y 582 y ss.

[20] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 144-151 y 689-691.

[21] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 18; cotéjese, p. ej., con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 164-169.

[22] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 19; cotéjese, p. ej., con Adolf Hitler, *Der Weg zum Wiederaufstieg*, artículo de agosto de 1927, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA-0340), así como con el discurso de Hitler en Chemnitz del 16 noviembre de 1927, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA- 0358), y el discurso de Hitler en Karlsruhe del 3 de marzo de 1928, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?document Id=HRSA-0404).

[23] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 25; cotéjese, p. ej., con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 661 y ss.

[24] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 33.

[25] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 74; cotéjese, p. ej., con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 739.

[26] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, pp. 91 y ss.

[27] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, pp. 90 y ss.

[28] Discurso de Hitler en Berlín del 13 de julio de 1928, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945, Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA- 0477).

[29] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 100.

[30] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 108.

[31] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 120.

[32] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 126.

[33] Cotéjese con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 696.

[34] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 133.

[35] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 135.

[36] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, pp. 136-138.

[37] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 142.

[38] Cotéjese con Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, pp. 148, 153 y ss., así como p. 166.

[39] Cotéjese con el discurso de Hitler en Múnich, del 23 de mayo de 1928, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf? documentId=HRSA-0446).

[40] Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, pp. 185 y ss.

[41] Cotéjese con Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 9, nota 4.

[42] Alfred Rosenberg, *Der Zukunftsweg einer deutschen Außenpolitik*, p. 143.

[43] Alfred Rosenberg, *Der Zukunftsweg einer deutschen Außenpolitik*, p. 42.

[44] Citado según Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. 191.

[45] Albert Speer, *Spandauer Tagebücher*, p. 533.

[46] Werner Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944*, p. 280.

[47] Rudolf Heß, *Briefe 1908-1933*, p. 392.

[48] Citado según Adolf Hitler, *Außenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagwahl Juni-Juli 1928*, p. xiv.

[1] *Die Woche*, 5 de mayo de 1995.

[2] Ernst Deuerlein (ed.), *Der Hitler-Putsch*, p. 629.

[3] Folleto publicitario «4½ Jahre Kampf gegen Lüge, Dummheit und Feigheit. Eine Abrechnung von Adolf Hitler» («Cuatro años y medio de lucha contra la mentira, la necedad y la cobardía»), en el Archivo Federal de Berlín, NS 26/2247.

[4] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, pp. 154, 608 y ss., así como p. 842.

[5] Proceso de Hitler, primera sesión, por la tarde, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HPR-0008).

[6] Cotéjese con Adolf Dresler (ed.), *Dokumente der Zeitgeschichte*, p. 173.

[7] Max Amann, *Ein Leben für Führer und Volk 1891-1941*, pp. 44 y ss.

[8] Cotéjese con Reginald H. Phelps, *Die Autoren des Eher-Verlages*, p. 32.

[9] Cotéjese, p. ej., con el discurso de Hitler en Múnich del 27 de febrero de 1925, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945, Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA-0009), nota 2; discurso de Hitler en Núremberg del 4 de diciembre de 1925, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945, Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFu llCitationView.jsf?documentId=HRSA-0094), nota 2; discurso de Hitler en Múnich del 30 de julio de 1927, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945, Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA-0325), nota 1; discurso de Hitler en Múnich del 6 noviembre de 1929, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945, Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA-0665), nota 2; discurso de Hitler en Múnich del 24 de febrero de 1930, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945, Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA- 0716), nota 2.

[10] Folleto publicitario de la editorial Franz Eher, sin fecha (1938), Archivo Federal de Berlín, NS 26/2247, pp. 5 y 7.

[11] Resultados electorales según el anuario estadístico *Statistische Jahrbücher* del Reich alemán de 1930-1931.

[12] Anuncio en el *Börsenblatt für den deutschen Buchhandel*, 2 de diciembre de 1930, Archivo Federal de Berlín, NS 26/1422.

[13] *Frankfurter Zeitung*, 1 de enero de 1933; *Berliner Tageblatt*, 1 de enero de 1933; *Vossische Zeitung*, 1 de enero de 1933.

[14] Anuncio en el *Börsenblatt für den deutschen Buchhandel*, 31 de enero de 1933, Archivo Federal de Berlín, NS 26/1422.

[15] Cotéjese con Björn Weigel, «›Märzgefallene‹ und Aufnahmestopp im Frühjahr 1933», p. 94.

[16] Extracto del *Münchner Neuesten Nachrichten*, 21 de septiembre de 1933, Archivo Federal de Berlín, NS 26/1422.

[17] Cotéjese con Oron J. Hale, «Adolf Hitler-Taxpayer», p. 837.

[18] Folleto publicitario de la editorial Franz Eher, sin fecha (1938), Archivo Federal de Berlín, NS 26/2247, p. 12, y Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 185.

[19] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, sin indicación de lugar ni fecha, Archivo Federal de Berlín, ZIM 213.

[20] Extracto del *Illustrierter Beobachter*, sin fecha, Archivo Federal de Berlín, NS 26/1422.

[21] Cotéjese con el folleto publicitario de la editorial Franz Eher, sin fecha (1938), Archivo Federal de Berlín, NS 26/2247, p. 12.

[22] Cotéjese con Christian Adam, *Lesen unter Hitler. Autoren, Bestseller, Leser im Dritten Reich*, p. 116.

[23] Martin Bormann, circular 41/39 del 13 de febrero de 1939, Archivo Federal de Berlín, NS 6/232.

[24] *The Times*, 25 de octubre de 1938, citado según Hermann Hammer, «Die deutschen Ausgaben von Hitlers ›Mein Kampf‹», p. 161. Cotéjese con Christian Adam, *Lesen unter Hitler. Autoren, Bestseller, Leser im Dritten Reich*, p. 118.

[25] La redacción en Berlín del *Völkischer Beobachter*, a la dirección del *Die NS-Gemeinde*, Múnich, 21 de septiembre de 1935, Archivo Federal de Berlín, NS 25/563.

[26] Cotéjese con Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 436.

[27] Cotéjese con el folleto publicitario de la editorial Franz Eher, sin fecha (1938), Archivo Federal de Berlín, NS 26/2247, p. 12.

[28] *Völkischer Beobachter*, 31 de agosto de 1938, y folleto publicitario de la editorial Franz Eher, sin fecha (1938), Archivo Federal de Berlín, NS 26/2247.

[29] Cotéjese con Christian Kuchler (ed.), *NS-Propaganda im 21. Jahrhundert. Zwischen Verbot und öffentlicher Auseinandersetzung*, p. 65, y Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, pp. 186-189.

[30] Extracto del *Süddeutsche Sonntagspost*, sin fecha, en el Archivo Federal de Berlín, NS 26/1422.

[31] Archivo Federal de Berlín, R 43 I/787, folios 93 y ss.

[32] Cotéjese con la solicitud de apoyo económico para la impresión y difusión de la obra de Hitler, *Mi lucha*, del 15 de mayo de 1933, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945*. *Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=APK-000076).

[33] Archivo Federal de Berlín, R 43 I/787, folios 93 y ss.

[34] Archivo Federal de Berlín, R 43 I/787, folios 95.

[35] Archivo Federal de Berlín, R 43 I/787, folio 142.

[36] Archivo Federal de Berlín, R 43 I/787, folio 151r.

[37] Archivo Federal de Berlín, R 43 I/787, folio 160r.

[1] Michael Wildt, *Geschichte des Nationalsozialismus*, p. 38.

[2] Cotéjese con Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, pp. 279-435.

[3] Cotéjese con *Völkischer Beobachter*, 28 de abril de 1921, con dos colaboraciones de Hitler, bajo la firma «A. H.»; *Völkischer Beobachter*, 5 de mayo de 1921, con tres colaboraciones; *Völkischer Beobachter*, 8 de mayo de 1921, con dos colaboraciones; *Völkischer Beobachter*, 12 de mayo de 1921, con dos colaboraciones; *Völkischer Beobachter*, 15 de mayo de 1921, con tres colaboraciones; *Völkischer Beobachter*, 19 de mayo de 1921, con dos colaboraciones; *Völkischer Beobachter*, 22 de mayo de 1921, con tres colaboraciones; *Völkischer Beobachter*, 26 de mayo de 1921, con dos colaboraciones; *Völkischer Beobachter*, 29 de mayo de 1921, con tres colaboraciones; *Völkischer Beobachter*, 2 de junio de 1921, con dos colaboraciones; *Völkischer Beobachter*, 5 de junio de 1921, con dos colaboraciones.

[4] Cotéjese con Charles F. Sidman, «Die Auflagen-Kurve des Völkischen Beobachters und die Entwicklung des Nationalsozialismus 1920-November 1923», pp. 113-116.

[5] Véase el facsímil en Max Amann, *Ein Leben für Führer und Volk 1891-1941*, p. 28.

[6] Véase el *Völkischer Beobachter* del 25 de enero de 1922, del 22 de febrero de 1922, del 12 de abril de 1922 y del 23 de septiembre de 1922.

[7] Cotéjese con Georg Franz-Willing, *Ursprung der Hitlerbewegung 1919-1922*, p. 172.

[8] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, pp. 607-625; véase Charles F. Sidman, «Die Auflagen-Kurve des Völkischen Beobachters und die Entwicklung des Nationalsozialismus 1920-November 1923», p. 115.

[9] Citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 34.

[10] Citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 34.

[11] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, p. 1270.

[12] Otto Leybold a la Consejería de Justicia de Baviera, 18 de septiembre de 1924, legajo de la prisión de Landsberg (copia perteneciente a la colección del autor).

[13] Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weißem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Außenseiters*, pp. 172 y ss.

[14] Otto Leybold a la Consejería de Justicia de Baviera, 18 de septiembre de 1924, legajo de la prisión de Landsberg (copia perteneciente a la colección del autor).

[15] Cotéjese con resumen de «Besuchen für den Festungsgefangenen Adolf Hitler» («Visitas al preso Adolf Hitler») (copia), en la Fiscalía de Múnich, StAW 14344, folios 144-146); originales de los meses de abril a agosto de 1924 del legajo de la prisión de Landsberg (copia perteneciente a la colección del autor).

[16] Copia legalizada del 28 de febrero de 1934, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 121233.

[17] Cotéjese con Reginald H. Phelps, *Die Autoren des Eher-Verlages*, p. 32.

[18] Rudolf Heß, *Briefe 1908-1933*, p. 364.

[19] Ficha provisional, Sollbuch 1924, folio 3993, sin fecha, en la Fiscalía de Múnich, FinÄ 496.

[20] Oficina de la Agencia Tributaria de Múnich III a Adolf Hitler, 1 de mayo de 1925, con notas marginales de Hitler del 19 de mayo de 1925, en la Fiscalía de Múnich, FinÄ 496.

[21] Cotéjese con Anton Joachimsthaler, *Hitlers Liste. Ein Dokument persönlicher Beziehungen*, p. 73.

[22] Preaviso a la Oficina de la Agencia Tributaria de Múnich III, del 16 de septiembre de 1925, en la Fiscalía de Múnich, FinÄ 496.

[23] Adolf Hitler a la Oficina de la Agencia Tributaria de Múnich III, 31 de octubre de 1925, en la Fiscalía de Múnich, FinÄ 496.

[24] Nota interna de la Oficina de la Agencia Tributaria de Múnich III, del 11 de septiembre de 1925, en la Fiscalía de Múnich, FinÄ 496.

[25] Nota de la Oficina de la Agencia Tributaria de Múnich III del 27 de enero de 1927, en la Fiscalía de Múnich, FinÄ 496.

[26] Preaviso para la Oficina de la Agencia Tributaria de Múnich III, del 9 noviembre de 1927, en la Fiscalía de Múnich, FinÄ 496.

[27] Cotéjese con Reginald H. Phelps, *Die Autoren des Eher-Verlages*, p. 32.

[28] Preaviso para la Oficina de la Agencia Tributaria de Múnich III, del 24 de abril de 1929, 12 de agosto de 1929, 5 de noviembre de 1929 y 12 de febrero de 1930, en la Fiscalía de Múnich, FinÄ 496.

[29] Adolf Hitler, carta abierta a Fritz Schäffer, del 7 de diciembre de 1929, con nota 41, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCita tionView.jsf?documentId=HRSA-0684m).

[30] *Völkischer Beobachter*, 7 de diciembre de 1929.

[31] Cotéjese con FinÄ 496 *passim*, así como con Oron J. Hale, «Adolf Hitler-Taxpayer», pp. 835-839, y con Reginald H. Phelps, *Die Autoren des Eher-Verlages*, p. 33.

[32] Cotéjese con Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier*, p. 423.

[33] Cotéjese con Henry A. Turner, *Die Großunternehmer und der Aufstieg Hitlers*, p. 188.

[34] Nota de Ludwig Schwerin von Krosigk, del 15 de marzo de 1933, en la Fiscalía de Múnich, FinÄ 496.

[35] Oron J. Hale, «Adolf Hitler-Taxpayer», p. 839.

[36] Fiscalía de Múnich Este, impuestos pendientes de pago por parte Adolf Hitler en 1933-1934 (borrador), 20 de octubre de 1934, en la Fiscalía de Múnich, FinÄ 496.

[37] Cotéjese con Oron J. Hale, «Adolf Hitler-Taxpayer», p. 841.

[38] Hans-Heinrich Lammers a la editorial Eher, 3 de enero de 1934, en el Archivo Federal de Berlín, R 43 II/960, folio 11.

[39] Correspondencia entre el Ministerio de Propaganda y la Cancillería del Reich, de febrero a marzo de 1939, en Archivo Federal de Berlín, R 43 II/479a, folios 26-38.

[40] Cotéjese con Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, pp. 432-437.

[41] Cotéjese con Wulf C. Schwarzwäller, *Hitlers Geld. Vom armen Kunstmaler zum millionenschweren Führer*, pp. 160 y ss., así como p. 225, aunque sin documentos probatorios.

[42] Cotéjese con la entrevista a Frank Bajohr del 7 de julio de 2014 (http://www.heise.de/tp/artikel/42/42183/1.html).

[43] Véase http://www.welt.de/print-welt/article408407/Adolf-Hit ler- Milliardaer.html.

[44] Cotéjese con *Neue Zürcher Zeitung* del 7 y 8 de septiembre de 1996, así como con http://www.welt.de/geschichte/zweiter-weltkrieg/article129538313/Hitlers-Schwarzgeld-Milliarden-in-der-Schweiz.html

[1] Max J. Halhuber, Ferdinand Obenfeldner y Anton Pelinka, *Mein Kampf-heute wieder gelesen*, p. 9.

[2] *The New York Times*, 12 de mayo de 1945.

[3] Carta personal de Ernst J. Cramer al autor, primavera de 2005.

[4] Anna J. Merritt y Richard L. Merritt (eds.), *Public opinion in occupied Germany. The OMGUS surveys 1945-1949*, pp. 70 y ss.

[5] Anna J. Merritt y Richard L. Merritt (eds.), *Public opinion in occupied Germany. The OMGUS surveys 1945-1949*, p. 199.

[6] Albert Speer, *Erinnerungen*, pp. 34 y 581, nota 81.

[7] Archivo Federal de Berlín, R 43 II/959, folio 238.

[8] Citado según Josef Niesen (ed.), *Bonner Personenlexikon*, p. 371.

[9] André François-Poncet, *Botschafter in Berlin 1931-1938*, p. 83.

[10] André François-Poncet, citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 4.

[11] Cotéjese con Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, pp. 408 y ss.

[12] Citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 410.

[13] Gerd R. Ueberschär (ed.), *Hitlers militärische Elite*, p. 31.

[14] Citado según Klaus Jürgen Müller, *Das Heer und Hitler. Armee und nationalsozialistisches Regime 1933-1940*, p. 194.

[15] Meier-Welcher (ed.), *Offiziere*, p. 260.

[16] Citado según Rajani Palme Dutt, *World Politics 1918-1936*, p. 250, nota 1.

[17] Redacción en Berlín del *Völkischer Beobachter* a la dirección del *Die NS-Gemeinde*, Múnich, 21 de junio de 1935, Archivo Federal de Berlín, NS 25/563.

[18] Cotéjese con Christian Alexander Braun y Christiane Friedericke Marxhausen, «Adolf Hitlers Mein Kampf. Herrschaftssymbol, Herrschaftsinstrument, Medium ideologischer Kommunikation», p. 204.

[19] Paul Sommer, *Erläuterung zu Adolf Hitlers Mein Kampf*, pp. 3, 9-24, 25-54, 55-105 y 105-118.

[20] Citado según Christian Alexander Braun y Christiane Friedericke Marxhausen, «Adolf Hitlers Mein Kampf. Herrschaftssymbol, Herrschaftsinstrument, Medium ideologischer Kommunikation», p. 204, nota 89.

[21] *SoPaDe* (ed.), *Deutschlandberichte*, 2 (1935), p. 204.

[22] *SoPaDe* (ed.), *Deutschlandberichte*, 3 (1936), p. 471.

[23] *SoPaDe* (ed.), *Deutschlandberichte*, 4 (1937), p. 870.

[24] *SoPaDe* (ed.), *Deutschlandberichte*, 5 (1939), p. 989.

[25] Cotéjese con Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, pp. 420-429.

[26] *SoPaDe* (ed.), *Deutschlandberichte*, 3 (1936), p. 1251.

[27] *SoPaDe* (ed.), *Deutschlandberichte*, 3 (1936), p. 1357.

[28] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 749 y ss., así como p. 752.

[29] Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939-1944*, vol. 2, p. 365.

[30] Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939-1944*, vol. 2, p. 408.

[31] Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939-1944*, vol. 3, p. 866.

[32] Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939-1944*, vol. 4, p. 950.

[33] Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939-1944*, vol. 6, p. 1834.

[34] Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939-1944*, vol. 6, p. 1928.

[35] Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939-1944*, vol. 9, p. 3353.

[36] Citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 414.

[37] Citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 443.

[1] Ludolf Herbst, *Hitlers Charisma. Die Erfindung eines deutschen Messias*, p. 196.

[2] Programa de veinticinco puntos del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (http://www.documentArchiv.de/wr/1920/nsdap-programm. html).

[3] Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, pp. 436-438.

[4] Estatutos del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán y de la Asociación Nacionalsocialista Obrera Alemana, en *Nationalsozialismus*, *Holocaust*, *Widerstand und Exil 1933-1945*. *Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA-0067).

[5] Correspondencia en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFu llCitationView.jsf?documentId=APK-006092).

[6] Cotéjese con *Amtsblatt des Kontrollrats in Deutschland* («Boletín Oficial del Consejo de Control de Alemania»), p. 19.

[7] *Das freie Wort*, 21 de junio de 1931, citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 376.

[8] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. xxvii.

[9] Cotéjese con *Weltbühne*, 1/1933, p. 305; Detlev Clemens, *Herr Hitler in Germany. Wahrnehmung und Deutungen des Nationalsozialismus in Großbritannien 1920-1939*, p. 286; André François-Poncet, *Botschafter in Berlin 1931-1938*, p. 83.

[10] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 171.

[11] Max Domarus (ed.), *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945*, vol. 1, p. 192.

[12] Cotéjese con Sven Felix Kellerhoff, *Der Reichstagsbrand. Die Karriere eines Kriminalfalls*, pp. 11-37 y 48-63.

[13] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 339.

[14] Cotéjese con Sven Felix Kellerhoff, *Hitlers Berlin. Geschichte einer Hassliebe*, pp. 97 y ss.

[15] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 308 y ss.

[16] RGBl («Boletín Oficial del Reich»), I, 1933, p. 175.

[17] Max Domarus (ed.), *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945*, vol. 1, pp. 273-277.

[18] Cotéjese con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 766.

[19] *The Times*, 18 de mayo de 1933.

[20] Andreas Wirsching, «›Man kann nur Boden germanisieren‹. Eine neue Quelle zu Hitlers Rede vor den Spitzen der Reichswehr am 3. Februar 1933», p. 547; cotéjese con Reinhard Müller, *Hitlers Rede vor der Reichswehrführung 1933*, pp. 73-90.

[21] Max Domarus (ed.), *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945*, vol. 1, p. 278.

[22] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 746 y 708.

[23] *RGBl* («Boletín Oficial del Reich»), II, 1934, p. 118.

[24] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 720 y 135.

[25] Hermann Rauschning, *Gespräche mit Hitler*, p. 113.

[26] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 358, 727 y 742.

[27] Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 1/II, p. 55.

[28] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 744.

[29] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 753.

[30] Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Aufzeichnungen 1923-1941*, vol. 7, p. 191.

[31] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 446.

[32] Exposición de motivos de la Ley de Prevención de Descendencias con Enfermedades Hereditarias, citada según el texto impreso de la propuesta del Bundestag que se distribuyó entre sus miembros, 16/3811, p. 2.

[33] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 448.

[34] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 447.

[35] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 279.

[36] Adolf Hitler, *Die Panzerkreuzer-Narretei der Kommunisten-Rede* («La locura del acorazado del discurso de los comunistas»), asamblea del Partido Nacionalsocialista en Múnich, 10 de octubre de 1928, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945, Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=HRSA- 0509).

[37] Fritz Lenz, «Die Stellung des Nationalsozialismus zur Rassenhygiene», en *Archiv für Rassen- und Gesellschaftsbiologie* 25 (1930), citado según http://www.toolan.com/hitler/append13a.html

[38] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 772.

[39] Cotéjese, p. ej., con Alexander Bein, «Der jüdische Parasit. Bemerkungen zur Semantik der Judenfrage», p. 134; *Der Spiegel*, 22 de agosto de 1966; Andreas Hillgruber, «Die ›Endlösung‹ und das deutsche Ostimperium als Kernstück des rassenideologischen Programms des Nationalsozialismus», p. 137; *Die Zeit*, 18 de julio de 1975; *Der Spiegel*, 5 de diciembre de 1977; *Hamburger Abendblatt*, 29 de enero de 1979; *Die Zeit*, 2 de febrero de 1979; *Bild am Sonntag*, 22 de abril de 1979; *Die Zeit*, 3 de agosto de 1979; Eberhard Jäckel, *Hitlers Weltanschauung. Entwurf einer Herrschaft*, p. 71; *Bild am Sonntag*, 1 de mayo de 1983; Joachim Fest, «Hitlers Krieg», p. 363, y Felicity Rash, *The Language of Violence. Adolf Hitler's Mein Kampf*, p. ix.

[40] Cotéjese con Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 260.

[41] Max Domarus (ed.), *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945*, vol. 3, p. 1058.

[42] Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Diktate 1941-1945*, vol. 3, p. 561.

[43] Götz Aly *et al.* (eds.), *Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden durch das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945*, vol. 4, p. 681.

[44] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 186 y 750.

[45] Rudolf Höβ, *Kommandant in Auschwitz*, p. 190.

[46] Testamento político de Hitler, 29 de abril de 1945 (http://www.ns-archiv.de/personen/hitler/testament/politisches-testament.php).

[1] Detlev Clemens, *Herr Hitler in Germany. Wahrnehmung und Deutungen des Nationalsozialismus in Großbritannien 1920-1939*, p. 335.

[2] William L. Shirer, *Berlin Diary*, p. 69.

[3] Cotéjese con C. Caspar, «Mein Kampf-A Best Seller», pp. 12 y ss., así como pp. 14 y ss. La lista de traducciones del folleto de la editorial Eher de 1938 pasa por alto el hecho de que muchas ediciones extranjeras eran, en realidad, versiones abreviadas. Cotéjese con el folleto publicitario de la editorial Franz Eher, sin fecha (1938), Archivo Federal de Berlín, NS 26/2247, pp. 7-16.

[4] Cotéjese con la correspondencia en el Archivo Federal de Berlín, R 43 II/959, y con los contratos y correspondencia en el Archivo Federal de Berlín, NS 1/413, sin número de páginas.

[5] Cotéjese con http://www.thepeerage.com/p6708.htm#i67072

[6] Blanche a Edgar Dugdale, sin fecha (21 de septiembre de 1930), citado según James Barnes y Patience P. Barnes, *Hitler's Mein Kampf in Britain and America. A Publishing History 1930-1939*, p. 4.

[7] The English Review, 53 (1931), pp. 566-571, citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 467.

[8] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 357 y 358. Cotéjese con Adolf Hitler, *My Struggle*, 1938, pp. 128-131.

[9] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 329; cotéjese con Adolf Hitler, *My Struggle*, 1938, p. 124.

[10] *The Observer*, 15 de octubre de 1933. En sus cálculos, Steed se equivocó aproximadamente en un 10 % (aseguró que había 240.000 palabras, en lugar de las 219.000 que contenía en realidad el libro), ya que no tuvo en cuenta los extensos pasajes en los que las letras de una misma palabra aparecían intencionadamente separadas por espacios.

[11] *The Times*, 13 de octubre de 1933, citado según James Barnes y Patience P. Barnes, *Hitler's Mein Kampf in Britain and America. A Publishing History 1930-1939*, p. 9.

[12] *The New York Times*, 15 de octubre de 1933.

[13] Archivo Federal de Berlín, R 43 II/959, folios 234 y ss.

[14] Cotéjese con James Barnes y Patience P. Barnes, *Hitler's Mein Kampf in Britain and America. A Publishing History 1930-1939*, pp. 16-18 y 78.

[15] Cotéjese con Detlev Clemens, *Herr Hitler in Germany. Wahrnehmung und Deutungen des Nationalsozialismus in Großbritannien 1920-1939*, p. 333.

[16] Cotéjese con Brigitte Granzow, *A Mirror of Nazism. British Opinion and the Emergence of Hitler 1929-1933*, p. 133.

[17] Citado según Detlev Clemens, *Herr Hitler in Germany. Wahrnehmung und Deutungen des Nationalsozialismus in Großbritannien 1920-1939*, p. 145.

[18] Según los libros contables de la editorial Eher, la edición 17.ª no apareció hasta principios de marzo de 1933; cotéjese con Reginald H. Phelps, *Die Autoren des Eher-Verlages*, p. 32. En cualquier caso, la edición 19.ª se distribuyó a finales de 1932; cotéjese con Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 177, nota 31.

[19] *Documents on British Foreign Policy*, serie II, vol. 5, pp. 41-44.

[20] Documents on British Foreign Policy, serie II, vol. 5, pp. 47-55.

[21] Detlev Clemens, *Herr Hitler in Germany. Wahrnehmung und Deutungen des Nationalsozialismus in Großbritannien 1920-1939*, p. 286.

[22] Cotéjese con http://www.bbc.com/news/magazine-30697262

[23] Correspondencia en el Archivo Federal de Berlín, NS 1/413, sin números de páginas.

[24] *The Spectator*, 24 de marzo de 1939, citado según James Barnes y Patience P. Barnes, *Translator and Interpreter*, p. 220.

[25] Nota «estrictamente confidencial» del representante de la agencia alemana oficial de noticias en Nueva York, del 2 de enero de 1939, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 121233.

[26] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1940, p. iv.

[27] Cotéjese con James Barnes y Patience P. Barnes, *Hitler's Mein Kampf in Britain and America. A Publishing History 1930-1939*, pp. 91-128 y 135, así como Adolf Hitler, *Mein Kampf-An Unexpurgated Digest*, 1939.

[28] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, pp. 699 y 766 y ss.

[29] André François-Poncet, *Botschafter in Berlin 1931-1938*, pp. 86 y ss., así como p. 96.

[30] Cotéjese con Robert W. Mühle, *Frankreich und Hitler*, p. 177, nota 210.

[31] Max Amann a Rudolf Heß, 11 de enero de 1934, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945*, *On-line-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=APK- 008723).

[32] Karl Epting a Rolf Rienhardt, 19 de marzo de 1934, en el Archivo Federal de Berlín, NS 26/2136.

[33] Correspondencia con Charles Appuhn, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. On-line-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=APK-008723).

[34] Cotéjese con Philipp Gassert y Daniel S. Mattern, *The Hitler Library. A Bibliography*, p. 39.

[35] Traducción de Charles Appuhn, *Hitler par lui-meme d'après son livre Mein Kampf*, en el Archivo Federal de Berlín, NS 26/2136, sin números de páginas.

[36] Adolf Hitler, *Mon Combat*, 1934, p. 7.

[37] *Vossische Zeitung*, 6 de marzo de 1934.

[38] Hans Bohrmann (ed.), *NS-Presseanweisungen der Vorkriegszeit. Edition und Dokumentation*, vol. 2, 1934, p. 119.

[39] Cotéjese con Emil von Rintelen a Rudolf Heß, 6 de marzo de 1934, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945*. *Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf? documentId=APK-008723).

[40] Adolf Hitler, *Mon Combat*, 1934, p. 11, y *The Manchester Guardian*, 20 de junio de 1934.

[41] Traducción de un artículo sin fecha del periódico *Comedia*, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R100155, folios 20 y ss.

[42] PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 100155, folios 29 y ss.

[43] PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 100155, folio 110.

[44] PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 100155, folios 138 y 144.

[45] El ministro plenipotenciario en Adís Abeba al Ministerio de Asuntos Exteriores, 27 de febrero de 1935, en *Nationalsozialismus, Holocaust, Widerstand und Exil 1933-1945. Online-Datenbank* (http://db.saur.de/DGO/basicFullCitationView.jsf?documentId=APK-017359).

[46] Hans Bohrmann (ed.), *NS-Presseanweisungen der Vorkriegszeit. Edition und Dokumentation*, vol. 6/II, 1938, p. 499.

[47] Cotéjese con Adolf Hitler, *Ma Doctrine*, 1938, pp. 3-16, y *Mein Kampf*, 1939, pp. 95, 84, 88, 97, 410, 96, 92, 93, 98 y 99.

[48] Adolf Hitler, *Ma Doctrine*, 1938, p. ii; cotéjese con C. Caspar, «Mein Kampf-A Best Seller», p. 13.

[49] PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 100155, folio 145.

[50] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1939, p. 524.

[51] *Das Neue Tage-Buch*, 6, 1938, p. 865.

[52] El ministro plenipotenciario en Budapest al Ministerio de Asuntos Exteriores, 17 de septiembre de 1935, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 121232.

[53] *Völkischer Beobachter*, 20 de diciembre de 1936.

[54] El ministro plenipotenciario en Bagdad al Ministerio de Asuntos Exteriores, 17 de mayo de 1934, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 121232.

[55] Archivo Federal de Berlín, NS 26/2310.

[56] El Ministerio del Reich para la Instrucción del Pueblo y la Propaganda al Ministerio de Asuntos Exteriores, 12 noviembre de 1936, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 121232.

[57] Nota del 19 de enero de 1937, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 121232.

[58] El ministro plenipotenciario en Nankín al Ministerio de Asuntos Exteriores, 30 de enero de 1936, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 121232.

[59] El Ministerio del Reich para la Instrucción del Pueblo y la Propaganda al Ministerio de Asuntos Exteriores, 21 de septiembre de 1934, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 121232.

[60] Cotéjese con el informe de la Embajada en Tokio para el Ministerio de Asuntos Exteriores, 3 de marzo y 1 de abril de 1938, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 121233.

[61] Correspondencia en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), R 121233.

[62] Citado según Othmar Plöckinger, *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers Mein Kampf*, p. 521.

[1] Carta de Hans Mommsen al autor, enero de 2009.

[2] Ley relativa a la liberación con respecto a la influencia del nacionalsocialismo y el militarismo, de 3 de marzo de 1946, artículo 37.

[3] Sentencia del Tribunal de Desnazificación Múnich I, del 15 de octubre de 1948, referencia I-3568/48 (copia perteneciente a la colección del autor).

[4] http://www.bundesarchiv.de/cocoon/barch/0/k/k1958k/kap1_2/kap2_44/para3_1.html

[5] Cotéjese con *Tagesspiegel*, 3 de agosto de 2003.

[6] Nota del 22 de diciembre de 1966, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), B 84 V5-88, 706. En un sentido similar, p. ej., apunte del 23 de julio de 1969, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), B 84 V5-88, 707.

[7] Correspondencia en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), B 84 V5-88, 707 y 709.

[8] *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 8 de julio de 2009.

[9] *Der Spiegel*, 30 de enero de 1995.

[10] *Süddeutsche Zeitung*, 25 de enero de 1999 y 19 de octubre de 2000.

[11] *Die Welt*, 12 de diciembre de 2013.

[12] *Die Welt*, 18 de agosto de 1999.

[13] *Die Welt*, 5 de marzo de 2004.

[14] *Die Welt kompakt*, 25 de abril de 2008.

[15] http://www.bbc.com/news/magazine-17923208; cotéjese con *Süddeutsche Zeitung*, 26 de abril de 2008, y *Hamburger Abendblatt*, 24 de mayo de 2008.

[16] *Die Welt kompakt*, 27 de junio de 2008; *Tageszeitung*, 4 de mayo de 2012, y *Tagesspiegel*, 6 noviembre de 2012.

[17] *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 30 de enero de 2013.

[18] *Die Welt*, 8 de febrero de 2012.

[19] http://www.historikerverband.de/presse/pressemitteilungen/vhd-unterstuetzt-editionsvorhaben-des-instituts-fuer-zeitgeschichte-von-hitlers-mein-kampf.html

[20] Nota del 22 de diciembre de 1966, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), B 84 V5-88, 706.

[21] Apunte del 12 de octubre de 1966, en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), B 84 V5-88, 708.

[22] Cotéjese con la correspondencia en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), B 84 V5-88, 292 y 706-709.

[23] Correspondencia en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), B 84 V5-88, 708.

[24] Correspondencia y fragmentos de la prensa danesa, con resúmenes en alemán, disponibles en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), B 84 V5-88, 707.

[25] *Frankfurter Rundschau*, 2 de agosto de 2001.

[26] Correspondencia en el PAAA (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores), B 84 V5-88, 708.

[27] *Die Welt*, 6 de febrero de 1997.

[28] Carta personal de un diplomático alemán jubilado, con experiencia en Oriente Próximo, para el autor.

[29] *Hamburger Abendblatt*, 17 de marzo de 1989.

[30] *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 23 y 24 de febrero de 1995; cotéjese con *Tribüne*, 124 (1992), pp. 72-74.

[31] *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 29 de marzo y 22 de diciembre de 2000, así como *Berliner Morgenpost*, 2 de abril de 2000, y *Deutsche Zeitung*, 6 de noviembre de 2001, 26 de febrero de 2002 y 12 de agosto de 2003.

[32] Sentencia del Tribunal Supremo del 25 de julio de 1979 (copia perteneciente a la colección del autor).

[33] Tribüne, 72 (1979), p. 76.

[34] http://www.welt.de/geschichte/zweiter-weltkrieg/article122823437/Warum-Mein-Kampf-gedruckt-werden-sollte.html

[35] Carta de la editorial List al autor, 6 de febrero de 2012.

[36] *Tagesspiegel*, 16 de enero de 2012.

[37] Medida provisional del Tribunal de estado Federado con sede en Múnich, referencia 7 O 1533/12 (copia perteneciente a la colección del autor).

[38] *Hamburger Abendblatt*, 8 de marzo de 2012.

[39] Declaración jurada de Barbara Zehnpfennig del 29 de enero de 2012 (copia perteneciente a la colección del autor).

[40] http://www.welt.de/regionales/muenchen/article106597354/Auszuege-aus-Mein-Kampf-bleiben-im-Giftschrank.html

[41] http://www.welt.de/kultur/history/article106221845/Bayern-will-Hitlers-Buch-Mein-Kampf-herausgeben.html

[42] http://www.welt.de/geschichte/zweiter-weltkrieg/article 122802132/Bayern-will-nun-doch-keine-Edition-von-Mein-Kampf.html; cotéjese con Klaus Martens, *Countdown zu einem Tabubruch. Mein Kampf erscheint*, 15.15-16.00 y 19.50-20.45.

[43] http://www.welt.de/geschichte/zweiter-weltkrieg/article124103 451/Mein-Kampf-kann-kommen-ohne-bayerisches-Geld.html

[44] *Die Welt*, 27 de junio de 2014.

[45] *Die Welt*, 9 de julio de 2014.

[1] Correo electrónico de Ernst Piper al autor, 28 de febrero de 2015.

[2] http://www.welt.de/kultur/history/article13855523/Historiker-Bayern-missbraucht-das-Urheberrecht.html

[3] *Berliner Zeitung*, 2 de diciembre de 1996.

[4] Cotéjese con Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 1940, p. iii.

[5] Cotéjese con http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/asia/japan/6247568/Manga-version-of-Hitlers-Mein-Kampf-a-hit-in-Japan.html

[6] Cotéjese con Werner Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944*, pp. 219 y ss.

[7] http://www.welt.de/geschichte/zweiter-weltkrieg/article 123696319/Hitlers-Mein-Kampf-stuermt-eBook-Bestseller-listen.html

[8] Experiencia propia del autor en 2003, cuando consiguió que se le suministrara sin problemas un ejemplar antiguo en Basilea. Su precio, a pesar de los gastos de envío desde Estados Unidos, era muy inferior al que ofrecían por aquella época los anticuarios alemanes.

[9] *New Statesman*, 25 de junio de 2001, citado según http://web.archive.org/web/20110605042124/http://www.newstatesman.com/2001 06250039

[10] http://www.freiewelt.net/nachricht/iranische-nazis-arbeiten-legal- 16058/

[11] http://news.bbc.co.Uk/2/hi/south_asia/8382132.stm

[12] http://www.palwatch.org/main.aspx?fi=655

[13] http://www.jpost.com/Opinion/Op-Ed-Contributors/Reading-Mein-Kampf-in-Cairo

[14] http://www.spiegel.de/panorama/indonesien-umstrittenes-nazi-cafe-wieder-geoeffnet-a-976628.html

[15] Cotéjese con Barbara Zehnpfennig, *Hitlers Mein Kampf. Eine Interpretation*, y *Mein Kampf. Studienkommentar*.

[16] http://www.ifz-muenchen.de/aktuelles/themen/edition-mein-kampf/

[17] Citado según Klaus Martens *Countdown zu einem Tabubruch. Mein Kampf erscheint*, 32.32-32.35.

[*] Se refiere a las autoridades de este estado federado porque son ellas las titulares de los derechos de autor correspondientes a la obra de Hitler. (*N. de la t.*)

[*] Para las citas de *Mi lucha*, seguimos la traducción en castellano autorizada por la Editora Central del Partido Nacionalsocialista Franz Eher Nachflg. GmbH, en la que, por desgracia, no constan ni los datos del traductor ni los datos editoriales. Simplemente se incluye la mención «Distribución para España: Ávila, San Roque 13». Se trata de una edición de 1937, uno de cuyos ejemplares se conserva en la Biblioteca de Derecho y Ciencias del Trabajo de la Universidad de Sevilla bajo la signatura B 152246. No obstante, advertimos de que es una traducción parcial, en la que se omiten numerosas frases del original, cuando no párrafos completos. En aquellos casos en los que en el presente libro se citen pasajes no traducidos en la edición castellana que manejamos, ofreceremos una traducción propia y así lo haremos constar a pie de página. (*N. de la t.*)

[*] Traducción al castellano de Guillermo Raebel Guma, en Joachim Fest, *Hitler. Una biografía*, Planeta, Barcelona, 2012. (*N. de la t.*)

[*] En el original, «sólo». Por cuestiones de coherencia, al citar los pasajes de *Mi lucha* que corresponden a la traducción mencionada en la nota a pie de página que hemos incluido en la «Introducción» del presente libro, optaremos por aplicar las actuales recomendaciones de la RAE en cuanto a la escritura de las tildes. También corregiremos las numerosas erratas que aparecen en esa edición de 1937. (*N. de la t.*)

[*] Jefe del gobierno del estado federado, con competencias para controlar Baviera de forma prácticamente dictatorial. (*N. de la t.*)

[*] El Templo de los Generales o Feldherrnhalle es un monumento de Múnich, construido en el siglo XIX, que durante el golpe de estado de 1923 se convirtió en escenario de enfrentamientos entre la policía bávara y los seguidores de Hitler. (*N. de la t.*)

[*] A partir de este punto la traducción es nuestra. (*N. de la t.*)

[*] A partir de este punto traducimos directamente del original, dado que este fragmento no se incluye en la edición en castellano de 1937. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Así aparece en la edición en castellano aprobada por el Partido Nacionalsocialista. La traducción literal, no obstante, sería «Años de aprendizaje y sufrimiento en Viena». (*N. de la t.*)

[*] Las palabras «en el estado» se añaden para corregir una omisión de la traducción de 1937. (*N. de la t.*)

[*] Las palabras «que utiliza todos los medios para la calumnia y presenta» se añaden para corregir una omisión de la traducción de 1937. (*N. de la t.*)

[*] Término derivado del sustantivo *Volk* (en alemán, «pueblo») que designa un movimiento conservador con origen en el nacionalismo romántico. En él se hacía especial hincapié en las diferencias étnicas que existen entre los pueblos. Estuvo muy relacionado con el nacimiento del nacionalsocialismo. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] En el original, *Lebensraum*, concepto fundamental del nacionalsocialismo. (*N. de la t.*)

[*] Las traducciones de los fragmentos de este párrafo son propias. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] En 1897 el secretario de Asuntos Exteriores de Alemania, Bernhard von Bülow, reclamó en un discurso el derecho que tenía Alemania de disfrutar, como las demás potencias, de su lugar bajo el sol, es decir, de contar con colonias y de expandirse por el mundo. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Literalmente, la «experiencia de agosto». Fue el término acuñado en aquella época para referirse al entusiasmo general que, supuestamente, se sentía en Alemania ante la inminente guerra mundial. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] La traducción de la última frase es propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia (*N. de la t.*)

[*] «Con los ojos ardiendo» se ha añadido para corregir una omisión en la traducción de 1937. (*N. de la t.*)

[*] La traducción de la última frase es propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] En la traducción de 1937, «nacionalidad», en lugar de pueblo (en el original, *Volk*). Nos permitimos corregirlo para mantener la coherencia terminológica. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia del título. En la versión en castellano de 1937 la palabra *Volk* se volvió a traducir como «nacionalidad». (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] La traducción de esta última frase es propia. (*N. de la t.*)

[*] La traducción de esta última cita entre comillas es propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción parcialmente propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] En la Alemania de entreguerras, cuerpo paramilitar de voluntarios, de orientación nacionalista y anticomunista. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Es posible que esté citando a Nietzsche, puesto que el título del parágrafo 13 de *Humano, demasiado humano*, es, precisamente, «Lógica del sueño». (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] La traducción de esta primera frase es propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción de Marc Jiménez Buzzi, en Timothy W. Ryback, *Los libros del Gran Dictador*, Destino, Barcelona, 2010. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] «Como ya se ha mencionado» no aparecía en la traducción al castellano de 1937. Se trata de un añadido nuestro. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción de Bruno Wenzel, en la edición revisada y corregida por Guillermo Rodríguez y Ruiz de la obra de Henry Ford, *El judío internacional*, Orbis, Barcelona, 1939. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] La traducción de esta frase es propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] La traducción de la última frase es propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] La referencia a los jardines no aparece en la edición de 1937. (*N. de la t.*)

[*] Entre 1918 y 1919 gobernó en Alemania el Rat der Volksbeauftragten o Consejo de Delegados del Pueblo, primer gobierno republicano, de carácter provisional, que se constituyó para gestionar la crisis provocada por la revolución de noviembre y para organizar la transición. (*N. de la t.*)

[*] Las palabras «a romper una lanza por los judíos» se han añadido para corregir una omisión en la traducción de 1937. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.)*

[*] El texto «que expulsaran ... preocupación» no aparece en la edición de 1937. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] La traducción de la última frase es propia. (*N. de la t.*)

[*] Himno de Alemania (aunque esa estrofa —«Alemania, Alemania por encima de todo, por encima de todo en el mundo»— ya no forma parte del himno actual). (*N. de la t.*)

[*] Las tres últimas frases son una traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] «La guardia en el Rin», una canción militar y patriótica, muy popular en la primera guerra mundial. Su texto, compuesto en el siglo XIX por Max Schneckenburger, aludía a la necesidad de defender el Rin —objeto de constantes disputas entre Alemania y Francia— frente al enemigo galo. (*N. de la t.*)

[*] En el original, *Frontschwein*. Durante las dos guerras mundiales los soldados alemanes se referían de esta forma a los combatientes que habían participado en primera línea de combate. (*N. de la t.*)

[*] En el original, *Etappenhengst*, denominación que daban los soldados alemanes a quienes se quedaban en la retaguardia. (*N. de la t.*)

[*] A partir de este punto, la traducción es propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción de Belén Urrutia Domínguez, en Thomas Weber, *La primera guerra de Hitler*, Taurus, Barcelona, 2012. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Esta primera frase es traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Juego de palabras intraducible entre *Mein Kampf* («Mi lucha») y *Sein Krampf* («Su delirio»). (*N. de la t.*)

[*] Se trata de una cita de un poema de Wilhelm Hauff en el que el autor reflexiona sobre el paso de la vida (representada aquí por las rosas) a la muerte. (*N. de la t.*)

[*] En dialecto bávaro en el original. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] El título de la película, que nunca se ha traducido al castellano, hace referencia a una popular bebida alcohólica, típica de Alemania. Se trata de una especie de ponche que se bebe caliente. (*N. de la t.*)

[*] Se refiere a Erich Maria Remarque, autor de la novela *Sin novedad en el frente*, y al escritor y periodista Kurt Tucholsky, ambos pacifistas y opositores al nacionalsocialismo. (*N. de la t.*)

[*] Probablemente sea una referencia a la editorial Ullstein, fundada en 1877 por el editor judío Leopold Ullstein, que fue expropiada a la familia en 1934 con el fin de convertirla en una empresa puramente aria. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] El término se refiere a las matanzas que organizaron los grupos armados de derecha (sobre todo, los Freikorps) y el ejército contra los opositores de izquierda en 1919. (*N. de la t.*)

[*] Escritor alemán de populares novelas de aventuras, que vivió entre finales del siglo XIX y principios del XX. Creó personajes como el citado Hadschi Halef Omar, protagonista de multitud de peripecias en el imperio otomano. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] La traducción de esta última frase es propia. (*N. de la t.*)

[*] En el original se dan varios ejemplos de ello en alemán: se explica que *als vielmehr* se sustituyó por *sondern* («sino») y que los segundos términos de las comparaciones se introdujeron con *als*, en lugar de con la variante *wie,* más propia de la lengua coloquial. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Literalmente, «Tribunal Popular»; órgano jurisdiccional que entre 1934 y 1945 se encargó de juzgar, entre otros, los delitos contra el Reich. (*N. de la t.*)

[*] Organizadores del fallido atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Este es el título con el que la Editorial Juventud publicó en España, en 1962, el segundo libro de Hitler. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. *(N. de la t.)*

[*] Traducción propia. *(N. de la t.)*

[*] «Casa de la Montaña»; se trata de la segunda residencia de Adolf Hitler, construida en los Alpes bávaros». (*N. de la t.*)

[*] Con este término (*Kampfzeit*, en el original), los nacionalsocialistas se referían al período en el que lucharon para que el partido se hiciera con el poder, es decir, a la época que va de 1919 a 1933. (*N. de la t.*)

[*] Nombre que se dio a Austria durante el período en que se mantuvo anexionada al Tercer Reich. (*N. de la t.*)

[*] Estado creado por las fuerzas de ocupación estadounidenses y que, en 1952, se unió a Wurtemberg-Hohenzollern y Baden para dar lugar al actual estado federado de Baden-Wurtemberg. (*N. de la t.*)

[*] «Del Kaiserhof a la Cancillería del Reich.» Se trata de una obra de Goebbels en la que, a modo de diario, describió el ascenso de Hitler y del Partido Nacionalsocialista hasta hacerse con el poder de Alemania. Como se explica en el capítulo «Los beneficios», el Kaiserhof era un hotel de lujo en el que el *Führer* solía alojarse antes de convertirse en canciller. (*N. de la t.*)

[*] Probablemente se refiere al campo de concentración de Dachau. (*N. de la t.*)

[*] Con este concepto los nacionalsocialistas se referían al territorio checo que aún les quedaba por ocupar después de la recuperación de los Sudetes en 1938. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] *Sic* en la traducción de 1937. Advertimos, no obstante, de que en el original se utilizó la palabra *Unglückliche*, que, literalmente, significa «desgraciados». (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Escuadrones de la muerte itinerantes. (*N. de la t.*)

[*] Denominación con la que se conocía desde 1939 a los territorios polacos ocupados. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Traducción propia. (*N. de la t.*)

[*] Partido de extrema derecha, muy cercano en su ideología al nacionalsocialismo. (*N. de la t.*)

[*] Fundación que reúne fondos de instituciones públicas, empresas y donantes particulares para conceder becas a estudiantes que destacan por su buen rendimiento académico. (*N. de la t.*)

Mein Kampf. El libro que marcó la historia del siglo XX
Sven Felix Kellerhof

Título original: *MEIN KAMPF. Die Krriere eines deutschen Buches*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2016

ISBN: 978-84-9892-922-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S.L.
www.victorigual.com